

PHILIP KERR

Una investigación de
BERNIE GUNTHER

El otro lado del silencio



RBA

Título original: *The Other Side of Silence*

© Philip Kerr, 2017.

© de la traducción: Eduardo Iriarte Goñi, 2017.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO132

ISBN: 9788490568958

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. BruceJames Todos los derechos reservados.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27

28

29

30

31

32

33

Nota del autor

Philip Kerr. Bernie Gunther

Philip Kerr. Scott Manson

A JANE, POR TANTOS AÑOS DE FELICIDAD

Me redujo a ruinas, y heme aquí reengendrado,
de ausencia, sombra y muerte, cosas que nada son.

JOHN DONNE,
«Nocturno sobre la festividad de Santa Lucía»
(trad. de José Ángel Valente)

RIVIERA FRANCESA, 1956

Ayer intenté acabar con mi vida.

No fue tanto que quisiese morir como que quisiera que se acabara el dolor. Elisabeth, mi mujer, me había dejado hacía poco, y la echaba mucho de menos. Ese era un motivo de dolor, y uno bastante importante, he de reconocerlo. Incluso después de una guerra en la que murieron más de cuatro millones de soldados alemanes, es difícil encontrar una esposa alemana. Pero otra fuente grande de dolor en mi vida fue la guerra en sí, claro, y lo que me ocurrió en aquel entonces y en los campos soviéticos de prisioneros de guerra. Algo que quizá haga que mi decisión de suicidarme parezca un tanto extraña, teniendo en cuenta lo difícil que fue no morir en Rusia. Sin embargo, en mi caso, seguir con vida fue siempre más un hábito que una elección consciente. Durante años, bajo el dominio de los nazis seguí vivo por puro empecinamiento. Así que una mañana de primavera, temprano, me pregunté, ¿por qué no te matas? Para un prusiano que adora a Goethe como yo, el mero hecho de que me hiciera una pregunta semejante me ofrecía ya una razón irrefutable. Además, la vida tampoco era ya tan estupenda, aunque a decir verdad no estoy seguro de que lo fuera nunca. El mañana y los largos y largos años vacíos que vendrán después no me interesan demasiado, sobre todo aquí, en la Riviera francesa. Estaba solo, camino de los sesenta y desempeñando un trabajo en un hotel que podía hacer dormido, aunque no es que duerma mucho últimamente. Casi todo el tiempo me sentía desgraciado.

Vivía en un lugar donde no encajaba y que se me antojaba un rincón inhóspito del infierno, así que no creía precisamente que cualquiera que disfrute de un día soleado fuera a echar en falta el nubarrón oscuro de mi rostro.

Tenía todas esas razones para desear la muerte, y a ellas vino a sumarse la llegada de un huésped al hotel. Un huésped al que reconocí, y al que preferiría no haber reconocido. Pero a eso llegaré en un momento. Antes tengo que explicar por qué sigo aquí.

Fui al garaje que hay debajo de mi apartamentito, en Villefranche, cerré la puerta y esperé en el coche con el motor en marcha. La intoxicación por monóxido de carbono no es tan mala. Uno cierra los ojos y se duerme sin más. De hecho, si el coche no se hubiera calado o quizá simplemente quedado sin gasolina, no estaría aquí ahora. Pensé que tal vez lo intentaría más adelante, si las cosas no mejoraban y si me compraba un coche más fiable. Por otro lado, podría haber vuelto a Berlín, como mi pobre esposa, lo que probablemente acabaría deparándome el mismo resultado. Todavía sigue siendo bastante fácil que te maten allí, y si volviera a la antigua capital alemana creo que no pasaría mucho tiempo antes de que alguien tuviese la amabilidad de organizar mi muerte repentina. Casi todos los bandos me la tienen jurada, y con razón. Cuando vivía en Berlín y era poli o expoli, me las arreglé para ofender prácticamente a todo el mundo, con la posible excepción de los británicos. Echo en falta ser poli —al menos cuando ser policía en Berlín todavía significaba algo bueno—, pero sobre todo echo de menos a la gente, que estaba tan avinagrada como yo. Ni siquiera los alemanes aprecian a los berlineses, y por lo general es un sentimiento mutuo. Los berlineses no aprecian mucho a nadie, y las mujeres berlinesas aún menos, lo que, de alguna manera, solo las hace aún más atractivas para un majadero como yo. No hay nada más atractivo para un hombre que una mujer hermosa a la que le trae sin cuidado si vive o muere. Echo en falta a las mujeres por encima de

todo. Había muchísimas mujeres en Berlín. Pienso en las buenas mujeres que he conocido —también en unas cuantas malas—, a las que no volveré a ver nunca, y rompo a llorar; y de ahí no hay más que un paso al garaje y a la asfixia, sobre todo si he estado bebiendo. Cosa que, si estoy en casa, hago casi siempre.

Cuando no me estoy compadeciendo de mí mismo; juego al bridge o leo libros sobre jugar al bridge, lo que a mucha gente le parecería ya de por sí una buena razón para acabar con su vida. Pero el bridge es un juego que me resulta estimulante. Me ayuda a tener el cerebro activo y ocupado en algo que me aparte de los recuerdos de mi hogar... Y del recuerdo de todas aquellas mujeres, claro. Al volver la vista atrás, tengo la sensación de que muchas de ellas debían de haber sido rubias, y no solo porque eran alemanas o andaban cerca de ser alemanas. En un momento más bien avanzado de mi vida, he entendido que hay un tipo de mujer por el que me siento atraído, que es el tipo equivocado, y a menudo incluye cierto tono de cabello que anuncia a gritos problemas para un hombre como yo. La búsqueda arriesgada de pareja y el canibalismo sexual son mucho más comunes de lo que uno podría suponer, aunque sin duda es más habitual entre las arañas. Por lo visto, las hembras calculan el valor alimenticio de un macho en lugar de su valía como compañero. Lo que más o menos resume la historia de toda mi vida íntima. Me han devorado vivo tantas veces que parece que tenga ocho patas, aunque a estas alturas probablemente solo me queden tres o cuatro. No es una reflexión muy perspicaz, ya lo sé, y como decía, ahora ya no tiene mucha importancia, pero incluso si llega en un momento tardío de la vida, tener cierto grado de conocimiento sobre uno mismo debe de ser mejor que no conocerse en absoluto. Por lo menos, eso me decía mi esposa.

Está claro que, en su caso, conocerse a sí misma le dio resultado. Despertó una mañana y se dio cuenta de lo aburrida y decepcionada que estaba conmigo y nuestra nueva vida en Francia, así que se volvió a casa al día

siguiente. De hecho, no puedo reprochárselo. No consiguió aprender francés ni apreciar la comida o disfrutar mucho del sol siquiera, y eso es lo único que hay aquí gratis y en abundancia. Al menos en Berlín uno siempre sabe por qué es desdichado. En eso consiste el *luft* de Berlín: es un intento de evadirse de la melancolía como quien silba. Aquí, en la Riviera, cualquiera diría que hay motivos más que de sobra para silbar y ninguna razón en absoluto para estar alicaído, pero de algún modo yo me las arreglaba para estarlo y ella no pudo seguir soportándolo.

Supongo que era infeliz sobre todo porque estoy aburrido a más no poder. Echo de menos mi antigua vida de detective, y daría lo que fuera por cruzar las puertas de la Jefatura de Policía de Alexanderplatz —según tengo entendido, ha sido derruida por los denominados «alemanes del este», o lo que es lo mismo, los comunistas— y subir hasta mi mesa en la Sección de Homicidios. Hoy en día soy conserje en el Grand Hôtel du Saint-JeanCap-Ferrat. Se asemeja un poco a ser policía si la idea que tienes de ser policía es dirigir el tráfico, y sé de lo que hablo. La primera vez que me vestí de uniforme, hace exactamente treinta y cinco años, fue como agente de tráfico en la Potsdamer Platz. Sea como sea, estoy familiarizado con la hostelería desde hace mucho; durante una temporada, después de que los nazis llegaran al poder, fui detective de la casa en el famoso hotel Adlon de Berlín. Aun así, ser conserje es algo muy distinto de aquello. Sobre todo tiene que ver con hacer reservas para el restaurante, pedir taxis y embarcaciones, coordinar el servicio de porteros, ahuyentar a prostitutas —algo que no es tan fácil como puede parecer, porque hoy en día solo las americanas pueden permitirse el lujo de lucir como prostitutas— y dar indicaciones a turistas ineptos que no saben interpretar un mapa ni hablar francés. Solo muy de vez en cuando hay algún huésped díscolo o un robo, y sueño con tener que ayudar a la Sûreté local a resolver una serie de audaces robos de joyas, como los que vi en *Atrapa a un ladrón*, de Alfred Hitchcock. Naturalmente, no es más que eso:

un sueño. No me prestaría nunca a ayudar a la policía local, y no porque sean franceses —aunque esa sería una buena razón para no ayudarles—, sino porque vivo con un pasaporte falso. Además, es un pasaporte falso bastante especial, porque llegó a mis manos gracias nada menos que a Erich Mielke, en la actualidad director adjunto de la Stasi, la Policía Secreta de Alemania Oriental. Es la clase de favor que suele obtenerse a un alto precio; un precio que algún día, me temo, Mielke vendrá a reclamarme. Probablemente será el día que tenga que emprender algún viaje de nuevo. En comparación conmigo, aquel barco fantasma, *El holandés errante*, era el peñón de Gibraltar. Sospecho que mi mujer lo sabía, puesto que también conocía a Mielke, y mejor que yo.

No tengo ni idea de adónde iría si tuviera que viajar de nuevo, aunque me parece que el norte de África es bastante acomodadizo cuando se trata de alemanes en búsqueda y captura. Hay un barco de la naviera Fabre Line que zarpa de Marsella rumbo al Magreb cada dos días. Es la clase de información que se supone que debe conocer un conserje, aunque en nuestro hotel hay más huéspedes ricachos que han huido de Argelia de los que quieren ir allí. Desde la masacre de civiles *pieds-noirs* en Philippeville el año pasado, la guerra contra el FLN en Argelia no les va muy bien a los franceses, y, según se dice, la colonia está bajo un régimen mucho más severo incluso que cuando los nazis la dejaron a merced del gobierno de Vichy.

No estoy seguro de que el hombre moreno y despreocupadamente guapo al que vi registrarse en una de las mejores suites del hotel la víspera del día que intenté asfixiarme estuviera en ninguna clase de lista de fugitivos, pero desde luego era alemán y delincuente. Su aspecto, por supuesto, podía equipararse al de un acaudalado banquero o productor de Hollywood, y hablaba un francés tan excelente que seguramente solo yo me di cuenta de que era alemán. Utilizaba el nombre de Harold Heinz Hebel y facilitó una dirección de Bonn, pero en realidad se llamaba Hennig, Harold Hennig, y durante los

últimos meses de la guerra había sido capitán del SD, el servicio de inteligencia de las SS. Ahora, con poco más de cuarenta años, vestía un elegante traje liviano de color gris que le habían confeccionado a medida y unos zapatos negros hechos a mano más lustrosos que un céntimo nuevo. Uno tiende a fijarse en cosas así cuando trabaja en un establecimiento como el Grand Hôtel. Hoy en día soy capaz de distinguir un traje de Savile Row desde la otra punta del vestíbulo. Mostraba unos modales tan delicados como la corbata Hermès de seda que llevaba al cuello y que le sentaba mejor que el nudo corredizo que tanto se merecía. Dio a todos los porteros generosas propinas de un fajo de billetes nuevos tan grueso como una rebanada de pan, y a partir de ese momento los chicos lo trataron tanto a él como a su equipaje Louis Vuitton con más diligencia que a una caja de porcelana Meissen. Curiosamente, la última vez que lo había visto también llevaba un equipaje valioso, lleno de objetos preciados que él y su superior, el *Gauleiter* prusiano oriental Erich Koch, rapiñaron de la ciudad. Eso fue en enero de 1945, en algún momento durante la terrible batalla de Königsberg. Estaba subiendo a bordo del buque de pasajeros alemán Wilhelm Gustloff, que poco después sería torpedeado por un submarino ruso, provocando la muerte de más de nueve mil civiles. Él había sido una de las pocas ratas que se las ingenió para huir de aquel particular barco a punto de hundirse, lo que fue una auténtica lástima, porque él mismo había contribuido a provocar su destrucción.

Si Harold Hennig me reconoció, no dio señal de ello. Con nuestros chaqués negros de día, el personal de la recepción del hotel tendemos a tener todos el mismo aspecto, claro. Eso por una parte, y por otra el hecho de que peso un poco más que por aquel entonces y seguramente tengo menos pelo, por no hablar de un leve bronceado que, según decía mi esposa, me favorecía. Para ser un hombre que acaba de fracasar en su intento de quitarse la vida, me encuentro en un estado excelente, aunque esté mal que sea yo mismo quien lo diga. Alice, una de las camareras por las que siento cierta simpatía desde que

se marchó Elisabeth, dice que bien podría pasar por un hombre diez años más joven. Menos mal, porque tengo la sensación de que mi alma pasa de los quinientos años. Ha contemplado el abismo tantas veces que parece el bastón de Dante.

Harold Hennig me miró directamente y, aunque no me sostuvo la mirada más de un par de segundos, me bastó con ello: como expoli que soy, nunca olvido una cara, sobre todo si es la del autor de una masacre. Nueve mil personas —hombres, mujeres y un elevado número de niños— son muchas razones para recordar un rostro como el de Harold Heinz Hennig.

Aun así, debo reconocer que verlo de nuevo, con un aspecto tan próspero y más sano que un roble, me dejó muy deprimido. Una cosa es saber que gente como Eichmann y Mengele salieron impunes de los crímenes más pavorosos, y otra muy distinta es ser consciente de que el responsable de la muerte de amigos tuyos sigue vivo y coleando. Hubo un tiempo en que podría haber intentado hacer alguna clase de justicia rudimentaria, pero de eso hace ya mucho. Hoy en día, la venganza es algo de lo que mi pareja de bridge y yo hablamos en tono de broma al final o quizá al principio de una partida en La Voile d'Or, que es el otro único buen hotel de Cap Ferrat. Ni siquiera tengo un arma, y si la tuviera desde luego no estaría aquí ahora. Soy mucho mejor tirador que conductor.

Situado entre Niza y Mónaco, Cap Ferrat es un espolón que se proyecta hacia el mar como los órganos sexuales reseco y casi inservibles de algún viejo calavera francés, una comparación del todo apropiada, teniendo en cuenta la reputación que tiene la Riviera de ser un lugar en el que la belleza precoz va cogida de la arrugada mano de la edad avanzada, por lo general a la playa, de tiendas, al banco y luego a la cama, aunque no siempre en un orden tan decoroso. La Riviera me recuerda muchas veces al Berlín de después de la guerra, solo que la compañía femenina sale por un precio muy superior a una chocolatina o unos cigarrillos. Aquí es el dinero el que lleva la voz cantante, aunque no tenga mucho más que decir que *voulez vous* o *s'il vous plaît*. La mayoría de las mujeres preferiría pasar el rato con *monsieur* Gateau que con don Hombre Ideal, aunque no es de extrañar que a menudo resulten ser uno y el mismo. Desde luego, si yo tuviera un poco más de dinero también me buscaría una compañera bonita con la que ponerme en evidencia y a la que mimar en general. Ahora soy lo bastante memo como para saber que no poseo lo que buscan prácticamente todas las mujeres de la Côte d'Azur, a menos que sean indicaciones para llegar a Beaulieausur-Mer o el nombre del mejor restaurante de Cannes (es Da Bouttau), o quizá un par de entradas para la Ópera Municipal de Niza. Vemos a menudo a *monsieur* Gateau y a la firme y jovencita niña de sus ojos legañosos en el Grand Hôtel, pero tiene a sus *confrères* en La Voile d'Or, un pequeño y elegante hotel cercano, situado en una península elevada con vistas a la laguna azul que es el pintoresco puerto pesquero de Saint-Jean-Cap-Ferrat. Esta villa francesa de tres plantas —en

otro tiempo el hotel Park— fue fundada en 1925 por un campeón de golf inglés llamado Captain Powell, lo que probablemente explique los palos de golf en las paredes; o bien eso o bien tienen un hoyo sumamente complicado en el elegantísimo salón principal del hotel. Es ahí donde, dos veces por semana y sin fallar nunca, voy a beber gimlets y a jugar al bridge con mis tres únicos amigos.

Para ser totalmente sincero, no son lo que la mayoría de la gente llamaría «amigos». Esto es Francia, después de todo, y los amigos de verdad escasean, sobre todo si eres alemán. Además, uno no juega al bridge para hacer amigos ni para conservarlos, y a veces conviene sentir una clara antipatía por los rivales. Mi pareja de bridge, Antimo Spinola, un italiano, es gerente del casino municipal de Niza. Por suerte, juega mucho mejor que yo, lo que es una lástima para él. Nuestros contrincantes suelen ser un matrimonio inglés, el señor y la señora Rose, que tienen una pequeña villa en las colinas, un poco más arriba de Èze. No diría que guardo antipatía a ninguno de los dos, pero son los típicos esposos ingleses, creo yo, en tanto que nunca parecen demostrar mucha emoción, en especial el uno por el otro. He visto peces luchadores de Siam más afectuosos. El señor Rose era un destacado especialista del corazón con consulta en Harley Street, en Londres, e hizo una pequeña fortuna tratando a un millonario griego antes de jubilarse en el sur de Francia. Spinola dice que le gusta jugar con Rose porque, si le da un ataque al corazón, Jack sabrá lo que hacer, pero yo no estoy tan seguro. Rose bebe más que yo y no estoy convencido de que tenga corazón, lo que a mi modo de ver sería un requisito indispensable para su trabajo. Su mujer, Julia, era su enfermera-recepcionista y es, con mucho, la mejor jugadora, con una auténtica percepción de lo que ocurre sobre el tapete y la memoria de un elefante, que es el animal al que más se parece, aunque no por su tamaño. Sería una mujer muy atractiva si no tuviera esas enormes orejas en ángulo recto con respecto a la cabeza. Por supuesto, nunca habla de las manos que

acaba de jugar, como si fuera reacia a darnos a Spinola y a mí ninguna pista acerca de cómo enfrentarnos a ellos.

Es asimismo un buen ejemplo cuando se trata de hablar de la guerra. Hasta donde se sabe, Walter Wolf —que es el nombre bajo el que vivo en Francia— fue capitán en la oficina del intendente general en Berlín, responsable del servicio de comidas del ejército. Es lo que cabría esperar de alguien que ha trabajado en buenos hoteles durante una buena parte de su vida. Jack Rose está convencido de que me recuerda de una estancia en el hotel Adlon. A veces me pregunto qué pensarían si supieran que hubo un tiempo en que su oponente vestía el uniforme de las SS y era confidente íntimo de hombres como Heydrich y Goebbels.

No creo que a Spinola le sorprendiera mucho descubrir que tengo un pasado secreto. Habla ruso casi tan bien como yo, y estoy más o menos seguro de que fue oficial del 8.º Ejército italiano en Rusia y de que debió de ser uno de los afortunados que escaparon en 1943, después de la aplastante derrota en la batalla de Nikolajewka. No habla de la guerra, claro. Eso es lo maravilloso del bridge. Nadie habla mucho de nada. Es el juego perfecto para los que tienen algo que ocultar. Intenté que Elisabeth aprendiera a jugar al bridge, pero no tenía paciencia para los ejercicios que quería enseñarle con la intención de que llegara a ser mejor jugadora. Otra razón por la que no se aficionó al juego es que no habla inglés, que es el idioma en el que jugamos al bridge porque es el único que hablan los Rose.

Un día o dos después de la llegada de Hennig al Grand Hôtel, fui a La Voile d'Or a jugar a bridge con Spinola y los Rose. Como siempre, llegaban tarde, y me encontré a Spinola sentado a la barra, mirando con rostro inexpresivo el papel pintado. Parecía un tanto apesadumbrado, fumaba un Gauloises tras otro con su boquilla corta de ébano y bebía Americanos. Con su pelo moreno y rizado, su sonrisa fácil y su atractivo musculoso, siempre me recordaba un poco al actor de cine Cornel Wilde.

—¿Qué haces? —pregunté, hablándole en ruso. Hablar ruso entre nosotros era la manera que teníamos de practicarlo, porque rara vez venían rusos al hotel o al casino.

—Disfruto de la vista.

Me volví y señalé la terraza y, más allá, la vista del puerto.

—La vista está por ahí.

—Ya la conozco. Además, prefiero esta. No me recuerda nada que preferiría no recordar.

—Tenemos un día de esos, ¿eh?

—Aquí todos los días son de esos. ¿No crees?

—Claro. La vida es una mierda. Pero no se lo digas a nadie aquí en Cap Ferrat. La decepción los mataría.

Hizo un leve gesto de asentimiento.

—Yo sé todo lo que hay que saber sobre la decepción, te lo aseguro. He estado viéndome con una mujer. Y ahora no la veo. Lo que es una pena. Pero tenía que ponerle fin, porque estaba casada y el asunto se estaba poniendo difícil. Sea como sea, se lo tomó bastante mal. Amenazó con pegarse un tiro.

—Eso de pegarse un tiro es una reacción muy francesa. De hecho, es la única virtud francesa en la que se puede confiar en caso de apuro.

—Qué alemán eres, Walter.

Me invitó a una copa y luego me miró de hito en hito.

—A veces, te miro a los ojos desde el otro lado de la mesa de bridge y veo mucho más que una mano de cartas.

—¿Me estás diciendo que soy un mal jugador?

—Te estoy diciendo que veo a un hombre que no estuvo nunca en el servicio de intendencia del ejército.

—Salta a la vista que no has probado nunca lo que cocino, Antimo.

—Walter, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—No lo sé. Un par de años.

—Pero somos amigos, ¿verdad?

—Eso espero.

—Bien, pues Spinola no es mi auténtico nombre. Tenía otro durante la guerra. A decir verdad, no habría seguido vivo mucho tiempo con un nombre como Spinola. Nunca fui esa clase de italiano. Es un nombre judío italiano.

—A mí me trae sin cuidado lo que seas, Antimo. Yo nunca fui esa clase de alemán.

—Te aprecio, Walter. No dices nunca más de lo necesario, y tengo la sensación de que sabes guardar un secreto.

—No me cuentes nada que no sea estrictamente necesario —repuse—. A estas alturas de la vida, no puedo permitirme perder un amigo.

—Entendido.

—Y si a eso vamos, te diré que tampoco puedo permitirme perder a gente que ni siquiera me aprecia. Entonces me sentiría muy solo.

Encima de la barra, al lado de mi gimlet, había una caja de puros Partagás sobre la que ahora Spinola apoyó la mano.

—Necesito que me hagas un favor —dijo.

—Lo que quieras.

—Aquí dentro hay algo que quiero que tengas a buen recaudo. Solo durante un tiempo.

—De acuerdo.

Busqué al barman con la mirada y, al ver que había salido a la terraza y no había peligro, levanté la caja y eché un vistazo en su interior. Aunque antes incluso de abrir la tapa ya sabía lo que había dentro. No eran puros, por supuesto. Hay algo en el peso de veintitrés onzas de una pistola Walther de la policía que hace que sea capaz de reconocerlo en sueños. La cogí. Estaba cargada y, por el olor que despedía, se había disparado recientemente.

—No es que sea asunto mío —dije, al tiempo que cerraba la caja de puros—, pero huele como si hubiera estado muy atareada. Yo he disparado contra

gente y eso tampoco era asunto de nadie. No es más que lo que ocurre a veces cuando hay armas de por medio.

—Es su pistola —explicó.

—Debe de ser una chica de cuidado.

—Lo es. Así que se la quité. Solo para asegurarme de que no iba a cometer ninguna estupidez. Y no quiero guardarla en mi casa, por si regresa. Por lo menos hasta que me devuelva las llaves.

—Te la cuidaré, claro que sí. Es difícil encontrar un buen compañero de bridge. Además, echaba en falta tener un arma cerca. Una casa parece un tanto vacía sin un arma de fuego. La voy a dejar en el coche, ¿de acuerdo?

—Gracias, Walter.

Salí a la calle, dejé la pistola en la guantera y volví al hotel justo cuando llegaban los Rose en su Bentley descapotable de color crema. Esperé un momento e, instintivamente, le abrí la pesada portezuela del coche a la señora Rose para que se apeara. Siempre conducía él cuando iban a La Voile d'Or, pero a la vuelta siempre conducía ella, pues solo se permitía tomar dos gintonics frente a los seis o siete whiskys de él.

—Señora Rose —dije en tono amable, y tuve la galantería de recoger el fular de gasa verde que se le cayó cuando se apeó del coche. Hacía juego con el vestido que llevaba y, aunque el verde tal vez no era el color que más la favorecía, tampoco iba a permitir que eso interfiriera en mis aptitudes para el juego—, cómo me alegro de verla.

Respondió con una sonrisa, pero lo cierto es que no le estaba prestando ya mucha atención; de hecho, seguía pensando en el arma de la novia de Spinola cuando dos hombres que discutían en la otra punta de la terraza del hotel despertaron mi curiosidad. Uno era un inglés de rostro rubicundo que frecuentaba La Voile d'Or. El otro era Harold Hennig. Automáticamente abrí la puerta principal para que pasase la señora Rose antes de atreverme a echar otro vistazo a Hennig y el inglés, y al hacerlo pude ver que tal vez no se

tratara tanto de una discusión como de una situación en la que Hennig, sin perder la sonrisa, le estaba diciendo al inglés lo que debía hacer, cosa que al inglés no parecía hacerle mucha gracia. Tenía toda mi solidaridad. A mí tampoco me había gustado nunca recibir órdenes de Harold Hennig. Pero me desentendí enseguida y seguí a Jack y Julia Rose al interior, y por primera vez en una temporada Spinola y yo les ganamos, lo que me alegró la velada hasta que regresé al Grand y supe que debía sustituir a nuestro portero de noche, que había llamado para decir que no podía trabajar porque tenía un resfriado de verano, fuera lo que fuese eso. Yo tuve un resfriado de invierno en un campo soviético de prisioneros de guerra durante unos dos años, y lo cierto es que fue un incordio. Un resfriado de verano suena igual de horrible.

No me importa hacer el turno de noche. Se está fresco y el chirriar de las cigarras al anochecer es tan relajante como la madreselva nocturna que adorna las paredes detrás de las lánguidas estatuas, cerca de la puerta principal. Además, aparecen menos huéspedes con preguntas y problemas que resolver, y dediqué la primera hora del turno a leer el *Nice-Matin* para perfeccionar mi francés. Hacia la una de la madrugada, tuve que ayudar a un americano muy rico, el señor Biltmore, a subir a su suite de la cuarta planta. Había estado bebiendo coñac toda la noche, y se las había apañado para vaciar una botella y el bar entero con sus odiosos comentarios, relacionados sobre todo con la guerra. Al parecer, había dicho que los franceses no habían arrimado el hombro como era debido, y que el de Vichy había sido un gobierno nazi en todo salvo en el nombre. Yo no hubiera discrepado en nada, a menos que hubiera sido francés. Como bien podría haber dicho Napoleón, aunque no lo dijo: «La historia francesa es la versión de los acontecimientos pasados en la que los franceses se han puesto de acuerdo». Me encontré a Biltmore repantingado en un sillón y apenas consciente, que es como prefiero a los borrachos del hotel, aunque empezó a alterarse y a dar voces en cuanto me acerqué a despertarlo con amabilidad. Luego me lanzó un puñetazo, y

después otro, de modo que me vi obligado a darle un golpecito en el mentón con el puño, justo lo bastante fuerte para atontarlo y evitar que ninguno de los dos sufriera mayores daños. Eso me dejó con un problema distinto, porque Biltmore tenía el tamaño de una secuoya y era igual de difícil de cargar sobre el hombro, de modo que me vi obligado a recurrir prácticamente a todas mis energías para llevarlo hasta el ascensor, y luego a las pocas que me quedaban para sacarlo de la jaula y tumbarlo en la cama. No lo desvestí. En tanto que conserje, lo último que quieres es que un americano borracho recupere el conocimiento justo cuando le estás bajando los pantalones. Los yanquis no se toman a la ligera que los desnuden, sobre todo si lo hace otro hombre. En una situación así, uno puede perder no solo algún diente, sino también el empleo. En la Riviera, a un conserje —incluso a uno de los buenos, con la dentadura completa— se le puede sustituir en un abrir y cerrar de ojos, pero ningún hotel quiere prescindir de un huésped como el señor Biltmore, sobre todo teniendo en cuenta que desembolsa más de mil quinientos francos cada noche —unos cuatrocientos dólares— por una suite que ha reservado para tres semanas enteras. Nadie puede permitirse perder treinta mil francos, además de las sumas que gastaba en el bar y las propinas.

Para cuando volví abajo, estaba más acalorado que un chino planchando ropa, de modo que regresé al bar y le pedí al barman que me preparara un gimlet helado con alcohol del bueno —la ginebra Plymouth Navy Strength con una graduación del cincuenta y siete por ciento que les dan a los marineros de los submarinos nucleares—, como remate de los cuatro más flojos que ya me había tomado en La Voile d'Or para aguantar la presión. Me lo bebí con la cena, que consistió en un par de aceitunas y un puñado de galletas saladas.

Acababa de cenar cuando se presentó otra huésped en recepción. Y era toda una presencia: levemente perfumada, sobria, con un vestido negro bien ceñido que permitía hacerse una buena idea de lo que había bajo el

envoltorio, y un brochecito de diamantes en forma de lazo en la parte delantera. No sé gran cosa de moda, pero el suyo era una especie de vestido de bailarina con canesú, un hombro al descubierto y, al fijarte bien, no un lacito en la cintura, sino una pequeña flor de diamantes. Con sus guantes y zapatos negros a juego, resultaba tan atractiva como el saldo bancario de Christian Dior. La señora French era una de nuestros clientes habituales, una dama inglesa rica y sumamente atractiva de cuarenta y tantos años, cuyo padre era un artista famoso que en sus tiempos vivía y trabajaba en la Riviera. Según dicen es escritora y alquila una casa local en Villefranche, pero pasa buena parte de su tiempo libre en el Grand Hôtel. Nada mucho en nuestra piscina, lee un libro en el bar, usa el teléfono a menudo y luego cena tarde en el restaurante. Suele estar sola, aunque a veces la acompañan sus amistades. Hace unas semanas, me pareció que la señora French intentaba conquistar al ministro francés de defensa nacional, *monsieur* Bourgès-Maunoury, que se alojaba aquí, pero la cosa no llegó a ninguna parte. Por lo visto, el ministro tenía otras cosas en la cabeza, como la amenaza islámica que supone el FLN argelino, por no hablar de ese Hitler egipcio de pacotilla, Gamal Abdel Nasser, y quizá la mujer anónima que estaba en la habitación contigua a la suya. No es un tipo mal parecido, supongo; moreno de cabello y ojos, tal vez demasiado zalamero, un poco pequeño, y a decir verdad un par de categorías por debajo de lo que le correspondería a la señora French. A mi modo de ver, una morena guapa como ella podría aspirar a más. Aunque también es verdad que se rumorea que Maurice Bourgès-Maunoury podría ser el próximo primer ministro de Francia.

—Buenas noches, señora French —dije a modo de saludo—. Espero que haya disfrutado de la cena.

—Sí, no estaba mal.

—No suena ni remotamente tan bien como debería.

Suspiró.

—Podría haber estado mejor.

—¿Era la comida? ¿O tal vez el servicio?

—Para ser sincera, ninguna de las dos cosas tenía nada de malo. Y aun así, faltaba algo... Con un libro por toda compañía, me temo que no era nada que pueda remediar fácilmente nadie del Gran Hôtel.

—¿Puedo preguntarle qué está leyendo, señora French? —Mis modales han mejorado mucho desde que volví a introducirme en el mundo de los hoteles. A veces parezco casi un tipo de lo más atento.

Abrió la cartera de piel de cocodrilo y me enseñó el libro: *El americano impasible*, de Graham Greene. Mis ojos de poli captaron de un vistazo el frasco de Mystikum, un fajo de francos franceses, una polvera de oro y una cajita con tapa de rosca en la que podía haber una borla de maquillaje, aunque era mucho más probable que contuviera su diafragma.

—No lo he leído —reconocí.

—No, pero creo que seguramente usted habrá olvidado más acerca de cómo dejar a un americano aceptablemente impasible de lo que ha aprendido nunca Graham Greene. —Sonrió—. Pobre señor Biltmore. Esperemos que mañana achaque el dolor de cabeza al alcohol y no a su puño.

—Ah, lo ha visto. Lo lamento. Creía que el bar estaba vacío.

—Estaba sentada detrás de una columna. Pero ha manejado la situación muy bien. Como un experto. Yo diría que ya había hecho cosas así. Profesionalmente, quiero decir.

Me encogí de hombros.

—El negocio hotelero siempre presenta una serie de retos interesantes.

—Si usted lo dice...

—Quizá pueda recomendarle alguna otra lectura —me ofrecí, apresurándome a cambiar de tema.

—¿Por qué no? Después de todo, es usted conserje. Aunque, a mi modo de

ver, desempeñar el papel de un crítico como Robert Benchley quizá exceda sus obligaciones habituales.

Le mencioné un libro de Albert Camus que me había impresionado.

—No, no me gusta —respondió—. Es demasiado francés para mi gusto. Demasiado político, también. Pero ahora que lo pienso, tal vez podría recomendarme algún libro sobre el bridge. Me gustaría aprender a jugar, y sé que usted lo hace a menudo, señor Wolf.

—Estaré encantado de prestarle alguno de mis libros, señora French. Cualquier título de Terence Reese o S. J. Simon le vendrá bien, creo yo.

—Mejor aún, podría enseñarme usted a jugar. Estaría encantada de pagarle por sus clases privadas.

—Me temo que mis obligaciones en el hotel no me lo permitirían, señora French. Aunque pensándolo mejor, creo que lo más indicado sería que comenzara por el libro de Iain Macleod, *El bridge es fácil*.

Si se llevó una decepción, no lo demostró.

—Parece bastante adecuado. ¿Me lo traerá mañana?

—Claro. Me temo que no estaré aquí para dárselo en persona, señora French, pero se lo dejaré a algún colega mío.

—¿No trabaja mañana? Qué lástima. Me gusta charlar con usted.

Le ofrecí una sonrisa diplomática e hice una leve reverencia.

—Siempre me alegra serle útil, señora French.

En el bridge eso se llama «Pasar».

—¡Vaya, qué sorpresa tan agradable! ¡Qué casualidad encontrarnos aquí!

A unos pocos kilómetros de Cap Ferrat, Villefranche-sur-Mer es una curiosa ciudad antigua de la Riviera llena de turistas que disfrutan de sus escaleras ocultas de estilo Escher, de sus altas casas de vecinos y de sus sinuosas y oscuras calles empedradas. Es un poco como estar en una versión francesa de una película de Fritz Lang, sombría, secreta y llena de extraños ángulos de cámara con objetivo de ojo de pez, perfecta para un hombre desarraigado en búsqueda y captura viviendo con discreción y bajo un nombre falso. Así pues, fue toda una sorpresa tropezar con la señora French delante de un bar, nada menos que en la Rue Obscure, que está totalmente cubierta por una bóveda, igual que una cripta, y me recuerda muchísimo a una parte del antiguo Berlín, razón por la cual suelo frecuentarla. Solo. El bar La Darse es un tugurio de mala muerte, un establecimiento sepulcral con serrín en el suelo y mesas de madera pringosa que tiene aspecto de llevar abierto desde los tiempos de Carlos V, aunque el rosado de la casa que sirven en jarras de loza es casi bebible y a menudo se me puede encontrar allí, si alguien se viera tentado de buscarme. Nadie se había visto tentado de buscarme, así que no pude dejar de sospechar que el encuentro con la señora French en la Rue Obscure no era del todo la feliz casualidad que ella aseguraba. Lucía pantalones pirata de color rosa, un pañuelo a juego en la cabeza, un jersey negro holgado y, en torno al cuello, un collar de perlas y una Leica que parecía más cara incluso. Era la clase de aspecto

despreocupado y casual que consiguen clavar las mujeres después de pasar mucho rato delante del espejo.

—¿Vive por aquí, señor Wolf? —preguntó.

—Por así decirlo. Tengo un alojamiento en Quai de la Corderie. En el paseo marítimo. —Me pregunté cuál de mis colegas del Grand Hôtel du Cap Ferrat podía haberle dicho dónde vivía y, ya puestos, quién conocía mis costumbres, y enseguida llegué al nombre de Ueli Leuthard, que era mi jefe y, como bien sabía, amigo de la señora French.

—Sabe que somos casi vecinos, ¿no? Mi casa está en la Avenue des Hespérides.

Sonreí. Mi casa se parecía a la cárcel local. Las casas de Avenue des Hespérides eran grandes villas bien amuebladas de varios pisos, con amplios jardines y vistas al mar lujosamente despejadas. Describirnos como vecinos era como comparar un erizo de mar con un pulpo gigante.

—Supongo que sí —reconocí—. Pero ¿qué la trae por esta calle, señora French? El nombre de «obscure» no es casual.

—Vengo a hacer fotos, como todo el mundo. Cuando no escribo, hago fotos. Incluso he vendido unas cuantas. Y llámame Anne, por favor. Ahora no estamos en el Grand Hôtel.

—Desde Luego. Aun así, yo diría que aquí no hay suficiente luz para hacer fotos.

—Ahí está el quid de una buena fotografía. Se trata de saber aprovechar la luz disponible y jugar con las sombras. Buscar una buena definición en el blanco y negro cuando no resulta evidente que la haya, y quizá desvelar un misterio.

Aquella descripción se parecía a la del trabajo de un detective.

—Bueno, ¿vas a invitarme a una copa? —preguntó.

—¿Ahí?

—¿Por qué no?

—Si hubiera entrado alguna vez por esa puerta, sabría la respuesta a esa pregunta. No, vamos a otro sitio. —Acerqué la cabeza a su oreja un momento y la oí sonoramente, para causar mayor efecto—. Es Mystikum, y preferiría disfrutarlo porque lo lleva usted, no porque disimule el olor a pescado.

—Me impresiona que sepas qué perfume llevo.

—Soy conserje. Mi trabajo consiste en saber cosas así. Además, vi el frasco en su bolso de mano anoche, cuando me enseñó el libro.

—Qué buen ojo.

—Me temo que no me sirve de mucho.

Asintió.

—No voy a discutir lo de ir a algún otro sitio. Sí que huele a pescado por aquí.

—Bien.

—¿Adónde vamos?

—Esto es Villefranche. En esta ciudad hay más bares que buzones, lo que probablemente explica por qué es tan lento el correo.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no vamos a tu casa y así puedes darme ese libro de bridge?

—Me temo que le he dado una idea equivocada, señora French. Cuando he dicho que era un alojamiento, en realidad me refería a una langostera.

—Y tú eres la langosta, ¿no?

—Desde luego. No hay sitio más que para mí y para la mano de algún pescador de la zona.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué no vas a tu casa, coges el libro y luego lo llevas a la mía? Avenue des Hespérides, número ocho. Podemos tomar una copa allí si te apetece. Hay una bodega muy bien surtida, y apenas la he tocado desde que alquilé la casa.

—¿No había en el Jardín de las Hespérides unas manzanas de oro

protegidas por un dragón de cien cabezas que nunca dormía y al que llamaban Ladón?

—Teníamos un perro guardián, pero se murió. Tengo un gato, eso sí. Se llama Robie. No creo que tengas que preocuparte por él. Pero si prefieres no...

—La situación es la siguiente, señora French... Bien podríamos trabar amistad. Pero suponga que luego nos distanciamos. Quiere que le enseñe a jugar al bridge. Hay ejercicios. Deberes. Suponga que digo que no es una alumna diligente. Entonces, ¿qué? Suponga que tengo que ponerme duro con usted por jugar mal una mano. Créame, son cosas que ocurren. —Me encogí de hombros—. El caso es que, como toda langosta, no me apetece sumergirme en agua hirviendo. Se recomienda al personal no confraternizar con los huéspedes del hotel, y no querría perder mi empleo. No es un gran trabajo, pero es el único que tengo ahora mismo. El negocio del cine va un poco lento por aquí desde que se marchó Alfred Hitchcock.

—Bueno, entonces no veo dónde está el problema. Nunca me alojo allí. Detesto alojarme en hoteles. Sobre todo en grandes hoteles. En realidad, son lugares muy solitarios. Todas las habitaciones tienen cerradura en las puertas, y eso me resulta más bien claustrofóbico.

—Es usted muy insistente.

—De ningún modo querría hacerle sentir incómodo, señor Wolf. Por supuesto que no.

Hizo un leve mohín, y me pareció que era yo quien la incomodaba, lo que me supo mal. Es un problema que tengo a veces; no me gusta incomodar a la gente, sobre todo cuando se trata de alguien con el aspecto de Anne French.

—Walter. Haga el favor de llamarme Walter. Y sí, claro, estaré encantado de tomar una copa en su casa. ¿Dentro de una hora, digamos? Así tendré tiempo de ir a por el libro y cambiarme de camisa. Para una langosta, es la manera menos dolorosa de cambiar de color.

—Creo que el rosa te favorecería —dijo.

—Eso pensaba mi madre cuando era pequeño, desde luego. Hasta que se dio cuenta de que era niño.

—Cuesta imaginar que tuvieras padres.

—Tuve dos, de hecho.

—Lo que quiero decir es que pareces un hombre muy serio.

—No se deje engañar por las apariencias, señora French. Soy alemán. Y como a todos los alemanes, es fácil llevarme por el mal camino.

En casa hice mucho más que cambiarme de camisa. Me duché y me peiné. Incluso me eché un poco de Pino Silvestre que se había dejado en la habitación del hotel un cliente. Consigo muchas cosas así. Huele a una mezcla de bolas de naftalina y árbol de Navidad, pero repele los mosquitos, que aquí son un auténtico problema, y es mejor que mi olor corporal natural, que siempre resulta un tanto amargo de un tiempo a esta parte.

La villa de la señora French ocupaba un precioso jardín que consistía en una serie de terraplenes cubiertos de césped suspendidos sobre el borde de los peñascos que había en lo alto de Villefranche, y tenía aspecto de haber sido diseñado por algún babilonio con cabeza para las alturas. La casa semirrústica de estuco rosa tenía una torre circular en una esquina y una elegante terraza con galería en la primera planta. Había también una piscina y una cancha de tenis de tierra batida, así como una villa de invitados y una portería con una caseta de perro vacía apenas más pequeña que el lugar donde vivía yo. Eché un vistazo a la cesta y el cuenco del perro, y me planteé solicitar el puesto vacante. Nos sentamos en la terraza con vistas a la piscina de color aguamarina inundada de luz y Anne me alcanzó una botella de Tavel que hacía juego con el estuco y que me ayudó a ahuyentar el regusto de mi colonia.

Dentro, la casa estaba llena de libros y obras de arte de esas que se tarda una vida entera en coleccionar, o en pintar, dependiendo de si tienes buen

gusto o talento, y puesto que yo no tengo ni lo uno ni lo otro, me quedé ahí plantado y asentí, manteniendo la boca cerrada y procurando no reconocer que, a mi modo de ver, era todo un poco parecido a Picasso, cosa que con toda la razón ella podría haber tomado como un cumplido, al ignorar que no soporto a Picasso. Hoy en día todos sus rostros son tan feos como el mío, y me parecía poco probable que mi cara tuviera el menor interés para una mujer que era por lo menos diez años más joven que yo. Lo cierto es que no estaba seguro de lo que se traía entre manos; por lo menos no todavía. Igual quería de verdad que le enseñara a jugar al bridge, aunque para eso hay escuelas, y maestros, incluso en la Riviera. Igual estoy siendo un tanto cínico, pero no mostró ningún interés en el libro cuando se lo di, y permaneció cerrado encima de la mesa durante el rato que nos llevó terminar una botella y abrir otra.

Hablamos de nada en particular, un tema en el que soy todo un experto. Y un rato después fue a la cocina a preparar algo de picar, dejándome solo para que fumara y entrara en la casa a husmear entre sus libros. Saqué uno a la terraza y lo leí mientras la esperaba, y cuando por fin salió, fue al grano.

—Supongo que te preguntas por qué tengo tanto interés en aprender a jugar al bridge —dijo.

—No, ni por un instante. Hoy en día procuro preguntarme tan pocas cosas como puedo. Los huéspedes suelen preferirlo así.

—Ya te dije que soy escritora.

—Sí, ya me he fijado en todos los libros. Deben de venir bien cuando estás pensando en algo que escribir.

—Algunos eran de mi padre. —Cogió un momento el libro que yo había estado leyendo de la mesa y luego lo dejó de golpe—. Incluido este. *Russian Glory*, de Philip Jordan. ¿De qué va?

—Es una suerte de panegírico sobre Stalin y el pueblo ruso, y sobre los males del capitalismo.

—¿Y qué demonios hacías leyendo eso?

—Es como encontrarse con un viejo amigo más bien ingenuo. Durante una buena temporada, en la guerra fue el único libro que tenía a mi disposición.

—Qué incómodo.

—Lo fue. Pero me estabas diciendo por qué tienes tanto interés en aprender a jugar al bridge.

—¿Qué sabes de William Somerset Maugham, el escritor?

—Lo bastante para saber que no estaría interesado en usted, señora French. Por una parte, no es lo bastante joven. Y por otra, es del sexo equivocado.

—Es verdad. Por eso quiero aprender a jugar al bridge. Estaba pensando que quizá de este modo podría llegar a conocerlo. Por lo que tengo entendido, juega a cartas casi todas las noches.

—¿Por qué quieres conocerlo?

—Soy una gran admiradora de su obra. Hoy por hoy, es quizá el novelista vivo más grande. Desde luego es el más popular, razón por la que puede permitirse vivir aquí con semejante esplendor, en la Villa Mauresque.

—A ti tampoco te va tan mal.

—Yo alquilo esta casa. No es mía. Ojalá lo fuera.

—¿De verdad quieres conocerlo por eso?

—No sé a qué te refieres. Igual no te has fijado, pero tengo toda una colección de primeras ediciones suyas, y me encantaría que me las firmara todas antes..., antes de morir. Ya es un hombre mayor. Eso, naturalmente, las haría mucho más valiosas. Supongo que también cuenta.

—Nos estamos acercando —dije—, pero apuesto a que esa tampoco es la auténtica razón. No tienes aspecto de librera. No con esos pantalones.

Anne French se ofendió un poco.

—Muy bien, es porque un editor americano llamado Victor Weybright me ha hecho una oferta para que escriba su biografía —reconoció—. Cincuenta mil dólares, para ser exactos.

—Esa es una razón mucho mejor. O para ser más precisos, cincuenta mil razones.

—Me gustaría mucho conocerlo, pero, como has observado, soy del sexo equivocado.

—¿Por qué no le escribes y le cuentas lo del libro?

—Porque así no llegaría a ninguna parte. Somerset Maugham es conocido por su carácter reservado. Detesta la idea de que escriban sobre él y, hasta el momento, se ha resistido a todos sus biógrafos. Por eso la oferta económica es tan buena. Nadie lo ha conseguido. Pensaba que, si aprendo a jugar al bridge, quizá pueda acceder a su círculo y espigar conversaciones y un poco de color. Nunca accedería a conocerme si supiera que estoy escribiendo un libro sobre él. No, la única manera de hacerlo es darle una razón para que me invite. Según se dice, antes jugaba con Dorothy Parker. Y más recientemente con la reina de España y lady Doverdale.

—El bridge no es un juego que se aprenda en un santiamén, señora French. Lleva tiempo adquirir destreza. Por lo que tengo entendido, Somerset Maugham lleva jugando toda la vida. No sé si yo mismo estaría a su altura.

—Aun así, me gustaría intentarlo. Y estoy dispuesta a pagarte para que vengas aquí y me enseñes. ¿Qué te parece cien francos por clase?

—Tengo una idea mejor. ¿Qué tal se le da la cocina, señora French?

—Si estoy sola, suelo ir al hotel. Pero sé cocinar. ¿Por qué?

—Voy a proponerte un trato. Mi mujer me dejó hace un tiempo. Echo de menos la cocina casera. Prepárame la cena dos veces a la semana y te enseñaré a jugar al bridge. ¿Qué te parece?

Asintió.

—Trato hecho.

Así pues, había repartido las cartas. Y en el bridge el que reparte es el primero en cantar.

Durante un par de semanas, mi acuerdo con Anne French funcionó bastante bien. Era una alumna perspicaz, y se adaptó al juego igual que una baraja nueva y un dispensador de cartas. No era mala cocinera, e incluso me las arreglé para engordar un poco. Pero sobre todo preparaba unos gimlets estupendos, de esos que se saborean y se notan durante horas. Quizá fue por eso por lo que, una o dos veces, tuve la sensación de que quería besarme, pero logré resistirme a la tentación, cosa rara en mí. La tentación no es algo que pueda eludir fácilmente cuando viene llevando Mystikum detrás de sus orejas de pétalo de rosa y alcanzo a ver su ropa interior todavía tendida al otro lado de la puerta de la cocina. No era que no me resultara atractiva o que no me hubiera venido bien un poco de afecto —o que no me gustara su ropa interior—, pero he salido escarmentado tantas veces que soy más cauto aún que los jabalíes que se adentraban entre los árboles a los pies de su jardín después de oscurecer para husmear en busca de algo que comer. Cautos y dispuestos a pensar que alguien podría estar apuntándome a la sien con un rifle. Entretanto, seguí yendo a La Voile d'Or dos veces a la semana para jugar al bridge, y mi vida siguió discurriendo por los mismos senderos monótonos. La vida se aprecia mejor cuando uno tiene un empleo regular y un sueldo tirando a bueno y puede dejar de pensar en nada más importante que lo que está pasando en Egipto. Al menos, eso me decía yo. Pero una noche Spinola se presentó muy borracho —demasiado borracho para jugar al bridge—, y lo cierto es que me alegré, porque así tuve una excusa para llamar a Anne y preguntarle si quería ocupar el lugar del italiano a la mesa. Me llevé

un verdadero chasco; primero, porque al intentarlo averigüé que no se encontraba en casa, y después, porque me di cuenta de que estaba más decepcionado de lo que a mi modo de ver habría sido apropiado, teniendo en cuenta todo lo que me había dicho a mí mismo y le había dicho a ella acerca de no liarse con clientes del hotel. Finalmente, los Rose se ofrecieron a llevar a Spinola en su Bentley y me dejaron a solas en la terraza con una última copa y un pitillo, preguntándome si debería presentarme en casa de Anne en Villefranche y buscarla por si no había oído el teléfono, o si había preferido no contestar. Era lo menos indicado, claro, y estaba a punto de hacerlo igualmente cuando un inglés con un perrito se dirigió a mí.

—Veo que viene mucho por aquí —dijo—. A jugar al bridge, dos veces a la semana. ¿No es usted el conserje del Grand Hôtel?

—A veces —respondí—. Cuando no estoy jugando al bridge.

—Es adictivo, ¿verdad?

Probablemente rondaba los cuarenta, aunque parecía mayor. Con sobrepeso y un poco sudoroso, llevaba un blazer cruzado de lino, camisa blanca con puños dobles que asomaban de las mangas y gemelos de oro que hacían pensar en un día modesto en el Klondike, pantalones grises de tela asargada, una corbata de seda con los colores de la piel de un jaguar sudamericano y un pañuelo de seda a juego que se le derramaba del bolsillo superior como si estuviera a punto de sacar un ramo de flores falsas, igual que un mago de tres al cuarto. Era el mismo hombre que había visto discutiendo con Harold Hennig a la entrada del hotel.

—Hola, me llamo Robin Maugham.

—Walter Wolf.

Nos estrechamos la mano e hizo un gesto al camarero para que viniera.

—¿Le invito a una copa?

—Claro.

Pedimos las bebidas y un poco de agua para el perro, encendimos los

cigarrillos, nos sentamos a una mesa en la terraza con vistas al puerto y procuramos comportarnos con normalidad en general, o al menos con toda la normalidad que es posible cuando un hombre no es homosexual y sabe que el otro lo es, y este es plenamente consciente de que el primero entiende todo eso. Era un poco incómodo, quizá, pero nada más. Antes creía en un orden moral, pero también lo hacían los nazis, y su idea de orden moral incluía asesinar a homosexuales en campos de concentración, lo que fue más que suficiente para que mis opiniones cambiaran. Después de la orgía de destrucción que infligió Hitler a Alemania, me parece absurdo preocuparse por lo que haga un hombre en el dormitorio de otro.

—Es usted alemán, ¿verdad?

—Sí.

—No pasa nada. No soy un inglés de esos a los que no les caen bien los alemanes. Conocí a muchos de ustedes en la guerra. Hombres cabales, la mayoría. En el cuarenta y dos, estuve en África del Norte con el 4.º Regimiento de Londres Yeomanry, en la división acorazada. Nos enfrentamos al DAK, el Deutsches Afrikakorps, que era la 15.ª División de Panzers allí donde estaba yo destinado. Buenos combatientes, doy testimonio de ello. Sufrí una herida en la cabeza en la batalla de Knightsbridge, lo que puso fin a mi guerra. Al menos así la llamábamos nosotros. Oficialmente, fue la batalla de Gazala, aunque siempre pienso en ella como la batalla de Knightsbridge.

—¿Por qué?

—Ah, bueno, era el nombre en clave de nuestra posición defensiva en el frente de Gazala: Knightsbridge. Pero para ser sincero, conocía a tantos muchachos del 8.º Ejército de Eton, Cambridge y de mi colegio de abogados, que a veces tenía la sensación de estar de compras por Knightsbridge. No es que fuera oficial, nada de eso. Me alisté como soldado raso... Lo cierto es que

era un poco rojeras. Y quería pagar yo mismo mis copas, por así decirlo. Nunca me han gustado esas zarandajas de los puñeteros oficiales.

Hablaba de ello como si de una larga jornada en el campo de críquet se tratara.

—¿Y usted, Walter?

—Yo estuve muy por detrás de nuestras líneas, a salvo en Berlín. Un hombre sin honor, me temo. Demasiado mayor para todo eso. Era capitán en la oficina del intendente general. El cuerpo de servicio de comidas del ejército.

—Ah, empiezo a ver la pauta.

Asentí.

—Antes de la guerra, trabajaba en el hotel Adlon.

—Claro. Todo el mundo se aloja en el Adlon. *Gran Hotel*. Me refiero a la película. De Vicki Baum, ¿no? La escritora austríaca.

—Sí, eso creo.

—Ya me parecía. Yo también soy escritor. Libros, obras de teatro... Ahora mismo estoy escribiendo una obra de teatro. Una comedia basada en *El rey Lear*, de Shakespeare. Es sobre un hombre que tiene tres hijas...

—Qué coincidencia.

Maugham se echó a reír.

—Desde luego.

—Supongo que ya sería el colmo de la casualidad si usted estuviera emparentado con el otro Maugham que vive por aquí.

—Es mi tío. De hecho, él conoció a Vicki Baum cuando estuvo viviendo en Berlín antes de la primera guerra.

Llegaron las bebidas, y Robin Maugham cogió su copa de vino blanco de la bandeja de estaño del camarero con la impaciencia de un auténtico alcohólico. Bien lo sabía yo: mi copa de tono verdoso había adquirido el aura del santo grial.

—A él también le caen bien los alemanes. A Willie. Así llamamos al anciano. Habla alemán con soltura. Antes de estudiar medicina, pasó un año en la universidad de Heidelberg. A tío Willie le encanta Alemania. Tiene una predilección especial por Goethe. Sigue leyéndolo en alemán. Lo que ya es decir de un inglés, eso se lo aseguro.

—Entonces, ya tenemos algo en común.

—Usted también, ¿eh? Así me gusta.

Saltaba a la vista que Robin Maugham era un autor teatral. Tenía una enorme facilidad de palabra, una suerte de conversación animada y guasona que disimulaba en la misma medida que revelaba, como un personaje que uno sabía que iba a resultar mucho más importante de lo que parecía, aunque solo fuera en virtud de su prominencia en el cartel de la función.

—Bueno, entre el bridge y el alemán, quizá le gustaría echar una partida en la Villa Mauresque alguna noche. A nuestro anciano siempre le apetece conocer a gente interesante. Tiene fama de reservado, claro, pero me atrevería a decir que el conserje del Grand Hôtel... Por no hablar de alguien que trabajó en el famoso Adlon... Está claro que una persona así debe de estar acostumbrada a guardar unas cuantas confidencias, ¿no?

—Me encantaría ir —accedí—. Y no se preocupe por que me vaya de la lengua.

Pensé en Anne French y en lo que diría cuando supiera que me habían invitado a Villa Mauresque. Cabía la posibilidad de que ella percibiera mi invitación como una confirmación de su propia estrategia: aprender a jugar al bridge a fin de conocer a Somerset Maugham. Pero era igualmente posible que lo viera como una especie de traición por mi parte. Y aunque por un breve instante me planteé sencillamente no contárselo para no herir sus sentimientos, me pareció que mi presencia allí no podía sino propiciar que a ella también llegaran a invitarla. Y si eso no llegaba a ocurrir, siempre podría

ser su espía e informarla de cómo eran las cosas en realidad en Villa Mauresque, proveyéndola del color que necesitaba para su libro.

—Aunque creo que antes debería leer alguna novela suya —añadí—. No me gustaría verme en el brete de reconocer que no he leído ninguna. ¿Cuál me recomienda?

—Una breve. Mi preferida es *La luna y seis peniques*, que es sobre la vida de Paul Gauguin. Le puedo prestar mi ejemplar si quiere.

Robin Maugham consultó su reloj.

—El caso es que, ahora que lo pienso, aún podríamos llegar a cenar a la villa, si es que no ha cenado todavía. Willie se asegura de que haya muy buena mesa. Nuestra cocinera italiana, Annette, es maravillosa. Y además mi tío está hoy de muy buen humor. Por ridículo que parezca, una invitación a la próxima boda del príncipe Rainiero con Grace Kelly en Mónaco parece haberle hecho tanta ilusión como si se casara él mismo.

—Yo también recibí una invitación, pero por desgracia me vi obligado a declinarla. Tendría que buscar todas mis condecoraciones y comprarme un traje nuevo, algo que difícilmente puedo permitirme.

Robin sonrió, un tanto inseguro.

Miré mi reloj de pulsera.

—Pero, claro, vamos. No me importa interrumpir el consumo de alcohol con algo de comida.

—Bien. —Robin apuró la copa de vino, cogió el terrier y señaló hacia el fondo de la terraza—. ¿Vamos?

Me subí al coche y seguí el Alfa Romeo rojo del inglés colina arriba, hacia las afueras de la ciudad. Era un cálido y hermoso atardecer, con una leve brisa marina y una pincelada de color rosa coral en el cielo azul como si hubiera entrado en fogosa erupción un Vesubio más cercano. Detrás de nosotros, los esbirros ligeros de ropa de Hermes llenaban los numerosos restaurantes de la orilla y las calles estrechas, mientras que la Troya en

miniatura que era el puertecito de Cap Ferrat se veía erizada de innumerables mástiles altos y cientos de blancas embarcaciones invasoras, que se disputaban una ondulante posición sobre el agua cristalina casi invisible, como si no importara en absoluto adónde iba o de dónde venía nadie. Desde luego, a mí no me importaba.

La Villa Mauresque, a la que se llegaba por una angosta y sinuosa carretera bordeada de pinos, estaba en la cima misma del Cap y detrás de una gran verja de hierro forjado flanqueada por dos pilares de yeso blanco, en uno de los cuales estaba grabado el nombre de la casa —y en color rojo, lo que me pareció una señal contra el mal de ojo—. Eso no me hizo aflojar la velocidad, y crucé la verja a rebufo de Robin Maugham como si tuviera los ojitos azules más inocentes de toda Francia. El lugar no habría tenido un aire más retirado si hubiera vivido allí el rey Leopoldo II de Bélgica en persona con el pigmeo que tenía por mascota, sus tres amantes y su zoo privado, por no hablar de los muchos millones que se había apañado para robar del Congo. Según se decía, también tenía una colección considerable de manos humanas, arrancadas de los brazos de nativos con la simple intención de instar a los demás a que entraran en la jungla a recoger caucho. Creo que el rey Leopoldo podría haber enseñado a los nazis unas cuantas cosas acerca de la crueldad y de cómo gobernar un imperio. A diferencia de Hitler, había muerto en cama a los setenta y cuatro años. En otros tiempos, había sido propietario de todo Cap Ferrat, y la Villa Mauresque se construyó para uno de sus confidentes, un hombre llamado Charmeton, cuya procedencia argelina le había dejado cierta preferencia por la arquitectura morisca. Lo sabía porque era uno de esos detalles que se supone debe saber un conserje del Grand Hôtel.

Según Robin Maugham, su tío era propietario de la villa desde hacía más de treinta años. Era la clase de lugar en el que uno podía imaginarse con facilidad a un novelista escribiendo, de no ser porque nadie hubiera creído

que alguien trabajara allí, pues la casa parecía tener más ornamentación —por dentro y por fuera— de lo que me había imaginado. Anne French alquilaba una villa bonita. Esta era magnífica y ponía de manifiesto la fama internacional de Maugham, su enorme riqueza y su gusto impecable. Estaba pintada de blanco, con contraventanas verdes y altas puertas de doble hoja también verdes, ventanas de herradura, una entrada en forma de pasaje abovedado morisco y una enorme cúpula en el tejado. Había una cancha de tenis, una piscina inmensa y un hermoso jardín lleno de hibiscos, buganvillas y limoneros que impregnaban el aire del anochecer del intenso aroma cítrico de una barbería. En el interior había suelos de ébano, techos altos, pesados muebles españoles, lámparas de araña de madera dorada, figuras de mármol de africanos, alfombras de estilo Savonnerie, y, entre otros muchos cuadros, uno de Gauguin: una de esas tahitianas de extremidades gruesas y nariz ancha con aspecto de poder aguantar tres asaltos con Jersey Joe Walcott. Encima de la chimenea había un águila dorada con las alas extendidas —lo que me recordó a mis antiguos patrones de Berlín—, y todos los libros que descansaban en la pulida superficie de una mesa redonda de estilo Luis XVI eran nuevos y habían sido enviados de un establecimiento de Londres llamado Heywood Hill. El jabón que usé para lavarme las manos en el cuarto de baño de la planta baja tenía aún el envoltorio Floris y las toallas eran más gruesas que los cojines de seda de los sillones del Directoire. El Grand Hôtel parecía una versión barata de lo uno podía disfrutar en la Villa Mauresque. Era un lugar de esos donde el tiempo y el mundo exterior no eran bienvenidos; un lugar de esos que costaba imaginar que siguieran existiendo en una economía de cartillas de racionamiento que se estaba recuperando de una guerra terrible; un lugar de esos que probablemente se asemejaba a la mente del hombre que lo poseía, un hombre entrado en años con el rostro de un dragón de Komodo y un blazer cruzado de color azul que parecía confeccionada por el mismo sastre de Londres que la de Robin. Se levantó y

vino a estrecharme la mano mientras su sobrino hacía las presentaciones, y cuando se pasó la lengua por los labios de su fina, ancha y marchita boca, no me hubiera sorprendido ver que tenía lengua bífida.

—¿Dónde te habías metido, Robin? Hemos retrasado la cena por ti, y ya sabes que detesto hacer eso. Es una falta de consideración hacia Annette.

—Me he pasado por La Voile a tomar una copa y me he encontrado a un amigo. Walter Wolf. Es alemán y un estupendo jugador de bridge, y estaba ocioso, así que he pensado que más valía traérmelo.

—¿Ah, sí? Cómo me alegro. —Maugham se puso un monóculo en el ojo, me miró de hito en hito y me ofreció una sonrisa que parecía más un rictus—. N-no vemos mu-muchos a-alemanes por aquí. Es buena señal que estén volviendo a la Riviera. Es un buen augurio para el futuro que los alemanes puedan permitirse volver a venir por aquí.

—Me temo que se equivoca, señor. No he venido a pasar la temporada. Trabajo en el Grand Hôtel. Soy el conserje.

—Es usted bienvenido igualmente. Así que juega al bridge, ¿eh? Es el juego más entretenido que ha concebido el hombre, ¿verdad?

—Sí, señor. Eso creo, desde luego.

—Robin, más vale que le digas a Annette que tenemos un invitado a cenar.

—Siempre hay comida de sobra, tío.

—No se trata de eso.

—He pensado que, con Alan, ya somos cuatro para echar una partida luego.

—Excelente —dijo Maugham.

Mientras Robin iba a hablar con la cocinera, el propio Maugham me tomó por el brazo y me llevó al salón barroco verde oscuro, donde un mayordomo con librea de lino blanco apareció como salido de la nada y me preparó un gimlet siguiendo mis instrucciones paso a paso; luego le preparó un martini al anciano, con un chorrito de absenta.

—No suelo fiarme de un hombre que no sabe con precisión lo que quiere beber —comentó Maugham—. Uno no puede exponerse a un tipo que se muestra impreciso con respecto a su bebida preferida. Si no es capaz de mostrarse preciso con respecto a algo que va a beber, está claro que no va a serlo con respecto a nada.

Nos sentamos, y Maugham me ofreció un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa. Rechacé la invitación, y encendí uno de los míos, lo que me granjeó su aprobación en mayor medida aún, aunque en esta ocasión se dirigió a mí en alemán —con una ligera tartamudez, igual que hablaba inglés—, probablemente solo para demostrarme que lo dominaba, aunque teniendo en cuenta que quizá llevaba bastante tiempo sin hablarlo, me impresionó bastante.

—También me gusta que un hombre prefiera fumar su propio tabaco al mío. Fumar es una actividad que hay que tomarse en serio. No es un asunto con el que uno deba ponerse a experimentar. Yo sería tan incapaz de fumar otra marca de tabaco como de ponerme a correr maratones. Dígame, Herr Wolf, ¿le gusta ser conserje del Grand Hôtel?

—¿Que si me gusta? —Sonreí—. Ese es un lujo que sencillamente no puedo permitirme, Herr Maugham. Es un empleo, nada más. Después de la guerra, no era tan fácil encontrar un empleo en Alemania. El horario está bien y el hotel es un buen sitio. Pero la única razón por la que lo hago es el dinero. El día que dejen de pagarme, me largo.

—En eso también coincido con usted. No tengo tiempo para un hombre que dice no estar interesado en el dinero. Eso significa que no tiene amor propio. Yo solo escribo por dinero hoy en día. Desde luego, no por placer. —Asomó una lágrima a su ojo—. No, eso se esfumó hace mucho tiempo. Sobre todo escribo porque siempre lo he hecho. Porque no se me ocurre qué demonios hacer, si no. Por desgracia, nunca he podido convencerme de que haya nada más interesante. Tengo ochenta y dos años, Herr Wolf. Escribir ha

pasado a ser una costumbre, una disciplina, y, hasta cierto punto, una compulsión, pero desde luego no le daría gratis a nadie lo que escribo.

—¿Está trabajando en algo ahora mismo, señor?

—En un volumen de ensayos, o lo que es lo mismo, en nada importante. Los ensayos son como los políticos. Quieren cambiar las cosas, y yo no estoy muy interesado en ningún cambio a mi edad.

Apareció un hombre grande y torpón aquejado de una grave psoriasis y vestido con una camisa de colores chillones, y fue directo a la bandeja de las bebidas, donde se preparó una copa con las maneras de alguien que está demasiado impaciente para esperar a que se la preparase el mayordomo.

—Le presento a mi amigo Alan —dijo Maugham, retomando el inglés—. Alan, ven a saludar a un amigo de Robin. Se llama Walter Wolf. Es alemán, y esperamos que juegue una o dos partidas con nosotros después de cenar.

El hombre torpón se acercó y me estrechó la mano, justo en el momento en que Robin Maugham reaparecía y anunciaba que la cena estaba lista.

—Gracias a Dios —comentó Maugham.

—Ha llamado Ronnie Neame cuando estabas en el baño —le dijo el tipo torpón a Maugham—. Parece ser que MGM va a hacer *El velo pintado*, pero con un título diferente. Quieren titularla *El séptimo pecado*.

—Uf —dijo Maugham con una mueca de desagrado—. Vaya título de mierda.

—Es el séptimo mandamiento —señaló Robin.

—Me trae sin cuidado si es el Tratado de Versalles. Ha nadie le escandaliza ya el adulterio. No desde la guerra. El adulterio es habitual. Después de Auschwitz, el adulterio es un delito menor. Acuérdate de lo que te digo: la película será un fracaso.

Fuimos a cenar.

Robin Maugham no había exagerado; su tío se cuidaba de tener una mesa excelente. Cenamos huevos con gelatina, pollo Maryland, diminutas fresas

silvestres y helado de aguacate —que no me gustó mucho—, todo regado con un magnífico Puligny y luego un Sauternes aún mejor. Después, Maugham encendió una pipa, se puso unas gafas con montura de carey sobre la nariz y abrió camino hacia la mesa de cartas, donde me emparejé con Robin y jugamos y perdimos dos partidas. El anciano era un verdadero demonio jugando al bridge.

—No juega usted nada mal, Herr Wolf. Si puedo darle un consejo, le diría lo siguiente: nunca se desprenda de una carta de su mano antes de que su compañero haya sobredeclarado. Se adelanta a su juego. No vaya a por otra carta hasta que sea su turno de jugar.

Asentí.

—Gracias.

—No hay de qué.

Cuando terminamos de jugar, Maugham se sentó a mi lado en el sofá con las piernas recogidas debajo de su cuerpo, dejando a la vista los calcetines de seda y las ligas para calcetines, y empezó a hacerme toda suerte de preguntas personales.

—¿Está casado?

—Tres veces. De hecho, no he sido demasiado afortunado con las mujeres. Y menos aún con las que me casé. Son criaturas extrañas que no saben lo que quieren hasta el momento en que deciden exactamente lo que quieren, y si no se lo das de inmediato, tienden a enfadarse mucho. Por lo demás, con el resto de las mujeres que he conocido todo lo ocurrido fue culpa mía. Mi esposa más reciente me dejó porque ya no me amaba. Al menos eso me dijo cuando se largó con la mayor parte de mi dinero. Pero creo que solo intentaba amortiguar el golpe.

Maugham sonrió.

—Está resentido. Eso me gusta. Bueno, bueno. ¿Le apetece otra copa?

—No, se lo agradezco. Ya he bebido bastante.

Seguimos charlando un rato hasta que, exactamente a las once en punto, W. Somerset Maugham dijo que era su hora de acostarse.

—Me cae usted bien, Herr Wolf —dijo antes de subir—. Vuelva por aquí. Y hágalo pronto.

Anne French se mostró encantada cuando, la noche siguiente, en su casa de las colinas más arriba de Villefranche, le conté que había ido a Villa Mauresque a cenar y jugar a las cartas.

—¡Qué emocionante! ¿Cómo es? ¿Es muy *camp*?

No entendí el término inglés *camp*, y Anne tuvo que explicármelo.

—Es una palabra muy inglesa —dijo—, aunque su origen es francés, curiosamente. Deriva de la expresión francesa *se camper*, que significa «posar de un modo amanerado», pero en inglés la utilizamos para describir cualquier cosa exagerada u ostentosamente homosexual.

—Entonces, sí, es muy *camp*. Aunque el anciano tiene un gusto impecable. Vive muy bien. Todo es de lo mejor. Tiene unas diez personas a su servicio, incluido un mayordomo y varios jardineros. No come mucho y no bebe demasiado. Solo habla y juega a cartas. Aunque procura hablar bien poco cuando jugamos a cartas. Es un jugador feroz. Vamos a tener que aplicarnos mucho si queremos que alcances el nivel suficiente. Solo así podré recomendarte para que ocupes mi lugar.

—Hasta entonces, puedes ser mi espía. La próxima vez que vayas, quiero descripciones detalladas de todo. Sobre todo de la casa y los jardines. ¿Hay estatuas desnudas? ¿Quién se aloja allí habitualmente? Y averigua también qué opina sobre los escritores de hoy. A quién valora. A quién detesta. Y sobre su amigo, claro. Indaga sobre él. Según se dice, el último, Gerald, era un borracho y un sinvergüenza de tomo y lomo. Dime, ¿había muchos chicos? ¿Hubo una orgía?

—No. Fue un verdadero chasco. El amigo y compañero de Maugham es un tipo con psoriasis avanzada que se llama Alan Searle, y al parecer es también su secretario. No es descaradamente marica, a diferencia de su sobrino. Sea como sea, por sorprendente que pueda parecerme me cae bastante bien. Es muy simpático y creo que también es un héroe de guerra, aunque lo lleva con discreción. El ambiente tenía muy poco que ver con Petronio. —Hice un gesto de negación con la cabeza—. Si a eso vamos, el anciano también me cayó bien. Me dio pena. Tiene todo el dinero del mundo, una casa preciosa, amigos famosos, pero no es feliz. Resulta que eso es algo que tenemos en común.

—¿No eres feliz?

Me reí.

—Siguiente pregunta.

—¿Está escribiendo?

—Ensayos.

—¡Bah! Eso no le interesa a nadie. Los ensayos son para críos. ¿Pudiste echar un vistazo a su despacho?

—No, pero me dijo que se puede ver una reproducción exacta en una película para televisión titulada *Quartet*. Por lo visto, se rodó hace tres o cuatro años.

—¿Cuándo vas a volver?

—No lo sé. Cuando me inviten, supongo. Si es que me invitan de nuevo.

—¿Crees que lo harán?

—Tiene ochenta y dos años. A esa edad, todo es posible.

—No sé si estoy de acuerdo. Seguramente...

—Alguien así no dispone de mucho tiempo. Lo más probable es que me inviten a volver pronto.

Resultó que al día siguiente, por la noche, recibí una llamada en la recepción del hotel para preguntarme si estaba libre esa velada. Lo estaba.

Esta vez el gran hombre se encontraba de ánimo más comunicativo. Me habló del día que conoció a la reina de Inglaterra, y de algunos de los famosos que habían pasado por la villa, incluidos Churchill y H. G. Wells.

—¿Cómo era Churchill? —pregunté en tono amable.

—Parecía una antigua figura de porcelana. Muy rosado. Muy renqueante. Tenía el pelo como una telaraña. Si cree usted que estoy senil, tendría que haberlo visto a él. —Suspiró—. Es muy triste, en realidad. Antes de la guerra, la primera guerra, solíamos ir a jugar al golf juntos. Le hacía reír. Dios santo, eso debió de ser, ¿cuándo?... ¿en 1910? Dios, cómo vuela el tiempo, ¿eh?

Asentí, y luego, sin que hubiera ninguna razón para ello salvo que quería que Maugham supiera que podía hacerlo, cité a Goethe, en alemán:

—«Lancémonos al vértigo del tiempo, el remolino del devenir; que el dolor y el placer, el éxito y el fracaso, se alternen a voluntad: solo en la acción se reafirma el hombre».

—Eso es de Goethe, ¿verdad? —comentó Maugham.

—*Fausto*. —Tragué saliva con cierta dificultad—. Siempre se me atraganta un poco.

Maugham asintió.

—Es usted un hombre de aspecto joven, Walter. Todavía tiene veinte años buenos de acción por delante. Pero no la joda, amigo mío.

—No, señor. Procuraré no hacerlo.

—Yo he jodido y la he jodido una buena parte de mi vida. —Suspiró—. A menudo, claro está, las dos cosas vienen a ser la misma. En serio. Sería caballero del reino a estas alturas si no me hubiera dedicado a joder de una manera tan atroz. Pero supongo que debe de estar acostumbrado a esas cosas. Seguro que en el Grand Hôtel ve toda suerte de comportamientos atroces.

—Claro. Aunque no puedo hablar de ello.

—Los ricos tienen tiempo para joder. Pero los pobres solo tienen tiempo de leer al respecto. Están demasiado ocupados intentando ganarse la vida como para ponerse a joder mucho.

—Supongo que está usted en lo cierto.

—Robin me ha contado que, antes de la guerra, era usted detective de la casa en el hotel Adlon de Berlín.

—Así es.

—Por aquel entonces debió de ver comportamientos más atroces aún. Berlín era el lugar donde había que estar en la década de 1920. Sobre todo en el caso de alguien como yo. Mi primera obra de teatro se estrenó en Berlín. Dirigida por Max Reinhardt. En el cabaret Schall und Rauch. Un local diminuto.

—En la Kantstrasse. Lo recuerdo. Por desgracia, me parece que lo recuerdo todo. Hay muchísimas cosas que me gustaría olvidar, pero por mucho que lo intente, no lo consigo. Por lo visto, no soy capaz de recordar cómo hacerlo. No es mucho pedirle a la vida, ¿no cree? Olvidar aquello que le causa dolor a uno. De alguna manera.

—Resentido y sensiblero. Eso también me gusta. —Encendió un cigarrillo del estuche de plata que descansaba encima de la mesa. Estábamos esperando la cena y después la inevitable partida de bridge—. Ahora me acuerdo. Eso es. «Funes el Memorioso» —dijo Maugham—. Es un cuento de Borges precisamente sobre eso. Un hombre que no podía olvidar.

—¿Qué fue de él? —preguntó Robin.

—Lo he olvidado —reconoció Maugham, y se echó a reír estrepitosamente—. Mi querido y viejo Max. Era uno de los afortunados. Me refiero a los judíos. Se marchó en el 38, y se fue a América, donde murió, muy pronto, en 1943. Prácticamente todos mis amigos han desaparecido. Incluso el maravilloso Adlon. Dios mío, qué hotel tan magnífico. ¿Qué fue de la pareja propietaria del hotel, Louis Adlon y su dulce esposa, Hedda?

—Louis fue asesinado por los rusos en 1945. Con las botas de montar y el bigote encerado, lo confundieron con un general alemán. —Le resté importancia al asunto encogiéndome de hombros—. La mayor parte del Ejército Rojo estaba formado por campesinos. ¿Hedda? Bueno, no quiero ni pensar en lo que le ocurrió a ella. Lo mismo que a todas las demás mujeres de Berlín, supongo. La violaron. Y luego la volvieron a violar.

Maugham asintió con tristeza.

—Dígame, Walter, ¿cómo entró a trabajar de detective en el Adlon?

—Hasta 1932, había sido agente de policía en Berlín. Debido a mis opiniones políticas, tuve que dejarlo. Era socialdemócrata, lo que para los nazis equivalía a ser comunista.

—Sí, claro. ¿Y cuánto tiempo fue policía?

—Diez años.

—Santo Dios. Eso es toda una vida.

—Desde luego a mí me lo pareció en aquel entonces.

Después de cenar y jugar un par de partidas, Maugham dijo:

—Quiero hablar con usted en privado.

—De acuerdo.

Me llevó por unas escaleras de madera hasta el espacio donde escribía, que estaba en el interior de una estructura independiente en una de las azoteas. Había una mesa de comedor grande y una chimenea, pero ninguna ventana con vistas que distrajera a un hombre del sencillo asunto de escribir una novela. Una estantería albergaba algunos de sus títulos preferidos y, en una mesita de café, había unos ejemplares de la revista *Life*. En la pared estaba colgada otra de las *sparrings* tahitianas de Jersey Joe, pero con el haz de luz del faro en la punta sudoeste del Cap era como estar en la cubierta de un barco del que Maugham era un capitán de la misma madera que Ahab. Nos

sentamos en extremos opuestos de un sofá grande, y Maugham fue directo al grano.

—Me parece usted un hombre honrado, Walter.

—Dentro de mis límites.

—Imagino que no estaría trabajando de conserje en el Grand si no lo fuera.

—Es posible. Pero la buena fortuna rara vez te acompaña a la salida y te abre el coche. Por lo menos hoy en día. —Me encogí de hombros—. Lo que quiero decir es que todos procuramos ganarnos la vida, señor Maugham. Y si podemos fingir que lo hacemos honradamente, tanto mejor.

—Es usted más cínico aún que yo, Walter. Me cae cada vez mejor.

—Soy alemán, señor Maugham. He tenido mucha más práctica con el cinismo. Todos la hemos tenido. Son las mil toneladas de peso del cinismo lo que provocó el hundimiento de la República de Weimar y nos trajo el Reich milenario.

—Supongo que es así.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? No me ha traído aquí arriba para instarme a confesar mis pecados.

—No, tiene razón. De hecho, lo que pretendo es contarle algunos de los míos. He de decirle, Walter, que me están chantajeando otra vez.

—¿Otra vez?

—Soy un viejo marica rico. Tengo más esqueletos en los armarios que las catacumbas romanas. Para mí, ser chantajeado no es tanto algo propio de mi oficio como una condición existencial. Follo, por tanto estoy sujeto a peticiones de dinero, peticiones que van acompañadas de amenazas.

—Páguele, sea quien sea. Es usted lo bastante rico.

—Este es un profesional.

—Pues acuda a la policía.

Maugham sonrió levemente.

—Los dos sabemos que eso es imposible. Los chantajistas se basan en el

mismo principio que la mafia. Se aprovechan de una minoría vulnerable que no puede recurrir a la policía. Su poder estriba en nuestro obligado silencio.

—Lo que quería decir es que por qué me lo cuenta a mí.

—Porque usted fue policía, y porque quiero que me ayude.

—No veo cómo puedo hacerlo, señor Maugham. Soy conserje. Mis tiempos de detective quedan ya muy lejos. Bastante me cuesta ahuyentar a las viudas alegres del hotel como para ocuparme de un chantajista profesional. Además, últimamente ando un poco corto de entendederas. Imagínese, aún sigo intentando descifrar cómo sabe usted que antes era detective.

—Estuvo diez años en la policía de Berlín. Nos lo contó usted mismo.

—Sí, pero fue otra persona quien les dijo que fui el matón de la casa del hotel Adlon. —Asentí—. Pero, ¿quién? Un momento... Fue Hennig, ¿verdad? Harold Heinz Hennig. Lo vi discutiendo con su sobrino delante de La Voile d'Or hace un par de semanas. Así que eso es cosa suya...

—Nunca había oído hablar de él.

—Lo olvidaba. Ya no responde a ese nombre, ¿verdad? Se ha registrado en el Grand Hôtel bajo el nombre de Harold Heinz Hebel. Fue él quien les habló de mí, ¿no?

—Así es. Hebel. Le habló de usted a mi sobrino. De hecho, fue idea suya que intentara contratarlo, Walter.

—¿Idea suya?

—Dijo que lo conocía de la guerra y que era usted digno de confianza. Y honrado. Dentro de sus límites.

—Qué amable por su parte. Aunque dudo que sepa deletrear «confianza» y «honrado». Ese tipo es un criminal.

—Lo sé.

—Bueno, entonces, ¿por qué se fía de su recomendación? ¿Por qué no contrata a alguien de aquí? Un francés.

—Es sencillo. El caso, Walter, es que quien me está chantajeando es

Harold Heinz Hebel.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Resulta que Hebel me pide una cantidad muy elevada de dinero por una fotografía comprometedoras en la que aparezco con otras personas. Quiere que crea que puedo llegar a un acuerdo con él en la más estricta confianza. Dijo que usted es la clase de hombre capaz de asegurarse de que él mantenga su parte del trato. Y que no es de los que se ponen nerviosos manejando una gran suma de dinero.

—Ahora sí que ya no me queda nada por oír. Chantajistas que recomiendan detectives. O a exdetectives. Es algo así como si un salmón recomendara un buen pescador furtivo.

—Es perfectamente lógico si lo piensa bien. Un buen trato no es tan bueno si una de las dos partes tiene la sensación de haber salido perdiendo. Hebel quiere que me quede convencido de que merece la pena desembolsar tanto dinero.

—No puedo ayudarle, señor Maugham. Me cae usted bien. Me ha gustado la cena. Lo compadezco. Pero, lamentándolo mucho, no está en mi mano ayudarle.

—Hebel dijo que diría exactamente eso.

—Eso dijo, ¿eh?

—Y añadió que, si usted se negaba a ayudarme, lo pusiera en su conocimiento, y que entonces probablemente lo convencería él mismo.

—¿Especificó cómo?

Maugham sonrió.

—Ay, Dios, sí. Es usted un hombre interesante, Walter. ¿O debería decir Herr Gunther? Sí, ha llevado una vida interesante. Una carrera en las SS y el SD. A las órdenes del doctor Goebbels, entre otros. Tiene que hablarme de todo eso alguna vez. Seguro que es fascinante. Me dijo que le comentara que, si la Sûreté francesa se entera de que ha estado viviendo aquí bajo una falsa

identidad, perdería su trabajo y sería deportado a Berlín, de inmediato, donde los americanos casi con toda seguridad lo colgarían. No dijo por qué motivo. Pero he de reconocer que parece algo serio.

—Que le jodan —le espeté, al tiempo que me ponía en pie—. Que le jodan a usted, a su amigo marica y a su sobrino marica.

—De hecho, creo que estaremos todos jo-jodidos a menos que se nos ocurra algo, Herr Gunther. Siéntese. Y vamos a hablar de esto con sensatez. —Asintió—. Sabe que tengo razón. Así que tranquilícese y piense bien sus palabras.

—Como le decía, Hebel también es un nombre falso. Podría ser deportado, igual que yo. —Me senté y encendí un cigarrillo. Y empecé a fumármelo, además, aunque lo que me hubiera gustado de verdad era metérselo en el ojo enrojecido al anciano.

—Quizá. Pero por lo visto está dispuesto a correr ese riesgo. La pregunta es si está usted dispuesto a correr el mismo riesgo, Herr Gunther. Tiene un buen empleo. Con la posibilidad de ganar un dinerillo extra conmigo. ¿Digamos un cinco por ciento de la suma que manejará? ¿Por qué echarlo a perder solo para perjudicarlo a él?

—Le aseguro que, si conociera a ese hombre como lo conozco yo, sabría la respuesta a esa pregunta.

—Ah, le creo, sin duda. Ese tipo es una verdadera sabandija. Pero, por favor, Herr Gunther, no es necesario que lleguemos a eso. Lo único que tiene que hacer es acceder a ser mi agente en este asunto, y esta situación tan desagradable se solucionará. Podemos ser amigos, ¿no cree?

—¿Es él quien me está chantajeando a mí ahora, o usted, señor Maugham?

—Venga, sabe que me limito a repetir lo que me dijo Hebel.

—¿De veras? Me da la impresión de que ha sido usted víctima de suficientes chantajes como para saber exactamente cómo ejercer un poco de presión.

—Es posible. Y le pido disculpas por ello, señor. Pero estoy desesperado. Eso es una verdad tan sólida que podría llevarla al casino y canjearla por fichas.

—Quizá esté desesperado, pero no puede fiarse de ese tipo. El hecho de que yo haga de intermediario no cambia las cosas. Dios, si por lo que usted sabe incluso yo podría formar parte de esta misma estafa. No tiene la menor idea de quién soy. ¿Cómo puede estar seguro de que no voy a comprar la fotografía y luego hacerle chantaje con ella? No puede. Es lo que tiene el chantaje. Es un asunto rastrero. Todo el mundo es amigo suyo hasta que se da la vuelta y se la clavan.

—No le falta razón, pero no tengo otro remedio que arriesgarme.

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Por supuesto.

—El mundo entero sabe que usted es marica. ¿Y qué? ¿Acaso le afecta en algo? Ha recibido su invitación a la boda real de Mónaco, ¿no? ¿Se le ha pasado por la cabeza que lo que haga usted en su dormitorio ya no le importa gran cosa a la gente?

—Eso es cierto en Francia, quizá. Y en Italia, desde luego. Pero en Inglaterra tiene mucha importancia. La homosexualidad es un delito en mi país, y me llevaría un gran disgusto si eso me impidiera volver a poner los pies allí. Además, la fotografía tiene más implicaciones, va mucho más allá del hecho de que yo sea marica.

Seguí fumando con gesto hosco unos segundos.

—El diez por ciento. Si voy a hacer las veces de agente, quiero una comisión de agente como es debido.

—De acuerdo. El diez por ciento.

—Bien, hábleme de esa fotografía.

—Antes de la guerra trabajé para el servicio secreto británico —dijo Somerset Maugham—. Sobre todo tenía mi base en Ginebra, aunque también estuve destinado algún tiempo en lo que era por aquel entonces Petrogrado. No voy a aburrirle con los detalles de mi misión, pero sí le diré que tenía bajo mi mando un equipo bastante amplio de agentes británicos. A decir verdad, el espionaje siempre ha sido una actividad que atrae a los homosexuales. Los maricas están acostumbrados a vivir en secreto, por lo menos en Inglaterra, donde ser homosexual se castiga todavía con una pena de hasta dos años de cárcel, de modo que guardar silencio sobre quién eres y lo que eres es lo más natural para los maricas ingleses. La situación no ha mejorado mucho desde los tiempos de Oscar Wilde. Por eso tantos homosexuales como Isherwood y Auden se fueron a Berlín en los años veinte. Porque era un paraíso para los maricones... De hecho, esa es también una buena razón para que yo viva aquí. Todavía tengo muchos amigos en el servicio secreto de inteligencia. Muchos de ellos, incluido sir John Sinclair, actual director del MI6, fueron agentes míos. Además, no es la clase de oficio de la que uno llegue a retirarse nunca.

Asentí con seriedad.

—A quién se lo dice... Llevo años intentando jubilarme del trabajo de detective, pero sigue persiguiéndome.

—Sí. Lo lamento.

—Lo dudo mucho.

Maugham se quedó pensativo un momento, y luego se ajustó el monóculo.

—En los años transcurridos desde entonces, he hecho algún que otro

trabajo para el servicio secreto de inteligencia —dijo finalmente—. Y he recibido a algunos amigos y conocidos en Villa Mauresque. En 1937, no mucho después de que comprara este lugar, me visitaron una serie de amistades, incluidos dos chicos de la Universidad de Cambridge, que vinieron en el Bugatti de Victor Rothschild: Anthony Blunt y Guy Burgess. Posteriormente, entraron a trabajar en el MI5, el Servicio de Seguridad y Contrainteligencia de Reino Unido. Blunt no es tan conocido, al menos para quienes no pertenecen al mundo de las bellas artes. Pero Guy Burgess es ahora tristemente célebre después de una rueda de prensa celebrada en Moscú hace apenas unos meses, en la que se reveló que él y otro hombre, Donald Maclean, espían desde hacía tiempo para la Unión Soviética, donde ahora viven los dos. Quizá lo haya leído en la prensa. Sea como sea, Guy es, y siempre fue, abiertamente homosexual. También lo es Anthony, si a eso vamos. Y hay una fotografía en la que aparecemos nosotros y varios hombres más desnudos al lado de mi piscina. Es la fotografía que tiene en su poder su amigo Harold Hebel, y la que amenaza con enviar a la prensa inglesa. No puede imaginarse el bochorno que me causaría si los periódicos ingleses revelasen que Guy y yo éramos íntimos. No es solo una cuestión de nuestra homosexualidad, como sin duda podrá entender usted, Herr Gunther; también es una cuestión de mi lealtad a mi país. No soy un espía soviético. Nunca lo he sido. Aunque, teniendo en cuenta mi servicio en Petrogrado y mi amistad con Guy, ¿quién sabe los quebraderos de cabeza que podría causarme la prensa? Como podrá imaginar, cuando estuve allí tuve contacto con gente que trabajaba para el VRK en Petrogrado y para la Checa, los precursores del KGB, de modo que ya ve lo vulnerable que soy. Sobre todo en América. El senador McCarthy no solo ha empezado a perseguir a los comunistas, sino también a los homosexuales. El denominado «Terror Lila», por ejemplo. Podrían retirarme el visado para Estados Unidos, rescindir algunos de mis lucrativos contratos cinematográficos... MGM está filmando una película

basada en uno de mis libros en estos precisos instantes. Y United Artists planea llevar a la pantalla otro relato mío el año que viene. Bien podría ser el autor de mayor éxito en el mundo, pero no soy inmune a la opinión pública. Por no hablar del bochorno que todo esto supondría para mi pobre hermano, Frederic, en Inglaterra, que casualmente es el antiguo lord canciller. Nunca hemos estado muy unidos, pero me gustaría ahorrarle algo así, si está en mi mano. Es un hombre muy anciano ya. Más todavía que yo.

—¿De dónde sacó Hebel esa fotografía?

—Hay una serie de explicaciones posibles. A esa fiesta en la piscina asistieron varios hombres más que podrían haber sacado fotos: Dadie Rylands, Raymond Mortimer, Godfrey Winn, Paul Hyslop... Pero probablemente fue mi antiguo amigo y compañero, Gerald Haxton. Conocí a Gerald durante la Gran Guerra, y seguimos juntos durante el resto de su vida. Murió en 1944. Gerald era un hombre maravilloso y yo lo amaba profundamente, pero, pese a mi generosidad, gastaba mucho y siempre estaba endeudado: sobre todo con los casinos locales. Para obtener dinero extra, es posible que le vendiera la foto a un tipo que se prostituía llamado Louis Legrand, con el que estaba encaprichado. Loulou vino a menudo por aquí durante la década de los treinta, y muchos huéspedes de Villa Mauresque, yo incluido, fuimos agradecidos clientes suyos. De hecho, él también aparece en la fotografía. Después se fue a vivir a Australia, aunque no sé muy bien con qué intenciones. Aun así, se presentó aquí hace un par de años exigiéndome dinero por unas cartas que le habíamos escrito algunos de mis amigos más ilustres y yo.

—¿Y qué hizo entonces?

—Le pagué. Con un cheque.

—¿Quién se ocupó de esa transacción?

—Un abogado de Niza. Un tal *monsieur* Gris.

—¿Quedó usted satisfecho?

—Por completo. Pero antes de que me lo pregunte, le diré que ya no puedo recurrir a él. Por desgracia, murió hace no mucho.

—Si Louis Legrand hubiera estado en posesión de esa fotografía, sin duda la habría utilizado en su momento, ¿no le parece?

—Sí, es verdad... Aunque, bien pensado, tal vez no la utilizara porque él también salía en la foto. Sea como fuere, recuerdo que no se contentó con su cheque y amenazó con volver a la carga con algo «más dañino». Mi abogado le escribió una carta informándole de que, si volvía a aparecer con más amenazas y exigiendo dinero, no dudaría un instante en poner el asunto en manos de la policía. Y puesto que Loulou tenía una condena pendiente en Francia por proxenetismo, que es ilegal en este país, bien podría haber sido deportado.

—Así pues, cree posible que decidiera sacar partido de la fotografía a través de terceros y que se la vendiese a Harold Hebel, ¿no es así?

—Sí, eso creo.

—¿Puede enseñarme una copia de esa foto?

Maugham se acercó a la mesa de comedor que tenía en la estancia y abrió un cajón. Sacó una fotografía en blanco y negro más bien grande y me la tendió, sin titubeos ni delicadezas; cualquiera que no hubiera sido él, habría necesitado algo más que una buena dosis de sangre fría para hacerlo. Pero supongo que con ochenta y dos años ya estaba harto de disculparse o avergonzarse de lo que era.

La piscina era bonita; en cada esquina había una piña ornamental de plomo, con un trampolín en un extremo y, en el otro, una máscara de mármol de Neptuno del tamaño de una diana de tiro con arco. La piscina estaba llena de agua. Litros y litros. Procuré mantener la mirada fija en la cristalina superficie, pero era algo bastante difícil. Cualquiera sátrapa que se precie habría estado más que satisfecho con el evidente lujo de la piscina, y probablemente con los numerosos hombres y muchachos desnudos en

diversos estados de excitación, que se habían arracimado en torno a la máscara de Neptuno, prestando especial atención priápica a la boca abierta del dios. En tanto que fotografía obscena, estaba a la altura de los dibujos más provocativos de Aretino. Había visto cosas peores, aunque no desde los tiempos de la República de Weimar, cuando Berlín era la capital mundial de la pornografía.

—¿Quién es cada cual? —pregunté—. Es un poco difícil identificarlos.

—Este es Guy —señaló Maugham—. Este, Anthony, y, este otro, Loulou.

—Los hombres, ya se sabe, son como niños.

—En efecto.

—¿Le ofrece el negativo?

—Sí.

—¿Cuánto pide por esto?

—Cincuenta mil dólares americanos. En efectivo. Por el negativo y las copias.

—Es mucho dinero por la instantánea de unas simples vacaciones.

—Precisamente por eso quiero que se ocupe del asunto alguien de confianza. Alguien que sepa qué coño tiene entre manos. Y que no vaya a ponerse nervioso ni se vaya a emocionar. Alguien como usted. Por lo menos eso dice Hebel. Me asegura que tiene usted experiencia tratando con chantajistas. ¿Es cierto eso?

—Sí.

—¿En Berlín?

—Sí.

—¿Le importaría darme detalles, quizá? Solo por curiosidad. Si voy a darle una comisión de cinco mil dólares, creo que tengo derecho a saber qué clase de servicio contrato, ¿no cree?

—Es lo que tiene el chantaje —repuse—. No tardará en darse cuenta de que no tiene usted ningún derecho en absoluto. —Me encogí de hombros—.

Pero, claro, se lo contaré, aunque he de reconocer que no hay gran cosa que contar. Fue hace unos cuantos años, eso sí, de modo que, por desgracia, y a diferencia de esa fotografía, la historia resulta un poco borrosa a estas alturas. Debió de ser en enero de 1938. Mucho después de que hubiera dejado la policía, y uno o dos años después de irme del Adlon. Cuando trabajaba de detective privado en Berlín y antes..., bueno, eso da igual. Sea como sea, hay un detalle importante que usted ya conoce. La identidad del chantajista. Ya sabe que al leopardo no le cambian las manchas. El chantajista era un tipo llamado Harold Heinz Hennig, aunque me temo que usted lo conoce mucho mejor como Harold Heinz Hebel.

BERLÍN, 1938

—Estoy siendo chantajeado

—Lamento mucho oír eso, señor.

—Mi antiguo ayudante me dijo que antes era usted policía y que ahora es detective privado, de modo que he decidido acudir a usted en busca de ayuda, ya que somos antiguos camaradas.

—Me alegra mucho de que lo haya decidido así. Hace mucho tiempo que no nos veíamos, capitán.

—Veinte años.

—Tiene usted buen aspecto, señor.

—Gracias por decirlo, Gunther, pero los dos sabemos que no es verdad.

El capitán Achim von Frisch debía de tener sesenta y tantos años, aunque parecía mucho mayor, marchito incluso; tenía el pelo del color del peltre, y el rostro antaño atractivo se le veía demacrado y mal afeitado. Lucía un abrigo gris oscuro con un grueso cuello de piel, y llevaba monóculo, guantes grises de cabritilla y un bastón con la empuñadura de plata. Pero hasta la cera de su bigote de ala de águila de estilo imperial parecía gastada y reseca, y emanaba de él un intenso olor a naftalina. Sus modales eran los que cabría esperar de un antiguo oficial de caballería prusiano, rígidos y corteses, aunque yo lo recordaba como un militar que se preocupaba profundamente por el bienestar de los hombres que tenía bajo su mando, entre los que me había contado yo en 1918. Quizá hiciera unos veinte años que no lo veía, pero uno no olvida

esa clase de camaradería. Habría hecho lo que fuera por mi antiguo capitán del ejército. En una ocasión, en el frente, me agarró por el cuello de la guerrera y me puso a cubierto, justo en el momento en que iba a situarme en el punto de mira de un francotirador australiano. Un instante después, una bala del calibre 303 que iba dirigida a mi cabeza alcanzó la pared de atrás de la trinchera.

Ahora estábamos en mi despacho de la cuarta planta de Alexander Haus. Era un lugar pequeño pero cómodo, y tenía una vista bastante buena de la ventana de mi antiguo despacho en la Jefatura de Policía, en el extremo opuesto de Alexanderplatz, donde había pasado muchos años como detective hasta que mis opiniones políticas me obligaron a presentar la dimisión. Gracias a los nazis, el negocio de la investigación privada iba viento en popa, sobre todo por las personas desaparecidas. En Berlín, bajo los nazis, siempre estaba desapareciendo gente.

Mi socio, Bruno Stahlecker, prendió la pipa ruidosamente y cambió de postura en la silla con incomodidad, aunque no estaba ni remotamente tan incómodo como el pobre capitán Von Frisch.

—Creo que prefería que habláramos solo usted y yo sobre este asunto, Gunther.

—Herr Stahlecker es uno de mis agentes y tiene toda mi confianza. Puede hablar con toda libertad en su presencia. Él lleva a cabo buena parte de mi labor de investigación.

—Se lo agradezco. No obstante, debo insistir. Bastante difícil es ya la situación.

Asentí.

—Bruno, ¿podría dejarnos solos durante una media hora? O mejor aún, ¿puedes ir a comprarme un paquete de Murattis?

—Claro, jefe, lo que usted diga.

Stahlecker cogió el abrigo del perchero y, fumando todavía su apestosa

pipa, salió al encuentro del gélido frío de enero.

En cuanto salió del despacho, encendí mi último pitillo, aticé el fuego, ordené los sujetapapeles, me limpié las uñas y esperé pacientemente a que el capitán Von Frisch fuera al grano. La paciencia es la clave con cualquier cliente que está siendo chantajeado. Están tan acostumbrados a pagarle a alguien para mantener su sucio secretito que resulta casi impensable que rompan su silencio sin más y empiecen a hablar de ello, y además con alguien a quien no han visto desde la guerra.

—No tengo empacho en decirle que estos últimos cinco años han sido un infierno —reconoció, y sacó un pañuelo para llevárselo al rabillo del ojo—. Más de una vez he pensado en quitarme la vida, pero mi anciana madre se llevaría un disgusto terrible si hiciese algo semejante. Tiene noventa años. Aun así, mi salud se ha visto tan afectada que he tenido que contratar a una enfermera para que me cuide. Se trata de una dolencia cardíaca. Con el tiempo, la preocupación que me ocasiona todo esto acabará por matarme. Solo espero no morir antes que ella. Le rompería el corazón.

Con su enorme abrigo militar gris, que hasta el momento se había negado a quitarse —la chimenea no era nada del otro mundo, y él había dicho que tenía frío, un frío descomunal—, Von Frisch semejaba un viejo y venerable buque de guerra alemán a punto de ser hundido en Scapa Flow, e incluso con el abrigo profirió un suspiro tan profundo y desesperanzado que fue como si el barco gravemente dañado estuviera sumergiéndose ya hacia su lecho de muerte, en el fondo del helado mar del Norte.

—Debería haber telefoneado, señor. O haberme enviado un telegrama. Habría estado encantado de ir a su casa. ¿Dónde vive ahora? —Cogí la pluma y me dispuse a anotar unos cuantos detalles.

—En el sudoeste de Berlín. En el 26 de Ferdinandstrasse, en Lichterfelde Este. A la vuelta de la esquina de la estación del S-Bahn. Gracias, es muy amable por su parte, pero la enfermera es un encanto de chica, y no me

gustaría que averiguara por casualidad ningún detalle de mi sórdido pasado. Es difícil encontrar una buena enfermera en estos días. Aunque me está saliendo bastante cara.

—Seguro que el barón sigue siendo un hombre rico.

—Ya no. Ciertos individuos horribles han estado chupándome la sangre.

—Ya veo. Entonces, más vale que me lo cuente.

Se desabrochó el abrigo y empezó a tranquilizarse un poco.

—No llegué a casarme. Quizá usted ya lo sabía. Y si no lo sabía, tal vez pueda entender por qué no lo hice, Gunther. Cuando un hombre opta por no casarse, le cuenta a su madre que, por toda suerte de motivos, no ha conocido a la chica adecuada, pero sobre todo hay un solo motivo. El más antiguo de todos. Que no podría haber tal chica. Supongo que ya sabe a lo que me refiero —me ofreció una leve sonrisa—, sin duda no es la primera vez que se encuentra con algo así.

—Lo entiendo perfectamente, señor. Durante la República de Weimar, cuando era policía en Alex, creo que vi todas las variedades del comportamiento humano conocidas por el hombre. Y unas cuantas desconocidas también. Se lo aseguro, soy inmune a esas cosas. La indignación moral solo parece aquejar a los nazis hoy en día.

No era verdad, claro, pero los clientes necesitan oír ese tipo de cosas, o no se sincerarían nunca. Yo albergo tanta indignación moral como el que más, siempre y cuando no sea Adolf Hitler. Según el *Daily Mail* inglés —en la actualidad el periódico más vendido en Berlín porque es el único en el que aparecen este tipo de artículos—, el Führer y la mayor parte del alto mando alemán estaban demostrando una indignación moral considerable con respecto al matrimonio del ministro de Guerra, el mariscal de campo Von Blomberg, con una mujer de baja cuna y moralidad más baja incluso, llamada Erna Gruhn. Todo el mundo en Alex y sus inmediaciones sabía lo bajas que eran, pues Erna Gruhn había sido prostituta y antigua modelo de desnudos.

Se rumoreaba que los chicos de la sección de moralidad tenían un expediente sobre ella casi tan grueso como el cráneo de Von Blomberg.

—En noviembre de 1933 —comenzó a explicar Von Frisch—, conocí a un chico en los lavabos de la estación de Potsdamer Platz. Respondía al nombre de Joe el Bávaro y era..., bueno, era...

Asentí.

—Un chico cálido para una noche de frío. Ya me hago una idea, capitán. No es necesario que diga nada más acerca de lo que ocurrió exactamente. Mejor vaya al aprieto en cuestión. A lo del chantaje, quiero decir.

—Después de este encuentro, cuando subía a un tren rumbo al oeste, se montó también otro hombre y me dijo que era agente de policía. Creo que dijo que era el inspector Kröger. No lo era. Ni siquiera era agente de policía, y mucho menos inspector. Sea como sea, aseguró que había sido testigo de todo lo ocurrido, y amenazó con detenerme por ser un «175», es decir, un homosexual. Luego se ofreció a retirar los cargos si le pagaba quinientos marcos en metálico. Llevaba unos doscientos encima en ese momento, de modo que se los entregué y prometí llevarlo al día siguiente a mi banco, donde le abonaría el resto. Y así lo hice.

—¿Qué banco era?

—El Dresdner Bank, en Bismarckstrasse.

Asentí y tomé nota del banco. Aunque aquel detalle no tuviera mayor importancia, a la mayoría de los clientes les gusta ver que uno toma unas cuantas notas.

—Creía que la cosa había terminado ahí, pero, unos días después, Schmidt, que así se llama en realidad, Otto Schmidt, volvió con otro hombre, que resultó ser un auténtico agente de la Gestapo llamado Harold Heinz Hennig, quien trabajaba para el Departamento II-H, creado, según averigüé, para investigar los crímenes por homosexualidad. Me pidieron más dinero; para ser exactos, otros mil marcos. Y una vez más, los pagué. Dijeron que, si me

negaba a pagar, se asegurarían de que acabara en un campo de concentración, donde tendría suerte si aguantaba un año con vida.

—¿En metálico?

—Siempre. Y en billetes pequeños.

—Vaya.

—Pero eso no fue más que el principio. Desde entonces les he pagado a ese par de sabandijas mil marcos a la semana, lo que en este preciso momento asciende a casi doscientos cincuenta mil marcos. Me temo que casi no puedo costearme ni el taxi que me ha traído aquí esta mañana.

Lancé un silbido. Doscientos cincuenta mil marcos equivalen a una figura tan atractiva como las que se ven en las clases de pintura con modelos de carne y hueso en la Escuela de Arte de Berlín.

—Eso es mucho dinero.

—Sí, lo es.

—Mire, con todo respeto, señor, este caballo ya ha salido de estampida. No veo cómo puedo ayudarle a estas alturas a cerrar la puerta del establo...

—Estoy aquí por la sencilla razón de que ahora estoy siendo chantajeado por las mismas personas, o al menos por una de ellas, el capitán Hennig, aunque de una manera diferente y por un motivo totalmente distinto. Ya no se trata de dinero. Al menos por el momento. Es mi silencio lo que por lo visto se me exige ahora. De no ser tan trágico, resultaría incluso gracioso. Pero es en esta cuestión donde necesito su ayuda, Gunther. Supongo que la Gestapo tiene un código de conducta. Esa corrupción la ven con malos ojos incluso los nazis. Es de suponer que el capitán Hennig tiene un superior, e imagino que no le haría ninguna gracia enterarse de que, en su propio departamento, se dedican al chantaje.

—¿Cómo es ese tal Hennig?

—Joven, con labia, arrogante. También listo. Va siempre de paisano. Con trajes buenos. Se compra los sombreros en Habig. Lleva un Rolex. Conduce

un Opel Kapitän negro, por lo que nunca he podido seguirlo. Siempre nos encontramos en lugares públicos, y nunca dos veces en el mismo sitio.

Asentí lentamente. No me importa meterme en líos. Son gajes del oficio, pero este caso empezaba a tener aspecto de conllevar más líos de los habituales, lo que, en la Alemania nazi, es siempre peligroso.

—Hasta donde alcanzo a recordar —dije—, la II-H está dirigida por dos cabrones repugnantes, Josef Meisinger y Eberhard Schiele. Lo más probable es que se estén llevando una buena tajada de todo lo que le está extorsionando ese tal Hennig. Me sorprendería que no fuera así. Meisinger, sin embargo, tiene un superior ante el que responder. Un hombre que conozco llamado Arthur Nebe, y por lo que sé no carece por completo de principios. Es posible que vea con malos ojos estas actividades tan... sórdidas. Supongo que tal vez podamos convencerlo de que se los quite de encima.

—Eso espero.

—Pero, un momento... Ha dicho que ahora le están chantajeando para que guarde silencio. Si no es muy embarazoso, tal vez podría explicarme el motivo. No me queda del todo claro.

—De hecho, no es embarazoso en absoluto. Otto Schmidt cumplió condena en prisión. Mientras estaba allí, Schmidt informó a otros miembros de la Gestapo de que me había estado chantajeando durante años, y esos idiotas me confundieron con el comandante en jefe del ejército, la mano derecha de Blomberg, el coronel general Freiherr Werner von Fritsch. Fritsch con «t», ya me entiende. Es un oficial a la antigua usanza, y desde luego no es nazi, así que tal vez buscan una excusa para librarse de él. En otras palabras, parece ser que lo han confundido adrede conmigo para arrastrar su nombre por el barro y obligarle a que se retire del ejército. Y ahora me están chantajeando para que tenga la boca cerrada respecto de lo que sé sobre el asunto.

—Lo está chantajeando Hennig.

—Sí, Hennig.

—¿Y quién es el oficial de la Gestapo que intenta colgárselo al general Von Fritsch?

—Un comisario llamado Franz Josef Huber. Y un inspector detective que responde al nombre de Fritz Fehling.

—Pero eso no tiene sentido —objeté—. Ya están intentando librarse de Von Blomberg, y sin duda Von Fritsch es el mejor situado para suceder a Von Blomberg. ¿Por qué librarse también de él?

—¿Sentido? Nada de esto tiene sentido. Hasta donde yo sé, lo único que les importa a los nazis es la estúpida e inquebrantable lealtad a Hitler. El asunto, por lo que a mí me concierne, es el siguiente: ¿hasta qué nivel de la cadena de mando llega esto? Eso es lo que necesito saber. ¿La certeza de que Von Fritsch es inocente llega hasta los escalones más altos, ocupados por Göring y Hitler?

—Y, de ser así, ¿entonces qué, señor?

—Solo esto. Se ha formado un tribunal militar para que juzgue el caso del general Von Fritsch el 10 de marzo en la Preussenhaus. Estará presidido por Göring, Raeder y Brauchitsch, y los cargos estarán relacionados con el Párrafo 175 del Código Penal alemán, el que considera ilegal la homosexualidad. Antes de que eso ocurra, tengo que decidir si, por una cuestión de honor, debería insistir en presentar testimonio y decirle al tribunal que fui yo, y no el general, quien fue objeto del chantaje de la Gestapo. En otras palabras, ¿hasta qué punto me arriesgo enfrentándome a la Gestapo?

—Así, sin pensarlo, yo diría que no es nunca buena idea buscarle las cosquillas a la Gestapo. Los campos de concentración están llenos de gente que pensó que podía razonar con ellos. ¿Está muy enfermo, señor? Lo que quiero decir es: ¿puede viajar? ¿Se ha planteado abandonar el país? No hay nada deshonroso en huir de los nazis. Ya lo han hecho muchos otros.

—Tal vez lo habría hecho —reconoció— de no ser por mi anciana madre. Quizá yo tuviera fuerzas para viajar a alguna parte, pero ella desde luego no. Y sería incapaz de abandonarla. Eso es impensable.

—Veo que está en una situación difícil.

—Por eso he venido.

—¿Y no ha hablado de esto con el general Von Fritsch? Supongo que estaría muy interesado en saber su opinión al respecto.

—No, aún no. Como digo, quiero averiguar hasta qué nivel de la cadena de mando llega esto antes de arriesgarme por el general. De todos modos, llegados a ese punto preferiría ponerme antes en contacto con su abogado. Me temo que tengo pocas energías como para solicitar una entrevista y tener que esperar a verle en Bendlerstrasse. Si incluso tengo intención de acostarme en cuanto vuelva a casa hoy, después de este breve encuentro.

—¿Sabe quién es su abogado? Supongo que se trata de otro oficial superior del ejército.

—El conde Rüdiger von der Goltz. También lo encontrará en Bendlerstrasse.

—De acuerdo. Pero antes hablaré con Nebe. Y quizá también con Franz Gürtner, el ministro de Justicia. Tal vez sepa qué hacer.

—Gracias. —Von Frisch sacó el billetero, lo abrió y dejó dos billetes de color azul de Prusia encima de mi mesa—. Por lo que me dijo antes su colega, debería ser suficiente para contratar sus servicios durante una semana.

—Es más que suficiente, señor.

De hecho, me hubiera encargado del caso gratis. Pero no tenía sentido discutir con el anciano; Achim von Frisch era un prusiano a la antigua usanza con mucho orgullo y, del mismo modo que no se habría ofrecido a limpiar mi oficina ni a ir a comprarme tabaco, nunca habría aceptado mi caridad.

Después de que se marchara me quedé sentado y pronuncié en vano unas cuantas veces el nombre del Señor, lo que no hizo más que subirme la presión

sanguínea. Entonces apareció Bruno con mis Murattis y tuve que fumarme uno de inmediato y echar un buen trago de la botella de Korn que guardaba en el cajón de la mesa. Luego le expliqué lo que me había contado Von Frisch, y él lanzó una sarta de maldiciones y echó un trago. Debíamos de parecer un par de curas de vacaciones.

—Esto no es un caso —dijo—, es un escándalo político en ciernes. Lo mejor sería dejarlo correr, jefe. Me parece más fácil buscar a Amelia Earhart que intentar ayudar a este viejo «Fridolin».

—Quizá.

—Ni quizá ni nada. Si quieres saber mi opinión, esto será como meter la cabeza en la boca del león, con muy pocas posibilidades de sacarla con las dos orejas. Se trata de los nazis consolidando su poder, jefe. Primero el incendio del Reichstag, luego la Noche de los Cuchillos Largos, cuando asesinaron a Ernst Röhm y a toda la dirección de la SA, y ahora esto: la emasculación del Ejército. Es la manera que tiene Hitler de hacer saber a la Wehrmacht que tiene la sartén por el mango. No me sorprendería nada que se nombre a sí mismo ministro de la Guerra. Después de todo, ¿quién más queda?

—¿Göring? —murmuré, sin acabar de creérmelo.

—¿Ese lechuguino seboso? Ya tiene demasiado poder para el gusto de Hitler.

Asentí.

—Sí, tienes razón, claro. Tiene demasiado poder y es demasiado popular entre la gente de a pie. —Meneé la cabeza—. Pero tengo que hacer algo. En Turquía, el capitán Von Frisch me salvó la vida. De no ser por él, tendría un agujero bien grande en la cabeza en vez de mi cerebro.

Acababa de servirle en bandeja el remate del chiste, y naturalmente Bruno no me decepcionó; si algo tiene mi compañero es que resulta predecible, lo que, las más de las veces, es una cualidad excelente en un compañero.

—Ya tienes un agujero bien grande en la cabeza donde debería estar tu cerebro. Y lo demostrarás si aceptas al capitán como cliente.

—Ya lo he aceptado. Le he dado mi palabra de que intentaría ayudarlo. Como te decía, me salvó el cuello. Lo menos que puedo hacer es intentar salvárselo a él.

—Mira, Bernie, eso es lo que pasa en las guerras. No tiene ninguna importancia. Salvarle la vida a alguien no era más que mera cortesía en las trincheras. Nada distinto a darle lumbre para que encendiera un cigarrillo. Si me hubieran dado diez marcos por cada vez que le salvé la vida a algún cabrón, sería rico. Olvídalo. Él probablemente ya lo ha olvidado. No tiene ninguna relevancia, Bernie.

—No lo dices en serio.

—No. De acuerdo. No lo digo en serio. Entonces, a ver qué te parece esto. Sobrevivir en aquel entonces no era más que una cuestión de suerte, nada más. ¿Por qué darle importancia ahora?

Cogí el sombrero.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Al cuartel general de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse —contesté—. Voy a buscar a ese león.

RIVIERA FRANCESA, 1956

Tomé un sorbo del gimlet combinado a la perfección que el mayordomo con cara de palo de Maugham acababa de traer al nido de águila donde escribía el autor, y me estremecí un poco al notar cómo la ginebra con una graduación propia de la Marina fluía por mis arterias cada vez más rígidas, igual que formol del bueno. ¿Para qué, si no, bebe la gente? Luego encendí un cigarrillo, le di una fuerte calada y esperé a que el dulce tabaco de Virginia asestara el *coup de grâce* a mis sentidos tras el efecto mitigador del alcohol. ¿Para qué, si no, fuma la gente? Mientras tanto, había entrado en la estancia un esbelto gato negro, y algo en sus furtivos y cautos movimientos me llevó a pensar que era un oscuro análogo de mi propia alma, que había venido a asegurarse de que no le contara más de lo debido al anciano escritor inglés. No hay que confiar nunca en un escritor, parecía estar diciéndome el gato; siempre están tomando nota de todo tipo de cosas. Cosas que uno no tenía intención de contarles. Y en especial a este. Ya sabe cómo te llamas; no le des más información. La utilizará en el libro que está escribiendo.

—Le agradecería que esto quedara entre nosotros —dije—. Lo de que soy un antiguo detective de Berlín. No me conviene que se sepa.

—Claro. Le doy mi palabra.

—Sea como sea, no es una historia en la que nadie salga muy bien parado —añadí—. Ni siquiera yo.

—Ese es el quid de una buena historia —replicó Maugham—. Detesto a

los héroes incluso en sus mejores momentos, y prefiero con mucho a los hombres con defectos. Eso es lo que vende hoy en día, se lo aseguro.

—Entonces me resulta de lo más sorprendente que yo no haya aparecido en ninguna novela todavía. No, de verdad, hablando en serio, al volver la vista atrás creo que debería haber hecho mucho más. Debería haber insistido hasta disuadir al capitán de que abandonara sus intenciones, pero era mi antiguo oficial y yo estaba acostumbrado a hacer lo que me ordenaba. Ya sé que no es excusa suficiente, pero qué se le va a hacer. No es más que otra de las cosas que lamento en la apología en diez volúmenes que es la historia de mi vida.

—Diez volúmenes, ¿eh? Parece interesante.

—Con un cuerpo de letra grande, eso sí.

—Entonces, ¿qué o-ocurrió? —preguntó Maugham—. En su historia.

—Nada bueno —respondí—. Fue un desastre para el capitán, y con el tiempo también para mí. Aquello hizo que el general Heydrich se acordara de mi existencia. Poco después, ese mismo año, me chantajeó para que regresara a la policía, lo que suponía trabajar para él y, en última instancia, para el SD.

—¿Le chantajeó? ¿Qué información tenía sobre usted?

Sonreí.

—Nada en particular. La amenaza de utilizar una violencia extrema era más que suficiente. Es el chantaje más efectivo que hay. Los nazis tenían tantas formas de amenazar a una persona con violencia que a veces cuesta trabajo recordar que hablamos del gobierno alemán y no de un montón de gánsteres de Chicago. Si me hubiera negado a hacer lo que me pedía, es decir, trabajar para él, habría sido hombre muerto. Sin duda. Heydrich siempre conseguía lo que quería.

El gato parpadeó en dirección a mí con un gesto de pausada incredulidad, como preguntándose qué había de cierto en semejante afirmación. Los gatos suelen darse cuenta de cuándo alguien está mintiendo o, en mi caso, de

cuándo uno adorna la verdad para que encaje con su nueva imagen. Probablemente por eso no tengo gato.

—¿Y fue usted al cuartel general de la Gestapo? ¿A meter la cabeza en la boca del león?

—Sí. Me reuní con Huber y Fehling. Eran los dos agentes de la Gestapo a cargo de la investigación del caso Von Fritsch. Me quedó claro de inmediato que poseían la arrogancia de los hombres que tienen trato de plena confianza con individuos de mucho más alto rango que ellos: Himmler, según creo, y probablemente también Heydrich. Como puede imaginar, no fueron de ninguna ayuda; desde luego, no les hizo ninguna gracia que su caso contra el general pudiera irse al garete porque se demostrase que Otto Schmidt era un mentiroso de tomo y lomo. Fue un golpe de suerte que, mientras estaba allí, apareciera su jefe, Arthur Nebe. No me dirigió la palabra, pero después de charlar con Huber decidieron dejarme ir. Nebe siempre había tenido debilidad por mí, de modo que supongo que fue decisión suya. En cualquier caso, me advirtieron claramente que tenía prohibido volver a ponerme en contacto con el capitán Von Frisch o con el abogado del general, el conde Rüdiger von der Goltz. Aun así, como siempre he sido alguien más bien insubordinado, poco después fui al cuartel general del Ejército, donde hablé con otro juez militar, que se llamaba Karl Sack, y le expliqué la situación. Y fue él quien informó al abogado del general de que mi capitán estaba dispuesto a prestar declaración contra el testigo principal de la Gestapo, Otto Schmidt.

»Para entonces, las cosas ya estaban desarrollándose más deprisa de lo que yo podía llegar a imaginar y con mucha más crueldad de la que cabría esperar. El capitán Von Frisch había sido arrestado en su domicilio de Lichterfelde, y estaba en lo que la Gestapo tenía la desfachatez de llamar «detención preventiva», en su cuartel general de Prinz-Albrecht-Strasse. Eso siempre quería decir que algo malo estaba a punto de ocurrir, algo que por supuesto ocurrió. Allí lo sometieron a una terrible paliza de la que nunca

llegó a recuperarse del todo. Pero fue inmensamente valiente, y rehusó cambiar su declaración de que el Von Frisch que había cometido un acto de carácter homosexual en los lavabos de la estación de Potsdamer Platz era él, y no el general, de modo que al final se vieron obligados a soltarlo. Hennig nos llamó a mi socio y a mí para que fuéramos a recoger a Von Frisch a los sótanos del cuartel general de la Gestapo, que aún recuerdo en todos sus horribles detalles. No es una cosa de esas que se pueden olvidar.

»Yacía desnudo en el suelo de la celda, en medio de un charco de sangre y orina, y, durante varios minutos, pensamos que estaba muerto. Tenía el cuerpo entero morado como una ciruela madura; de hecho, sangraba por las orejas, y solo cuando me atreví a tocarlo gimió y nos dimos cuenta de que, aunque pareciera increíble, seguía con vida. A la Gestapo se le daba muy bien eso de propinar palizas y dejar a sus víctimas al borde de la muerte, y a veces más cerca incluso. Una exploración superficial de su cuerpo reveló que tenía, con toda probabilidad, varias costillas rotas, la clavícula y la mandíbula fracturadas y contusiones múltiples. Le habían arrancado todas las uñas y varios dientes con unas tenazas, y uno de sus ojos sobresalía de su cuenca de un modo horrible. Había visto a hombres apaleados con anterioridad, pero nunca hasta tal punto y desde luego a ninguno tan mayor. Sin una camilla en la que llevarlo, nos vimos obligados a trasladarlo hasta mi coche en una manta vieja y mugrienta, y solo nos permitieron llevarlo al Hospital de la Caridad a condición de que no dijéramos al personal médico la verdad acerca de cómo se había hecho las heridas, de modo que nos vimos en la obligación de inventarnos un cuento en plan los músicos de Bremen y, una vez en el hospital, contamos que había salido sonámbulo de su casa y lo había atropellado un tranvía. No nos creyeron, eso seguro. Habían visto muchas veces a hombres y mujeres apaleados por la Gestapo y la SA. Nunca entenderé cómo pudo resistir hasta ese punto y aferrarse a su declaración.

»A pesar de todas las lesiones, el capitán se las arregló para recuperarse lo

suficiente y presentarse ante el tribunal militar cinco semanas después. El 2 de marzo de 1938, presentó testimonio y contradijo directamente la versión de su primer chantajista, Otto Schmidt. El proceso fue una auténtica farsa. Se celebró en la Preussenhaus, y hasta Hermann Göring parecía avergonzado. Todo el mundo podía ver que se había llevado una paliza de aúpa y todo el mundo sabía quién se la había propinado, pero de algún modo todos hicieron la vista gorda. Gracias al capitán, el general Von Fritsch fue absuelto. Pero el mal ya estaba hecho, y, aunque conservó su rango militar, no fue restituido en su puesto de comandante en jefe. Posteriormente regresó a su regimiento, y un año después, en septiembre de 1939, murió durante la invasión de Polonia. Hay quien considera que optó por una muerte heroica. Algo que sin duda era lo más apropiado en un hombre de su talante.

»Después de su ridículo y poco convincente papel ante el tribunal, oí que volvieron a detener a Otto Schmidt un par de semanas después y que lo llevaron a un campo de concentración, probablemente el de Sachsenhausen, donde supongo que murió luciendo un triángulo rosa. Los judíos estaban obligados a llevar una estrella amarilla en los campos. Los homosexuales llevaban un triángulo rosa, lo que suponía que los guardias podían idear castigos a la altura del delito según su propio parecer. Debió de ser terrible, porque, de los seis millones, se suele olvidar que muchos homosexuales alemanes sufrieron una muerte violenta en los campos de concentración. Por lo visto, los nazis nunca andaban escasos de minorías a las que perseguir.

—¡Qué horror! —exclamó Maugham—. Es una tragedia que tantos homosexuales sean chantajeados. Lo lógico sería que la frecuencia con que ocurre lo hiciera menos trágico de algún modo, y que quienes tenemos la piel más curtida plantásemos cara sin pensárnoslo dos veces. Y, sin embargo, los maricas como yo lo vemos casi como un gaje más del oficio. A menudo me pregunto qué tienen los hombres contra los homosexuales. Creo que es la importancia que le damos a las cosas que la mayoría de los hombres

consideran triviales y el cinismo con el que vemos los asuntos que el hombre normal tiene por esenciales para su bienestar espiritual. Eso y un interés fuera de lo normal por las p-pollas de otros hombres.

Me eché a reír.

—Sí, probablemente.

—¿Y el pobre anciano capitán? —preguntó—. ¿Qué fue de él?

—Su salud quedó muy mermada después del tratamiento al que lo sometió la Gestapo. Me mantuve en contacto con él durante un mes o dos después de eso, pero luego se vio obligado a abandonar su domicilio en Lichterfelde por falta de fondos, y lamentablemente terminé por perderle la pista. No sé qué suerte corrió, pero es muy posible que también acabara en un campo de concentración por un motivo u otro. Para entonces, los elegantes amigos militares del capitán no estaban precisamente en situación de evitar que ocurriera algo así. Hitler había alcanzado sus aspiraciones de llegar a ser comandante en jefe y ministro de Guerra en apenas unas pocas semanas. Unos días después de la celebración del proceso contra Von Fritsch, Alemania invadió Austria, y Von Blomberg y el caso Von Fritsch quedaron casi olvidados cuando prácticamente toda Alemania y Austria jaleaban a Adolf Hitler como el nuevo Mesías. En Berlín no tanto como en Viena. En defensa de mi ciudad, me siento obligado a señalar que los berlineses izquierdistas nunca se encariñaron con Hitler como lo hicieron los austríacos. Pero esa es otra historia, y mucho más larga.

»Harold Hennig fue degradado y luego transferido a la policía de seguridad de Königsberg; nos encontramos de nuevo cuando me trasladaron allí desde Berlín, en 1944, pero, una vez más, también eso es otra historia. Este individuo lleva más de veinte años chantajeando a hombres como usted, señor Maugham. Es un profesional y sabe lo que se hace. No podemos esperar que cometa ningún error parecido al modo en que los nazis llevaron el caso contra el general Von Fritsch. No lo cometerá. De hecho, yo diría que

tiene intención de apretarme las tuercas a mí, aunque en menor grado que a usted, claro. Después de todo, conoce mi identidad real y buena parte de mi auténtica historia. Yo diría que me chantajeará no porque vaya a sacarme dinero, pues sin duda imaginará que no tengo mucho, sino simplemente porque puede. En su caso, ese modo de proceder es una inclinación, una costumbre. Una manera de demostrar el poder que tiene sobre otra persona.

—Lo siento.

Maugham tomó un sorbo de su dry martini, y alcancé a oler la absenta en su copa. Confería al vermut y al vodka fríos una especie de matiz corrupto, un poco como el que irradiaba el inescrutable anciano.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Puede hacerla, pero igual no la contesto.

—¿Alguna vez ha matado a alguien?

—Matar es legal en tiempos de guerra. O eso nos recordaban a menudo.

—Lo tomaré como un sí. Pero ¿cree que podría volver a hacerlo?

—Es como beber. Resulta difícil parar, después de una sola copa. Aunque matar a alguien es mucho más difícil de lo que suele parecer en las páginas de una novela.

—Ah, sí... ¿Qué sería del arte sin el asesinato?

—Y, sin embargo, al mismo tiempo es mucho más sencillo. Cualquiera capaz de cortar una rebanada de pan puede rebanar un gaznate. Sea como sea, hace mucho tiempo que no aprieto el gatillo contra un hombre. Lo crea o no, vine aquí para alejarme de todo eso.

—Lo que le pregunto es si quizá podría arreglarlo para que Herr Hebel sufra un accidente. Tal vez un coche podría atropellarlo fortuitamente. O alguien podría manipular los frenos de su propio vehículo para que fallen en alguna curva junto a un precipicio. Hay muchas curvas como esas por aquí. Estaría más que dispuesto a pagarle lo que voy a tener que pagarle a él, solo para tener la seguridad de que no vuelva y me pida más. Lo digo en serio.

Cincuenta mil dólares si lo quita de en medio. A mi edad, uno se siente inclinado a plantearse cualquier cosa para poder llevar una vida tranquila. Incluso el asesinato. Y a decir verdad, no es un crimen tan tremebundo en estos días, ¿no le parece? No desde la guerra. Mire, lo único que le pido es que lo piense.

—Ya sé lo que me pide, señor Maugham. Y la respuesta es no. Prefería de lejos tener que desaparecer otra vez antes que verme obligado a asesinar a nuestro amigo Harold Hebel. *Fiat justitia, et pereat mundus*. Que reine la justicia incluso si hubiera de perecer el mundo. Es mi versión de lo del cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi interior.

—¿Qué es eso? ¿Kant?

Asentí.

—No es que me importe lo que le ocurra a Hebel. Le deseo todo el mal que pueda acaecerle a un hombre. Y, desde luego, hubo una época en la que lo habría asesinado tranquilamente sin pensármelo dos veces. Lo que pasa es que lo que me ocurra a mí me importa mucho más que lo que le ocurra a él. No tengo el menor deseo de añadir el undécimo volumen a esa *apologia pro vita sua* de diez tomos de la que le hablaba antes. Además, no tiene usted modo de saber qué elaboradas precauciones puede haber tomado con su vida un individuo de su calaña. Estoy seguro de que casi espera que lo asesinen. Yo diría que incluso ya le habrá enviado a un abogado local un sobre para que se abra en caso de que fallezca súbitamente, mientras está aquí en Cap Ferrat.

—Es una idea inquietante.

—Desde luego, es lo que yo haría de encontrarme en sus zapatos ingleses de cuero calado y hechos a mano.

—Sí, Robin también se fijó en ellos. Es horrible verse chantajeado por un tipo que va al mismo zapatero que uno. Al menos Louis Legrand, el Loulou

del que le he hablado, parecía lo que era: un buscón de tres al cuarto. Por lo visto, este individuo tiene aspecto de empresario de éxito.

Maugham encendió un cigarrillo, y su mirada se tornó melancólica.

—Es una pena —comentó, con cierta retranca sardónica—. Que no podamos matarlo, quiero decir. Me gustaría haber ayudado a cometer un acto auténticamente criminal en mi vida. Sobre todo ahora que se me tiene en tan alta estima. Me habría encantado poder asistir a la boda real monegasca mientras planeaba un asesinato.

—Nada le impide a usted matarlo —señalé.

—Ni siquiera cuando estaba de servicio en Rusia y tenía que llevar revólver era muy buen tirador. Y hoy por hoy mi vista no da para mucho. Seguro que fallaría. A menos que disparase contra un crítico. Desde luego sería capaz de acertarle a Harold Hobson, el crítico teatral, sin el menor problema.

—Entonces quizá pueda hacerlo alguno de sus amigos. Su mayordomo, si es tan diestro con un arma como con la ginebra. O Robin, tal vez.

—Si tuviera un revólver, casi estaría tentado de sugerírselo —dijo Maugham—, pero me temo que no sabría dónde agenciarme algo así.

—Es fácil conseguir armas —repuse—. Lo difícil es encontrar a alguien con agallas para usarlas a sangre fría.

—Supongo... —Maugham se quedó pensativo—. Creo que Robin sería perfectamente capaz de hacerlo. Estoy seguro de que mató a más de uno durante la guerra. A más de uno de los de su bando, claro. Alemanes, quiero decir. Se le mencionó en los partes de guerra. Pero, pensándolo mejor, seguro que metería la pata en algo tan complicado como un asesinato. Dejaría alguna prueba crucial: uno de esos gemelos de oro con monograma, quizá. O más probablemente su puta tarjeta de visita. En muchos aspectos, Robin es de lo más ingenuo. Es culpa mía, en realidad. Lo he mantenido aislado del mundo real durante casi toda su vida.

—Entonces es mejor que no se lo pida, por si se siente obligado a aceptar.

—Creo que probablemente tiene usted razón.

—¿Y ahora qué? ¿Le explicó Hebel cómo se supone que debo ponerme en contacto con él? ¿O si se pondrá él en contacto conmigo? ¿Y qué hay del dinero? ¿Lo tiene ya preparado?

—El dinero en efectivo está en mi caja fuerte, abajo. Y dijo que le enviaría a usted una nota explicándole dónde y cuándo quiere que se haga la entrega del dinero. Cuanto antes mejor, imagino.

El domingo por la mañana llegó más caliente que una cigarra recocida. Sin embargo, en el vestíbulo de mármol color miel del Grand Hôtel el aire acondicionado funcionaba a tal potencia que me alegré de llevar mi grueso chaqué, pese a que hacía que me pareciera a mi abuelo, que fue funcionario y trabajó toda su vida en la Cámara de Representantes prusiana de Berlín donde, en 1862, oyó a Bismarck pronunciar su famoso discurso sobre «sangre y hierro». Al pensar en él, me di cuenta de cuánto lo echaba de menos, y por un momento recordé cómo me llevaba desde su casa en las inmediaciones de Fischerinsel a ver el recinto de los osos en el zoo cercano. Ahora, sentado detrás del mostrador de recepción, yo también debía de parecer un oso erguido sobre los cuartos traseros cada vez que se acercaba un cliente, con la esperanza de satisfacerlo y ganarme una propina. Los huéspedes del hotel llegaban, se iban, subían, salían a la piscina, accedían al comedor a desayunar, almorzar y cenar en toda suerte de atuendos de vacaciones, algunos tan absurdos e inadecuados como el chaqué de lana negra que lucía el conserje de un gran hotel. Unos cuantos clientes se atrevieron a acercarse incluso a la iglesia de Beaulieu, pero la mayoría se quedaron en el hotel para disfrutar del aire acondicionado. No podía reprochárselo. Hacía demasiado calor para la religión, aunque bien es verdad que yo, como muchos prusianos, siempre fui más bien pagano por inclinación y educación. Para Bismarck había sido la inversión militar —metafóricamente, sangre y hierro— lo que había resultado clave para la importancia de Prusia en Alemania; para mí era siempre el hecho de que Prusia se había mantenido totalmente ajena al

cristianismo, hasta que por fin fue conquistada por los caballeros teutones del Papa en 1283. Desde entonces, Dios ha estado castigándonos con saña por tardar tanto en convertirnos a su Iglesia. Eso sí que es ser un pueblo elegido. Y explicaba mucho de la historia alemana. Explicaba la impenetrable selva negra que era mi alma oscura, y desde luego explicaba mi sentido del humor, que nunca andaba muy lejos cuando daba indicaciones a los huéspedes del hotel, compraba entradas para el teatro o me ocupaba de cambiar moneda extranjera, por lo general dólares americanos. Los americanos siempre se quejaban del tipo de cambio, pese a que ese año eran los turistas más ricos en la Riviera. De hecho, los americanos eran los turistas más ricos en la Riviera todos los años, una reputación que, por lo visto, encantaba a la mayoría, pero que tenía el efecto de que pagaran casi el doble que cualquier otro debido a lo que los franceses tenían el descaro de llamar *le tax américain*. Inflar los precios era una cosa, y difícilmente se podía reprochar a los franceses, escasos de dinero, que cedieran a la tentación de exigirles tanto en restaurantes y taxis. Pero otra muy distinta era exigir dinero por medio de amenazas. A mi modo de ver, el chantaje es uno de los peores delitos que hay, pues puede durar —y a menudo dura— toda una vida; aún recuerdo el inmenso placer que sentí cuando me enteré de que Leopold Gast, el chantajista más famoso de Berlín, había sido condenado a cadena perpetua en 1929, después de que una de sus muchas víctimas, la mayoría mujeres, se hubiera suicidado, aunque no sin antes enviar una carta detallada a la policía: una carta por la que luego fue condenado. A decir verdad, la guillotina habría sido demasiado buena para un tipo tan repugnante como Gast.

Y sentí una repugnancia similar cuando vi ahora a Harold Heinz Hennig, alias Harold Hebel, cruzando el vestíbulo del hotel despreocupadamente hasta donde me encontraba yo. Venía sonriendo, además, como un lobo que acabara de devorar a una abuelita, lo que no hizo sino exacerbar el odio que sentía por aquel hombre atractivo y más joven. Me llegó un intenso olor a

colonia, reparé en el caro reloj de oro de Cartier en la muñeca bronceada del brazo apoyado en el mostrador, y me sorprendí deseando cortarle la extremidad para obligarlo a comérsela. De hecho, me entretuve regodeándome en aquella imagen tan agradable mientras hablábamos.

—Herr Hebel —saludé en alemán, mirándolo con la misma frialdad que un perro de porcelana—. ¿En qué le puedo ayudar?

Se llevó una de sus muy cuidadas manos al bolsillo del pecho de su chaqueta de Savile Row y sacó un sobre de color crema que a continuación me entregó.

—Si tiene un poco de tiempo, me preguntaba si podría traducirme esta carta del francés al alemán. No hablo francés ni remotamente tan bien como usted, Herr Wolf, y el texto contiene ciertos tecnicismos que, a decir verdad, se me escapan.

Eran las primeras palabras que me dirigía desde enero de 1945 y tuve que recurrir a toda mi capacidad de autocontrol para no recordárselo al tiempo que le soltaba un puñetazo directo a la nariz. Hebel era consciente de ello, claro, pero fingir que éramos casi desconocidos formaba parte de un cuento minuciosamente preparado. Su voz tenía el áspero matiz de un gruñido, como el de un felino grande, o el de un perro guardián.

—Desde luego, caballero. Ahora mismo.

—Tómese su tiempo, querido amigo —respondió con afabilidad—. No hay prisa. Si me lo entrega esta tarde, ya me va bien.

—Como desee, señor.

—Puede dejar las dos versiones en mi habitación, si es tan amable. Las recogeré mañana.

Y luego se marchó al encuentro del feroz calor y le dio una propina al aparcacoches, que se fue corriendo en busca de su vehículo.

Aproveché las horas de mi descanso matinal para abrir el sobre y leer con atención las instrucciones mecanografiadas de Hebel acerca de cómo, dónde

y cuándo se debía abonar el dinero del chantaje. Luego volví al despacho y telefoneé a Somerset Maugham a la Villa Mauresque, y cuando Alan, su amigo y secretario, lo llamó al teléfono, le dije al anciano que tuviera el dinero listo para que fuera a recogerlo esa misma noche.

—Entonces, ¿se ha puesto en contacto? —dijo Maugham en alemán, lo que no me suponía el menor inconveniente; por lo visto, le gustaba hablar en alemán conmigo.

—Sí.

—¿Qué opinión le ha merecido?

—La misma que me merecía hace más de diez años. Que me gustaría verlo muerto.

—La oferta sigue en pie.

—No, gracias. No quiero asesinar a nadie, señor Maugham. Ni siquiera a gente que no me cae muy bien.

—¿Cree que es de fiar?

—No, claro que no. Es una sabandija. Pero hoy va a sacar mucho dinero, y seguro que quiere que todo siga su curso sin problemas. Así pues, en ese sentido, todo debería ir según lo planeado. Al menos esta noche. Después, cualquiera sabe.

—¿Cómo debo prepararlo? El dinero, quiero decir. ¿En un paquete?

—Habría que desenvolver el paquete para contar el dinero. No, hay que evitar cualquier detalle que entorpezca el proceso esta noche. Un bolso iría bien. A ser posible uno que no le importe regalarle a un cabrón como Hebel.

—¿Un bolso de vuelo de Pan American Airlines le parece adecuado?

—No lo sé. ¿Cabén cincuenta mil dólares?

—Yo diría que sí.

—Entonces es una elección adecuada. Sea como sea, tenga el dinero preparado para las siete. El encuentro es a las ocho. Llevaré el negativo y la fotografía directamente a Villa Mauresque en cuanto los tenga.

—Cincuenta mil dólares... —rezongó—. Debe de ser la puta fotografía más cara de la historia.

—Una imagen vale más que mil palabras. ¿No se suele decir eso?

—Dios, espero que no. De ser así, me voy a q-quedar sin trabajo, joder.

—Mire, señor Maugham, probablemente lo mejor es que ninguna de las palabras que pueda valer esta imagen en particular resuenen fuera de unos baños turcos o una novela de Marcel Proust. Así pues, más vale que se reconcilie con la idea de apoquinar.

—Para usted es fácil decirlo, señor Wolf. Cincuenta mil dólares son cincuenta mil dólares.

—Tiene razón. Y lo reconozco, cincuenta mil imágenes de Washington son cincuenta mil historias que me encantaría escuchar. En ese caso, no le pague. Dígale que se vaya al infierno y encaje las consecuencias. Eso es cosa suya, señor. Pero, a veces, cuando es absolutamente necesario, todo el mundo tiene que tragarse el sapo.

—¿Y si le doy a usted el dinero y se va directo hacia la frontera italiana? Podría estar en Génova antes de medianoche, y luego a bordo de un barco rumbo a quién coño sabe dónde.

—¿Y dejar mi maravilloso empleo aquí en el Grand Hôtel? Me parece que no. Todo hombre quiere engañarse pensando que posee cierta fibra moral. Durante años estuve diciéndome a mí mismo que era el tipo más honrado que había conocido. Naturalmente, eso era muy fácil en la Alemania nazi. Pero ¿por qué ha de fiarse de mi palabra? Marque unos cuantos billetes. Anote unos cuantos números de serie. No le costaría mucho seguirme la pista. Yo diría que ni siquiera la policía francesa tendría demasiados problemas para dar conmigo o con el dinero... Y ahora que lo pienso, hágalo de todos modos. Nunca se sabe.

El resto del domingo transcurrió lentamente, como suele ocurrir, sobre todo cuando hay que desempeñar una tarea importante al final de la jornada.

Hebel volvió al hotel justo después del almuerzo y fue directo a su habitación sin mirarme siquiera de soslayo. Era un tipo con sangre fría, eso he de reconocerlo. Fui a su coche y lo registré de arriba abajo; había un folleto de una fábrica de perfumes de Grasse, y supuse que había estado allí. Entretanto, empezó a dolerme la espalda a la altura de los riñones —algo que suele ocurrirme cuando he pasado de pie buena parte del día—, y me entraron ganas de volver a casa y darme un baño. Pero antes tenía que hacer un trabajo importante. En cuanto Hebel volvió a salir —a eso de las seis—, cogí la llave y subí a registrar la habitación del alemán. Estaba indagando en los márgenes de su viperina personalidad, empeñado en averiguar qué más podía tener entre sus posesiones de calidad superior que fuera potencialmente comprometedor para mi cliente, tan vulnerable y fácil de comprometer. Cartas, tal vez, o quizá otra fotografía. Era la idea que tenía yo del servicio de habitaciones. No había dejado nada que considerase valioso en la caja fuerte del hotel, y tampoco en el coche, lo que dejaba únicamente su suite como última opción y, quizá, como le había sugerido a Maugham, algún abogado local con una cámara acorazada y un anticipo semanal. Lo que encontré fue sorprendente, aunque no en el sentido que había esperado.

Era una bonita suite en el piso superior del ala este del hotel, justo debajo de un asta de bandera con la tricolor, llena de la luz vespertina del verano y el olor a flores cortadas, con una hermosa vista de la suave pendiente que describían los frondosos jardines y, más allá, el mar azul intenso. Anclado en la bahía, el yate del armador millonario griego Aristóteles Onassis, el Christina O, con su característica chimenea amarilla y sus líneas de fragata de la Marina, parecía un nuevo Argo en busca de algún vellocino de oro más moderno y rentable, concebido por algún embaucador como Charles Ponzi, quizá, o Ferdinand Demara.

Miré por la habitación. Había una cama grande, una cómoda zona de butacas y sillones, un cuarto de baño en suite y una terraza de la longitud de los Campos Elíseos. En las paredes había grabados franceses de escenas anodinas de la Riviera francesa —que siempre me hacían ver con mejores ojos a artistas más sombríos como el Bosco y Goya—, y un cuenco grande con fruta fresca. Encima de una cómoda, descansaba el magnetófono portátil Grundig de Hebel. Lo encendí y, durante un par de minutos, escuché los compases de jazz estilo *bebop*, que para mi gusto suele ser tiempo más que suficiente. Había una agenda, un diario y un neceser con un número más que optimista de condones. Como era de esperar, el armario y los cajones albergaban un buen surtido de elegantes prendas. Y allí, encima de un montón de camisas pulcramente dobladas de Turnbull & Asser, encontré un sobre dirigido a Bernie Gunther. Además, bajo el revoltijo de calcetines y ropa interior había una Sig de nueve milímetros, limpiada recientemente. Era

una buena pistola con el cargador lleno, y me alegró verla allí porque me permitió suponer que Hebel no iría armado cuando nos reuniéramos después, pero fue la indiscreta carta lo que más me interesó, y me planteé cómo podía leerla sin que él se diera cuenta. Estaba claro que Hebel daba por hecho que registraría su habitación, lo que me llevó a pensar que probablemente estaba perdiendo el tiempo allí. Así que, tras un minuto mirando fijamente la posición del sobre encima de la camisa de arriba —¿podía haber un cabello en el que no me hubiera fijado que le indicara si había hurgado en ese cajón?—, lo dejé donde estaba sin tocarlo. Sin embargo, un instante después y cediendo a un impulso, y pensando que quizá pudiese utilizarla para negociar con Hebel más adelante, cogí el arma, me la guardé a la espalda bajo la cintura de los pantalones de raya diplomática y volví abajo. Estaba seguro de que no iba a quejarse a nadie de que le hubiera robado la pistola, sobre todo si le estaba apuntando a la cabeza con ella. Rara vez hago nada por impulso, no obstante, y casi de inmediato fue un impulso que lamenté profundamente.

En el vestíbulo, había dos polis de paisano esperándome y haciendo ya inventario en silencio de mi rostro, mis ademanes, mi chaqué y mi manera de caminar: sus ojos me recorrían de arriba abajo cual hormigas. Sabía que eran policías porque los que van de paisano siempre tienen un aspecto un poco soso en un gran hotel. Los polis son iguales en todo el mundo; por lo general tienen aspecto de encajar en algún otro sitio, en algún lugar de segunda como la Unión Soviética, o Alaska, donde los trajes baratos, los zapatos estrechos y las camisas arrugadas con el cuello usado son casi el uniforme estándar. Esos dos parecían un par de piedras sin brillo en una ponchera de plata. Los llevé sin perder tiempo a mi despacho del fondo, por si estropeaban las arañas de luces o *monsieur* Charrières, el director del hotel, los percibía como un incordio. Durante un breve instante, pensé que habían venido a hablar con Hebel y me pregunté cuánto tardaría este en hacer un trato con ellos que me implicara a mí, pero, para mi sorpresa, estaban allí para preguntarme por

Antimo Spinola. Me mostraron sus mugrientas tarjetas de identificación plastificadas y murmuraron sus nombres por entre una nubecilla azul de humo de tabaco francés, pero yo apenas prestaba atención porque ahora me preocupaba más no llegar a mi cita con Hebel que cualquier relación que pudiera unirme a Antimo Spinola. El italiano podía cuidar de sí mismo; o eso creía yo. Había en juego cinco mil dólares si me ocupaba del dinero del chantaje a Maugham sin incidencias, más que suficiente para comprarme un coche nuevo o un billete a alguna otra parte; «alguna otra parte» era un sitio que cada vez me apetecía más visitar.

—¿Hasta qué punto lo conoce? —preguntó uno de los polis.

—¿A Spinola? Juego a las cartas con él dos veces a la semana en el hotel La Voile d'Or de Cap Ferrat. Es mi pareja de bridge, lo que quiere decir que no lo conozco nada bien. El bridge es uno de esos juegos demasiado interesantes para las charlas en plan «qué has estado haciendo hoy».

—¿Cuánto tiempo llevan jugando juntos?

—Ah, quizá un par de años. Desde que trabajo aquí, en cualquier caso.

—Es un hotel precioso.

—¿Verdad que sí? Cuánta belleza. —Estuve a punto de añadir: «Pero cuánta tristeza también. Es un mundo hermoso y triste, creo yo, con algunas personas hermosas y tristes en él», solo que uno no habla así con los polis cuando le están haciendo preguntas. No, si quiere que lo dejen en paz.

—¿Se apuesta dinero en el bridge?

—Se puede apostar, pero nosotros no lo hacemos.

—¿Cómo se conocieron?

—Nos presentaron. No recuerdo quién, la verdad. Alguien de La Voile, tal vez.

—Dos años no es tanto. Seguro que puede acordarse.

—Sería lo más normal, sí. Quizá el barman de La Voile. Maurice, un buen tipo. Un buen barman.

Ahora las preguntas me llegaban rápido, como los golpes de un boxeador, lanzados por un agente y luego por el otro. Pero ya había peleado este combate y muchos otros parecidos con anterioridad, así que metí la cabeza entre los hombros, levanté la izquierda para protegerme de algún golpe a traición y me preparé para defenderme en todo momento.

—¿Ha estado alguna vez en su apartamento de Niza?

—No. No me invitó nunca.

—¿Y al casino? ¿Ha ido alguna vez?

Torcí el gesto.

—No me gustan mucho los casinos. Por una parte, no tengo dinero que pueda permitirme perder. Y, por otra, no me atraen mucho las probabilidades. Eso por no mencionar el estilo arquitectónico. La mayoría de los casinos parecen óperas, y nunca me ha gustado la ópera.

—¿Le parece importante el dinero?

—No especialmente —mentí—. De hecho, siempre me ha parecido que surte un efecto purificador no tener mucho. Sobre todo cuando uno ve día tras día lo que puede hacerle a la gente tener demasiado.

—¿Y qué hay de Spinola? ¿Cree usted que anda escaso de dinero?

—No. Pero tampoco es que me haya mostrado nunca su cuenta bancaria.

—¿Tiene enemigos?

Por un momento pensé en el arma que me había dado, que ahora estaba encima de la cisterna de mi lavabo, y luego negué con la cabeza. De pronto, me pareció que tenía muchas armas en mi poder y muy poca documentación para ninguna de ellas. Me sentí como un arsenal olvidado.

—No ha mencionado ninguno.

—¿Y qué hay de los amigos?

—Eso digo yo. ¿Qué hay de los amigos? Inspector, Spinola es el único amigo de verdad que tengo. No puedo atestiguar que lo mismo sea cierto en

su caso. Desde luego, espero que no sea así, porque no soy gran cosa como amigo.

—¿Qué me dice de mujeres?

—No habla mucho de ellas. Es cuidadoso en ese aspecto. Demasiado, quizá. Porque imagino que debe de haber alguna.

—¿Por qué lo dice?

—Inspector, es italiano. Y además un italiano bien parecido. Por no hablar de que está soltero. No me imagino que vaya a desperdiciar tres cosas así en un lugar como la Riviera francesa.

—Y usted es alemán.

—¿Qué quiere que le diga? No he sido tan afortunado como él con las mujeres, supongo.

—No me refería a eso.

—Muy bien, a ver qué le parece esto. Los alemanes y los italianos tenemos por costumbre forjar alianzas. Por cierto, les pido disculpas por nuestra última alianza.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—¿Anoche? Cené en la Villa Mauresque. Con el señor Somerset Maugham, el famoso escritor. Es un hombre muy reservado, como supongo que ya saben, pero seguro que no tendrá inconveniente en confirmar mi coartada. Suponiendo que la necesite, claro está. —Encendí un pitillo e hice una pausa, prestando atención a sus rostros sudorosos y morenos, casi tan arrugados y corrientes como su ropa—. Oigan, ¿les importaría decirme de qué va todo esto? ¿Está *monsieur* Spinola metido en alguna clase de lío? ¿Se encuentra bien? Creo que ahora sería un buen momento para que me dijeran si le ha ocurrido algo. Y de que me expliquen por qué me están haciendo todas estas preguntas.

Hasta ahora nos había ido bien hablando en presente; pero entonces, tal como a veces hacen los polis, cambiaron de tiempo verbal y pasaron

directamente al pretérito, con apenas una breve y brusca demora que dejaba bien a las claras la situación de Spinola. Podría aducir que fueron algo bruscos, pero lo cierto es que no hay forma alguna de endulzar palabras así; lo mejor es escupirlas como tachuelas.

—Me temo que está muerto. *Monsieur* Spinola fue asesinado anoche. Alguien le disparó en su casa en la madrugada de ayer.

—Encontramos una tarjeta de visita suya al lado de su teléfono. Y su nombre en su agenda, en la entrada de mañana por la tarde. El casino no está abierto hoy, así que hemos decidido venir a verlo primero.

Asentí lentamente, asimilando el honor que me hacían.

—Mañana por la tarde habríamos jugado nuestra habitual partida de bridge en La Voile. ¿Le han disparado? ¿Cómo? Bueno..., ¿dónde le dispararon?

—Un solo disparo, en el corazón.

Continué asintiendo, pero ahora estaba pensando en el arma de Hebel, que me oprimía el riñón como una piedra gigante, y recordé que la habían limpiado, y además recientemente; la boca todavía olía a lubricante. Aunque no es que sea tan difícil agenciarse un arma en la Riviera. Había una armería en Villefranche. Y los franceses tienen las leyes más permisivas de Europa en lo que a armas se refiere. El propio Hitler podría haber comprado un arma sin muchos problemas. Le resultaría bastante fácil, después de haber comprado al ejército francés entero.

—¿Tiene usted un arma, *monsieur*?

—¿Yo? No. Las armas suelen asustar a los huéspedes. Incluso a los americanos, curiosamente. En términos generales, conseguimos que abonen las facturas sin demasiados problemas.

—¿Tenía Spinola miedo de alguien? ¿Le pareció preocupado por algo?

—No.

—No parece muy disgustado por la muerte de *monsieur* Spinola.

—Pues lo estoy. Es difícil encontrar un buen compañero de bridge.

—¡Qué comentario tan insensible!

—Es evidente que no juegan al bridge. Digamos que, cuanto más me disgusta algo, más a la ligera parezco tomármelo.

—¿Alguna idea sobre quién pudo matarlo?

Sonreí. Los polis son iguales en todo el mundo, siempre esperan que alguien piense por ellos. Resulta de lo más increíble que alguno de ellos se las arreglara para aprobar un examen en el colegio sin mirar por encima del hombro del niño de al lado. Aunque también es cierto que es una de las maneras que existen de aprobar.

—No. No se me ocurre nadie. Y yo el que menos. Teniendo en cuenta cómo juego a las cartas, es mucho más probable que Spinola hubiera querido matarme a mí. Miren, ¿por qué no preguntan a los responsables del casino? Me da la impresión de que la clase de tipos turbios que dirigen esos sitios, por no hablar de los que ganan y pierden grandes sumas de dinero, son la clase de gente que matan a otros sin pensárselo dos veces aquí en la Riviera. En Niza hay crimen organizado, ¿no? Buena parte centrado en el casino. Quizá Spinola tuvo un altercado con la mafia local.

—Descuide, haremos todas las indagaciones posibles.

—¿Eso es todo?

—Es bastante, ¿no cree?

Mostré toda la paciencia y *froider* propias de un auténtico gran hotel.

—Lo que quiero decir es si me necesitan mucho más rato. Resulta que tengo una cita a la que ya llego con retraso.

—No intentaré volver a Alemania, ¿verdad? Por lo menos hasta que hayamos terminado nuestra investigación.

La última vez que había visto mi casa en Berlín no era más que un muro alto y sorprendentemente perpendicular de ladrillo ennegrecido con tres breves pedazos de piso todavía unidos a él, como una gigantesca letra E. Ni puertas, ni habitaciones ni tejado, nada más que cielo abierto, un cielo

carmesí por efecto del sol poniente que parecía bañado por la sangre de todos aquellos que habían perdido la vida en la batalla por Alemania, tan parecida al fin del mundo. Recordé que, cuando lo contemplé, de pie en la calle, pensé en cuánto dolor y muerte había en ese cielo rojizo, y que nuestro cielo nunca volvería a ser azul. Uno podía oler la muerte en el aire, como en el Juicio Final. No es que nada de eso tuviera mucha importancia, ahora que el fin del mundo estaba mucho más cerca que nunca.

—¿Volver a Alemania? —dije—. ¿A Berlín? No, caballeros. Eso desde luego queda descartado.

Cuando enfilaba ya el sendero de grava que daba acceso a la villa, Ernest, el mayordomo, me abrió el gran portón principal verde, y un momento después apareció Maugham vestido con camisa azul de cuello abierto, pantalones de lino blanco y alpargatas. Llevaba un bolso de Pan American colgado del hombro, y yo ni siquiera me bajé del coche. Apagué el motor, bajé la ventanilla y Maugham se inclinó hacia el vehículo. Era una profunda y preciosa noche de verano, una de esas apropiadas para hablar de amor, no de dinero para pagar un chantaje y una fotografía incriminatoria.

Detrás del seto de gruesas adelfas rosas y blancas se oía el borboteo del agua que caía a la piscina, y el aire estaba impregnado del olor a flor de naranjo, preferible al de martini con absenta y de tabaco que corrompía el aliento mefítico del anciano, que me envolvió como gas mostaza a la deriva sobre tierra de nadie.

—¿Quiere t-tomar una copa antes de ir? —preguntó.

—No, gracias. Más vale que tenga la cabeza despejada para la partida que estoy a punto de disputar con Herr Hebel. Pero desde luego me tomaré una a mi regreso. De hecho, dígame a Ernest que quizá me tome varias.

—Claro. Hasta le guardaremos algo de cenar.

Dejó caer el bolso en el asiento del acompañante y sacó un pañuelo para enjugarse la frente, que relucía de sudor. Justo en ese momento apareció Robin en el umbral, y luego también Alan Searle. Maugham notó que alguien rondaba por allí, y volvió la vista por encima del hombro con cierto

desagrado, como si lo estuvieran vigilando igual que a un viejo senil; era cualquier cosa menos eso.

—¿Dónde va a encontrarse con él?

—Ha alquilado una habitación en La Voile. Fue él quien lo sugirió, no yo. Pero es territorio neutral, podría decirse. Allí me resultaría más difícil tenderle alguna clase de trampa.

—Robin y Alan opinan que uno de ellos debería acompañarlo. Y, lo que es más importante, vigilar el dinero.

—No son las instrucciones que dio Hebel.

—Lo sé.

—De acuerdo, supongo que da lo mismo. Pero quien venga tendrá que quedarse en el coche, ya sea Robin o Alan.

—¿No está ni siquiera un poco nervioso?

—No.

Evidentemente, eso era mentira. Por algún motivo, tenía un extraño palpito, como si aquella noche fuera a ocurrir algo horrendo. Incluso había empezado a reconsiderar todo el maldito asunto. ¿Cabía la posibilidad de que todo fuera una especie de complicado montaje diseñado para incriminarme en el asesinato de Hebel, que el astuto anciano inglés habría encargado a otra persona? Después de todo, era un autor espléndidamente dotado, y concebir una trama laberíntica como aquella no habría estado fuera del alcance de su fértil imaginación. Además, no habría sido la primera vez que me engañaban como a un idiota, y, a fin de cuentas, solo tenía la palabra de Maugham de que en realidad era Harold Heinz Hebel quien había pedido que me encargara yo de la transacción. Me pregunté incluso si la pistola de Spinola seguía encima de la cisterna de mi cuarto de baño, donde la había dejado, y si la muerte de mi compañero de bridge estaba relacionada de alguna manera con todo esto. Cuando se trata de una mujer la traición es algo que no se le puede reprochar nunca; hay que considerarlo un factor, como el tiempo atmosférico;

es sencillamente parte de su idiosincrasia. Y a mi manera un tanto anticuada de pensar, W. Somerset Maugham era como una taimada anciana en muchos aspectos.

—¿No? Me sorprende. Es usted un hombre con mucha sangre fría, y debo decirle que empiezo a entender por qué Hebel pensó que sería el más indicado para el trabajo.

—Todo irá bien —contesté—. Me acompaña una amiga para tener la seguridad de que todo vaya sobre ruedas. —Y entonces, solo para amedrentarlo un poco, abrí la guantera y le dejé ver la Sig que había dentro.

—¡Dios santo! ¿Está cargada?

—Claro que está cargada. Sin balas, las armas solo sirven de pisapapeles.

—Me refiero a que no la utilizaré a menos que sea del todo necesario, ¿verdad? —preguntó—. A menos que corra peligro su propia vida.

Le ofrecí una sonrisa torcida y encendí un cigarrillo.

—Anoche era usted un firme partidario de que lo matara, señor Maugham.

—Es cierto. Y sigo siéndolo. Pero no a sangre fría. Sugerí un accidente de coche. Y desde luego no quería que lo matase justo después de venir aquí a la villa. ¿Qué pensaría la policía? Además, usted mismo ha dicho que bien puede haber tomado la precaución de dejar en posesión de un abogado local alguna clase de documento que me incrimine a mí, y quizá también a usted.

—El arma no es más que un detalle que no se espera —dije—. Resulta que es la suya. Registré su habitación en el Grand Hôtel justo antes de venir y la encontré en su cajón. Eso responde a su pregunta de hasta qué punto se puede confiar en él. Ese hombre es un criminal. —Miré el reloj de pulsera, y luego volví la vista hacia Robin y Alan, que esperaban en el umbral—. Más vale que se decida, señor. ¿Quiere que me acompañe uno de ellos o no?

—¿Supondría alguna diferencia?

—No si de veras estuviera planeando escapar con el dinero. Lo mejor es que se queden aquí, fuera de peligro. Le aseguro que sé mucho sobre el

peligro. Se desvía con un simple volantazo a la izquierda de la carretera que lleva a Villa Mierda, y cuando menos lo espera uno.

Regresé colina abajo dirigiéndome a la zona portuaria, que seguía ajetreada con el ir y venir de pequeñas embarcaciones bajo la luna del anochecer, cual abejas recolectando polen. Aparqué el coche cerca del puerto y ascendí por la pendiente del paseo marítimo hacia la entrada del hotel, con el bolso de la aerolínea colgado del hombro y la pistola bajo la cintura de los pantalones. En caso de que algo se torciera, me pareció más conveniente que el coche estuviese en otra parte cuando ocurriera. El campanario de la pequeña iglesia dio las ocho, como si la hora que era en el Cap tuviera importancia. Para cualquier otro salvo para mí probablemente no la tenía. Gente con la piel de tonos rojos y rosados que parecía haber tomado demasiado el sol desembarcaba y se dirigía hacia alguno de los muchos restaurantes en busca de una buena cena, pero daba igual a qué hora cenaran, y en realidad allí solo había un buen restaurante, que era el de La Voile d'Or. Aunque quizá fuese demasiado formal para la mayoría de los turistas, motivo por el que me gustó enseguida cuando llegué a la Riviera.

Lo primero que me vino a la cabeza al cruzar la puerta principal del hotel no fue Hebel ni el dinero que llevaba en el bolso, sino el pobre Spinola y el hecho de que él y yo no volveríamos a sentarnos en el bar a charlar de nada en concreto antes de una amistosa partida de cartas. Siempre me sentía solo, pero comprender de repente que había perdido al único amigo que me quedaba me golpeó con tanta fuerza como si hubiera perdido un brazo o una pierna. Anne French me gustaba, pero no me cabía la menor duda de que no era precisamente una amiga; solo me estaba utilizando para acercarse a Somerset Maugham. No me importaba. La gente hace lo que tiene que hacer y lo que cree que tiene que hacer, y la mayoría de las veces no hay manera de evitarlo. Desde luego, eso hace que la vida sea más interesante, aunque quizá un poco menos agradable. Suspiré al darme cuenta de que probablemente

tendría que decirles a los Rose que Spinola había muerto y que nuestras veladas jugando al bridge debían tocar a su fin; y entonces pensé que podría pedirle a Anne French que fuera mi pareja. Estoy seguro de que le gustaría. Quizá no tanto como si le pidiera que me acompañara a jugar con Somerset Maugham, pero no cabe duda de que eso le iría bien para consolidar su juego.

Fui a la recepción, donde un hombre con bigote de proxeneta y pajarita azul estaba leyendo las últimas noticias sobre el Tour de France en *L'Équipe*, aunque su cintura me permitió ver que hacía mucho tiempo que no montaba en una bicicleta de carreras. Nos conocíamos. Se llamaba Henri y, según Spinola, había estado en la Resistencia, una organización que, a pesar de no existir ya, parecía estar aumentando cada vez más. Desde luego era el doble de grande que durante toda la guerra.

—Ese es el periódico que consideró al capitán Dreyfus culpable de vendernos secretos, ¿no? —comenté.

Henri se encogió de hombros.

—Últimamente, no trae nada sobre política. Solo habla de ciclismo.

—En Francia eso es política.

—El caso es que a veces me parece usted muy francés, para ser alemán.

—Lo aceptaré como un cumplido. Bien, ¿hay algún otro alemán por aquí?
¿*Monsieur Hebel*?

—Está en la habitación 28 —contestó Henri—. En la segunda planta. Debe usted subir directamente, *monsieur Wolf*.

Asentí.

—Conoce a Robin Maugham, ¿verdad?

—Claro.

—¿Hasta qué punto conoce él a *monsieur Hebel*?

—Lo bastante para tomar una copa con él.

—¿Una vez? ¿O más de una vez?

—Más de una vez, diría yo.

Hice una breve pausa, preguntándome si debía contarle lo de Spinola, pero enseguida descarté la idea. No estaba de humor para lidiar con un montón de preguntas para las que no tenía respuesta. Lo único que quería era conseguir el negativo y las fotografías, y largarme sin más complicaciones.

—Supongo que se habrá enterado de lo del pobre Spinola, ¿no? —preguntó.

—Sí. Los polis han ido a verme al Grand, preguntando por nuestra partida de mañana por la noche.

—Era un hombre simpático y un buen cliente. Le echaré de menos.

—Yo también. ¿Cómo se ha enterado?

—Tengo un amigo en Maréchal Foch.

Era en la avenida Maréchal Foch donde estaba la Comisaría de Policía de Niza.

—Es inspector de la *police judiciaire*. Por lo visto creen que una mujer puede estar implicada.

—Según todos sus mejores escritores, suele haberla, pero ¿aclaró por qué consideraban esa opción?

—No. Solo eso y que recibió un disparo. Con una pistola de pequeño calibre.

—Quizá es eso lo que les lleva a pensar que se trata de una mujer. La pistola de pequeño calibre, supongo.

—*Monsieur*, pequeño o grande, no supone mucha diferencia cuando la bala atraviesa el corazón. Había casi cinco litros de sangre en el suelo cuando lo encontraron. —Henri se encogió de hombros con ese ademán tan francés, más elocuente que cualquier cosa escrita por Voltaire o Montaigne—. Supongo que sus partidas semanales con el señor y la señora Rose se han acabado. Qué pena. Los echaré a todos de menos.

Yo también me encogí de hombros.

—Sabe, Henri, en el bridge hay una regla no escrita según la cual, cuando

tu compañero es asesinado, se supone que debes intentar averiguar quién lo hizo.

—Suen a algo más propio de la mafia que del bridge.

—Si uno consigue averiguar por qué fue asesinado el anterior, es más fácil sustituir a un compañero. A nadie le gusta ocupar el lugar de alguien que fue abatido.

—Ya me lo imagino.

—Lo que quiero decir con eso es que, si su amigo de la PJ averigua cualquier otra cosa sobre lo que le ocurrió a Spinola, me gustaría enterarme. Ya sabe, por los viejos tiempos. Italia y Alemania. El Eje.

—¿Y quizá para igualar el marcador?

—Eso quedó en el pasado. Hoy en día me gusta simplemente ayudar, si puedo. Pero, para ayudar, necesito más información.

Asintió.

—Eso puedo entenderlo, claro. Se lo preguntaré.

—Hágalo con discreción. No me gustaría que sus respuestas se conviertan en preguntas incómodas para usted o para mí, o para cualquier otra persona, si a eso vamos.

—Claro. Y puede confiar en mí. Durante la guerra solíamos decir que la deliberación es cosa de muchos, pero la acción corresponde a un solo hombre.

—Hace ya tiempo que no me veo bajo esa luz. Pero cumplo una de las condiciones: soy un hombre solo.

Subí las escaleras y recorrí el pasillo de gruesa moqueta hasta la habitación 28, donde llamé a la puerta y esperé pacientemente, aunque cualquiera que observara la escena hubiera pensado otra cosa, debido al arma que blandía: la pistola de Hebel. La tenía apuntando hacia el pomo de la puerta, una decisión de último momento calculada para intentar poner fin al chantaje allí mismo.

La sonrisa que lucía Hebel cuando abrió la puerta titubeó durante un instante, mientras reculaba levantando despacio las manos detrás de su cabeza pulcramente peinada.

—No hay necesidad de armas. ¿Qué es esto?

—Es tu pistola, eso es lo que es. —Cerré la puerta de la habitación a mi espalda de un taconazo, y lancé el bolso de Pan Am encima de la cama—. He pensado que igual la reconocías.

—¿Mi pistola?

—Sí. Estaba en el cajón, al lado de la nota dirigida a mí.

—¿La has leído?

—No. Nada de lo que puedas decir reviste el menor interés para mí.

—Ya veo.

—No, no lo ves. Esto no es lo que piensas, para nada. Tengo intención de registrar la habitación y asegurarme de que me des el negativo y todas las copias, por no hablar de cualquier otro artículo que igual tienes guardado para poder seguir exprimiendo el limón. Es un buen negocio. —Apunté la boca del arma hacia la moqueta—. De rodillas. Hace tiempo que no disparo a

nadie solo para herirlo, y desde luego a mis años no respondo de mi puntería, así que más vale que no intentes nada.

Hebel se arrodilló al lado de la cama y pareció tranquilizarse un poco.

—Mira, Gunther, no voy armado. Pese a cualquier indicio en sentido contrario, las armas son siempre un error en estos asuntos. Por lo general, son una señal de que las negociaciones han fracasado.

—¿Así lo llamas, negociar? A este paso, te pedirán que pronuncies un discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

—Aquí no hay apenas nada, pero, adelante, registra. Encontrarás el sobre con las copias y el negativo encima de la cómoda. Tal como acordé con Herr Maugham. Y te aseguro que no tengo nada más que vender. Cincuenta mil dólares, que supongo están en ese bolso de vuelo, son una suma importante para mí. Lo bastante para jubilarme.

Busqué el sobre y, después de comprobar que contenía lo prometido, abrí los cajones y eché un buen vistazo por la habitación. Era una estancia agradable, con una buena vista del puerto. No tan elegante como la suite del Grand, pero bonita, cómoda y bien decorada. Casi la prefería.

—Si algo aprendí en la policía de Berlín —observé—, es que el dinero es como una pensión del Estado. Nunca hay suficiente para jubilarse. Sobre todo cuando uno es un maleante.

—Supongo que ahora no vas a pagarme.

—De eso se trata, listillo.

—Pero aun así has traído el dinero. Has ido a la villa y recogido el dinero, y ahora estás aquí. Lo que quiere decir... No, no estarás pensando en quedártelo, ¿verdad?

—Me lo he planteado.

—Supón que se lo digo a Maugham.

—Supón que te parto la cara con esta pistola. No es tan fácil encontrar un dentista un domingo por la noche.

—Podemos repartirnos el dinero. A partes iguales. Con mi silencio garantizado.

—Eso supondría convertirme en tu cómplice, y ya puedes ir olvidándote de ello. Sobre todo después de lo que ocurrió en Königsberg.

—Ah. Me preguntaba cuándo llegaríamos a eso. —Meneó la cabeza—. Mira, de eso hace ya mucho tiempo.

—Pero es difícil de olvidar.

—Quizá deberías intentarlo. Si hubieras leído mi carta en el cajón del Grand, habrías visto que me disculpaba por aquello. Aunque tampoco es que importe mucho. Ahora todos somos amigos en Europa, ¿no? Aliados en la lucha contra el comunismo mundial, ¿verdad?

—Yo lo veo del siguiente modo. Con los cincuenta mil dólares o sin ellos, o bien volverás a aparecer con algo más que vender, o bien no lo harás. Una copia que te has guardado. O algo totalmente distinto. Un carta, quizá. Así de sencillo. Yo diría que volverás, porque los de tu calaña siempre vuelven. No he olvidado cómo tú y ese cabrón de Otto Schmidt exprimisteis al pobre capitán Von Frisch durante cinco años. No creo que seas un leopardo capaz de comprar una lata de pintura o buscarte un buen cirujano plástico.

—¿Y si le digo a la policía quién eres en realidad?

—¿Y si yo le digo exactamente cómo lo sabes? Involucrar a la poli nos perjudica a ambos, y lo sabes. Yo diría que los dos estamos en búsqueda y captura, en una mitad de Alemania o en la otra. A decir verdad, tendrías que alegrarte de que no te abra un agujero de un balazo, que es lo que te mereces.

—Sería un tanto difícil explicar la presencia de mi cadáver en esta habitación.

—Ya ha desaparecido gente de este hotel anteriormente. Durante la guerra, la Resistencia se reunía aquí.

—Ah. Bueno, me parece que no resultó muy efectiva, no digo más. Creo

recordar que esta parte de Francia era nazi en todo salvo en la denominación.
¿No estás de acuerdo?

—Creo que es hora de que empieces a responder preguntas tú, no yo.

—No tengo nada que decir que no sepas ya.

—Me parece que no. Cuando se exprime un limón, uno hace girar la muñeca más de una vez.

—En esta ocasión, no.

Cogí una almohada, la doblé sobre la Sig y apunté hacia el talón de uno de sus zapatos hechos a mano.

—No irás en serio.

—Vamos a empezar por dónde conseguiste la fotografía.

—Ya sabes cómo son esos maricas. No se puede confiar en ninguno.

—Un nombre.

—Louis Legrand.

—¿Dónde la compraste? ¿Aquí, en Francia? ¿Dónde?

—Aquí, en Francia. En Niza.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas.

—Ahora dime qué más tienes contra el anciano o te pego un tiro en el talón. No te mataré, pero no volverás a caminar sin ayuda de un bastón.

—Nada. No tengo nada más, lo prometo. Solo el negativo y las copias del sobre. Puesto que tienes mi pistola, seguro que has registrado mi habitación del Grand, y apuesto a que hiciste lo mismo con mi coche. Ya sabes que te digo la verdad.

—No me hagas perder el tiempo. —Le di un empujón y lo tiré contra la moqueta—. Los dos sabemos que sería impropio de ti apostar todo a un solo número. No es así como trabajan los chantajistas de tu clase. Exprimen el limón hasta que no le queda una sola gota de jugo y se han caído las

pepitas. Así que vas a decirme dónde has guardado las demás copias, o juro que saldrás de esta habitación en silla de ruedas.

Le hundí la boca de la Sig en el tendón de Aquiles para subrayar mi intención; no sé si hubiera sido capaz de apretar el gatillo, pero él no tenía por qué saberlo.

—De acuerdo, de acuerdo, te lo diré.

Dejé que se pusiera otra vez de rodillas, pero tardaba en empezar hablar, así que le di un par de toques en el lóbulo de la oreja con la Sig para instarlo a que me abriera su alma, suponiendo que la tuviese.

—Había olvidado el temperamento tan violento que tienes, Gunther. No recordaba esa furia que llevas dentro.

—Pues tendrías que verme cuando no encuentro el tabaco. Venga, habla antes de que te abra un agujero en la oreja que no podrás olvidar.

—Hay una cinta —dijo.

—¿Qué clase de cinta?

—Una cinta. BASF. AEG. No lo sé. Una grabación.

—¿De qué, exactamente?

—De un hombre hablando. Podría decirse que es una especie de confesión.

—¿Quién es ese hombre?

—Ah, ahí es donde la cosa se pone interesante.

Escuché atentamente su descripción de lo que había en la cinta. Primero me confundió y luego me sorprendió, y después dejó de sorprenderme por completo. Todo el asunto parecía de lo más ingenioso. Demasiado ingenioso para un «Fritz» común y corriente como yo, que es lo que había sospechado desde el principio. La única parte extraña de verdad era que Hebel hubiera decidido implicarme a mí en toda la puñetera transacción. Aunque también es cierto que por lo visto tengo talento para buscarme problemas, y desde luego está claro que los problemas no parecen tener dificultades para encontrarme a mí. Esta situación no hubiera resultado más problemática por mucho que

alguien hubiera erigido la palabra «problema» en letras de quince metros en la cumbre del cercano Mont Boron. Poco después, Hebel atinó a ver que su explicación me había impresionado de veras, y se sintió lo bastante confiado como para ponerse en pie, servirse un trago de la botella de schnapps que había en la mesilla y encender un cigarrillo sin que le volviera a poner la pistola delante de las narices.

—¿Quieres uno? —preguntó, y me sirvió uno a mí sin esperar mi respuesta—. Me parece que lo necesitas.

Lo cogí de su mano y me lo tomé de un solo trago. Era un buen schnapps, frío como la laguna del Vístula en enero, y justo como a mí me gusta.

—¿Dónde está ahora esa cinta?

—A buen recaudo. Te daré una copia mañana para que la lleves a la Villa Mauresque, donde Herr Maugham pueda escucharla a placer. Hasta le prestaré mi magnetófono para que pueda ponerla. Sea como sea, confío en que sabrá qué hacer con ella. Después, el anciano dispondrá de cuarenta y ocho horas para reunir doscientos mil dólares. No debería resultarle muy difícil, teniendo en cuenta que ya ha reunido cincuenta mil. Digamos que le voy a dar la foto gratis como señal de buena voluntad.

—Has progresado mucho desde que chantajeabas a muchachos calentorros en los lavabos de la estación de Potsdamer Platz —observé—. No me extraña que te atrevas exprimir a Somerset Maugham. Pero esto..., esto me parece una temeridad.

—Unos limones son más grandes que otros, pero se exprimen con la misma facilidad. Eso lo aprendí de los nazis. ¿Sabías que la abuela de Hitler era una gran chantajista?

—No me sorprende.

Cuando hubo terminado, me senté en el borde de la cama y sopesé la situación unos momentos antes de hablar de nuevo.

—Yo no debería estar aquí —dije.

—Pues no cabe duda de que lo estás. Le sugerí a Herr Maugham que podías ser el hombre mejor situado para ayudarlo. Estás aquí porque él te necesita. Y si a eso vamos, también te necesito yo. Tienes el perfil ideal, Bernie. Eres de fiar, inteligente, con mucho que perder. Útil para mí y para Herr Maugham.

Meneé la cabeza.

—Lo que quiero decir es que debería estar muerto.

—Todos los que sobrevivimos a la guerra fuimos afortunados —dijo Hebel, y me sirvió otro trago—. Tú y yo quizá especialmente.

—¿Ah, sí? No lo tengo tan claro. Sea como sea, no debería estar vivo ahora mismo. Hace poco intenté matarme. Me metí en el garaje con el motor del coche en marcha y esperé a que la muerte llegara. No sé con seguridad por qué seguí respirando aire y no humo de gasolina, pero, durante un rato, entendí lo que es la muerte en realidad. Naturalmente, todos sabemos que vamos a morir. Pero hasta que ocurre, ninguno de nosotros entiende de verdad lo que supone estar muerto. Yo sí lo entendí, a la perfección. Incluso pude apreciar la belleza que encierra. El caso, Hebel, es que uno no muere; la muerte no es algo que te ocurre... No, nada de eso. Es algo así como que te conviertes en la muerte. Pasas a formar parte de ella, de todos esos miles de millones que han vivido y muerto antes que tú. Te has sumado a ellos. Y cuando lo has sentido, ya nunca desaparece, por mucho que creas que sigues vivo. Recuérdalo cuando todo esto haya acabado. Recuerda que fuiste tú quien escogió implicar a un muerto como yo en tu pequeño chanchullo.

Después le dije que nos pondríamos —refiriéndome a mi cliente y a mí— en contacto con él en cuanto escucháramos la cinta. Luego recogí el sobre con las fotografías y el negativo, el bolso de vuelo de Pan Am con el dinero, me metí la pistola en la cintura del pantalón y, sin pronunciar otra palabra más, me fui de aquella habitación.

Abajo, en el vestíbulo del hotel, volví al mostrador de recepción.

—Cuando hable con su amigo de la PJ, a ver qué puede averiguar acerca de un tipo llamado Louis Legrand.

—Ya lo he hecho —respondió Henri mientras anotaba el nombre—. He hablado con mi amigo. Se dejó el fular.

—¿Quién se lo dejó?

—La mujer sospechosa del asesinato de Spinola. He llamado a mi amigo de la PJ y se lo he preguntado, como me ha pedido usted. La persona que disparó contra él se dejó un fular de gasa verde al lado del cadáver.

—¿Eso es todo? Si tuvieran la ropa interior, podrían haber averiguado algo. Su comportamiento sexual. El color de su pelo. Quién es su favorito en el Tour de France. Cualquier cosa.

—Lo tenía en la mano. El fular, quiero decir. Lo más probable es que ella lo llevara puesto cuando le disparó, de muy cerca, además. La camisa tenía una quemadura de pólvora. Así pues, debía de ser alguien de confianza. Eso dice mi amigo, en cualquier caso.

—Humm.

—¿Qué quiere decir con ese «humm»?

—No soy detective. Así que quiere decir que no sé qué pensar, Henri.

No era precisamente una sorpresa, claro, teniendo en cuenta las opciones que barajaba en mi cabeza; la notaba como el camarote de un polizón en el barco de la película esa de los hermanos Marx. Pero la mayor parte del espacio lo ocupaba la noción de que todo el plan centrado en Maugham no había tenido demasiado que ver con chantajearlo con una simple fotografía, ni mucho menos. En realidad, eso no había sido más que el aperitivo. Hebel tenía otra cosa que vender. Algo mucho más importante que una fotografía de unos hombres desnudos divirtiéndose en una piscina en 1937. No había sido más que un señuelo, un cebo concebido para captar la atención de todos. Para acreditar credenciales. Bueno, pues ahora ya las había acreditado, como si las

hubiera presentado ante la corte de Saint James ataviado con guantes blancos y un sombrero de tres picos con plumas de avestruz.

—He hecho lo que me pidió —dijo Henri en tono resentido—. Era un buen hombre, Spinola.

—Claro, claro. Indagaré en ello, ¿de acuerdo, Henri? Quizá averigüe algo de importancia. Quizá.

Pero, de algún modo, el nombre de la mujer que había matado de un tiro a nuestro amigo Spinola parecía carecer de importancia en comparación con una elaborada trama para chantajear al servicio secreto de inteligencia británico.

En la Villa Mauresque estaban acabando de cenar. O al menos lo estaban hasta que aparecí con el dinero y la fotografía. Al principio les dejé creer que había hecho un gran trabajo, recuperando las copias y el negativo sin desprenderme de los cincuenta mil dólares. No me hubiera sentido mejor recibido aunque hubiese sido el mismísimo Noël Coward ataviado únicamente con unas sandalias. No tenía valor para decirle a ninguno de ellos que todo aquello no había sido más que el primer acto de una ópera que amenazaba con ser más larga que *Tristán e Isolda*. Así pues, nos sentamos en la terraza bajo un cielo estrellado, ante la mirada de un perro pequinés y un par de tallas de madera de sendos africanos, y comimos refrito de carne curada acompañado de Amarone. Incluso permití que Somerset Maugham se llevara mi mano al rictus rosado de su boca mientras me decía que doblaría lo que me pagaban en el Grand Hôtel, fuera lo que fuese, si entraba a trabajar para él en la Villa Mauresque.

—¿Qué tendría que hacer, exactamente? —pregunté.

Sus ojos de cocodrilo se entornaron entre sus pliegues de piel morena mientras sopesaba la proposición.

—Soy r-rico —dijo—, y tengo la corazonada de que necesito alguna clase de protección. Sobre todo a estas alturas de mi vida. Podrían secuestrarme. O volver a hacerme chantaje. Y siempre hay visitas inoportunas en la verja de entrada esperando que les firme un libro. No se lo imagina. Pero si usted fuera mi asesor de seguridad, Herr Wolf, me sentiría mucho más tranquilo. Y no solo yo. También mis invitados. De vez en cuando, viene a alojarse aquí

gente muy famosa. Muy famosa y a menudo con más dinero que yo. Charlie Chaplin, Jerry Zipkin, la reina de España... Y luego está mi colección de arte. Como sin duda habrá observado, tengo cuadros de Gauguin, Matisse, Renoir, Pissarro, Picasso, Toulouse-Lautrec, Bonnard, Monet, Utrillo... Me parece que lo que más falta hace en este lugar es un hombre armado.

—¿Quién pintó ese? —señalé.

Pero antes de que nadie me respondiera, Robin Maugham intervino con su entusiasmo habitual.

—¡Es una idea brillante, tío! —dijo—. Su propio Simon Templar.

—No me conoce absolutamente de nada —repuse, sin la menor idea de quién era Simon Templar—. No soy un hombre bueno.

—Mire a su alrededor —comentó Searle—. En esta casa no hay nadie a punto de recibir honores y condecoraciones.

—No, eso desde luego —convino Robin.

—Sé que ha vuelto con cincuenta mil dólares que creía haber perdido de vista para siempre —dijo Maugham—, creo que eso demuestra cierta lealtad a los principios.

—Entonces, a ver qué le parece esto, señor. No estoy seguro de poder sobrellevar el ambiente predominantemente masculino que hay aquí en la villa, con fiestas en la piscina y jovencitos que se prostituyen.

—Ya estamos muy mayores para esas travesuras —aseguró Maugham—. ¿Verdad que sí, Alan?

—Habla por ti —repuso Searle.

—¿Y usted, señor Wolf? ¿Hay alguien en su vida? ¿Una mujer, quizá?

—Consigue que hasta eso suene extraño —dije.

—Lo es —respondió—. Al menos para nosotros.

—Ya no estoy interesado en nada de eso.

—Suena exactamente como un hombre con el corazón partido —dijo—. Me fascina, señor Wolf. ¿Quién fue la mujer que lo dejó tan amargado?

Me puse a reír.

—Hizo falta más de una.

—El amor no es más que una sucia treta a fin de que la especie no se extinga —afirmó Maugham—. Eso creo yo.

Meneé la cabeza.

—No es así en absoluto, señor Maugham. No es un comportamiento simplemente mecánico, como usted parece sugerir. El amor y el odio, los sentimientos y las emociones humanas, forman parte de la misma ilusión de naturaleza divina. Es lo que nos convence de que estamos aquí y de que tenemos alguna importancia en este universo. Cuando, de hecho, no la tenemos. Ni por un instante. Todo lo que sentimos y pensamos forma parte de la misma broma cósmica. Usted tendría que saberlo mejor que la mayoría de la gente, señor Maugham. Lleva sesenta años jugando a ser Dios y gastando bromas cósmicas a sus personajes.

—No tenía ni idea de que era usted todo un filósofo, señor Wolf.

—Soy alemán, señor Maugham. Para nosotros, la filosofía es una forma de vida.

Había terminado la cena y le pedí al viejo que me enseñara el jardín. Maugham llevó su pipa y mi tabaco a la pequeña gruta junto a la piscina, donde había un gong chino de bronce de gran tamaño que sonaba una vez al día para anunciar la hora del cóctel. Me lo había perdido, claro, pero Maugham había tenido el detalle de pedirle a Ernest que me preparara una jarra de gimlet frío y, mientras estábamos allí sentados, charlamos y bebí hasta recuperar un poco mi humor. O eso me pareció.

—Uno de los inconvenientes de jugar a ser D-Dios —dijo Maugham— es que veo muchas más cosas que la mayoría. Dios se limita a verlo todo, pero yo también tengo otros sentidos, y, aunque mi oído no es tan bueno como antes, todavía soy capaz de percibir cierto *Weltschmerz* en su voz y en sus ademanes que no había detectado antes. Lo que ya es decir, se lo aseguro. En

los mejores momentos, es usted seco a más no poder. Pero esta noche haría que un poeta como Heinrich Heine pareciera rebosante de alegría primaveral. Bien, pues. Esto no ha terminado, ¿verdad? Lo de ese hombre, Hebel, quiero decir. Ha sido muy amable por su parte fingir que había acabado, pero tiene algo más que vender. Algo más importante que esa fotografía, lo sé.

—Sí, señor.

—Gracias por no inquietar a los chicos —dijo—. Ha sido un detalle por su parte. Se preocupan mucho. Pero creo que más vale que me lo cuente ya, ¿no le parece?

—Claro, señor. —Encendí otro cigarrillo—. Tiene que ver con su amigo Guy Burgess, otra vez.

—No es amigo mío, eso que quede bien claro desde ahora, ¿eh? Ese tipo es un sinvergüenza de cuidado.

—Queda claro. Bien, parece ser que, después de que él y su colega espía, Donald Maclean, escaparan de Inglaterra en 1951, se dirigieron en barco a Saint-Malo, donde los recogieron unos agentes del KGB y los llevaron al sur, a Burdeos. Allí subieron a bordo de un carguero soviético rumbo a Leningrado. Según Hebel, es un viaje de varios días, y durante el trayecto varios agentes del KGB les tomaron declaración, prolijamente y por separado, porque aún albergaban ciertas sospechas de que los británicos hubieran ayudado a escapar a esos dos traidores. Sea como fuere, sus declaraciones fueron grabadas, y es una de esas grabaciones lo que ahora pone a la venta Hebel. Las confesiones íntegras de Guy Burgess, esa fue la descripción de nuestro amigo. Es una cinta más entre otras tantas, pero Hebel ofrece las demás como parte del trato.

—¡Dios santo! —exclamó Maugham—. Dinamita, en otras palabras. Pura dinamita. Ese hombre fue un espía ruso en el corazón del MI5 durante dos décadas. Es imposible saber qué información llegó a manejar.

—Creo que ese es el quid de la grabación, precisamente. Lo cuenta todo.

No he oído la cinta, pero debo traerle una copia a usted mañana, después de que me sea entregada. Hebel me ha asegurado que incluso le va a prestar el magnetófono para que la escuche.

—Pero ¿qué tiene que ver conmigo esa cinta, Walter? Hace casi veinte años que no veo a Guy Burgess.

—Mire, eso es todo lo que sé, señor. Por lo visto, Guy Burgess es un borracho, y su conversación en la cinta, que según se me informó aborda temas muy diversos y no está censurada en absoluto, incluye alegaciones de que los británicos sospechaban desde hacía años que era espía, aunque por lo visto le dejaron en paz para no comprometer sus relaciones con los americanos. Al parecer, también comenta que vino a participar en una orgía en Villa Mauresque, en 1937, y que inmediatamente después entró a trabajar en la BBC y luego en el MI6. Parece que la fotografía no era más que un señuelo para hacerle picar; una manera de implicarlo a usted en todo esto.

—Si hay alguna verdad en todo ello, ¿cómo demonios llegó Hebel a estar en posesión de esa cinta? ¿Y qué coño quiere que haga yo al respecto? Ya no estoy en el servicio.

—Mire, sin escuchar la cinta, mi opinión es la siguiente: todo esto lo han tramado los rusos para chantajear al servicio secreto británico sirviéndose de Burgess y de usted. Señor Maugham, usted es la puerta trasera para acceder al MI6 y el MI5.

—Es la historia de mi vida —comentó Maugham entre dientes.

—Harold Heinz Hebel seguramente trabaja para la inteligencia soviética. El GRU. El KGB. ¿Quién sabe en qué servicio? Pero es muy posible que se topara con esta cinta porque los rusos se la dieron. Según me ha dicho, quiere dinero por la grabación, y si no se lo ofrece la enviará al *New York Times*.

—¿Cuánto dinero quiere?

—Doscientos mil dólares.

—Dios bendito.

—Supongo que Hebel cree que está usted en posición de abonar el dinero del chantaje, y luego convencer a los británicos, por no decir chantajear, para que le reembolsen ese dinero. También hay que tener en cuenta la seguridad de Hebel. Una cosa es chantajear a los británicos aquí, en la Riviera francesa, y otra muy distinta intentarlo en Londres.

—¿Cree que los rusos lo harían solo por el dinero? ¿Nada más?

—No lo sé. Mire, esto no es para tomárselo a broma, pero las oportunidades que tiene la URSS de comerciar con países capitalistas para obtener las divisas extranjeras que tanto necesitan son limitadas. Quizá la extorsión sea su mejor artículo de exportación ahora mismo.

—Y a quién mejor para extorsionarle dinero que al Servicio de Seguridad Británico, ¿no? —comentó Maugham—. Esto parece salido de una novela de John Buchan. Sí, quizá esté un poco oxidado y ya no esté en el circuito del Servicio de Seguridad, pero sin duda los últimos años han sido un desastre para mi país por lo que a la inteligencia respecta. Es posible que Richard Hannay saque del apuro a la reina y al país, pero hay muchos otros que se las han arreglado para joder el asunto bien a fondo: Alan May, Burgess y Maclean, y ese tipo que cumple catorce años en prisión por facilitar todos nuestros secretos atómicos a los rusos, Klaus Fuchs. A decir de todos, el FBI americano cree que los servicios de inteligencia británicos son una absoluta contradicción, un hazmerreír, y me temo que no se equivocan. Ha cambiado mucho la cosa desde que yo presté servicio en 1917. En aquella época éramos buenos. Formidables. Por aquel entonces los muchachos pasaban del colegio privado a Cambridge para llegar a ser abogados y funcionarios, no espías rusos. Qué duda cabe de que el gobierno británico preferiría mantener todo esto en el más absoluto secreto. Sobre todo ahora, que existe la posibilidad de que nuestros dos países reanuden su cooperación en la investigación atómica. Y aunque no hay peligro de que algún periódico británico sea autorizado a publicar ninguna de estas revelaciones, la prensa norteamericana es mucho

más difícil de controlar. Doscientos mil probablemente es un precio más que asumible si lo comparamos con lo que le está costando a Gran Bretaña desarrollar una bomba atómica por su cuenta. Dicho esto, doscientos mil es mucho dinero para mí. Pero que mucho, maldita sea. —Suspiró—. ¿Y si apoquino la pasta y luego los británicos se niegan a reembolsármela? En Whitehall hay gente muy mezquina cuando se trata de dinero, ya sabe. Me refiero a tacaños de verdad.

—Siempre puede enviar la grabación al *New York Times* usted mismo.

—¿No me convertiría eso en un traidor? No, no lo veo tan claro.

—Yo diría que un buen abogado podría argumentar de manera convincente que usted compró la cinta para proteger los intereses de su país. Pero que su país lo dejó en la estacada.

—Sí, es un buen argumento, supongo.

Me encogí de hombros.

—Esperemos a oír la cinta. ¿Quién sabe? Quizá considere que es problema de otros después de oírla.

—Hábleme de ese tipo, Harold Heinz Hebel. ¿Qué más sabe de él?

—Es una rata que deja a las ratas en mal lugar.

—Ya me contó cómo chantajeó a aquel pobre capitán alemán, Von Frisch, en 1938. Pero también dijo que se lo volvió a encontrar durante la guerra.

—Así es. Fue en Prusia Oriental. El invierno de 1944 a 1945. Esa fue la última vez que hablé con él hasta esta mañana, en el Grand Hôtel.

—Creo que, antes de que sigamos adelante, va a tener que contarme todo eso. De hecho, tendrá que contarme todo lo que sepa sobre nuestro amigo Harold Hebel. Si voy a ponerme en contacto con mis amigos del MI6 para pedirles ayuda, sin duda tendré que saber todo lo que sepa usted sobre ese indeseable.

—Es un superviviente oportunista que vive cerca de los humanos y tiene que ser exterminado porque es portador de enfermedades. Es una rata. Una

rata que merece morir ahogada en un cubo. Ahora, permítame que le explique por qué. Permítame que le cuente lo que ocurrió en Königsberg.

KÖNIGSBERG, 1944-1945

Siempre me encantó Königsberg. La capital de Prusia Oriental era una preciosa ciudad antigua y, en muchos sentidos, muy parecida a Berlín. Mi madre era de Königsberg, y cuando aún era un niño solíamos ir a visitar a sus padres, que tenían una cafetería de estilo vienés cerca del puente del Káiser, y de vez en cuando íbamos de vacaciones a la playa de la cercana ciudad costera de Cranz. Aun así, lo que más recuerdo es el zoo de Königsberg, en el Tiergarten, que era uno de los mejores de Europa, y aún tengo presente el día en que, con apenas cuatro años, me subieron a lomos de un elefante y estuvimos viendo los osos. El recinto de los osos del zoo era más grande y mejor que el de Berlín. Mi abuelo tenía un Mercedes-Benz —uno de los primeros coches de Königsberg—, y para mí ir en el asiento trasero de ese coche era casi tan maravilloso como ir a lomos del elefante. Hasta que lo perdieron todo tras la inflación de 1923, mis abuelos estaban razonablemente bien situados, diría yo. Mi abuela era una buena mujer, siempre deseosa de ayudar al prójimo. Había una clínica de reposo judía en Luisenthal a la que acostumbraba a llevar las tartas que se habían quedado sin vender en la cafetería, y yo me preguntaba por qué había elegido precisamente ese sitio para hacer caridad. Ahora sé por qué; era medio judía. Mucho después, en 1919, mi primera esposa y yo fuimos de luna de miel allí y nos alojamos en la villa de mis abuelos, en el lago Superior, que nos pareció el último grito en lugares elegantes para vivir. Debimos de visitar todos los sitios de interés

turístico de la ciudad, incluido el Museo del Ámbar —Königsberg es famosa por su «oro alemán», como a veces se denomina al ámbar—, el Museo de Prusia y el zoo, claro, pero sobre todo nos dedicamos a pasar el rato en el jardín delantero y a contemplar el lago. Fue una época muy feliz para mí. La guerra había acabado y seguía vivo, con todas las extremidades intactas y enamorado. A mi mujer le encantó aquel lugar, y durante un tiempo incluso nos planteamos vivir allí. Al volver la vista atrás, siempre pienso que ojalá lo hubiéramos hecho. Quizá ella se habría librado de la gripe que acabó con su vida no mucho después. La epidemia de gripe no fue tan severa en Königsberg como en Berlín. Tal vez había menos gente para contagiarla, no sé; en la década de los veinte, solo vivían allí trescientas mil personas, frente a los cuatro millones de Berlín.

Mi traslado a Königsberg en 1944 tenía como objeto castigarme y hacer que me sintiera exiliado de Berlín, pero para mí fue casi como volver a casa, sobre todo teniendo en cuenta que, hasta ese verano, la ciudad y casi toda Prusia Oriental habían conseguido eludir en gran medida los estragos de la guerra. Al final, tal vez fue una suerte que me encontrara lejos de Berlín y nadie se acordara de mí cuando el conde Von Stauffenberg fracasó en su tentativa de golpe de Estado, en julio de 1944; de otro modo, quizá me hubiera visto arrastrado por la oleada de ejecuciones que hubo a continuación. A apenas unos cien kilómetros al sudeste de Königsberg, Hitler anunció por la radio alemana que seguía vivo, y si había alguien presente para presenciar la subsecuente demostración de lealtad y afecto —pero solo si había alguien presente— la gente dejó escapar un enorme suspiro de alivio.

Yo era un humilde teniente, un oficial que dependía de la 132.^a División de Infantería y de la FHO —la sección de la inteligencia militar alemana responsable del Frente Oriental—, y mi trabajo consistía en llevar a cabo evaluaciones contrastadas de las capacidades e intenciones soviéticas, que luego trasladaba a los mandos del ejército ubicados en Paradeplatz. Esas

evaluaciones podían resumirse de una manera muy sencilla: el Ejército Rojo se disponía a aniquilarnos.

En tanto que oficial, tenía derecho a una habitación en el hotel Park, en Huntertragheimstrasse, cerca del lago Inferior. El Park, construido en 1919, era lo último en lujo moderno; por lo menos lo era hasta que casi doscientos bombarderos Lancaster de la RAF aparecieron dos noches consecutivas a finales de agosto de 1944 y bombardearon la ciudad hasta hacerla añicos. Prácticamente todos los edificios al sur de Adolf-Hitler-Platz, incluido el famoso castillo y la catedral donde estaba enterrado Kant, quedaron destruidos o sufrieron daños. Murieron treinta y cinco mil personas, y decenas de miles quedaron sin hogar, un anticipo de la terrible suerte que poco después correría Berlín. Las plantas superiores del hotel Park y muchos de los hombres que vivían allí desaparecieron convertidos en fuego y humo, pero el segundo piso donde yo me hospedaba se salvó, y de algún modo el restaurante que había al lado también sobrevivió, lo que fue una suerte, porque era uno de los pocos sitios adonde los oficiales alemanes tenían permitido llevar a las chicas de los servicios auxiliares femeninos que, incluso en 1944, estaban sujetas a la estricta vigilancia de acompañantes.

Había una chica en particular, Irmela Schaper, oficial de comunicaciones del servicio naval auxiliar alemán, a la que tenía mucho cariño. Me había vuelto a casar hacía poco, pero eso no suponía mucha diferencia ni para Irmela ni para mí, porque la ciudad estaba más o menos rodeada por el Ejército Rojo y teníamos claro que probablemente íbamos a morir. Irmela era una chica de la zona. Su padre trabajaba en el Raiffeisen Bank de la Sträsemanstrasse, no muy lejos del cuartel general de la Marina, ubicado en el antiguo puerto. Yo trabajaba en el sótano de lo que había sido la oficina de correos, cerca de Paradeplatz, y nos conocimos en un estanco de Steindamm, un trecho al norte de allí. Los dos habíamos oído que había llegado a la ciudad el tabaco de racionamiento, y ambos acudimos al estanco

simultáneamente, solo que yo llegué primero y compré el último paquete. No es que fuera nada del otro mundo, claro, apenas unos cilindros de papel malo y unos centímetros de tabaco de inferior calidad. Cuesta creer lo que fumábamos por aquel entonces. Sea como sea, Irmela estaba muy elegante con su uniforme cruzado de la Marina, su melena rubia y su más que generoso busto —que es como me gustan a mí las mujeres—, y en cuanto la vi me ofrecí a compartir con ella ese último paquete. Le cuento todo esto porque Irmela es la clave de la historia de lo que ocurrió con Harold Heinz Hebel, o el capitán Harold Hennig, como se hacía llamar entonces. Pero si quiere saber lo que ocurrió tendrá que dejarme contar la historia a mi aire; no soy un profesional como usted, señor Maugham; probablemente me aconsejaría que empezara de una manera más a la moda, hacia la mitad en lugar de al principio. Bueno, igual aún puedo hacerlo.

—Diez para cada uno —le dije, al tiempo que rellenaba la pitillera y le daba el resto del paquete.

—Qué caballeroso por su parte —respondió, y me dejó que le encendiera uno.

Lo fumó como una colegiala, casi sin aspirar el humo, y eso me hizo sonreír un poco, aunque me contuve lo suficiente para que no pensara que me estaba riendo de ella, lo que sin duda habría sido grosero y estúpido por mi parte. La mayoría de las mujeres quieren creer que son sofisticadas, incluso cuando a uno le alegra que no lo sean.

—No se llame a engaño. Tengo la armadura bastante oxidada, y tuvimos que comernos a mi fiel corcel blanco antes de que se muriera de hambre. Si intentara hacer una reverencia, seguramente me caería de bruces. Desde que la RAF se fue de la ciudad, no tengo el equilibrio muy afinado. Los oídos me

resuenan todavía como si hubiera una banda de viento y metal a la vuelta de la esquina.

—¿Quiere decir que no la hay? Últimamente, yo tampoco oigo muy bien. De hecho, es posible que no vuelva a poder dormir en una noche de tormenta sin pensar que Tor es un bombardero inglés a bordo de un Lancaster.

—Por lo que a mí respecta, «dormir» no es más que una palabra bonita en un cuento de hadas. Me gustaría creer en ella, pero la experiencia y los «Ivanes» me han demostrado lo contrario.

—Igual podríamos quedar para tomar una copa una noche, y ver quién bosteza primero.

—Seguro que yo no. Estoy despierto del todo. Es usted lo más interesante que me ha pasado desde que llegué de Berlín.

—¿Es que no le gusta Königsberg?

—De hecho, me encanta.

—Es mi ciudad natal. Antes vivía aquí.

—¿Y ahora?

—¿Considera que esto es vivir?

—Es mejor que la alternativa, tal vez. Bueno, ahora que sé que es su ciudad natal, me encanta más aún.

—Era un lugar muy agradable para vivir, antes de que los ingleses decidieran redecorarlo.

—No pensemos en eso ahora. ¿Qué le parece si alquilamos un bote y me deja que le dé un paseo por el lago del Castillo?

—¿Por qué quiere hacer algo tan arduo en un día de calor como hoy?

—No es que quiera especialmente, pero ofrecerme a enseñarle su propia ciudad me parece algo aún más difícil.

—¿Por qué no? A decir verdad, ahora usted tiene más o menos la misma idea que yo de dónde están las cosas. Ayer fui a pasear por la Copernicus

Strasse antes de caer en la cuenta de que en realidad era la Richard-Wagner-Strasse. Tengo la sensación de ser una forastera más.

—De hecho, eso no tiene ya mucha importancia. Todas estas calles llevarán nombres rusos dentro de poco. El año que viene por estas fechas, la Richard-Wagner-Strasse probablemente será la Chaikovski Prospekt, o la calle Borodino.

—¡Qué idea tan agradable!

—Lo siento. Soy oficial de inteligencia, pero a veces nadie lo diría.

—Aun así, creo que es mejor ser consciente de que puede ocurrir lo peor.

—Eso describe muy bien mi trabajo.

—Podríamos hablar de ello mientras cenamos.

—Es lo más agradable que oigo desde hace mucho tiempo. ¿Adónde le gustaría ir? Antes, el lugar más seguro para cenar era el Blutgericht, en el sótano del patio del castillo.

—Lo sé. Hasta que lo bombardearon.

—Lo que solo nos deja el hotel Park.

—Conozco otro sitio cerca del zoo, en la Erich-Koch-Platz.

Negué con la cabeza.

—No puede ser el Stadtkeller. Ese también está cerrado.

—No, es otro sitio.

—No se referirá al convento de la Marina...

Llamábamos conventos a las residencias donde estaban acantonados la mayoría de los servicios auxiliares femeninos.

—No, pero es un sitio tranquilo, con velas y una mesa exclusiva, la mía.

—Me parece que ya me gusta ese sitio.

—Después de los bombardeos, mis padres dejaron su apartamento y se fueron a vivir a su casa de campo, en Pillau. Yo me quedé. El comandante del servicio auxiliar cree que siguen viviendo allí.

—Lo que significa que no se ve obligada a ceñirse al toque de queda para

las mujeres de servicio.

—Exacto.

—¡Qué bien!

—Bueno. Está invitado a cenar. Será una cena a base de conservas, sobre todo. Pero mi padre tenía una selección bastante decente de moselas.

—De pronto, me ha entrado mucho apetito.

—¿A las ocho, digamos?

Miré el reloj de muñeca.

—Van a ser las cinco horas más largas de mi vida. ¿Qué voy a hacer conmigo hasta entonces?

—Puede ir a dar un paseo en bote y remar un poco.

Y así quedamos. A la hora indicada, me presenté en el apartamento de sus padres en la Hammerweg Strasse. Cenamos, bebimos un par de botellas de mosela frío bien bueno, y un par de horas después de mi llegada ya éramos amantes. Así eran las cosas en aquellos tiempos. Increíblemente rápidas. Sin complicaciones. Nadie mencionaba el amor ni el matrimonio ni las consecuencias. Nadie pensaba en el futuro porque nadie creía tenerlo. En realidad, la vida puede ser sumamente sencilla cuando crees que no va a haber un mañana. Transcurrieron algunas semanas así y, a medida que se acercaba el invierno, celebramos juntos lo que suponíamos que podían ser nuestros últimos meses sobre la faz de la tierra.

Irmela era alta y atlética. También era muy inteligente, razón por la que trabajaba de técnica de señales en la sección de comunicaciones de la Marina. Tenía que ser inteligente para encriptar todas las comunicaciones sirviéndose de una máquina de codificación de cuatro rotores llamada Scherbius Enigma, antes de enviarlas. En los años anteriores a la guerra, había estudiado matemáticas en la Universidad Albertina de Paradeplatz. La universidad fue destruida, como casi todo lo demás en Königsberg, aunque muchos seguíamos arriesgándonos a entrar en los restos de la biblioteca de la

universidad en busca de libros —la Gräfe und Unzer, la librería más grande de Europa, situada enfrente de la universidad, había sido totalmente consumida por las llamas después de que una bomba de napalm atravesara su tejado de cristal—, donde el general Lasch, el comandante militar del Ejército Norte de Hitler, tenía sus tropas acuarteladas en un profundo búnker bajo las ruinas. Durante varias semanas, fui feliz viéndome a menudo con Irmela, que era una de esas amantes entusiastas y ruidosas al llegar al culmen, con una experiencia considerable en cuestión de hombres que llegué a valorar. Ella sabía que estaba casado, y no quería nada de mí salvo mi compañía y mis chistes, que en aquellos tiempos eran mucho mejores que ahora. La experiencia me ha enseñado que es mejor mostrarse serio, como todos sabemos; pero aunque he intentado mostrarme serio en miles de ocasiones, siempre he fracasado.

Después de los bombardeos británicos, y ante la llegada del invierno, los rusos interrumpieron su ataque contra la ciudad y se reagruparon. De algún modo, la sala Alhambra de Hufenallee se las arregló para seguir abierta, pese a haber sido alcanzada por una bomba, y aunque ya no había funciones de teatro íbamos a menudo a ver alguna película, aunque eso siempre suponía tener que soportar documentales de actualidad que nos informaban de lo bien que le iba a Alemania en la guerra y cómo la victoria sería nuestra al final. A veces, después de la película, Irmela me preguntaba si de verdad iba todo tan bien como decía el Ministerio de Verdad y Propaganda, que era una forma discreta y segura de preguntarme si iba tan mal como decía todo el mundo. Sobre todo le aseguraba que los informes de las violaciones en masa y las atrocidades procedentes de las ciudades de Prusia Oriental más cercanas al frente ruso siempre eran exagerados. Aun así, ella sabía que mentía, y no porque pensara que yo creía en la victoria final; sabía que procuraba no asustarla, nada más. Hasta que un día, hacia finales de octubre de 1944, me demostró que era perfectamente consciente de mis mentiras y evasivas.

Naturalmente, había leído algunas comunicaciones acerca de un lugar llamado Nemmersdorf, un centenar de kilómetros al este de Königsberg; también sabía que yo había ido allí para informar de la situación en nombre de la FHO. Estábamos en la cama en casa de sus padres en la Hammerweg Strasse en aquellos momentos, y acabábamos de culminar un revolcón especialmente ruidoso.

—Dios —comenté—, espero que los vecinos no se quejen. Cualquiera diría que te estaba violando o algo por el estilo.

Fue la única vez que me dio un bofetón.

—No bromees con esas cosas —replicó con seriedad—. No conozco a una sola chica del servicio auxiliar que no esté muerta de miedo por lo que pueda ocurrir cuando lleguen los Ivanos. Se oyen cosas. Cosas terribles. Estamos aterradas.

—No es tan malo como dice la gente...

—Embustero —me espetó—. *Embustero*. Mira, Bernie, ninguno de los dos somos nazis. La Gestapo no está escuchando. Aunque solo sea por una vez, no te preocupes por herir mis sentimientos. Sé que intentas evitar que me preocupe, pero también sé que estuviste en las inmediaciones de Nemmersdorf. Tu nombre figura en el informe. No tienes que darme detalles, pero haz el favor de decirme si es verdad o no algo de lo que he oído sobre ese lugar. Si los Ivanos son de verdad tan monstruosos como asegura la gente... O si en realidad todo es una argucia para evitar que nos rindamos. Ese es otro de los rumores que corren, claro: que el Ministerio de Propaganda intenta asustarnos para que no nos rindamos.

Encendí un cigarrillo y me serví un brandy del que guardaba su padre.

—Por favor —insistió—. Tengo que saberlo. Todas las mujeres de Königsberg quieren saber a qué atenerse. En particular las chicas de los servicios auxiliares. El caso es que ninguna de las miembros de los servicios auxiliares tenemos claro nuestro estatus de no combatientes. Vamos de

uniforme y estamos obligadas a obedecer órdenes militares, pero tenemos prohibido usar armas y estamos sujetas a las leyes civiles. ¿Dónde nos deja eso? ¿Seremos tratadas como civiles o como prisioneras de guerra? ¿Y tendrá la menor importancia si somos una cosa u otra cuando aparezcan los rusos? No me importa morir, pero preferiría que no me violen en grupo antes de que me ejecuten.

Guardé silencio. ¿Cómo podía decirle lo que sabía? Las cosas que había oído de labios de los pocos supervivientes de Nemmersdorf eran imposibles de describir.

—Por favor, Bernie. Mira, se rumorea que había setenta y dos mujeres y niñas en Nemmersdorf de entre ocho y ochenta y cuatro años. Y que todas ellas fueron violadas.

Asentí.

—De hecho, es peor. Mucho peor que cualquier cosa que hayas oído.

—¿Cómo es posible?

—Violadas, mutiladas y asesinadas... —Me quedé callado unos instantes—. Todas. Mujeres crucificadas. Con los pechos cortados. Violadas con botellas de vodka. Tu peor pesadilla. Y lo que ocurrió en Schulzenwalde fue más atroz incluso. Había noventa y cinco mujeres en Schulzenwalde. El doctor Goebbels ya está organizando a un grupo de periodistas y observadores suizos y suecos con la intención de que vayan allí y vean con sus propios ojos el lugar, para que anuncien ante la prensa mundial que eso es contra lo que ha estado combatiendo Alemania desde el principio. A decir verdad, creo que puedes esperar que los documentales de actualidad empeoren a partir de ahora. En otras palabras, contarán la verdad. Tal como has dicho, tienen la intención de evitar que nos rindamos. Como si luchar hasta el final fuera a suponer la menor diferencia, maldita sea.

—¿Por qué están haciendo eso los rusos? Pensaba que había normas acerca de cómo tratar a la gente en tiempos de guerra.

—Y las hay. Lo que ocurre es que hemos tratado tan mal a los prisioneros de guerra y a los judíos soviéticos que no podemos esperar que nos traten mejor a nosotros. Al oeste de Königsberg, hay un campo de concentración llamado Stutthof donde están recluidas más de cien mil personas, sobre todo polacos. Pero llevamos matando de hambre y asesinando judíos allí más de un año.

Irmela asintió.

—Lo que concuerda con lo que hemos leído en las comunicaciones. Los capitanes de la Marina han elevado quejas a sus superiores, aquí y en Danzig. Las SS han utilizado barcos de la armada alemana para llevar judíos a Stutthof desde un campo llamado Klooga, en Estonia. Por lo visto, esos prisioneros se encontraban en un estado lamentable.

—Mira —dije—, creo que hay muchas posibilidades de que evacuemos a todas las mujeres y niños de Königsberg antes de que por fin llegue el Ejército Rojo. Pero la situación va a ponerse mucho peor en esta ciudad antes de que eso ocurra.

Una noche, íbamos al restaurante Spätenbrau en Kneiphöfsche Langgasse, cerca de la Isla de la Catedral, pero de camino pasamos a ver las ruinas del templo y la tumba de Kant, que estaba intacta en buena medida, sobre todo para alimentar nuestras ganas de vivir. Irmela conocía muy bien los textos del filósofo, pero era lo bastante amable para no contarme demasiado de una tacada, pues yo era oficial de inteligencia más porque no había nadie que ocupara ese puesto que porque poseyera aptitudes para desempeñarlo. Lo que yo sabía sobre Kant podría escribirse en una nebulosa de gas. La catedral en sí era como un inmenso cráneo vacío hallado entre los rescoldos de una hoguera tras una ejecución medieval. Era difícil saber qué blanco habían buscado las bombas de la RAF, pues el objetivo militar más cercano estaba a

un kilómetro de allí. Quizá creían que el único modo de vencer a Alemania era siendo tan perversos como los alemanes. De ser así, desde luego parecía que tenían probabilidades de ganar.

—Siempre pensé que me casaría aquí —comentó Irmela mientras paseábamos por las ruinas cogidos de la mano.

—¿Con alguien en concreto?

—Había un chico, pero murió en Stalingrado.

—Uno de los afortunados, probablemente.

—¿Tú crees?

—No volveremos a ver a la mayoría de esos muchachos. Por lo que sabemos en la FHO, han ido casi todos a parar a campos soviéticos de trabajos forzados. En mi opinión, tu novio salió bien librado. —Hice un gesto de asentimiento—. Bueno, vamos a casarnos tú y yo entonces. Aquí mismo. Ahora. Venga. ¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, ya estás casado —señaló—, por si lo habías olvidado.

—¿Y eso qué tiene que ver? Además, mi mujer está en Berlín, y lo más probable es que no vuelva a verla nunca. Ah, y por si fuera poco, tú dices que me quieres y desde luego yo te quiero, y casualmente llevo un anillo en el dedo que puede servirnos para la ceremonia hasta que tenga ocasión de comprar otro. Además, lo más probable es que no tardes en quedarte viuda. Y la blasfemia y la bigamia no tienen la menor importancia, porque voy a ir de cabeza al infierno de todas formas. Si te hace sentir mejor, cargaré con toda la responsabilidad por esto cuando llegue allí abajo. Diré: «Eh, no fue culpa de Irmela, la convencí yo».

—¿Lo prometes?

—Puedo incluirlo en los votos que hagamos, si quieres.

—Ni siquiera tenemos sacerdote.

—¿Sacerdote? ¿Para qué hace falta un sacerdote en una catedral luterana?

Creía que ese era el quid de la Reforma alemana. Abolir la intercesión del sacerdote. Además, recuerdo todas las puñeteras palabras. Me he casado tantas veces que ya me las sé de memoria.

—Lo dices en serio, ¿no?

—En estas circunstancias, creo sinceramente que a Dios no le importará mucho. A decir verdad, se alegrará de que alguien pueda estar en medio de unas ruinas como estas y seguir creyendo que la noción de Dios sea posible siquiera.

—Creo que es posible, aunque no muy probable —respondió—. Murieron cien niños en esta catedral cuando se refugiaron de las bombas de la RAF. Como confirmación de que Dios no existe, eso supera a Nietzsche, ¿no crees?

—En ese caso, esto será como una segunda oportunidad para él. Para Dios, quiero decir. Un buen modo de arrancar de nuevo en esta ciudad. Una oportunidad de compensarnos, de demostrarnos que de verdad significa algo. Apuesto a que seremos los primeros que se casan en este templo desde que ocurrió.

—Estás loco, ¿lo sabes? —Pero sonreía, sonreía de verdad—. ¿Por qué quieres hacerlo?

—Porque las palabras tienen importancia, ¿no crees? La mayor parte del tiempo no digo lo que pienso para evitar que me detenga la Gestapo. Por una vez, me gustaría decir algo que es importante de veras, y decirlo de corazón.

Asintió.

—Lo interpretaré como un sí a la primera pregunta.

Seguíamos con la celebración de nuestra boda simulada —a decir verdad, nos había parecido mucho más que una boda simulada en su momento—, cenando carne de caballo en el restaurante Spätenbrau, cuando el diablo adelantó su aparición, como cabría haber esperado después de nuestra alegre blasfemia. Llegó a nuestra mesa una botella inesperada de un Riesling sumamente delicioso, seguida de cerca por el atractivo militar que la enviaba,

un capitán del SD al que, por un instante —habían transcurrido seis años—, solo reconocí a medias. Pero él me recordaba, desde luego. Los chantajistas están obligados a tener buena memoria. Era Harold Hennig, y me saludó como si fuéramos viejos amigos, algo que me resultó de lo más irritante.

—Berlín, ¿no es cierto? —dijo—. Enero del 38.

Me levanté; era capitán, después de todo, y yo un mero teniente, y tardé unos instantes en relacionarlo con el caso Von Frisch.

—Sí. Es verdad. Gunther. FHO.

—Harold Hennig —dijo, al tiempo que entrechocaba los talones y saludaba a Irmelda con una inclinación de cabeza—. Bueno, Gunther, ¿no va a presentarme a esta encantadora joven?

—Le presento a la oficial auxiliar... —Nunca había tenido claro su rango militar en el servicio auxiliar femenino, de modo que miré de reojo a Irmelda, que asintió para indicarme que había acertado—. La señorita Irmelda Schaper.

—¿Les importa si me uno a ustedes?

—No, claro.

—Parece que están celebrando algo —observó.

—Estamos vivos —dije—, y hoy en día eso es siempre motivo de celebración.

—Es verdad... —El capitán Hennig se sentó y sacó una elegante pitillera de ámbar, que abrió ante nosotros para revelar un batallón perfectamente formado de buenos cigarrillos y ofrecerlos a la mesa—. Es verdad. Mientras hay vida, hay esperanza, ¿no es así?

Irmelda cogió un cigarrillo y lo observó como si fuera una interesante curiosidad, y luego olfateó el tabaco con gesto de apreciación.

—No sé si fumármelo o guardarlo como recuerdo.

—Fúmeselo —dijo él— y coja otro para después.

Eso hizo.

—¿Es esto lo que fuma la Gestapo hoy en día? —pregunté, paladeando el

sabor a clavo auténtico—. Las cosas deben de ir mejor de lo que pensaba.

—Ah, ya no estoy en la Gestapo —dijo—. No desde el inicio de la guerra. Ahora trabajo para el Instituto Erich Koch.

—En la esquina de Tragheimer y Gartenstrasse —señaló Irmela—. Conozco ese edificio.

—Desde los bombardeos es más fácil dar con nosotros en Friedrichsberg.

—Debe de ser bonito —observé—. Y mucho más seguro, diría yo.

Erich Koch era el *Gauleiter*, el líder de zona del Partido Nazi en Prusia Oriental, y su inmensa finca de Friedrichsberg, a las afueras de la ciudad, era el centro de la explotación comercial de la provincia que, a decir de todos, conducía sin el menor escrúpulo. Además, tenía una autoridad absoluta, y el general Lasch se veía obligado a ceder a menudo a las apremiantes exigencias de Koch. Incluso en aquellas circunstancias, el Instituto Erich Koch, ubicado en el distrito de Tragheim de la ciudad, se estaba reformando con auténtico esplendor, según se rumoreaba; entretanto, y siguiendo las órdenes de Koch, un elevado número de trabajadores civiles tenía que iniciar en breve la construcción de una pista de aterrizaje en Paradeplatz, era de suponer que para que Koch pudiera emprender la huida rápidamente en su Focke-Wulf Condor privado, y eso en un momento en que era mucho más necesario levantar las defensas de la ciudad para la incipiente batalla de Königsberg, que comenzaría en cuanto el invierno tocara a su fin. Todo el mundo daba por sentado que, cuando empezara el deshielo en la primavera de 1945, el Ejército Rojo lanzaría su gran ofensiva contra la ciudad. Ahora mismo, todo estaba congelado. Hasta los rusos. Era el propio Koch quien había rechazado el exhaustivo y metódico plan propuesto por el general Lasch para la evacuación inmediata de todos los civiles de Prusia Oriental, y quien había confiado en levantar un muro —el Muro Erich Koch— en un lugar y de acuerdo con un estándar de construcción que eran más que cuestionables.

—El gobernador no está en Friedrichsberg por motivos de seguridad

personal —explicó Hennig—, sino porque sencillamente es el mejor sitio para coordinar la defensa de la ciudad. No solo está amenazada Königsberg, también Danzig. Pueden estar tranquilos, el gobernador vela por los intereses de todos.

—No me cabía la menor duda de que era así —dije, aunque todo el mundo sabía que Koch solo velaba por sus propios intereses antes que nada.

Estaba casi seguro de que el hotel Park donde residía yo era propiedad del Instituto Erich Koch, y por cada oficial que se alojaba allí el ejército se veía obligado a pagarle a Koch cuatro marcos por noche; aun así, me pareció mejor ceñir mis comentarios a la aprobación general de las medidas del *Gauleiter*. Koch tenía fama de ser muy susceptible, y era propenso a ordenar la detención y ejecución de cualquiera que se mostrase crítico con su dominio absoluto. Las ejecuciones públicas eran habituales en Königsberg, y dejaban los cadáveres colgados de farolas cerca de los campos de refugiados en la zona sur de la ciudad, donde, según creían, la disciplina era mucho más necesaria.

—¿Y qué servicios presta al gobernador Koch? —le pregunté a Hennig, con buen cuidado de no mencionar el chantaje ni la extorsión.

Meneó la cabeza y se sirvió un poco de vino.

—Podría decirse que soy su ayudante de campo. Un oficial de enlace militar. De hecho, un simple mensajero con pretensiones, a decir verdad. El gobernador da una orden y yo tengo el deber de transmitírsela al mando militar. O a cualquier otro que sea necesario. —Sonrió a Irmela—. ¿Y usted qué, querida? Veo que está en el servicio auxiliar de la Marina, pero ¿qué hace exactamente, si puedo preguntárselo?

—Estoy en comunicaciones.

—¡Ah! Es usted una Valkiria. Una doncella de las señales luminosas. No me extraña que el amigo Gunther esté con usted, querida. Siempre le ha

gustado estar lo más cerca posible del alto voltaje. En 1938, casi se quema los dedos, ¿no es así, Gunther?

—Es increíble que todavía tenga huellas dactilares —reconocí.

Al oírlo, Irmela me cogió la mano derecha y me besó las yemas de los dedos, una por una, y aunque agradecí la ternura del gesto, hubiera preferido que no lo hiciera delante de Harold Hennig, para quien todo conocimiento era poder, sin duda alguna. No era que pensara que podía decírselo a mi mujer, pero desde luego que él supiera lo nuestro me incomodaba bastante.

Sonrió.

—Bueno, todos somos supervivientes, ¿eh?

—Sí, pero por cuánto tiempo —comenté—. Esa es la cuestión.

—Permítame que le dé un consejo, amigo mío —replicó Hennig—. Solo hay dos personas en Prusia Oriental que sigan creyendo en la victoria final. Uno es Adolf Hitler. El otro es Erich Koch. Así pues, yo, en su lugar, procuraría no incurrir en comentarios derrotistas como ese. No me gustaría verle decorando una farola para dar ejemplo a los trabajadores y refugiados extranjeros.

—Es horrible que hagan eso —señaló Irmela.

—Y, sin embargo, difícilmente hay otra forma de mantener el orden en esta ciudad —repuso Hennig—. Una disciplina férrea es el único modo de que sigamos resistiendo. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Sea como sea, me alegro mucho de haber dejado atrás la manera que tenían de hacer las cosas en Prinz-Albrecht-Strasse. Me refiero a la Gestapo, con sus cámaras de tortura y sus puños de hierro. Si he de ser sincero, no tenía madera para cosas tan fuertes. No eran para mí, ni siquiera con la ley de mi parte.

Me miró un momento con sus ojos brillantes, y me pregunté si habría olvidado cómo nos obligó a mi socio Bruno Stahlecker y a mí a recoger al capitán Von Frisch del cuartel general de la Gestapo, después de que Hennig

y sus matones hubieran dejado medio muerto al anciano de una paliza. Pero, aunque no lo hubiera olvidado y supiera que yo tampoco lo había hecho, probablemente era mejor que no lo mencionase ahora. A nadie le gusta oír que es un mierda asqueroso delante de una mujer bonita.

Hennig parecía perfectamente a sus anchas, como si estuviera recordando los buenos tiempos con un grupo de estudiantes dados a las demostraciones de comportamiento rebelde. Hundió las manos en los bolsillos de los pantalones de montar, inclinó ligeramente la silla hacia atrás para columpiarse sobre las patas traseras y continuó mostrándose de lo más expansivo. Estaba claro que se había acostumbrado a que le prestasen atención.

—Pero más allá de lo que opine sobre las ejecuciones sumarias, querida, le aseguro que los rusos cometerán actos mucho más viles de los que somos capaces de llevar a cabo nosotros. Creo que ahora la gente empieza a ver contra qué hemos estado luchando desde el primer momento. El declive de Occidente frente a la barbarie eslava. El historiador Oswald Spengler estaba en lo cierto. Y si alguien necesitaba prueba de ello, la tenemos aquí mismo. O al menos a apenas cien kilómetros al este de aquí. Temo por toda la civilización europea si los Ivanos conquistan Prusia Oriental. —Dejó escapar una risita—. Si quieren, podría llevarlos a mi despacho y enseñarles un periódico soviético, el *Estrella Roja*, con horripilantes editoriales que cuesta creer que se hayan escrito. Recuerdo uno en particular: «Hay que matar a los alemanes. Hay que matar a los alemanes y enterrarlos bien hondo. No podremos vivir mientras esos gusanos de ojos verdes sigan vivos. Hoy no hay libros, hoy no hay estrellas en el cielo, hoy tenemos un solo pensamiento: matar a los alemanes». Algo por el estilo, vaya. Lo cierto es que resulta aterrador pensar hasta qué punto nos odian esas gentes. Casi parece que tengan intención de beberse nuestra sangre, como si fueran vampiros. O peor aún. Supongo que habrán oído hablar de esos informes que hablan de

canibalismo. Que el Ejército Rojo ha llegado a comer carne picada de mujeres alemanas.

Después de la advertencia que acababa de hacerme Hennig sobre el derrotismo, no pensaba discutirle que los rusos tenían buenos maestros en asuntos de barbarie. Pero procuré moderar su tono un poco.

—No me parece muy adecuado preocupar a la señorita Schaper hablando en esos términos —dije, viendo que ella había palidecido un poco al mencionarse el canibalismo.

—Lo siento —se disculpó Hennig—. El teniente Gunther tiene toda la razón. Perdóneme, señorita Schaper. Ha sido una falta de tacto y consideración por mi parte.

—No pasa nada —respondió ella con tranquilidad—. Creo que es mejor saber a qué nos enfrentamos exactamente.

—Así habla una auténtica alemana —se enorgulleció Hennig, que se volvió en la silla para llamar al camarero chasqueando los dedos—. Tráiganos brandy —dijo—. Del bueno. Inmediatamente.

Llegó a la mesa una botella de Asbach Uralt de diez años, y Hennig dejó unos billetes al lado como si el dinero no tuviera la menor importancia para él; y teniendo en cuenta que trabajaba para Koch, probablemente no la tenía. Según se rumoreaba por Paradeplatz, gracias a la ayuda del despiadado director del instituto, el doctor Bruno Dzubba, el diminuto Koch había amasado una fortuna personal de más de trescientos millones de marcos, y, a juzgar por el puñado de dinero que tenía Hennig en la mano y el caro uniforme hecho a medida que lucía, saltaba a la vista que parte de ese dinero estaba yendo a parar a sus manos, al menos a través de una generosa cuenta de gastos. Hennig abrió la botella y sirvió tres copas abundantes.

—Brindemos por cosas más alegres —dijo, y levantó la copa mirando a los ojos a Irmela—. Su belleza, por ejemplo. Confieso que estoy muy celoso del teniente Gunther. Me perdonará si le digo que espero que tenga alguna amiga

oficial de comunicaciones, señorita Schaper. No querría estar aquí mucho más tiempo sin tener a una encantadora joven a la que mimar, como el teniente Gunther.

—Me temo que es ella quien me mimar a mí —señalé.

—Con solo pensarlo se me dispara la imaginación. —Hennig apuró el brandy y se puso en pie—. Bueno, gracias por esta deliciosa velada, pero me temo que el deber me llama. Mañana por la mañana, el gobernador Koch tiene que pronunciar un discurso ante los representantes de la Unidad de Asalto del Pueblo, aquí en la ciudad. Acaba de ser nombrado comandante local de la Unidad y me ha pedido que le escriba el discurso. Aunque no tengo ni la menor idea de qué decirles.

La Unidad de Asalto del Pueblo era la nueva milicia nacional recién anunciada por Goebbels, una guardia nacional compuesta por hombres de entre trece y sesenta años que no desempeñaban ya ninguna otra función militar y que habían sido reclutados a la fuerza. Con un fino sentido del humor, la mayoría de los alemanes ya se refería a la Unidad de Asalto del Pueblo como la Brigada del Padre y el Hijo o, a veces —lo que tenía aún más retranca—, como el Arma de la Victoria.

En cuanto se alejó de nuestra mesa —tras conseguir que Irmela prometiera presentarle algunas amigas—, dejé escapar un suspiro de alivio. Luego apuré mi copa de coñac.

—Tiene un gusto impecable en cuestión de bebida —comenté—, pero detesto a ese tipo. También es verdad que hoy por hoy detesto a tanta gente que no los recuerdo a todos; ni siquiera recuerdo exactamente por qué los detesto, salvo porque son nazis, claro. Supongo que es una razón tan buena como cualquier otra. Ahora es mucho más fácil saber por qué aborrece uno a la gente.

—Pero ¿por qué lo detestas a él en particular?

—Fíate de mi palabra, en este caso hay una buena razón. Odiar a un

hombre así es una actitud sumamente justa, algo propio de un santo. ¿Amar al prójimo? No, en este caso es imposible. Estoy convencido de que Jesucristo hubiera hecho una excepción especial con Harold Heinz Hennig. Y si no, entonces tengo claro que es imposible ser cristiano. Tan imposible como creer en un Dios capaz de permitir que mueran cien niños cobijados en su iglesia.

Me quedé callado un momento, y ella volvió a besarme las yemas de los dedos.

—Por favor, Bernie. No hablemos más de eso. Quiero besar hasta el último centímetro de tu cuerpo antes de dormirme esta noche. Y luego quiero que tú hagas lo mismo con el mío.

Pero aún tenía un picor que debía rascarme.

—Eso también —dije—. No me hace ninguna gracia que sepa lo nuestro. Que ahora hay algo entre nosotros. Me preocupa. Un hombre como ese es capaz de usar todo lo que averigua como una pistola cargada.

Irmela suspiró y me soltó la mano.

—Es una locura que te preocupes tanto por él, Bernie. Piénsalo. ¿Qué daño podría hacernos? Además, no es más que un capitán.

—No es un capitán cualquiera. Es una extensión de Erich Koch. ¿Has visto cómo lo lisonjeaban los camareros? ¿La calidad del uniforme que vestía? ¿La pitillera de ámbar? Por si fuera poco, antes ese tipo era un chantajista. Seguramente lo sigue siendo, qué sé yo. El leopardo no puede cambiar de piel. Así que igual tiene algún secreto que pueda utilizar contra Koch. Quizá Koch es el limón que está exprimiendo ahora. No me sorprendería nada, la verdad. Seguro que un cabrón como Erich Koch tiene cantidad de secretos.

—Eso vas a tener que explicármelo. ¿Por qué es Koch un limón? No lo entiendo.

Le conté todo el caso Von Frisch, a lo que Irmela contestó prudentemente:

—Sea como sea, no tiene nada que pueda usar contra ti, Bernie Gunther.

Ni contra mí. Ninguno de los dos tenemos nada que ocultar. Y tampoco tenemos dinero que darle. ¿Verdad que no? Además, estamos en guerra y tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos, ¿no crees? Te preocupas por una nadería. Si vas a chantajear a alguien, solo lo haces cuando puedes obtener algún beneficio, ¿no es cierto?

—¿Y qué demonios estaba haciendo ese aquí y ahora? —pregunté.

—Ha sido una coincidencia, nada más.

Tomé un sorbo de coñac y me mordisqueé una uña.

—Con él no existen las coincidencias. No aparece en tu vida sin que haya una razón. Con un hombre así, las cosas no funcionan de esa manera.

—Entonces, ¿cómo funcionan? Explícamelo.

Pero no fui capaz. Después del vino y el coñac, no podía expresar con palabras el presentimiento que me había sobrevenido al ver otra vez a Harold Hennig. Para que Irmela entendiera la sensación que me provocaba Hennig, tendría que haberse remontado conmigo a 1938 y ver el cuerpo magullado del pobre capitán Von Frisch, tendido en un charco de sangre y orina en el suelo de aquella celda. Al recordarlo ahora, podría haberle dicho que era como en ese cuadro de Pieter Brueghel popularmente conocido como *Paisaje con la caída de Ícaro*: imaginé un día normal en Königsberg, si es que tal cosa era posible; Irmela y yo paseando por la orilla del mar, cogidos de la mano, disfrutando del paisaje y contemplando los barcos con sonrisas inocentes en los rostros azotados por el viento, pero tan ajenos a lo que en realidad está ocurriendo en el cuadro como el labrador de Brueghel o el corpulento pastor que levanta la vista hacia el cielo ahora vacío y gris. Mientras tanto, en algún lugar en el ángulo del lienzo acontece una tragedia en la que prácticamente nadie se fija. El orgullo desmesurado nos expulsa del cielo y nos ahogamos los dos en el gélido mar del norte.

Es lo que tiene el chantaje. Uno nunca entiende cómo podría ocurrirle algo así hasta que le ocurre.

El invierno llegó pronto ese año. Los copos de nieve colmaron el aire gris de diciembre cual fragmentos de esperanza destrozada, mientras los rusos consolidaban el férreo cerco en torno a la pesarosa ciudad asediada. El agua se congelaba en los aguamaniles de los dormitorios, y la condensación se convertía en hielo en la cara interna de los cristales. Algunas mañanas, al despertar, me encontraba con que la parte inferior del armazón de hierro de la cama que compartía con Irmela tenía tantos carámbanos colgando que parecía el alero del tejado delante de la ventana. La derrota nos miraba a los ojos como la inscripción en una lápida nueva. Llegó la Navidad y pronto quedó atrás. El termómetro bajó a niveles inauditos, y más o menos me olvidé del capitán Harold Hennig. Las cuestiones que afectaban a nuestra supervivencia exigían más atención. El combustible y la comida escaseaban, igual que la munición y la paciencia. La opinión general era que podríamos aguantar otros tres o cuatro meses como máximo. Por desgracia, esa opinión no la compartía el gran optimista, que había abandonado su Guarida del Lobo en Rastenburg y ahora estaba otra vez a salvo en Berlín. Pero Irmela y yo teníamos otras cosas en la cabeza más allá de la mera supervivencia, más que nada porque estaba embarazada. Yo me mostré encantado y, cuando vio mi reacción, también Irmelda se alegró. Le prometí, fielmente, que, si gracias a algún milagro sobrevivía a la guerra, me divorciaría de mi mujer y me casaría con ella; y si no conseguía sobrevivir, quizá sí que lo haría una parte de mí, lo que supondría cierto consuelo para una vida, si no trágicamente truncada —no podía aspirar a tanto—, al menos privada de sentido. Sí, era así como veía la perspectiva de haber engendrado por fin un hijo. Quedaría una parte de mí después de la guerra, lo que forma parte de esta cabronada que es la grotesca comedia de la vida.

Entonces, un día de finales de enero, y de manera totalmente inesperada, llegó el capitán Hennig en un coche del gobierno con la orden de que me presentara ante el *Gauleiter* Koch en su finca de Friedrichsberg, y ni yo ni

mis oficiales superiores de la FHO tuvimos otra opción que acatarla, porque venía firmada por Erich Koch en persona. Tampoco es que les fuera imprescindible a mis superiores en ningún sentido. Solo el oficial de inteligencia más tarugo hubiera pasado por alto que los rusos iban ganando. Aun así, en el cuartel general de la FHO nadie volvió a verme con los mismos ojos; como cabía esperar, mis colegas dieron por sentado que era otro de los espías rastrosos de Koch.

Salimos de la ciudad hacia el oeste, por el Holsteiner Damm, siguiendo la orilla norte del río Pregel y, después de unos diez kilómetros, allí donde el río negro desemboca en la laguna del Vístula, más negra aún, vimos la casa, que lindaba con otros dos palacios menos grandiosos. Hennig no me había explicado por qué el *Gauleiter* me había llamado a su presencia, sobre eso guardaba un silencio exasperante, pero tuvo el detalle de contarme que la casa había sido construida por el rey Federico III de Prusia en 1690 como pabellón para la caza de alces, aunque en cuanto la vi llegué a la conclusión de que un lugar de semejantes dimensiones bien podría haberse utilizado como base para una expedición de todo un año de duración destinada a la caza de mamuts lanudos o tigres de dientes de sable. El príncipe Bismarck habría desdeñado la edificación por demasiado grandiosa —y, tal vez, por demasiado prusiana—, pero, según el baremo de las pretensiones de Gross Friedrichsberg, supongo que era ideal para el hijo mayor de Federico el Grande —a quien sin duda debía preocuparle estar a la altura de la inmensa reputación de su padre— y para Erich Koch, naturalmente. Teniendo en cuenta que tenía el tamaño de la estación de Potsdamer Platz, imagino que Koch debía de haber pensado que era la casa perfecta para un antiguo empleado de los ferrocarriles como él.

Inmediatamente antes de que saliera del cuartel general de la FHO con Hennig, me habían dicho que el Schloss Gross Friedrichberg, como lo conocían todos los que trabajaban allí —y desde luego era una finca inmensa,

con varios centenares de hectáreas—, era ahora propiedad de la Compañía de Tierras de Prusia Oriental, por si alguien se atrevía a sugerir que Koch se estaba enriqueciendo a costa del pueblo alemán; que Koch fuera propietario de la Compañía de Tierras de Prusia Oriental no era más que una desafortunada coincidencia.

Un mayordomo impoluto nos invitó a cruzar la puerta principal y nos llevó directos a la biblioteca del castillo, donde Koch aguardaba delante de una chimenea alimentada con carbón que podría haber impulsado una locomotora de vapor de clase 52 de la Compañía General de Ferrocarriles. Para ser justos, era una estancia muy grande y probablemente requería de un fuego bien grande para evitar que el hielo del glaciar invadiera las secciones más altas de las estanterías. El *Gauleiter* estaba sentado en una butaca orejera dorada de estilo Luis XV tan alta como una jirafa, lo que no hacía más que aumentar el efecto de que pareciera más pequeño aún de lo que sin duda ya era. Con su bigotito de cepillo y su elegante guerrera de gala, Koch se asemejaba a un Adolf Hitler de cartilla de racionamiento, y al conocerlo en persona era difícil tomarse en serio las declaraciones públicas que él mismo había hecho en el *Völkischer Beobachter* de que el obrero alemán más humilde era racial y biológicamente mil veces más valioso que cualquier ruso. Había visto nazis más pequeños, pero solo entre los miembros más añados de las juventudes hitlerianas. Y parecía tan valioso desde el punto de vista racial como los desechos onanistas del pañuelo de un escolar. Se levantó, aunque no supuso mucha diferencia, y nos saludamos al estilo que marcaban los tiempos.

—Gracias por conducir hasta aquí —dijo.

Me encogí de hombros y miré a Hennig.

—Hennig se ha encargado de conducir señor. Yo he estado contemplando el paisaje. Tiene usted una finca muy bonita.

Koch esbozó una dulce sonrisa.

—No. No es mía, ya sabe. Ojalá lo fuera. Esta preciosa casa es propiedad

de la Compañía de Tierras de Prusia Oriental. Yo solo se la alquilo. Dios sabe por qué. Cuesta una fortuna calentar en invierno estas antiguas edificaciones prusianas. Lo más probable es que vaya a la bancarrota tan solo por intentar mantenerla caldeada. —Koch indicó con un gesto de la mano una bandeja de bebidas—. ¿Quiere tomar algo, capitán Gunther?

—No se me oye a menudo rechazar un schnapps —contesté—. Y ahora solo soy el teniente Gunther.

—Sí, claro, tuvo alguna diferencia de opiniones con el doctor Goebbels, ¿no es así?

—Me equivoqué en algo. Cometí un error. Probablemente tengo suerte de ser teniente, señor.

—No pasa nada. —Koch sonrió y nos sirvió un vaso de schnapps—. El doctor y yo nunca somos exactamente del mismo parecer. Antes de que me nombraran gobernador de Prusia Oriental, me temo que Goebbels sospechaba que había estado implicado en la publicación de un artículo de periódico que se mofaba de sus discapacidades físicas.

Solo tenía una discapacidad, al menos que yo supiera, pero me pareció una tontería ponerme a discutir ese detalle, pues lo único que quería en realidad era largarme de allí cuanto antes. Lo último que deseaba era verme involucrado en la turbia rivalidad entre esos dos tipos mezquinos. Probé el schnapps, lo que fue suficiente para sacarme una escuálida sonrisa.

—¿Qué le parecería volver a ser capitán?

A esas alturas de la guerra, lo mejor era ser un oficial del rango más bajo posible. Ser general parecía una responsabilidad que nadie habría deseado. Aun así, me limité a encoger los hombros con una indiferencia que me pareció que podía interpretarse razonablemente como modestia. En cualquier caso, estaba claro que a Koch le traía sin cuidado mi parecer al respecto, y ya había dado por supuesto que, al igual que él, estaba ansioso por medrar en la

vida y sacar provecho donde y cuando fuera posible, y probablemente también de quien fuera posible.

—Y lo será —continuó—. Basta con que telefonee a su comandante, el general Lasch, para que así sea.

—Es muy amable por su parte, pero no querría de ningún modo que se tome esa molestia por mí. Hace ya tiempo que no creo que mi futuro esté en el ejército.

—Ah, no es ninguna molestia, se lo aseguro. Siempre es un placer ayudar a alguien a quien Joey el Tullido le tiene ojeriza, ¿verdad que sí, Harold?

—Sí, señor —respondió el capitán Hennig—. El doctor no nos cae muy bien.

—Harold me ha dicho que fue usted policía en Berlín antes de la guerra. Comisario, nada menos.

Me terminé el schnapps y le dejé que me sirviera otro, tal como me gusta, lleno hasta el borde, antes de meterme ese también entre pecho y espalda.

—Así es. —Me alegró cambiar de tema. O al menos eso creí—. Aunque mis abuelos por parte de madre eran de Königsberg. Venía mucho por aquí cuando era niño. Siempre me gustó venir a la antigua capital prusiana. Casi podría decirse que para mí es un segundo hogar.

—Lo mismo digo. Soy de Elberfeld, cerca de Wuppertal, pero es aquí donde tengo ahora el corazón. En Prusia Oriental. Me encanta esto.

Paseé la mirada por la biblioteca. Todos esos libros estaban permitiéndome entender por qué le tenía un apego tan necio y sentimental a la casa. Los libros son muy valiosos. Casi pueden hacer que uno se sienta como en casa. En cualquier otro domicilio, ya habrían empezado a utilizarlos de combustible.

—Apuesto a que, cuando venía aquí de niño, visitó el antiguo Museo del Ámbar.

—Ah, sí, señor. El oro prusiano, solían llamarlo.

—Desde luego. El mayor yacimiento de ámbar del mundo está en Samland. Y en Palmnicken, en particular. Desde hace unos años tenemos a algunos judíos, sobre todo mujeres, extrayendo la sustancia. Dígame, ¿le gusta el ámbar?

En realidad, no me gustaba. A mí el ámbar siempre me había parecido el plástico de la naturaleza, en absoluto precioso y, en el mejor de los casos, una curiosidad. Ni siquiera entendía por qué había quien otorgaba tanto valor a esa sustancia. Sin embargo, al percibir que ahora quizá estábamos llegando al motivo de mi presencia allí, asentí cortésmente y dije:

—Sí, supongo que sí. La verdad es que no he pensado mucho en ello.

—¿Qué más sabe sobre el ámbar?

—Solo que es caro. Suele ser ahí donde se interrumpen mis conocimientos sobre cualquier cosa. Por lo general, echo freno a mis pensamientos cuando hay mucho dinero de por medio.

—Todo el mundo lo hace hoy en día. Todos nos estamos viendo obligados a hacer sacrificios en esta terrible guerra a la que nos abocaron nuestros enemigos ideológicos. Sea como sea, Harold me ha dicho que no carece de entretenimiento en Königsberg, que se ha estado viendo con una chica preciosa del servicio auxiliar de la Marina. ¿Cómo se llama?

—Irmela. Irmela Schaper.

—Bien. Me alegro. Un soldado debe tener siempre novia, ¿no cree, Harold?

—Desde luego, señor. Sobre todo ahora que he visto a la chica. Es una auténtica preciosidad de novia.

—Antes de que deje de ser una preciosidad de novia y pase a ser una esposa, ¿eh?

Koch soltó una carcajada, riéndose de su propio chiste, aunque se acercaba demasiado a la verdad para que yo sintiera el impulso de acompañarlo siquiera con una sonrisa.

Se aproximó a una mesa del tamaño de un tanque Tiger y abrió un cajón enorme.

—Acérquese, capitán —dijo—, venga a ver esto.

El cajón estaba lleno de objetos de ámbar: collares, broches, pendientes, boquillas, tallas de animales... Parecía uno de los muchos puestos de venta que había visto de niño cerca del museo.

—Escoja algo para su novia, haga el favor.

—No podría, señor. De verdad, es muy amable por su parte, pero...

—Tonterías —replicó Koch—. Lo que crea usted que le gustará. Un bonito collar, o tal vez un broche. O algo para usted, si lo prefiere. Harold escogió una hermosa pitillera antigua, por no hablar de un precioso par de gemelos que fueron hechos originalmente para Arthur Schopenhauer.

Hubiera preferido de lejos no coger nada; la idea de estar en deuda con Koch me resultaba horrible, sobre todo ahora que había oído cómo se extraía parte de aquella sustancia. Además, imaginaba que buena parte de lo que tenía ante mis ojos le había sido sustraído a algún otro; a judíos, probablemente. Sin embargo, me daba cuenta de que no tenía otra opción. Cogí un collar de oro con una gran lágrima de ámbar y, sosteniéndolo ante de mis ojos, dejé que la luz del fuego iluminara el insecto perfectamente preservado que contenía.

—Ah, sí —observó Koch—. Buena elección. Es una pieza de estilo Guillermina de antes de la Gran Guerra. Es fascinante que un insecto de hace miles de años quedara atrapado en la resina pegajosa de un árbol y luego se fosilizara, ¿verdad?

—Tal vez a Irmela le recuerde a mí —comenté.

Koch me cogió el collar de la mano y lo envolvió en una hoja de papel de seda del mismo cajón, como si fuera un tendero local —a todas luces ya lo había hecho otras veces—, e introdujo el objeto en el bolsillo de mi guerrera como si no fuera a tolerar que rehusara su regalo.

—¿Se siente atrapado, capitán Gunther? —preguntó—. ¿Como ese insecto?

—Un poco, a veces —respondí con cautela. No había olvidado la advertencia de Hennig acerca del derrotismo y la predilección del *Gauleiter* por colgar a los derrotistas de las farolas—. ¿Quién no se sentiría atrapado, en estas circunstancias? Aunque estoy convencido de que solo es algo temporal, señor. No tardaremos mucho en romper este cerco. Eso piensa todo el mundo.

—Exacto. Antes de que llegue la luz, tiene que reinar la oscuridad, ¿no es así? Y ahora, permítame que le enseñe otra cosa.

Koch me condujo de la biblioteca al vestíbulo, donde por lo visto había más cornamentas expuestas que en un parque de ciervos sajón, por no hablar del arsenal de mosquetes que probablemente había hecho que esos cérvidos fueran a parar allí. Mientras cruzábamos el suelo de mármol a cuadros blancos y negros como los escaques de un tablero, tuve la sensación de que era un peón a punto de acometer un movimiento del que estaba absolutamente en contra. Tendría que haber salido por la puerta principal y haber regresado a Paradeplatz, pero me limité a seguir a Koch hasta una puerta donde una armadura gótica me lanzó una dura mirada de desaprobación con la ranura que tenía por ojos. Debería estar acostumbrado a ese tipo de cosas, después de trabajar durante tanto tiempo para el general Heydrich.

Bajamos dos tramos de escaleras hasta el sótano, y accedimos a una enorme estancia a oscuras donde Koch tuvo problemas para encontrar el interruptor de la luz.

—Permítame, señor —se ofreció Hennig—, ya lo hago yo.

Unos instantes después, tenía ante mis ojos una serie de paneles decorativos, cada cual de medio metro de altura, dispuestos a lo largo de las paredes de la sala. Algunos de los paneles lucían coronas imperiales y una letra R de gran tamaño; otros representaban escenas de caza; también había

tallas ricamente decoradas: águilas imperiales entrelazadas, guerreros clásicos, más coronas imperiales, hombres pez que abrazaban a delfines... Y todo era de ámbar. A decir verdad, para mi gusto había un ligero exceso de ámbar; más o menos una tonelada. Era como estar dentro de una enorme botella de cerveza.

—Dígame, capitán Gunther, ¿ha oído hablar alguna vez de la Cámara de Ámbar?

—No, señor.

—¿De verdad? ¿Nunca ha oído hablar de la famosa Sala de Ámbar que le regaló el rey Federico Guillermo I al zar Pedro el Grande, que por entonces era su aliado?

Me encogí de hombros, sin importarme mucho que Erich Koch me tomara por un ignorante. A mi modo de ver, aquel tipo era un ladrón infame que seguramente debería ir al cadalso, y no me importaba en absoluto su opinión sobre nada, y menos aún sobre mis conocimientos acerca del ámbar y la historia rusa.

—Supongo que por entonces los rusos no eran tan malos —comenté.

—Eso fue antes del comunismo —señaló Koch, como si yo fuera el único alemán que quizá había olvidado 1917.

—Sí, antes.

—Bueno, veamos. En 1701, Pedro instaló estos magníficos paneles en una sala especial del Palacio de Catalina, cerca de la actual Leningrado, donde permanecieron hasta que los rescatamos hace unos años y los trajimos aquí, a Gross Friedrichsberg. Cuando todavía estaba en el palacio, la sala a menudo se describía como la Octava Maravilla del Mundo.

Intenté mostrarme impresionado, aunque en mi opinión una descripción tan cándida y perezosa de la Cámara de Ámbar solo podía provenir de gente que no salía mucho por ahí. Me estaba ya hartando un poco de la veneración

que sentía Koch por esa sustancia anaranjada, así que decidí aligerar un tanto el asunto.

—Señor, ¿puedo preguntarle qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Va a ayudarnos a llevar estos objetos de valor incalculable de regreso a Berlín, que es donde deben estar.

—¿Yo? ¿Cómo? No lo entiendo.

—No se preocupe —continuó Koch—. No estamos pensando en que los oculte bajo el abrigo, capitán. No, teníamos otra cosa en mente, ¿verdad que sí, Harold? Algo un poco más sofisticado.

—Vamos a cargarlos en un barco de refugiados que va a zarpar dentro de unos días del puerto de Gotenhafen —explicó Hennig—. El MS Wilhelm Gustloff. Como probablemente ya sabe, muchos de esos barcos son blancos frecuentes para los submarinos rusos de la flota del Báltico que operan desde el puerto finlandés de Hangoe, y creemos que una buena forma de garantizar la seguridad tanto del pasaje como de los paneles sería informar a la Marina rusa de que uno de sus tesoros nacionales más importantes, que quizá algún día tengamos que volver a canjear, va a bordo de ese mismo barco.

—Quizá de ese modo se mostrarían menos inclinados a hundirlo —dijo Koch, como si yo no lo hubiera entendido.

—¿Informarles? ¿Y cómo pretenden hacerlo? ¿Enviándoles una postal? ¿O quieren que vaya en coche al frente y les entregue una carta?

Hennig sonrió.

—Bueno, esa sería una forma de hacerlo. Pero nosotros esperamos que pueda usted convencer a esa novia suya, esa oficial de comunicaciones tan mona, de que emita una señal sin codificar por una frecuencia abierta informando a los rusos, de forma indirecta, de la presencia de la Cámara de Ámbar a bordo del Wilhelm Gustloff.

—Lo cierto es que, si lo piensa bien —añadió Koch—, eso sería ventajoso para todos.

—¿Convencerla? ¿Cómo voy a hacer algo así? ¿Qué se supone que debo decirle?

—Lo que le hemos dicho, nada más.

—¿Tengo que recordarles que emitir una señal sin codificar utilizando una máquina Scherbius Enigma sería una ofensa castigada con consejo de guerra? Irmela podría ser fusilada por espionaje. O algo peor. Le están pidiendo que infrinja la primera regla de una auxiliar de comunicaciones.

—No, no, no —contestó Koch—. Mi autoridad como *Gauleiter* prusiano está por encima de todos los códigos y protocolos militares y navales. No habría la menor posibilidad de que todo esto llegara a estar ni remotamente cerca de un consejo de guerra.

—A bordo de ese barco irán hasta diez mil personas, Gunther —aseguró Hennig—. Civiles. Mujeres y niños. Soldados alemanes heridos. Es posible que a los rusos eso no les importe, pero, desde luego, nunca atacarían un barco si supieran que, al hacerlo, destruirían la famosa Cámara de Ámbar.

—¿Están preocupados por ellos? —pregunté—. ¿O por esos pedazos de resina de árbol de valor incalculable?

—Eso es un tanto injusto —replicó Hennig—. Se trata, según cualquier definición del término, de un gran tesoro histórico.

—Entonces, no entiendo por qué no da la orden a nuestros comandantes del Ministerio de la Marina de Guerra en Kiel de que envíen una comunicación.

—Por la sencilla razón de que están en Kiel —repuso Koch—, y a más de setecientos cincuenta kilómetros de mi autoridad.

—Además —añadió Hennig—, si los rusos interceptaran una comunicación naval sin codificar enviada desde Kiel, darían por sentado que se trata de alguna clase de trampa. En cambio, si proviene de un puesto de la Marina pequeño o, no nos engañemos, poco importante como el de Königsberg, llegarán a la conclusión de que no ha sido autorizada por el

Ministerio de la Marina de Guerra, y estarán mejor dispuestos a tomársela más en serio; a creer que la persona que envía el mensaje es alguien desesperado por evitar que se pierdan miles de vidas.

—¿Y qué ocurre si esta especie de chantaje cultural suyo no funciona? ¿Y si los rusos no aprecian tanto el ámbar como usted, señor? ¿Y si no están interesados en preservar un tesoro nacional? No nos engañemos, no han tenido mucho cuidado con ese tipo de cosas en esta maldita guerra. ¿No ha oído hablar de los cálculos de Stalin? Si al final de esta guerra quedan diez rusos y un alemán vivos, considerará que han ganado ellos. Ahora tienen la patente internacional de la tierra quemada.

—Tonterías —dijo Koch—. Por supuesto que no quieren perder la Cámara de Ámbar. De entrada, fueron los putos Ivanos los que la desmantelaron para transportarla a algún pueblucho de mierda en Siberia. Deben de creer que es valiosa. Nuestros hombres llegaron allí justo a tiempo de evitarlo, y la enviaron a Königsberg para ponerla a salvo.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, caballeros, pero no pienso hacerlo.

—¿Qué coño quiere decir con que no piensa hacerlo? —exclamó el capitán Hennig.

—No lo haré. Es monstruoso pedirle algo así a una chica.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Usted? ¿Quién coño es usted, Gunther? No es un Fritz cualquiera quien le pide un favor, sino el gobernador de Prusia Oriental.

—Solo tiene veintitrés años, por el amor de Dios. No se le puede pedir a una chica así que desobedezca órdenes estrictas y arriesgue no solo su propia vida, sino también la vida de miles de personas.

—Es usted un verdadero idiota —me espetó Hennig—. ¿Se considera un oficial de inteligencia? He visto restos de mierda más inteligentes en mi retrete.

—No se altere, Harold —dijo Koch sin perder la calma—. No pasa nada.

Vamos a conducirnos con educación. ¿Es su última palabra, Gunther?

De pronto me sentí cansado, demasiado cansado como para que me importara lo que me ocurriera. Tal vez fuera el schnapps, aunque también es verdad que la guerra entera se me antojaba un lastre, como si llevara una farola atada al cuello... Solo que quizá fuera mi cuello el que acabara atado a la farola.

—Lo es, señor. Lo siento. Pero, sencillamente, no puedo pedirle que haga algo así.

Koch suspiró e hizo una mueca.

—Entonces, me parece que no va a volver a ser usted capitán, después de todo.

Hennig puso cara de desprecio.

—También parece que va a volver a la ciudad andando.

—Caballeros, después de lo que he oído, desde luego me vendrá bien un poco de aire fresco.

No le conté a Irmela nada de lo ocurrido. Me pareció más conveniente no preocuparla. En la Alemania nazi, uno no contrariaba todos los días a un hombre tan poderoso como Erich Koch, y parte de mí esperaba ser arrestado en cualquier momento y recluido en el campo de concentración de Stutthof. No me habían amenazado exactamente, y, lo que era aún más importante, no la habían amenazado a ella, pero no creía que fueran a darse por vencidos sin más. De algún modo, tenía que idear una manera de evitar que intimidasen a Irmela, y además lo antes posible.

—¿Tienes que ir mañana a trabajar? —le pregunté esa noche.

—¿Por qué?

—Solo es una pregunta. Estaba pensando que igual podíamos pasar el rato aquí juntos, a solas.

—Estoy de guardia. Ya lo sabes. No puedo dejar de ir sin más. Estamos hablando del servicio auxiliar de la Marina, no de una zapatería Salamander. Además, cuentan conmigo. Por si lo habías olvidado, ahora mismo el mar Báltico está muy ajetreado.

Estábamos en la cama en esos momentos, fumando a medias el cigarrillo que ahora descansaba en el cenicero de ámbar de imitación que yo tenía en equilibrio encima de mi pecho.

—Lo entiendo.

—No es que no me guste pasar tiempo contigo, mi querido caracol. Me gusta. Estos momentos que pasamos juntos son muy valiosos para mí. ¿Quieres que te diga por qué? Porque nunca pensé que los tendría. Cuando apareciste en mi vida, más o menos me había reconciliado con la idea de acabar mis días aquí sin haber conocido el amor auténtico de un hombre.

—¿Y qué hay de Christoph? El que murió en Stalingrado.

—Éramos amantes, pero no estábamos enamorados. Es distinto. Además, no era más que un chico.

—Eso no tiene nada de malo si tú no eres más que una chica.

—Ya sé que crees eso. Y quizá antes fuera una chica, pero ahora soy una mujer. Tú conseguiste que ocurriera. Sin ti, aún estaría riéndome como una tonta en el cine. Me tratas como algopreciado. Como algo importante para ti. Escuchas lo que tengo que decir como si estuvieras interesado de verdad. No puedes imaginarte lo importante que es eso para una mujer. Es lo que siempre había querido. Que el hombre al que quiero me escuche.

Guardé silencio unos instantes después de oír aquellas palabras. No hay nada como las palabras cariñosas de una mujer para acallar a un hombre.

—Mira —dije—, si alguien llega a amenazarte con intentar hacerme daño para intentar llegar hasta ti, haz el favor de mandarlo al infierno. Me la jugaré. En esta vida y en la próxima.

—¿De qué hablas?

—Solo te lo digo. Yo no soy el más importante aquí. Lo eres tú.

—Sí, pero ¿por qué lo dices?

—Estamos en guerra. La gente dice toda clase de cosas extrañas cuando hay guerra.

—De acuerdo. Todo eso lo entiendo. Oye, ¿tiene todo esto algo que ver con el capitán Hennig?

—No —mentí—. No tiene absolutamente nada que ver con él. De hecho, no he vuelto a verlo desde aquella noche en Spätenbrau, el día que nos casamos.

—No dejaría que te ocurriera nada, Bernie —respondió—. No ahora. Eres un hombre encantador, ¿lo sabes? Me has dado la vida.

—Tonterías. Era tuya desde el principio.

—Lo digo en serio. Nadie había sido nunca tan cariñoso conmigo como tú. No sé qué haría sin ti.

—Ahora tienes que pensar en el bebé. No en mí, ¿lo entiendes? Yo no tengo la menor importancia en comparación contigo y el niño.

—No lo entiendo. ¿Por qué hablas así?

—Lo único que digo es que quiero que tengas cuidado, Irmela.

—Estamos rodeados por el Ejército Rojo, por combatientes rusos, no hay combustible y no queda mucha comida, no hay armas secretas que vayan a rescatarnos, nuestros hogares están defendidos por la Brigada del Padre y el Hijo, ¿y quieres que vaya con cuidado? Eso es ridículo, ¿no crees? Si no te quisiera tanto, diría que te estás volviendo loco.

—Igual es que estoy loco por ti, ¿no? ¿Te has planteado esa posibilidad? Así es. Estoy loco por ti.

—Bueno, entonces ya somos dos. Es contagioso, por lo visto. Dame otro cigarrillo.

—Están en la guerrera.

No tenía intención de darle el collar de ámbar, pero lo encontró cuando

estaba registrando los bolsillos en busca del tabaco y no tuve valor para decirle que me lo había dado Erich Koch.

—Es precioso —dijo—. ¿Para mí?

—No, estaba pensando ponérmelo yo mismo.

—¡Me encanta! —exclamó, poniéndose de inmediato el collar de ámbar mientras cruzaba el dormitorio para mirarse en el espejo de cuerpo entero—. ¿Qué te parece? —preguntó, al tiempo que se volvía hacia mí.

Tuve que reconocer que le sentaba de maravilla; y lo cierto es que me fue muy fácil llegar a esa conclusión, gracias a que estaba desnuda por completo en esos instantes.

—Sí, te queda muy bien.

—¿De verdad?

Sonreí.

—Te quedaría bien hasta el periódico de ayer, Irmela.

—Debe de haberte costado un riñón —comentó.

Volví a sentirme incómodo por no reconocer que había sido un regalo de Erich Koch, y un instante después empecé a lamentar no haberle contado la verdad sobre el regalo y a temer que Harold Hennig lo haría por mí y lo fastidiaría todo. De eso no me cabía duda. Había comenzado a querer a Irmela muy intensamente, mucho más de lo que había imaginado que fuera posible en alguien de mi edad. No tenía derecho al amor de una buena chica de veintitrés años. Después de todo, yo estaba ya cerca de los cincuenta; cincuenta años de cagadas y decepciones, lo que significa que, cuando crees que solo tienes unos pocos meses de vida por delante, todos y cada uno de los minutos parecen importantes, y todos los sentimientos se magnifican inmensamente. Hubiera hecho cualquier cosa por protegerla a ella y a la criatura que llevaba dentro, pero es curiosa la sensación de torpeza que puede provocar algo así. Lo mejor de mí tal vez ya había desaparecido para siempre, pero aún podía abrigar esperanzas de cuidarla.

Al día siguiente, cuando me dirigía a Paradeplatz, como cada día, me di cuenta de que me seguía un Audi negro. Con tan pocos coches en las calles cubiertas de nieve y sembradas de cráteres, llamaba la atención igual que una mancha de tinta grande y reluciente sobre una hoja de papel blanco. Se mantenía a unos diez metros por detrás de mí, otra razón para que me fijara. Acostumbro a caminar deprisa. En el vehículo iban tres hombres a los que no reconocí, aunque ya sabía que no iba a seguir siendo así mucho rato. Se avecinaba una presentación, tanto si quería como si no. Solo esperaba que el apretón de manos secreto no fuera demasiado doloroso. Seguí caminando con la esperanza de que, cuanto más anduviera, más lejos los llevaría del edificio de Irmela, pero después de otro centenar de metros vi que no tenía mucho sentido, me volví, resbalé en el hielo y estuve a punto de caer, y cuando recuperé la compostura me dirigí hacia el coche con tanta dignidad como fui capaz de reunir. Al inclinarme hacia la ventanilla del conductor, estuve otra vez a punto de caerme. Uno de los que iban en el coche rio disimuladamente. Supe que eran de la Gestapo antes de que uno de ellos me mostrara la placa redonda de latón en la palma de la mano. Solo los amigos de Koch y la Gestapo podían permitirse esa actitud o, si a eso vamos, el combustible.

—¿Gunther?

—Sí.

—Suba —dijo el de la placa.

No discutí. Estaba claro que con aquel tipo con aquella cara de palo ya habían discutido muchos otros y, sin duda, en vano, y por lo menos era solo a mí a quien detenían. Así pues, me senté en el asiento de atrás del Audi, encendí un cigarrillo, escuché pacientemente cómo crujían sus abrigos de cuero contra la tapicería del coche y procuré recordar todas las demás ocasiones en que me había arrestado la Gestapo y había conseguido salir bien librado. Desde luego, las cosas eran muy distintas ahora que la guerra estaba casi perdida. Los de la Gestapo siempre habían sabido prestar oídos, pero

desde lo de julio de 1944 y el intento del conde Stauffenberg habían dejado de escuchar prácticamente todo lo que no fuera el sonido de una cuerda de piano bien tensa.

Para mi sorpresa, no nos dirigimos a la jefatura de policía de la Stresemannstrasse, detrás de la estación de ferrocarriles del Norte. En vez de eso, me llevaron más al este y se detuvieron delante del Instituto Erich Koch, en la esquina de Tragheimer con Gartenstrasse, que era uno de los últimos edificios de Königsberg donde aún ondeaban banderas nazis. Daban una bonita pincelada de color a una ciudad prematuramente encanecida por efecto del miedo y la inquietud. Unos ridículos guardias con el uniforme de gala se pusieron firmes cuando se acercaba el coche; sin duda daban por hecho que en el interior de un vehículo con combustible tenía que haber alguien importante. Los de la Gestapo tuvieron el detalle de abrirme la portezuela del coche y me llevaron por unas puertas altas cual acantilados y una escalera doble de mármol donde un hombre estaba colocando con gesto minucioso largas varillas de bronce para sujetar la alfombra a los peldaños. En lo alto, había un elevado pedestal con una estatua de bronce de Erich Koch que miraba por encima de la balaustrada, igual que un sátrapa contemplando su imperio. Aunque quizá solo estaba comprobando que colocaran correctamente las varillas. Colgaban del techo lámparas de araña, cuyas lágrimas de cristal parecían perfectamente acordes con el tiempo gélido de aquellos días, aunque su presencia hacía que las ráfagas de aire caliente que salían de las rejillas de ventilación de las nuevas y relucientes estufas de cerámica resultasen más sorprendentes aún. El instituto era un estruendo de cientos de trabajadores extranjeros venga a martillar, pintar y redecorar, lo que me pareció un tanto prematuro, pues el Ejército Rojo aún no había comunicado qué color prefería para 1945.

Me llevaron por un pasillo del tamaño de una bolera, en el que estaban colocando una gruesa moqueta azul nueva y, por un momento, me pregunté si

no estaría en realidad en la Escuela de Ciegos de Prusia Oriental, en Luisenallee. Era la única explicación posible para tan escasa previsión y tanta renuencia a afrontar la verdad. Y en medio de aquella ignorante confusión, Harold Hennig estaba plantado con las manos en los bolsillos de los pantalones de montar y la guerrera gris abierta, como si no tuviera la menor preocupación, y muy probablemente no la tenía. Cada vez que lo veía, estaba seguro de que no iba a ser uno de los desafortunados que se quedaran sin una silla bien cómoda cuando Iván dejara de tocar la balalaica. Al verme, hizo un gesto para que me acercara y abrió camino hasta un despacho ya enmoquetado pero sin mucho mobiliario, solo un montón de plumón en el suelo, un par de sillas y una mesa de tamaño mediano encima de la cual había dejado el abrigo y la gorra. En la pared, colgaba un retrato enorme de Adolf Hitler con la cara muy rosada. Ataviado con un gabán gris con el cuello elegantemente levantado y una gorra de visera, el líder miraba hacia la media distancia, como si intentara decidir si el azul de la moqueta hacía juego con el azul de sus ojos. No tendría que haberse preocupado. Era de un azul frío afín al negro y con cierto grado de oscuridad que Goethe entendía a la perfección, y hacían juego de maravilla.

—Y yo que pensaba que esto era Prusia Oriental —comenté—, cuando resulta que el estado en que vivimos es el de Negación.

Hennig lanzó un bufido desdeñoso, me puso la mano en el hombro, cosa que no me gustó mucho, y me llevó hacia la chimenea, donde un leño del tamaño de un jabalí crepitaba en silencio, más o menos como mi humor. Cogió una caja de ámbar de la repisa de la chimenea y la abrió.

—Fúmate un pitillo, Bernie —dijo en voz queda—. A ver si se te quita la amargura de la lengua.

Cogí uno, lo encendí y procuré mantener las formas unos minutos más.

Él también cogió uno. Incluso le encendí la cerilla. Durante un rato, no

hicimos más que lanzarnos humo mutuamente. Empezaba a parecer que igual podíamos llevarnos bien.

—Cuando los forenses examinen tu cadáver —dijo Hennig—, seguramente descubrirán que tenías la boca más grande de lo común. —Dejó escapar un suspiro hastiado—. Estamos en 1945, y aún no has aprendido que solo se debe hablar si las palabras son más seguras que el silencio.

—No voy a cambiar de opinión con respecto a mi chica —aseguré.

—No tienes ninguna opinión que merezca la pena tener en cuenta. Para ser un Fritz de inteligencia, eres tonto de cojones. Eso mismo pensé en el 38. Fue una estupidez por tu parte involucrarte en aquel asunto con Von Fritsch. Ya debías imaginar cómo acabaría. Seguro que sí. Cualquiera idiota habría imaginado cómo acabaría. Himmler en persona había dado órdenes de tenderle una trampa a aquel puto general. Fuiste un verdadero idiota al aceptar el caso.

—Lo acepté porque el capitán Von Frisch fue mi comandante en la Gran Guerra. Y porque lo adoraba.

—A eso me refiero. Fuiste un idiota. Los principios son para quienes pueden permitírselos, no para gente como tú o como yo. Tuviste suerte de salir de aquel caso con las uñas intactas.

—Es posible. Pero aun así, no pienso ayudarlos.

—Claro que vas a ayudarnos —repuso—. Y voy a decirte por qué, estúpido.

Cogió un dossier de la mesa y me lo acercó: una delgada carpeta azul en cuya cubierta estaba el sello oficial del Hospital de Santa Isabel de la Ziegelstrasse y el nombre de Irmela Louise Schaper. No me hizo falta abrirlo. Ya sabía lo que contenía.

—Una de las ventajas de ser gobernador de Prusia Oriental es que nadie puede ocultarte ningún secreto. No, ni siquiera el menor detalle. Y desde luego no este detalle. En Königsberg, los médicos ya no se atreven a apelar al

código de confidencialidad del paciente. Y menos aún cuando la Gestapo les indica lo contrario. Pues bien, tu novia va a tener un hijo. Enhorabuena. Supongo que eres el padre. Aunque a algunas chicas de la Marina les gusta navegar con una buena tripulación a bordo, tú ya me entiendes. Y me pregunto qué pensará tu pobre mujer en Berlín cuando se entere.

—Eres un bastardo —murmuré.

—Yo no, pero el bebé lo es, sí, casi con toda seguridad. Sea como sea, el tiempo lo dirá. Y eso que, para ser sinceros, andamos escasos de tiempo...

Abrí la boca para replicar.

—No, haz el favor de no hablar, escucha por una vez, Gunther, porque esto ya no gira solo en torno a ti, ¿verdad que no? Ya no. A decir verdad, solo te necesito por si tu novia tiene demasiados principios para no entender lo que le conviene. Y lo que le conviene a su bebé, claro. No olvidemos el brillo de tus ojos, esa vida en potencia.

Sacó un papel tirando a gris del bolsillo de los pantalones y me lo enseñó. El papel llevaba el encabezamiento de «Documento de Embarque para el MS Wilhelm Gustloff». El nombre de Irmela iba impreso en la parte inferior del pase.

—Gracias a la generosidad y la comprensión del gobernador, todas las mujeres del servicio auxiliar femenino de la Marina van a recibir uno de estos. Es un pase especial, impreso en la propia imprenta del Wilhelm Gustloff. En ese barco tienen de todo: una piscina, cine, tres restaurantes y, lo que es más importante, la auténtica perspectiva de volver a ver Alemania. En este preciso momento, están comunicando a esas auxiliares que son las afortunadas, que van a ser evacuadas de Königsberg hoy mismo. Ya estarán lanzando suspiros de alivio. Por lo menos las guapas. Yo diría que muchas ya habrán empezado a prepararse para abandonar la ciudad, porque el embarque comienza el 25 de enero, que es mañana. Digo todas las mujeres, pero, como

puedes ver, este pase en concreto aún tiene que firmarlo el gobernador. O yo. Y hasta que no esté firmado, no tiene validez.

»En cuanto esté firmado, tanto la señorita Schaper como su hijo, todavía no nacido, claro, podrán subir a bordo del barco. Pero no hasta entonces. Ya ves adónde quiero llegar con todo esto, Gunther. O bien accede a enviar la comunicación sin codificar, que yo le facilitaré, claro está, y a hacerlo por un canal abierto, o será la única mujer del servicio auxiliar de la Marina que quede en la ciudad cuando lleguen los rusos. En ese caso, no creo que ni ella ni el bebé tengan muchas posibilidades. Seguro que no hace falta que te explique precisamente a ti lo que les están haciendo los rusos a nuestras mujeres. Fuiste tú quien redactó el informe sobre Nemmersdorf, ¿no? ¿A cuántas mujeres violaron? Por lo visto, el soldado ruso considera la violación de la mujer alemana un deber patriótico. Me refiero a que follan como si usaran la bayoneta. Me pregunto a cuántos Ivanos aguantaría antes de perder a la criatura.

—Lo expones maravillosamente, Hennig. Tan maravillosamente que me pregunto por qué no pruebo a ver cuántos dientes tuyos consigo dejar pegados a mis nudillos.

—Más te vale que ni lo intentes, Gunther. Eso lo echaría todo a perder. Para ti. Para tu chica. Y para su pequeño jinete invisible.

Me mordí el labio, lo que de momento era mejor que morder a un oficial superior. No sabía con seguridad qué decía la legislación militar al respecto, aunque cabía suponer que no lo premiaría con un pasaje de regreso a casa en el MS Wilhelm Gustloff.

—Y tú, ¿dónde estarás cuando zarpe el barco?

—Ah, yo estaré a bordo también. Alguien tiene que supervisar el traslado de la Cámara de Ámbar de vuelta a Alemania. Seguro que estarás de acuerdo en que es más seguro que dejar que vaya sola.

—Me impresionas. ¿Cómo lo has conseguido?

—Digamos que, cuando el *Gauleiter* estaba en Ucrania, donde también era gobernador, claro, se las arregló para llevarse como por arte de magia el contenido de cuatro museos enteros. Y eso que yo sepa. Yo diría que, a estas alturas, posee una colección de arte que no tiene nada que envidiar a la de Hermann Göring.

—Y amenazaste con contárselo a Hitler o Himmler, ¿no es así?

—Habría sido mi deber de oficial alemán.

—¿Y Koch? ¿Qué hará él?

—Se quedará al pie del cañón en Königsberg. Valientemente. Como cabría esperar de un hombre así. Y lo hará hasta el último instante, momento en que me parece que ha hecho planes para facilitar su huida a una casa en la costa, donde lo espera un rompehielos que lo llevará hasta Flensburg. Pero no tienes por qué preocuparte por la seguridad del gobernador. Lo único que tienes que hacer ahora es ir a ver a esa oficial de comunicaciones tan mona, enseñarle este documento de embarque y convencerla de lo que más le conviene. Ni siquiera tendrá que estar sometida a la mirada de sus colegas mientras lleva a cabo esta tarea tan importante para el gobernador. En estos precisos instantes, probablemente es la última que queda allí, de modo que no podría ser más sencillo.

—Supongamos que se niega.

—Bueno, más vale que te asegures de que no lo haga, ¿no crees? No si quieres ser papá dentro de ocho meses. En cuanto haya comprobado que envía la comunicación, porque sí, Gunther, voy a acompañarte, solo para asegurarme, firmaré el pase y podrás llevarla tú mismo a Gotenhafen, donde os despediréis románticamente. Me temo que para ti no hay pase, amigo mío. Lo siento. No, a menos que formes parte de la división de entrenamiento de submarinos; a esos muchachos los necesitamos como tripulación para nuestros submarinos. O a menos que estés gravemente herido... Aunque supongo que eso podríamos apañarlo sin problemas. Sea como sea, no te

queda otra alternativa. Por lo general, en el caso de un canalla como tú, Gunther, me limitaría a ordenar a esos dos gorilas del pasillo que te llevaran fuera y te volasen la tapa de los sesos. Pero contigo las cosas son distintas, a mi modo de ver. Probablemente agradecerías un tiro en la nuca, aunque lo único que conseguirás si no acatas las órdenes del gobernador será dar con tus huesos en el campo de concentración de Palmnicken, donde entre tus deberes estará el de ayudar a las SS a desembarazarse de tres mil trabajadoras judías. Lo que, como imagino, sería para ti un destino peor que la muerte. Eso te lo garantizo. Así pues, como sin duda puedes ver, en realidad no tienes elección. —Paseó la mirada por el despacho como si esperase que el plumón y las sillas fueran a corroborarlo—. Mira, lo que te pido que hagas no es tan difícil. Cualquiera diría que se trata de algo complicado de veras. Lo único que quiero es proteger la vida de todo el pasaje de ese barco.

—Incluida la tuya.

—Naturalmente, incluida la mía. Dentro de unos meses, cuando haya terminado la guerra y estés muerto o en un campo de trabajo soviético, e Irmela y yo estemos a salvo en Alemania, te preguntarán por qué no cooperaste antes. Si lo hubieras hecho podríamos haberte conseguido un pase de regreso a casa a ti también. Me hubiera venido de perlas un buen poli que me ayudara a proteger todo ese ámbar de valor incalculable. Así pues, ¿cuento con tu cooperación o no?

Mientras decía todo aquello, y a pesar de sus sonrisas blancas, su risa zalamera y su absoluta confianza en que yo haría con mansedumbre exactamente lo que me ordenase, tuve la certeza de que algún día, en un inimaginable mundo futuro del que sabía que quizá yo no llegara a formar parte, lo vería de nuevo y le pagaría con la misma moneda todo lo que había hecho. Por un momento, la amenaza de una imprecisa venganza futura empezó a tomar forma en mi boca, e incluso tomé aliento para pronunciar esas fútiles palabras. Pero me di cuenta de que no podía permitírmelo, de

modo que guardé silencio y hasta creo que debí de asentir con gesto mudo y endeble. Las cosas que es capaz de hacer uno por una mujer.

Hennig se abrochó la guerrera y luego cogió el abrigo y la gorra.

—¿Vamos?

RIVIERA FRANCESA, 1956

El haz de luz roja del faro recorrió la Villa Mauresque como si rastreara el cielo azul nocturno en busca de un bombardero enemigo que derribar, pero solo nos halló a Somerset Maugham y a mí sentados codo con codo, al lado de la piscina casi totalmente mansa, y nos alertó a ambos de la posibilidad de que uno de nosotros podía aún infligir un daño desconocido al otro. Maugham permanecía muy quieto, y cada vez que la luz roja surcaba sus rasgos cubiertos de arrugas, tiñéndolos de color sangre, me recordaba a una suerte de vampiro. Yo había guardado silencio, y el anciano inglés era lo suficientemente sensible como para darse cuenta de que rememorar aquellos días era demasiado doloroso para mí, más de lo que yo mismo podría haber imaginado. Habían transcurrido más de diez años, después de todo, pero ni siquiera había llegado a la parte más interesante.

—Hacía tiempo que no hablaba de esto —le dije—. Y si a eso vamos, me parece que no había hablado nunca de ello. A decir verdad, no es el típico recuerdo que uno cuenta mientras se toma una cerveza y se come una salchicha.

—Lo siento —murmuró.

Repiqueteé con las uñas contra el gong del cóctel. Resonó igual que mi corazón. O eso quise creer. ¿Cómo si no iba a terminar la historia? Tragué saliva con dificultad y seguí adelante.

—Königsberg se rindió a los rusos el 9 de abril de 1945, después de lo cual

yo y noventa mil soldados alemanes nos vimos obligados a emprender una marcha hacia el cautiverio. Yo fui uno de los afortunados. Alguien me ayudó a escapar, en 1947, pero la mayoría de mis compañeros murieron. Creo que el general Lasch fue repatriado hace solo unos nueve meses. Mientras tanto, la ciudad recibió el nuevo nombre de Kaliningrado en julio de 1946, en honor a algún bolchevique asesino, y toda su población alemana fue eliminada. Muchos de los que tuvieron la mala fortuna de no haber podido huir de la ciudad se vieron obligados a internarse en los bosques, donde murieron de hambre o de frío. Hoy los únicos alemanes que quedan son probablemente las estatuas de Immanuel Kant y Schiller.

—Pero ¿qué fue de Irmela? ¿Qué ocurrió a su llegada a Alemania? La historia no puede terminar así. Seguro que no ha acabado.

—Si lo que quiere es un final feliz, es mejor darla por terminada.

—No me gustan los finales felices. Me gusta que un final sea ambiguo porque la vida es así. Pero espere un momento. ¿Qué tiene de final feliz que lo enviaran a un campo de trabajo soviético? Eso no tiene sentido.

—Sigo aquí, ¿no? Es lo más feliz que hay en esta historia, me temo.

Maugham asintió.

—Los comienzos son mucho más divertidos, es verdad. A veces creo que a los novelistas no se les debería permitir escribir sus propios finales. Porque es ahí donde la ficción se separa de la realidad. En la vida real, nunca nos damos cuenta de cuando algo ha terminado de verdad, por lo que cerrar un libro en uno o dos capítulos es casi imposible.

Asentí y encendí un cigarrillo. Había fumado mucho y tenía la garganta seca, demasiado seca para seguir hablando, pero era consciente de que Maugham no iba a dejarme parar ahí. Me serví otro gimlet de la jarra y me lo tomé de un solo trago. Con fines medicinales, naturalmente.

—Aun así —dijo—, ambos sabemos que su relato tiene otro final del que aún no me ha puesto al corriente. Después de tantos años, tiene que haberlo.

Asentí de nuevo.

—Sí, lo hay.

—Creo que más vale que me lo cuente, ¿no le parece?

Tomé aliento y me zambullí en el relato.

—Como quiera, señor Maugham. Después de que Hennig y yo nos reuniéramos con Irmela y la convenciéramos de que enviara la comunicación sin codificar, lo que fue más difícil de lo que jamás hubiera imaginado, me prestó un coche y la llevé de Königsberg a Gotenhafen, a una distancia de unos doscientos kilómetros, por una carretera llena de civiles que intentaban escapar del Ejército Rojo. Algunos optaban incluso por atajar a través del mar helado, a menudo con resultados desastrosos. Entretanto, hacía cada vez peor tiempo, con fuertes vientos, nieve y temperaturas bajo cero. Las condiciones en la carretera eran tan malas que estuvimos a punto de no llegar al barco antes de que zarpara, de modo que no tuvimos mucho tiempo para despedirnos como era debido. Ojalá le hubiera podido decir algo más. Uno siempre se queda con esa sensación. Supongo que, teniendo en cuenta la rapidez con la que nos emparejamos, es igual de lógico que nos desemparejáramos con tanta celeridad. Todo lo que hacíamos en aquel entonces lo hacíamos deprisa, como una ocurrencia en el último momento. Me besó apresuradamente y luego enfiló la pasarela del Wilhelm Gustloff, mientras yo me quedaba allí como un cabrestante inútil, con una horrible mezcla de alivio por que se encontrase a bordo y auténtico miedo de no volver a verla de nuevo.

»No es que me pareciera que aquel barco no reuniese condiciones para navegar, nada de eso, aunque no soy marinero precisamente. Mucho después, averigüé que, durante casi cinco años, el Gustloff había estado anclado en el muelle de Gotenhafen, donde se había utilizado primero como barco hospital para los soldados alemanes heridos en Noruega, y luego como cuartel flotante para los reclutas en periodo de aprendizaje de la división de submarinos de la

Marina alemana. De modo que los motores del barco habían estado en funcionamiento todo ese tiempo, aunque la mayor parte de la tripulación ni siquiera era alemana, pero en teoría iba a ser solo una travesía de tres días, lo que no parecía suponer un problema para un barco botado en 1937. Y menos aún un problema tan grave como para no intentar salvar a las muchas personas que habían subido a bordo. Era difícil saber cuántos se habían amontonado en el barco para huir de los rusos, pero hay cálculos que hablan de hasta doce mil personas, incluida una tripulación de ciento setenta y tres hombres. En su momento, aquel barco se había diseñado para albergar a mil cuatrocientos pasajeros y cuatrocientos miembros de la tripulación. Así pues, ya puede imaginar cómo fue la escena en Gotenhafen. Una visión del infierno, quizá. Un grabado en madera del *Inferno* de Doré. Huelga decir que no había ni botes ni chalecos salvavidas suficientes, de modo que el barco no estaba en condiciones de enfrentarse a ningún tipo de emergencia. No con tanta gente a bordo. Con tantas personas en la cubierta, prácticamente todas las salidas y pasarelas estaban bloqueadas, y en caso de ser necesario no habría tiempo de intentar ninguna maniobra de evacuación. Por otro lado, solo contaba con dos buques de escolta que le ofrecieran algún tipo de protección contra los submarinos rusos. Además, poco después de zarpar, y debido al frío extremo, a uno de los dos buques escolta, un torpedero, se le agrietó el casco y se vio obligado a regresar a Gotenhafen, lo que dejó al barco con un solo buque que lo protegiera. El Löwe. A eso se le sumó el hecho de que un grupo de dragaminas alemanes que operaban en el área de la Bahía de Danzig corría peligro de colisionar con el Gustloff, así que se adoptó la decisión de encender las luces de navegación del barco, lo que contravenía las prácticas navales en tiempos de guerra.

»Naturalmente, todo eso era ya bastante grave, pero después del mensaje sin codificar que Hennig había obligado a enviar a Irmela por una frecuencia de radio abierta, ya había tres submarinos rusos rumbo al área cuando el

Gustloff soltó amarras. En la base de submarinos del puerto finlandés de Turku, habían oído el mismo mensaje a micrófono abierto sobre el Gustloff y la Cámara de Ámbar que en la base naval rusa del Báltico en Kronstadt, y ahora reinaba la confusión con respecto a cómo proceder. Al final, el capitán de un submarino ruso, el S-13, avistó al Gustloff iluminado como un árbol de Navidad, se puso en contacto por radio con la base naval para que le dieran instrucciones, y recibió la orden de seguir al barco pero no abrir fuego. Puesto que era de noche, el capitán del S-13 se sintió lo bastante seguro como para subir a la superficie, y luego esperó órdenes más precisas de la base naval de Kronstadt, donde estaban desesperados por que el Kremlin les transmitiera una decisión final con respecto al barco enemigo y su inestimable cargamento. Al cabo, el Kremlin respondió que, «costara lo que costase, el Gustloff no debía ser hundido».

»Por desgracia, el capitán del S-13 era un borracho llamado Alexander Marinesko, que ya tenía pendiente un consejo de guerra por una cogerza anterior. Probablemente estaba borracho cuando descodificó el mensaje de Kronstadt, y al descifrar sus órdenes parece ser que cometió un error fatal, omitiendo la palabra «no» del mensaje escrito. Unos minutos después, a las ocho cuarenta y cinco de la noche del 13 de enero de 1945, ordenó que cargaran cuatro torpedos en los tubos de lanzamiento anteriores del S-13. A las nueve y cuarto dio orden de abrir fuego y tres torpedos alcanzaron su objetivo.

»Me cuesta imaginar cómo debió de ser aquello. La nieve, el frío, el agua helada, el mar agitado, la oscuridad... Todas las mujeres del servicio auxiliar de la Marina, incluida Irmela Schaper, estaban alojadas en la piscina vacía de la cubierta inferior del barco, y probablemente murieron al instante cuando estalló el segundo torpedo. Otros no tuvieron tanta suerte. Miles de pasajeros se ahogaron dentro del barco a medida que entraba el agua por el casco dañado. Y otros tantos saltaron al agua y se ahogaron o sucumbieron

rápidamente a la hipotermia y fallecieron. El barco se hundió en el fondo del mar Báltico menos de una hora después de ser alcanzado por los torpedos, con la pérdida de más de nueve mil vidas, lo que convierte al Gustloff en protagonista del desastre naval que más vidas se ha cobrado en la historia marítima. Más de ocho mil de los pasajeros desaparecidos eran mujeres y niños. En el Titanic, en cambio, solo murieron mil quinientas personas.

—¡Dios bendito! —exclamó Maugham—. No tenía la menor idea. No había oído hablar nunca del Wilhelm Gustloff.

—Sobrevivieron dos mil personas, entre ellos el capitán Harold Hennig, evidentemente, y muchos de los despreciables miembros de la tripulación del Gustloff, incluido el capitán del barco, Friedrich Petersen. Hennig fue uno de los casi quinientos hombres que se las arreglaron para subir a los botes salvavidas, y fueron rescatados por el buque escolta del Gustloff, el Löwe. En menos de cuarenta y ocho horas, todas esas personas llegaron sanas y salvas al puerto de Kolberg, a unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste de Danzig. En cuanto a la Cámara de Ámbar, no está en absoluto demostrado que estuviera a bordo del barco. Más adelante corrieron rumores de que no era más que un embuste, desinformación para evitar que los rusos hundieran el barco. También se dice que la Cámara de Ámbar fue en realidad trasladada en tren a Alemania. Sea como sea, si estaba en el barco fue a parar al fondo del mar Báltico con todas aquellas personas, incluida Irmela y su hijo aún por nacer.

»Como es natural, si ella no hubiera estado en el barco podría haber muerto igualmente en algún otro de los buques que transportaban a refugiados alemanes y que fueron hundidos en el invierno de 1945. El Goya, en el que perdieron la vida siete mil personas. El Cap Arcona, en el que fallecieron otras siete mil. Y el Steuben, en el que murieron tres mil quinientos alemanes. Seis meses después, el capitán del S-13, Marinesko, fue dado de baja de la Marina rusa. Y hasta ahí llega lo que sé, prácticamente

todo gracias a un libro sobre el Gustloff que se publicó hace unos cuatro años, que recoge el relato basado en datos objetivos de un superviviente. Hasta que volví a ver a Harold Heinz Hennig registrarse en el Grand Hôtel de Cap Ferrat con el nombre de Harold Hebel, aquella fue la última vez que lo había visto o había sabido de él en más de diez años. Ahora ya sabe por qué lo detesto tanto. Y la clase de hombre que es en realidad.

—¿Y después de la guerra? ¿Qué fue de él? ¿Por qué nunca fue llevado ante la justicia?

—Era un pez demasiado pequeño como para que alguien se tomara la molestia de hacerlo. Los aliados iban detrás de nazis más importantes. A nadie le importaba un carajo Harold Hennig, se lo aseguro. Y eso es especialmente cierto ahora que la República Federal de Alemania intenta seguir adelante y convertirse en un buen compañero de Norteamérica y Gran Bretaña en la lucha contra el comunismo mundial. Hoy en día, la justicia ha quedado relegada a un segundo puesto por el pragmatismo. Erich Koch, sin embargo, fue detenido en 1949, y ahora espera en una cárcel polaca a ser juzgado por crímenes de guerra. Los polacos tienen una actitud distinta a la de la República de Bonn acerca de la muerte de medio millón de polacos. A decir verdad, no apostararía por que salga bien librado. A mi juicio, lo colgarán y al cuerno con él. Si alguien ha merecido alguna vez ir a parar al cadalso, ese es Erich Koch. Aunque Hennig también se merece ser ejecutado un centenar de veces por lo que hizo.

—Y sin embargo, a pesar de lo que hizo, usted no aceptó mi sugerencia de matarlo. Creo que, en estas circunstancias, si hubiera perdido lo que usted perdió, yo lo habría matado.

—No dije que no quisiera matarlo. Dije que no iba a hacerlo. Hay una gran diferencia. He terminado con eso. Ahora pienso en mí, no en él. Mi paz de espíritu frente a mi sórdida venganza. Tengo que vivir conmigo mismo. Incluso en los mejores momentos, puedo ser una mala compañía.

—Pero si Hebel es Harold Hennig y fue nazi, ¿cómo es posible que ahora trabaje para los comunistas o para la inteligencia soviética? Tienen que estar al corriente de su pasado nazi, ¿no?

—Al KGB o la HVA les importa tan poco quién fuiste y lo que hiciste como a la CIA estadounidense. Lo que les importa ahora es que puedan utilizarte en beneficio propio. Después de la guerra, la HVA de Alemania Oriental, o lo que es lo mismo, el servicio secreto de inteligencia de la República Democrática Alemana, reclutó a muchos nazis a instancias de los rusos. Y consiguieron perfeccionar muchas de las técnicas de la Gestapo. No cambió prácticamente nada, salvo la ideología. El caso es que siguen siendo la Gestapo en todo salvo el nombre. Y si uno es un enemigo del Estado que se enfrenta a la guillotina o a diez años en un campo de trabajo, no hay ninguna diferencia entre una tiranía comunista alemana y una tiranía nazi. Es el mismo fascismo, solo que con bandera diferente. Si la mierda tiene el mismo aspecto y huele igual que antes, sigue siendo mierda.

—Supongo que sí.

—Fíese de mí. Conozco a esa gente. —Sonreí—. Es lógico, teniendo en cuenta que son los míos.

—Me da usted miedo, Walter. Ya sé que no es su nombre auténtico, pero no creo que se sintiera cómodo si utilizase el de verdad, de modo que seguiré llamándole Walter, o señor Wolf. Pero le aseguro que ya no estoy familiarizado con ese mundo que describe. Ya no. En 1917, lo de espiar a los rusos fue una especie de trastada. Lo que quiero decir es que agradezco su ayuda en todo esto. Soy un anciano. Y me da la impresión de que esos se traen entre manos un juego que ya no estoy capacitado para jugar. Mi oferta para que sea mi guardaespaldas sigue en pie.

Yo no quería saber nada de eso, claro. Lo que me importaba era lo que había dicho Burgess sobre el Servicio de Inteligencia Británico en la grabación. Nunca había tenido demasiado aprecio a los ingleses. En las dos

guerras contra Alemania había visto cómo eran capaces de luchar hasta el último hombre norteamericano. Y, sin embargo, a pesar de mi loable actitud moral respecto a Harold Hennig, una parte de mí quería ver a esa sabandija derrotada, y de una vez por todas. Me caía bien el anciano, y creo que yo le caía bien a él. Si podía ayudarlo a desbancar a un chantajista como Hennig, sería una especie de compensación por lo que le había hecho a Irmela y, en menor medida, a mí.

—Me parece que no puedo aceptar su oferta, señor Maugham. Aunque estaré encantado de ser su pareja en esta partida. Es lo menos que puedo hacer. Pero a cambio puede hacerme usted un favor y saludar a una amiga mía que tiene mucho interés en conocerlo. También es escritora.

—De acuerdo. Encantado. Si es amiga suya.

—Entonces mañana, cuando Hebel me dé la grabación, se la traeré directamente aquí a la villa y usted podrá escucharla y decidir qué hacer. Y si creo que aún puedo serle de utilidad... Bueno, es mejor que esperemos a mañana, ¿no cree?

Después de contarle mi historia, volví al coche y me fui con un agujero en mi interior donde antes coexistían el corazón y el estómago. Es lo que tiene el pasado; nunca pertenece tanto al pasado como uno cree. Hacía mucho tiempo que no pensaba en Irmela y en su hijo aún por nacer, y sin embargo seguía lamentando amargamente su muerte. La mera idea de que pudiera haber hablado de ellos sin que ello hiciera mella en mí me parecía ahora ridícula. El tiempo no había curado nada, y creo que la gente que dice que el tiempo lo mejora todo en realidad no sabe de qué coño habla. Para mí, era un tumor inoperable que había conseguido ignorar en parte durante más de una década, pero el tumor seguía ahí. Y probablemente me acompañaría hasta el día de mi muerte.

Podría decirse que me estaba compadeciendo un poco de mí mismo y quizá también que andaba un poco borracho, porque en vez de ir directo a casa de algún modo me vi dejando atrás la langostera donde vivía para dirigirme hacia las fueras colina arriba, hacia la villa de Anne French. Me dije que, si uno pasa suficiente tiempo entre homosexuales, empieza a sentir la necesidad de equilibrar la balanza con la compañía de una mujer agradable. No era una excusa muy buena para lo que estaba haciendo, pero no se me ocurría ninguna mejor.

Me detuve delante de los pilares de la verja, encendí un cigarrillo y, siguiendo el sendero de acceso, miré hacia la casa. La luz de su dormitorio estaba encendida, y por un momento me quedé allí, imaginando a Anne en la cama y preguntándome si estaba a punto de cometer un estúpido error y echar por tierra todo lo que había entre nosotros. ¿Qué podía querer una mujer como ella con un hombre tan lastimosamente pequeño como yo? Aparte de clases de bridge, claro.

Estuve a punto de dar media vuelta e irme, pero lo que hice fue recorrer lentamente el sendero de acceso hasta su puerta y apagar el motor. Es posible que la discreción sea uno de los factores esenciales del valor, pero en una cálida noche de verano en la Riviera francesa la discreción no pinta nada entre un hombre y una mujer. Esperaba no ofenderla, aunque, borracho como iba, estaba dispuesto a correr el riesgo. Así pues, abrí la portezuela del coche, bajé y agucé el oído. De la casa de invitados llegaba el sonido de una radio grande y de alguien que intentaba sin suerte sintonizar una frecuencia más fiable. Unos momentos después, la radio se apagó, se abrió la puerta y Anne salió cubierta solo por un camisón de algodón corto y casi transparente. Era una noche muy cálida. Las cigarras demostraron la admiración que les merecía su escote y sus largas y torneadas piernas con un chasquido especialmente estrepitoso del abdomen. Yo, desde luego, también sentí deseos de darle a mi abdomen un poco de acción.

—Ay, por suerte eres tú —dijo—. Pensaba que podía ser el jardinero.

—¿A estas horas de la noche?

—De un tiempo a esta parte, me mira de una manera rara.

—Igual deberías dejarle regar las flores.

—No creo que sea eso lo que tiene en la cabeza.

—¿Con el calor que está haciendo? Ese se ha equivocado de trabajo.

—¿Has venido a segarme el césped o solo a charlar?

—A charlar, supongo.

—Bueno, ¿y qué te cuentas?

—Hoy se me han agotado las historias. De hecho, Anne, estoy un poco triste.

—Y has pensado que yo podría animarte, ¿no?

—Algo por el estilo. Ya sé que es un poco tarde.

—Muy tarde para el bridge, diría yo.

—Lo siento, pero tenía ganas de verte.

—No te disculpes. De hecho, me alegra que hayas venido. Yo también me sentía un poco triste... —Se interrumpió—. Estaba escuchando el Servicio Internacional de la BBC en onda corta. Y ojalá no lo hubiera hecho. Por lo visto, los egipcios han nacionalizado el Canal de Suez y lo han cerrado al transporte marítimo israelí.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, para empezar significa que el precio del petróleo se va a disparar. Pero creo que también significa que habrá guerra.

—¿Cuando ni siquiera hemos acabado de pagar por la anterior? Lo dudo.

Se encogió de hombros.

—¿Una última tirada de dados por parte de Gran Bretaña y Francia para demostrar que esas antiguas potencias coloniales todavía tienen importancia? Después de todo, son ellos los que administran el Canal. Claro. ¿Por qué no?
—Sonrió—. Pero no has venido a hablar de política internacional, ¿verdad?

—Podemos, si te apetece. Siempre y cuando no tenga que votar por ningún partido. Eso nunca cambió nada. Ni siquiera en los viejos tiempos.

—¿Cómo de viejos?

—Muy viejos. Lo bastante viejos para ser buenos. Antes de los nazis, en cualquier caso. Hablando de muy viejos, he pasado la velada con Somerset Maugham. En la Villa Mauresque.

—¿Cómo está?

—Por curioso que parezca, más viejo a cada minuto que pasa, si algo así es humanamente posible.

—Ya somos dos.

—Pues no me había fijado.

—Te sorprendería. Cuanto más tiempo paso alejada de mi anticipo editorial de cincuenta mil dólares, más vieja me siento.

En el trayecto en coche, había decidido contárselo todo; si iba a arriesgar el cuello por el inglés, tenía que salir ganando algo, y ese algo había empezado a adoptar la forma de Anne French.

—Entonces es una suerte que haya venido. Tengo una noticia que debería alegraros tanto a ti como a tu editor. He convencido a Somerset Maugham de que te reciba.

Estaba intercediendo por ella en mayor medida de lo que estaba justificado, claro, pero parecía la clase de noticia que probablemente deseaba escuchar, lo que, por razones evidentes, era la clase de noticia que deseaba darle.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿En serio? Eso es fantástico.

—Yo no estaría tan seguro. A decir verdad, creo que es una especie de vampiro.

—Todos los autores son un poco así.

—Qué sé yo. Pero tengo la sensación de haber perdido mucha sangre esta

noche. Estoy consumido.

—Entonces, más vale que entres en casa y me dejes que te prepare una transfusión.

—Creo que ya he bebido suficiente.

—Otra cosa, entonces. Café, tal vez.

—¿Seguro? Es tarde. Quizá debería irme.

—Mira, Walter, nunca se me ha dado bien saber qué debo o no debo hacer. Siempre he querido ser buena, pero ahora me doy cuenta de que debería haber sido un poco menos específica. Sobre todo ahora que estás aquí. En este momento creo que solo quiero ser deseada. —Se desprendió del camisón como si fuera una delgada lámina de piel sobrante, y se quedó ahí desnuda a la luz de la luna—. Me deseas, ¿verdad, Walter?

—Sí.

—Entonces, vamos adentro antes de que cambie de parecer o me muerda algo mientras estoy aquí desnuda. Algún bicho, quizá.

—No si llego yo antes.

El asunto de la grabación estaba escrito en la caja, que ahora se hallaba en la mesa de comedor al lado del magnetófono. «Entrevista con Guy Burgess, 28 de mayo, 1951, SS Pamyati Kirova». Encajé con cuidado la guía en el Grundig, encendí el quinto cigarrillo de la jornada, me serví café de una cafetera de plata bruñida que me había traído Ernest el mayordomo y, bajo la mirada de un desnudo de Renoir de color tomate, me senté a esperar que entrara en el elegante salón Somerset Maugham, que llegaba tarde. En los céspedes del jardín los aspersores ya estaban girando cual derviches arrebatados, y el chófer estaba lavando de nuevo el coche. El desnudo era un poco demasiado rosado y rechoncho para mi gusto; solo le faltaba una piruleta y un osito de peluche para resultar totalmente inadecuado. Estaba cansado de una manera casi agradable, aquejado del equivalente a una resaca debida al exceso de sexo, si tal cosa puede ocurrirle a un hombre que vive solo. Notaba las pelotas como si hubieran pasado toda la noche sobre el tapete de la mesa de billar de una cervecería. Cerré los ojos un momento, y los abrí de nuevo cuando Robin Maugham entró en el salón y se derrumbó en uno de los sillones, más como una vieja ama de casa después de pasar el día de compras que como un hombre vestido con un blazer cruzado que acababa de desayunar. Despedía un intenso olor a colonia empalagosa y cierto aire de falsa cortesía. Percibí que yo había empezado a desagradarle tanto como me desagradaba a mí su colonia.

—Mi tío tardará cinco o diez minutos más. Ha pasado mala noche. El calor, ya sabe.

—Yo también he tenido una noche movidita.

—Bueno, yo siempre digo que no hay nada como un poco de meneo. — Robin sonrió ante su propia ocurrencia—. Sea como sea, se está vistiendo.

Asentí.

—Muy bien.

—El caso es que tengo la impresión de que, últimamente, cada vez que abro una puerta en esta casa ahí está usted, Walter. ¿A qué se debe?

—¿Le pone nervioso?

—No. Me intriga, eso es todo. Me refiero a qué sale ganando usted y esas cosas. ¿Qué quiere de esta casa, Walter?

—Fue usted quien me pidió que viniera. A jugar al bridge, ¿recuerda?

—No, me refiero a por qué está ayudando a mi tío ahora.

—Porque me lo pidió.

—Venga ya, Walter. No soy un puto idiota. Todo el mundo quiere sacarle algo al vejete. ¿Qué buscas?

—¿Te sentirías más cómodo si creyeras que hay dinero de por medio?

—Sí, supongo que sí. Bueno, es como dice el doctor Johnson sobre los escritores: «Nadie excepto algún zoquete escribiría nunca por algo que no fuera dinero». Bueno, seguro que eso mismo es doblemente cierto en el caso de un antiguo detective privado como tú.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Qué?

—Que fui detective privado.

—Supongo que debió de mencionarlo mi tío...

—No lo creo. Le pedí que lo mantuviera en secreto. Y me dio su palabra de que no se lo mencionaría a nadie.

—Él y yo no tenemos secretos. Eso ya deberías saberlo a estas alturas.

—Eso tampoco es verdad. No estoy seguro de que tu tío Willie confíe

tanto en ti como crees, Robin. Además, tu tío es un hombre de palabra, lo que significa que te lo mencionó otra persona.

—¿Como quién?

—¿Por qué no me lo dices tú? ¿Quién sabe? Igual te mostraste agradecido por una pequeña confesión, ¿no? —Sonreí pacientemente—. Además, me están pagando. Eso es lo que saco de todo esto, ya que lo preguntas. Tu tío me prometió cinco mil dólares. Aunque quizá eso tampoco te lo dijo.

—Eso fue por ocuparte de la transacción del dinero en el hotel. Pero ese trabajo ya está hecho. Me da la impresión de que todo este asunto de la cinta es mucho más complicado.

—Todo forma parte del mismo trabajo de conserje del Gran Hôtel.

—Sí, supongo que podría verse así.

—Yo lo veo así.

—Me alegro. Gracias.

—¿Escucharás la grabación con nosotros? —pregunté.

—Sí. Claro. No me lo perdería por nada del mundo. ¿La has escuchado ya?

—Todavía no. En realidad, no es asunto que me concierna. Y me parecía más educado esperar a que esté presente tu tío. Es a él a quien le han pedido que pague doscientos mil dólares por la grabación, a fin de cuentas. Además, no estoy seguro de que el contenido vaya a tener mucho sentido para mí. Mi inglés es bueno, pero no perfecto. Aún tengo problemas para deducir qué queréis decir en realidad. El inglés es muy distinto del alemán en ese sentido. Los alemanes dicen exactamente lo que piensan. Incluso cuando preferirían decir otra cosa.

—Ah, sí. Claro.

Había llegado el momento de poner a prueba la corazonada que había tenido.

—Quizá es una buena oportunidad para que hablemos nosotros dos, Robin.

—¿De qué?

—Esperaba que me contases algo acerca de todo este sucio embrollo.

—No entiendo.

—Claro que sí.

Robin sonrió, e hizo alarde de cierta dosis de paciencia mientras jugueteaba con los gemelos de oro nerviosamente.

—Pues la verdad es que no, amigo mío. No sé a qué te refieres.

—Según ser rumorea, el antiguo amigo y compañero de tu tío, Gerald Haxton, tenía deudas de juego considerables. En el casino de Niza, por lo que dicen. Lo comprobé por medio de un amigo mío que trabajó allí de gerente un tiempo. Gerald estaba hasta el cuello de deudas.

—Eso no me sorprende. Lo de Gerald, quiero decir.

—En una ocasión anterior, fue Gerald quien convenció a Louis de que chantajeara a tu tío. Para salir ganando un buen dinero los dos.

—Sí, es posible. Louis no era amigo mío, exactamente. Era amigo de Gerald.

—Aun así, tú también te acostaste con Louis. Por lo menos según tu tío. Gerald también, probablemente.

—¿Y qué?

—Solo esto: creo que Gerald te dio o quizá te vendió unas cartas y fotografías antes de morir. Como una suerte de legado o póliza de seguro, no lo sé. Y tú decidiste seguir su ejemplo y utilizarlas para sacar un dinerillo extra de vez en cuando. Cuando necesitabas reunir un poco de efectivo para un juguete nuevo, como ese Alfa Romeo que conduces.

—¿Estás sugiriendo lo que creo?

—¿No te ha quedado claro? Tú también eres un chantajista, Robin.

—Tonterías. Soy escritor. Y me gano bien la vida. Hace unos años, escribí una novela titulada *El sirviente* que ha funcionado muy bien... Mira, no tengo por qué quedarme aquí y permitir que me insultes.

—Sí tienes que hacerlo, a menos que quieras que le cuente a tu tío

exactamente de qué discutíais tú y Harold Hebel la primera vez que os vi juntos en La Voile d'Or.

Robin Maugham se interrumpió, sonrojándose hasta el borde del cuello hecho a mano de su impoluta camisa, y encendió un pitillo mientras afectaba una despreocupación que a todas luces no sentía.

—No es ningún secreto —contestó finalmente—. Pensaba que sería algo de lo más evidente para alguien como tú. Él tenía una fotografía comprometedor que implicaba a mi tío, y yo tenía sumo interés en recuperarla.

—Según mi experiencia, la gente no suele comportarse así con un chantajista.

—¿Hay una manera correcta de comportarse? No seas ridículo.

—Por lo general, la gente se muestra muy sumisa porque tiene miedo.

—Es posible que se deba a que son ellos quienes están siendo chantajeados.

—Según el gerente de La Voile, tú y Hebel quedasteis para tomar una copa. Más de una vez. Tu nombre, además, también figura en la agenda de Hebel. Y en su diario. Registré su habitación en el Grand hace unas noches. Creo que fue Hebel quien te dijo que fui detective privado. Y creo que vuestra discusión se debió a que tú tenías mucho interés en averiguar cómo llegó exactamente a estar en posesión de la fotografía.

—Por medio de Louis Legrand, claro.

—No. Eso fue lo que dijo Hebel. Pero eso, sencillamente, no es posible. Resulta que Louis Legrand lleva varios meses en la cárcel de Marsella. La policía de Niza me lo confirmó. Es imposible que Hebel se reuniera con tu amiguito Loulou.

—No me gusta tu tono.

—A mí tampoco me gusta. Tienes razón. Me hace sonar como un sarasa. Como una zorra. Igual debería pintarme las uñas de los pies y comprarme una

camisa de seda, así encajaría estupendamente en la Villa Mauresque. Sea como sea, no creo que tu tío vaya a dudar de lo que le diga. Incluso sin pintalabios, soy capaz de presentarle una argumentación atractiva sobre todo este asunto.

Robin Maugham suspiró y miró hacia el techo, como si esperase encontrar la respuesta colgada de la polvorienta lámpara de araña de madera. Las contraventanas no estaban tampoco muy limpias, y la intensa luz del sol revelaba telarañas cual gigantescas huellas dactilares en más de uno de los cristales; además, en el reino perdido de debajo de la mesa de comedor había una copa de champán con una colilla dentro. De hecho, mi aspecto no desentonaba mucho en aquel lugar; yo tampoco es que reluciera exactamente.

—No me interpretes mal, Robin. No soy mejor que tú. En muchos sentidos, soy incluso peor. Hace mucho tiempo que llegué a la conclusión de que no tengo alma propia. Ya no.

—Mira, si te cuento la verdad, ¿prometes no contárselo a mi tío?

—Quizá. No lo sé. Todo depende de cuál sea esa verdad.

—Te pagaré para que te lo calles.

—Creo que me tomas por otro cabrón traicionero, Robin. No soy un chantajista. Y accedí a ayudar a tu tío, no a ayudar a otro a que lo exprima.

—Bueno, he cometido errores. Todos somos humanos. Pero tienes que creerme, nunca haría nada que perjudique a mi tío Willie.

—No adrede, quizá. Bien. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Cómo llegó Harold Hebel a estar en posesión de esa fotografía?

Robin Maugham se levantó para cerrar la puerta del salón. Luego encendió un cigarrillo, pasando por alto que ya había uno encendido en el cenicero, y paseó por la habitación unos segundos con ademán nervioso antes de volver a sentarse. No eran todavía las once y ya sudaba a raudales.

—No estoy seguro del todo, para ser sincero.

—Tómate tu tiempo. No tengo prisa. Me he cogido toda la mañana libre.

—Hay un hombre en Londres que antes era amigo de mi tío. Un individuo llamado Blunt, Anthony Blunt. También es marica.

—Blunt es uno de los hombres desnudos que aparecen en la fotografía tomada aquí en la Villa Mauresque, ¿verdad?

—La que se hizo en 1937, sí.

—Adelante.

—Ahora es un tratante de arte muy importante. Con muy buenos contactos. Supervisor de los retratos de la reina, director del Instituto de Arte de Courtauld... Sea como sea, yo andaba un poco escaso de dinero, así que la última vez que estuve en Londres Anthony y yo nos citamos para comer en mi club, y le propuse venderle la fotografía y unas cartas que le envié a Gerald. El caso es que Blunt también es amigo de ese Guy Burgess. De hecho, creo que incluso vivieron en la misma casa durante la guerra. Como es natural, si la fotografía llegara a manos de la prensa, Blunt tendría que dimitir de todos sus cargos. Teniendo en cuenta las circunstancias, no le pedía una fortuna. Solo mil libras, nada más. Una ganga, a la vista de la cantidad que pidió Hebel.

—¿Y qué ocurrió después de que empezaras a chantajear a Blunt?

—Alto ahí, amigo mío. Yo no lo llamaría chantaje, exactamente. Bueno, al menos nunca le amenacé con enviar las cartas y la fotografía a la prensa ni nada por el estilo. Podría decirse incluso que intentaba ayudar al pobre hombre. Evitar que cayeran en manos de otra persona con menos escrúpulos. Ofrecerle un poco de tranquilidad. Sí, yo podría haberme limitado a destruirlas, pero entonces Blunt siempre habría estado preguntándose qué habría sido de ellas y si volverían a aparecer algún día para perjudicarlo. Seguro que ves la diferencia.

—Eres mucho mejor chantajista de lo que crees, Robin.

Maugham se inclinó hacia delante y aplastó la colilla en el cenicero con furia, como si hubiera preferido hacerlo en una de las cuencas de mis ojos.

—Que te follen, Walter —dijo.

—Espero que no lo hagas tú, desde luego. Bien, digamos que entonces Blunt compró lo que le ofrecías a tan bajo precio. Las fotografías, los negativos, las cartas, el paquete entero adornado con un bonito lazo rosa. ¿Te pagó en efectivo?

—Sí. En efectivo. Rezongó bastante, pero sí, al final apoquinó. Así pues, naturalmente me llevé una buena sorpresa cuando ese Hebel se presentó aquí con la fotografía pidiéndome cincuenta mil dólares. Bueno, es que... ¿cincuenta mil dólares? ¡Dios santo! Eso deja mi tentativa de aficionado a la altura del barro.

—¿Has hablado con Blunt de todo esto?

—Sí. Dice que le robaron la fotografía de su piso en el Instituto Courtauld poco después de que yo se la vendiera.

—¿Lo crees?

—Sí. Quizá. Su casa siempre está llena de chaperos. Podría haberla birlado cualquiera de ellos. Además, no entiendo por qué iba a darle la foto a alguien que bien podría haberlo chantajeado también a él. Me da la impresión de que Anthony Blunt tiene tanto que perder con todo esto como mi tío.

—Pero mucho más que ganar, quizá. ¿Es rico ese tal Blunt?

—No, no especialmente. Bueno, tiene cuadros bastante valiosos y algún que otro amigo acaudalado, pero no mucho dinero propio.

—Entonces, ¿no es tan rico como tu tío Willie?

—Dios bendito, no. No hay mucha gente que lo sea.

—¿Y no te has planteado que Blunt y Hebel podrían estar conchabados en este asunto? Después de todo, Blunt difícilmente podría amenazarlo con enviar la fotografía a la prensa. Tu tío nunca lo creería capaz de correr ese riesgo, pero sí creería que alguien como Hebel, sin nada que perder, pudiera hacerlo. Eso también explicaría cómo llegó Hebel a hacerse con esta grabación de Guy Burgess. Quizá la amistad entre Blunt y Burgess iba más

allá de compartir piso. No sabemos con seguridad que esta cinta fuera grabada en ese barco ruso, y no en un piso en Londres.

—Sí, supongo que es posible. Es verosímil que Blunt usara la fotografía del modo que describes, pero esta cinta es algo muy distinto. Mi tío solo la comprará si el servicio secreto está dispuesto a respaldar el coste de la transacción. Y estoy seguro de que no la comprarán sin escucharla ellos mismos. Lo que sigue dejando a Blunt en una situación de mierda ante esa fotografía, diría yo.

—Lo cierto es que no. Ahora tiene la foto tu tío.

—Sí, la tiene, ¿verdad?

—Así pues, a menos que aparezca el nombre de Anthony Blunt en esa cinta, él está a salvo. Más o menos...

—¿Anthony Blunt? —Somerset Maugham entró en el salón y se sirvió un café—. ¿Qué tiene Anthony que ver con esto?

Robin Maugham volvió a sonrojarse, esta vez hasta las raíces de su pelo teñido, y tartamudeó una respuesta:

—Le estaba contando a Walter que Blunt compartía piso con Guy Burgess en Londres. Y que de vez en cuando le encargabas que pujara en tu nombre en subastas de arte en Londres, ¿verdad?

—Sí, así es. Está especializado en antiguos maestros. Poussin, Tiziano... En realidad, no es lo que más me va. Y son tremendamente caros. Pero a lo largo de los años me ha permitido hacer un par de adquisiciones muy beneficiosas. Impresionistas, sobre todo. Anthony tiene buen ojo.

—Y sin embargo, no se percató de que compartía piso con un espía ruso — señalé.

—Usted no conocía a Guy Burgess —repuso Maugham—. Era un granuja encantador y un espía sumamente inverosímil. Todo el mundo pensaba lo mismo.

—Es lo que tienen los ingleses —dije—. Cualquiera diría que el encanto lo

justifica todo, incluidos el engaño y la traición.

—Sí —reconoció Maugham, a la vez que encendía la pipa—. Eso es muy cierto. Es uno de nuestros defectos, buscar justificaciones para la gente. Como es natural, a los alemanes el encanto solo les da resultado cuando parece divinamente conferido.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Guy Burgess? —pregunté.

Maugham lo pensó un momento.

—Probablemente en Tánger, en 1949. Antes se metió en algún pequeño aprieto en Gibraltar, creo recordar. Pero así era Guy; siempre andaba metiéndose en aprietos. A decir verdad, su comportamiento hacía de él un espía de lo más improbable. Casi siempre estaba borracho y era escandalosamente homosexual; cuando desertó, nadie acababa de entender cómo se las había arreglado para mantenerlo en secreto tanto tiempo. Supongo que podría decirse que parecer tan indiscreto era la tapadera perfecta para que nadie pudiera tomarlo por espía.

Maugham dejó la taza de café y se sentó.

—¿Está preparado? —pregunté.

—Nunca estaré más preparado.

Me levanté y me acerqué al Grundig. En su estuche verde Tolex, el magnetófono parecía un piso olvidado de una vieja tarta nupcial. Pulsé el interruptor dorado y las dos bobinas empezaron a girar lentamente.

Como la mayoría de los ingleses que había conocido recientemente —en el Grand Hôtel y la Villa Mauresque—, Guy Burgess hablaba con una voz engolada y nasal que parecía aquejada de un ligero defecto de pronunciación, aunque bien podía deberse a un exceso de alcohol. ¿Qué otra cosa se podía hacer durante un viaje de tres días a Leningrado, aparte de emborracharse? Su voz aflautada, viperina y rebosante de desdén, como si todo ese asunto de que los rusos le tomaran declaración estuviera por debajo de él, me recordó a un actor inglés de cine llamado Henry Daniell, quien me había parecido la encarnación en la pantalla del villano culto y sardónico. Mientras escuchaba a Burgess, era como si él en persona estuviera con nosotros en el salón de Maugham, hurgando en la memoria, y quizá en la conciencia, en busca de la mejor interpretación de sus actos; de hecho, parecía tan amanerado como Somerset Maugham y tan rebosante de lastimera autojustificación como el sobrino del gran escritor. Era una grabación de las buenas, y de vez en cuando, durante los silencios, se alcanzaba a oír el palpitar apagado y rítmico de lo que podían ser los motores del barco, aunque igualmente podría haber sido la respiración pausada de algún leviatán invisible.

«Me llamo Guy Francis de Moncy Burgess, y nací en Devonport, Inglaterra, el 16 de abril de 1911. Con el fin de que sea verificado, en 1944 estaba en contacto con una fuente de información suiza en nombre del MI5, cuyo nombre en clave era Orange, que, lamento decirlo, tuvo un final muy cruento en Trier. El MI5 es, naturalmente, el servicio secreto de inteligencia nacional de Gran Bretaña. Mi padre era oficial de la Marina, y yo cursé

estudios en el Real Colegio de la Marina de Dartmouth antes de pasar a Eton y luego al Trinity College, en Cambridge.

»Hoy es 28 de abril de 1951, y cumplí los cuarenta hace un par de semanas, lo que me parece increíble y más bien horrendo. Ahora mismo estoy a bordo de un carguero ruso cuyo nombre, me temo, no se puede revelar, y voy rumbo a Leningrado en compañía de un colega del Foreign Office llamado Donald Maclean, con una edición de las obras completas de Jane Austen en el equipaje y una gabardina nueva de Gieves, en Old Bond Street. Sin embargo, estoy en situación de asegurarles que Donald y yo llegamos a Saint-Malo en el Falaise, desde Southampton. Y antes de eso, alquilé un coche en Welbeck Motors, en Crawford Street, para hacer el trayecto hasta Southampton. Creo que era un A-forty de color crema. En Saint-Malo, le pagué a un taxista una buena suma de dinero para que fuera de vacío en su taxi hasta Rennes y comprara dos billetes a París a nuestro nombre. Entretanto, subimos a bordo de este barco ruso. El caso es que he decidido que quiero vivir en la Unión Soviética porque soy socialista y es un país socialista. Y creo que Donald es del mismo parecer que yo. De hecho, sé que lo es.

»La razón por la que digo todo esto a fin de que quede grabado es que mis amigos rusos puedan enviar la grabación a la BBC de Londres, con la esperanza de que la emitan y permitan a los ingleses formarse por sí mismos una opinión acerca de mi decisión, en lugar de tener que fiarse de lo que decida explicarles el gobierno inglés. Supongo que la prensa ya me estará tildando de traidor, pero no soy nada semejante, ni por asomo. Y lo mismo puede decirse de Donald Maclean. Eso no son más que tonterías. Además, lo cierto es que ya no sé qué significa esa palabra. Hice lo que hice por motivos de conciencia, por algo en lo que creía, y que casualmente considero que es más importante que una noción anticuada de lealtad al rey y al país. Resulta que amo a mi país muchísimo, pero creo que podría estar mucho mejor

gobernado. (De no ser por mi mala vista, muy probablemente sería un oficial de la Marina en activo ahora mismo, como mi difunto padre.) Sin embargo, aún tengo familia en Inglaterra, y en algún momento me gustaría mucho poder regresar para pasar unos días con ellos, aunque eso sería imposible, claro, a menos que supiera con seguridad que podría salir de Inglaterra otra vez y regresar a Rusia.

»Mis críticos sin duda considerarán que esta grabación es una confesión; yo prefiero considerarla una explicación. Como dijo Voltaire, “*Tout comprendre, c’est tout pardonner*”. Y aunque no espero ser perdonado, sí espero que mis actos lleguen a entenderse mejor. Por consiguiente, considero adecuado ubicar firmemente esta explicación en el contexto de un tiempo anterior de mi vida. Cuando llegué a Cambridge en el verano de 1929, me encontré con que la mayoría de mis amigos o bien se habían unido al Partido Comunista o bien estaban muy cerca del mismo políticamente. De hecho, para 1932 la atmósfera en Cambridge era tan febril y el asunto del fascismo tan terriblemente acuciante que yo también me uní al partido. Me parecía indiscutible que las democracias occidentales habían adoptado una actitud tímida y acomodaticia con respecto a la Alemania nazi, y que la Unión Soviética constituía el único baluarte real contra la tiranía europea. Creo que, durante la guerra, la Unión Soviética nunca fue tratada como un aliado fiable y de pleno derecho por parte de Gran Bretaña y Estados Unidos, a pesar de que los sacrificios que hizo el pueblo ruso superaron a los de todos los demás Aliados juntos.

»Después de afiliarme al Partido Comunista, al igual que la mayoría de los jóvenes, me dediqué a hablar como un descosido sin hacer mucho más. Pero para enero de 1933, con la elección de Adolf Hitler como canciller de Alemania, eso ya no me parecía suficiente. Quizá si me hubiese licenciado en Cambridge en el verano de 1937 me hubiera ido a España a combatir en la Guerra Civil, pero en el verano de 1933 me sentí obligado a buscar en otra

parte la manera de que mis nuevas convicciones tuvieran cierta relevancia. Entonces, en diciembre de 1934, conocí a un ruso llamado Alexander Orlov, que me reclutó para entrar a formar parte del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, el NKVD: el precursor del KGB, el comité para la seguridad del Estado ruso. Fue Orlov quien me convenció de que el mejor modo de servir a la causa del antifascismo era dimitir del Partido Comunista y espiar para la Unión Soviética.

»Orlov me presentó a otro hombre llamado Arnold Deutsch, cuyo nombre en clave era Otto, que me instó primero a ingresar en la BBC, donde empecé a trabajar como ayudante de entrevistas, y luego, al acercarse la guerra, en el MI6, que es el servicio de inteligencia exterior de Gran Bretaña. De hecho, Deutsch estaba tan empeñado en que me construyera una tapadera perfecta que me animó enérgicamente a que intentara casarme con la sobrina de Winston Churchill. ¿No es increíble? ¡Yo, casado con una Churchill! Hice lo que se me dijo y la cortejé durante todo un mes, a pesar de que adolecía de desventajas bastante evidentes en tanto que posible marido para la chica. Fuimos muy íntimos durante un tiempo. Creo que incluso llegué a llevarla a pasar un fin de semana con Dadie Rylands y su familia en Devon, y es posible que la presentara como mi prometida. Clarissa Churchill, naturalmente, es ahora esposa del actual primer ministro, Anthony Eden.

»Fue Deutsch quien me puso el nombre en clave de Mädchen, que en alemán significa “chica”, y al volver la vista atrás me resulta evidente que Arnold debía tener mucho sentido del humor. Mi primera tarea importante, si puedo describirla así, fue trabar amistad con tantos miembros del gobierno y de la administración pública como me fuera posible, y casi podría decirse que me convertí en una especie de oteador de talentos para el NKVD. Procuré convencer a todo aquel que tuviera la menor relevancia. Los historiadores G. M. Trevelyan y Stuart Hampshire, John Maynard Keynes, Noel Annan, el poeta W. H. Auden, Anthony Blunt, Maurice Bowra, Isaiah Berlin... Todos

ellos pilares del *establishment* británico a estas alturas. Y no lo hice de forma especialmente sutil. No estoy diciendo que intentara captar a todos ellos como espías, nada de eso; solo intentaba ganarme a personas que veían con buenos ojos la causa soviética, y que quizá se dejaran convencer de hablar a favor de Rusia y los comunistas, algo que, como podrán comprender, son cosas muy distintas. A menudo se olvida que hombres de la fama de George Bernard Shaw visitaron la Unión Soviética en 1931 y se convirtieron en entusiastas del comunismo ruso. Y, sin embargo, hasta su muerte el año pasado, solo sus críticos derechistas más virulentos se atrevían a llamarlo traidor.

»Creo que debía de correr el año de 1937, en torno a la época de la Guerra Civil española, cuando fui a visitar a Somerset Maugham a su fabulosa villa en la Riviera francesa. Me parece que éramos cinco: Dadie Rylands, Anthony Blunt, Victor Rothschild, la novia de Victor, Anne Barnes, y yo. Victor tenía un elegante Bugatti nuevo y fuimos al Cap desde Monte Carlo, donde habíamos pasado unos días. Creo que debí de sondearlo como recluta en potencia para la causa, pero Maugham no parecía estar muy interesado en la política; estaba mucho más interesado en los chicos, y recuerdo que lo pasé de maravilla como invitado suyo. Por lo menos, después de que se marcharan Victor y Anne. Para un marica joven y sumamente impresionable como yo, fue como mirar por el ojo de la cerradura el banquete de Trimalción, y ver lo que podía ser vivir abiertamente como una persona que mantenía relaciones homosexuales. ¡Dios, cómo envidié a ese hombre! Todos lo envidiábamos. Todos los maricas, quiero decir.

»De la Riviera francesa fui a Roma, y de allí a París, ciudad que tanto el GRU —o servicio de inteligencia militar rusa— como el KGB estaban utilizando como centro de reclutamiento y acreditación. Me brindó una oportunidad de conocer a mi supervisor en un entorno más relajado, es decir, sin riesgo de que estuviéramos bajo vigilancia. Incluso intenté convencer a

Edouard Pfeiffer —*chef de cabinet* de Daladier— de que se uniera a la causa; en el momento de mi propuesta, estaba jugando a ping-pong con el cuerpo de un joven desnudo encima de la mesa a modo de red. Me quedé en París hasta poco antes de la Navidad de 1937. El Buró del Comintern de París me presentó a toda suerte de personas interesantes, muchos de ellos ingleses bien dispuestos, como Claud Cockburn y John Cairncross. Entretanto, Arnold Deutsch me llevó a cenar con toda clase de gente extraña, no todos ellos evidentemente aptos para ser reclutados. Muchos ni siquiera hablaban otro idioma que no fuera el suyo, y ninguno de ellos había ido a la universidad. Algunos eran abiertamente sosos. Por no decir estúpidos. Recuerdo a un joven viajante inglés sumamente aburrido que había vuelto hacía poco de China, donde había estado trabajando para una compañía tabaquera. Ese tipo ni siquiera había ido a la universidad, y mucho menos a Cambridge. No sabía hablar más que de tabaco y de los chinos, y de una chica horrible con la que se había casado en Somerset. Y recuerdo haber pensado: ¿qué sentido tiene intentar captar para la causa a un hombre que va a ser feliz estando casado y vendiendo tabaco? ¿Tan desesperados están los rusos por conseguir espías que estamos dispuestos a financiar a los estanqueros locales? Aun así, el tipo no aceptó el rublo que le ofrecía Arnold, por así decirlo. Sea como sea, no es cosa nuestra preguntarnos por qué y todas esas bobadas. Naturalmente, muchas de esas personas han muerto ya. Fallecieron en la guerra o desaparecieron. Sabe Dios.

»En 1938, volví de París a Londres y entré a formar parte de la Sección D del MI6 antes de ingresar en el MI5, que me envió de nuevo a la BBC. Mientras estaba allí, entrevisté a Winston Churchill, en septiembre de ese año. Era, claro está, la época de la crisis de Múnich, lo que me perturbó mucho y me llevó a presentar la dimisión en la BBC. Sea como sea, tenía un Ford V8 del que estaba enormemente encariñado, y una mañana lo conduje hasta Westerham y la casa de Churchill, en Chartwell. Le dije que estaba un

tanto disgustado por lo ocurrido, y me mostró una carta de Praga, firmada por Edvard Beneš, que decía lo siguiente: “Mi querido señor Churchill, le escribo para pedirle que me aconseje y tal vez me ayude con mi desdichado país”. Churchill me miró y dijo: “¿Qué consejo, qué ayuda podría prestarle, señor Burgess? Soy un anciano sin poder ni partido, ¿qué ayuda puedo ofrecer?”. Y yo le contesté: “No se deje desanimar, señor, ofrézcale su elocuencia; despierte a la gente de este país con sus discursos”. Me parece que mis palabras lo satisficieron mucho. Luego abordamos nuestro odio común hacia Neville Chamberlain. Después de haber hablado de Múnich, me regaló un compendio de sus discursos, que me dedicó y aún conservo. “Usted y yo sabemos que la guerra es inevitable —añadió—; si vuelvo al poder, y parece probable que vuelva, y usted necesita un puesto de trabajo, venga a verme, presente este libro y me aseguraré de que tenga un empleo a la altura de sus posibilidades”. Luego me subí de nuevo al coche y regresé a casa. Pero es una historia interesante, creo yo; desde luego fue de interés para los oyentes de *La semana en Westminster*, el programa que producía yo para la BBC. Si relato ahora esta historia es para demostrar a cualquiera que la oiga que, aunque sea comunista y presuntamente un traidor, sigo siendo un inglés lo bastante patriota como para admirar a un viejo gran hombre del Partido Conservador como Winston Churchill.

»De la BBC pasé al departamento de prensa del Foreign Office, y después de la guerra me convertí en ayudante de Hector McNeil, el actual secretario de Estado de Escocia, que por entonces era subsecretario del Foreign Office y a veces sustituía a Ernest Bevin, ministro de Asuntos Exteriores, gracias a lo cual muchos documentos del MI6 pasaban por mis manos.

»A partir de entonces, empecé a entregar material de alto secreto a los rusos prácticamente cada semana. Al volver a pensar en ese periodo, me doy cuenta de que McNeil me puso las cosas muy fáciles, porque siempre estaba largándose a su circunscripción electoral de Glasgow. Greenock, me parece.

O algún sitio espantoso como ese. Fui con él en más de una ocasión, y me sentía como un extranjero porque no entendía absolutamente nada de lo que me decían. Ni por un instante pretendo sugerir que Hector McNeil estuviera al corriente de lo que me traía entre manos. Pero, a decir verdad, mi trabajo no podría haber resultado más sencillo. La gente siempre imagina que los espías llevan una vida de hazañas e intrigas. En mi caso no era así en absoluto. No había armas, ni tinta invisible ni disfraces. Me limitaba a sacar los expedientes del archivo del pobre Hector, o de las cajas amarillas que llegaban del MI6, me los llevaba a casa en mi coche, y un tipo del KGB se pasaba la noche en mi cuarto de baño fotografiándolos; después los volvía a dejar en el archivo del pobre McNeil a la mañana siguiente. Incluso tenía mi propia llave, para que no tuviera que importunarlo cuando necesitaba acceder a sus documentos. En cierta ocasión que acompañé a McNeil a las Naciones Unidas en Nueva York, birlé unos documentos de su taquilla ministerial e hice que los fotografieran mientras él se tomaba unas copas a la hora del almuerzo. Eran sobre todo papeles del gabinete, documentos sobre política gubernamental: la postura de Gran Bretaña sobre tal cosa, la postura de Gran Bretaña sobre tal otra, y, lo más horrible de todo, qué ciudades rusas bombardearíamos si decidíamos lanzar un ataque contra la Unión Soviética. El caso es que nadie salió perjudicado por lo que hacía yo. Nadie.

»Lo último que quiero decir es lo siguiente, y es importante. Lo que hacía no requería demasiada sangre fría o ingenio, y nunca se me exigió que corriera grandes riesgos. Al principio todo aquello era de lo más inquietante, pero con el tiempo se convirtió en rutina. Francamente, si alguien como yo pudo espiar con tal impunidad al Gobierno de Su Majestad durante casi quince años, podría hacerlo cualquiera. Y después de haberlo considerado detenidamente, creo que los servicios de seguridad e inteligencia de Gran Bretaña no cumplen bien su cometido. No lo cumplen bien en absoluto. No es de extrañar que el FBI no confíe en el MI6 y el MI5. Lo que no es

precisamente una sorpresa, ya que el MI5 y el MI6 ni siquiera confían el uno en el otro. Son grandes rivales. Y no solo eso, sino que nuestros servicios de seguridad están plagados de los así llamados traidores y...».

Burgess dejaba de hablar en ese momento, justo cuando alguien dijo algo, seguramente en ruso, y unos segundos después terminaba la cinta. Apagué el aparato y me apoyé con ambas manos en la mesa de comedor, a la espera del sopesado veredicto del anciano.

—¡Vaya cara dura tiene! —soltó Somerset Maugham—. Si los americanos ya no confían en nosotros, es en buena medida gracias a Guy Burgess y Donald Maclean.

—Entonces, ¿cree que es él? —pregunté—. El auténtico Guy Burgess.

—Hace ya unos cuantos años que lo vi por última vez, y seguro que hay muchos que podrían saberlo mejor que yo, pero desde luego parece su voz, sí. En cuanto a si de verdad fue grabada o no en un barco ruso, cuando Maclean y él huían de Londres a Leningrado, no tengo idea. Vaya usted a saber.

—Hay algunas revelaciones de aúpa —masculló Robin—, ¿no crees? Todo eso del banquete de Trimalción y demás. Seguro que no querrías que salga a la luz, ¿verdad, tío Willie?

—Supongo que no —reconoció Maugham con el gesto torcido.

—Aunque también hay cosas muy divertidas, ¿eh? Como todo ese asunto de Clarissa Churchill.

—La pregunta más urgente, claro —insistió Maugham—, es de dónde coño ha salido esta cinta. Y cómo demonios fue a parar a manos de Heinz Hebel. Por otro lado, ¿envió el KGB una copia a la BBC? De ser así, es evidente que no se utilizó nunca. No puedo ni imaginar las circunstancias en las que hubieran podido emitir todo el contenido. Creo que ya nos habríamos enterado a estas alturas, incluso aquí, en Francia. Además, si fue enviada a la

BBC, entonces los servicios de inteligencia ya conocen la existencia de esta grabación, ¿no? Y en caso contrario, ¿cómo es posible que no sea así? Por otra parte, ¿quién le dio la cinta a Hebel? ¿Alguien del KGB? ¿Alguien decidido a causar más estragos en nuestros servicios secretos? ¿O solo se trata de un tipo que lo único que quiere es sacar un montón de pasta a nuestros servicios de seguridad, como sugería Walter? ¿Vale doscientos mil dólares para el gobierno británico evitar que esa cinta sea enviada a una emisora de radio americana? —Maugham volvió a encender la pipa y le dio unas chupadas con aire pensativo—. Y lo que es más importante aún, ¿vale doscientos mil dólares para mí? Cuando uno adquiere una grabación, ¿cómo sabe que no hay una copia?

—En ese sentido, no dista mucho de comprar una fotografía —dije—. Aunque se compre el negativo, no hay manera de saber cuántas copias hay.

—Todas esas son buenas preguntas —señaló Robin—. Y me pregunto cómo demonios podemos contestarlas.

—No lo sé —dijo Maugham—. Pero sé de alguien que quizá pueda hacerlo.

Fui al Grand Hôtel de Cap Ferrat, me puse mi chaqué negro de día, y de inmediato tuve la sensación de que el mundo volvía a estar en perfecto orden. Era como si me hubiera convertido de nuevo en un hombre cabal; elegante y humanizado, atento y amable, y sin tiempo que perder con las sombras más oscuras de esas sensaciones que pasan por pensamientos. Ayudar a los huéspedes con sus triviales problemas, buscar llaves de habitaciones, cambiar dinero, organizar a los porteros, contestar al teléfono, elaborar la lista de tareas del personal... Era de lo más tranquilizador que todo estuviera tan lejos del sórdido mundo del chantaje homosexual y los espías soviéticos. Es fácil creer que la civilización aún tiene un brillante futuro cuando se está detrás del mostrador de recepción de un hotel caro. Creo que incluso me las arreglé para sonreír. Al otro lado de las altas vidrieras del extremo opuesto del vestíbulo, el cielo sin nubes bordeaba el mar como una invitación de márgenes azules a la calma y el sosiego. Respiré hondo y sonreí de nuevo. ¿Qué más me daba a mí lo que tuviera que decir Guy Burgess a nadie sobre nada? A mí no me importaba ninguna de esas personas. Ni si quiera yo mismo me importaba especialmente.

A media tarde, el monitor de natación del hotel, Pierre Gruneberg, pasó por recepción de camino a casa para decirme que mi segunda clase de natación tendría que esperar un tiempo debido a la gran cantidad de medusas que había en la bahía. Por algún motivo nunca había aprendido a nadar, y Pierre tenía reputación de ser un instructor excelente; había enseñado a todo el mundo, desde Picasso a David Niven, y había prometido enseñarme también a mí, y

en el mar: yo habría sido incapaz de utilizar la piscina del hotel. Pierre siempre empezaba la primera clase del mismo modo, pidiendo a sus alumnos que metieran la cabeza en una ensaladera llena de agua. «Se puede aprender a nadar sin mojarse», decía, lo que no resultaba más raro ni perverso que lo que estaba ocurriendo en la Villa Mauresque.

No vi ni rastro de Harold Hebel en el hotel, pero Anne French apareció para tomar el té vespertino en torno a las cinco y, procurando hacernos el menor caso posible, fingimos que las relaciones íntimas que habíamos mantenido aquella misma noche no habían ocurrido; aunque sí habían ocurrido, claro. Todavía recordaba las turbulentas emociones que habían brotado de su boca sensual, derramándose generosamente sobre los almohadones de su espaciosa cama de latón. Después de verla cruzar el vestíbulo, abrí el periódico y busqué algún artículo sedante que me quitara de la cabeza su cuerpo desnudo y el aspecto que tenía cuando estaba inclinada delante de mí como una aplicada entomóloga. No encontré nada conveniente, y veinte minutos después aún seguía maravillándome de mi buena fortuna erótica.

A las ocho en punto, acabó mi turno. Tendría que haber sido mi noche de bridge, pero, en lugar de ir a La Voile d'Or a jugar a cartas, conduje hacia el este por la Grande Corniche hasta Èze. Ubicado en un altozano que dominaba la costa, Èze tenía más aspecto de ser una especie de Berghof de Hitler a la orilla del mar que un pueblo medieval medio abandonado por sus vecinos. Aunque también es cierto que probablemente soy el único en esa parte del mundo al que se le ocurriría pensar en Berghof. A veces resulta difícil olvidarse de Adolf Hitler. Quizá la historia de Alemania hubiera sido un tanto distinta si nuestros grandes hombres hubieran pasado menos tiempo en cumbres de montañas y un poco más en la playa. De hecho, estoy más o menos convencido de ello.

Un poco más hacia el interior, estaba el pueblo de La Turbie, en cuyas

inmediaciones Jack y Julia Rose tenían una villa del tamaño de una modesta aldehuela francesa. Aparqué a un breve trecho de la casa, en las inmediaciones del acantilado, encendí un cigarrillo y me acomodé para fumar. Desde allí, distinguía el Bentley descapotable color crema de Jack, que estaba en el sendero de acceso, y decidí cerciorarme de si recordaba sus costumbres correctamente; las noches en que él y Julia no iban a jugar al bridge, Jack solía acercarse al casino de Monte Carlo, donde le gustaba jugar al bacarrá. Según Spinola, se le daba bastante bien. La suya era una bonita casa en una carretera tranquila y sinuosa, y era fácil ver los motivos por los que Jack y Julia vivían allí, aparte de su proximidad a Mónaco. Ninguna de las casas de esa carretera estaba por debajo del nivel de una exclusiva residencia de verano. Pasaron un par de escúteres con un fuerte zumbido, cual avispones furiosos, y me sobresaltaron; pero, al acercarse el crepúsculo, todo se tranquilizó de nuevo y cerré los ojos. Soñé con Anne y con mi esposa, Elisabeth; y por algún motivo, incluso soñé con Dalia Dresner, la estrella de cine que se alojaba costa adelante en Cannes, en el Carlton. No recuerdo gran cosa sobre el sueño, salvo que me dejó triste y melancólico. Hoy en día, todos los sueños me dejan triste y melancólico, probablemente porque no son más que sueños.

A eso de las diez, me despertó el ruido de la portezuela de un coche al cerrarse. El Bentley de color crema estaba iluminado como un televisor, y ya avanzaba por el sendero de los Rose. A la luz de la luna, parecía un barco en el puerto del Cap. Aguardé hasta que hubo desaparecido carretera abajo, y luego salí del coche y me dirigí a la puerta principal. No había aldaba, pero vi un picaporte de latón del tamaño de un estribo del que había que tirar. Tiré de él. La campana resonó como si estuviera colgada del cuello de una vaca, tal vez en un prado suizo. Julia salió a la puerta con una copa de martini en la mano, y quizá por eso pareció alegrarse de verme.

—¡Walter, qué sorpresa tan agradable...! Pero si busca a Jack, me temo que

acaba de salir.

—Es una pena. No se preocupe.

—Ha ido a jugar al bacarrá.

—Nunca lo he entendido. El bridge requiere destreza. El bacarrá es todo suerte.

—Jack siempre ha sido un hombre afortunado. No hay que menospreciar la suerte.

—Oh, no la menosprecio, ni mucho menos.

—Ya que está aquí, ¿quiere entrar a tomar una copa? Acabo de preparar un par de martinis.

—Pensaba que no iba a invitarme.

Se hizo a un lado con una sonrisa, y me condujo por un amplio pasillo hasta un salón inmenso. Las contraventanas estaban entreabiertas y una suave brisa procedente del mar surcaba la habitación, justo lo suficiente para agitar los pétalos que habían caído de un jarrón de rosas sobre la mesa. Julia Rose vestía una blusa blanca con el cuello volado y pantalones ahusados de color barquillo; llevaba una pequeña pinza roja en forma de cereza en su pelo rubio, de modo que parecía un bonito cucurucho de helado. Me sirvió una copa abundante en una jarra alta de cristal y nos sentamos en uno de los sofás entre los que se podía elegir.

—Bonita sala. Debería enviar por ahí a un explorador alguna vez, a ver con qué nuevas plantas y tribus sin descubrir regresa.

Julia sonrió.

—Es bastante grande, supongo.

—Pero me gustan Èze y La Turbie. Tienen la mejor vista de Mónaco que hay.

—Eso pensaba Nietzsche. Solía alojarse carretera adelante, en Èze.

—Eso explica por qué me siento aquí como en casa. Es la clase de lugar al que los alemanes le cogemos apego.

—A nosotros también nos gusta.

—Ustedes son ingleses. Están casi tan locos como nosotros los alemanes.

—Pues usted siempre me ha parecido de lo más cuerdo, Walter. Me temo que me resulta bastante difícil imaginarme al conserje del Grand Hôtel de Cap Ferrat haciendo ninguna locura.

—Por lo general, son los más cuerdos los que resultan estar más locos, Julia. Los que cometen las mayores locuras. Así se hace la historia.

—Me parece que voy a tener que vigilarlo de cerca, Walter.

—Eso también es un tanto disparatado.

Encendió un cigarrillo y sonrió, un poco nerviosa.

—Ah, no tiene de qué preocuparse, Walter. Provengo de una familia de corredores de seguros de Lloyd's. Todos sumamente cuerdos. Y en Èze hay muy pocas oportunidades para hacer locuras.

—A menos que uno sea Nietzsche.

—Se volvió loco, ¿no? La verdad es que no sé gran cosa de Nietzsche.

—Estaba loco, pero no se le notaba. Por lo menos no en Alemania. — Volví a recorrer la sala con la mirada—. Sea como sea, tienen una casa preciosa. Vivir aquí debe de ser como estar en el cielo. Después de todo, está bastante cerca.

—¿Había venido alguna vez, Walter? No lo recuerdo.

—Una vez. Con Antimo. A jugar a bridge cuando La Voile cerró al acabar el verano. Perdimos.

—Pobre Antimo —dijo—. Fue horrible lo que le ocurrió. Pasó por aquí la policía, claro, a hacer sus preguntas. ¿Conocíamos a alguien que pudiera guardarle rencor? Como si nosotros fuéramos a saberlo. Hicieron muchas preguntas sobre usted. Sí, parecían muy interesados en usted. Sea como sea, Antimo era un hombre encantador. Lo echaré muchísimo de menos.

—Yo también.

—¿Tienen ya alguna idea de quién lo hizo?

—No —respondí—. No tienen ni idea. Pero yo sí.

—¿De verdad? Me sorprende. ¿Quién?

—No debería sorprenderle. Fue usted quien le disparó, Julia.

—¿Yo? Eso es ridículo.

—No, no es ridículo. Tenía una aventura con él, y amenazó con pegarse un tiro si la abandonaba. Spinola le quitó su arma, o por lo menos una de ellas, para evitar que lo hiciera. Sigo teniendo esa pistola por alguna parte. Supongo que él no imaginó que pudiera tener más de un arma de fuego. O que fuera a pegarle un tiro a él en lugar de a sí misma. —Tomé un sorbo de la copa—. Qué martini tan delicioso, Julia. Es usted toda una experta en cócteles.

—Por su modo de hablar, me parece que ya ha bebido más de la cuenta, Walter. No lo sé. Lo que dice es... muy ofensivo. Creo que se ha quedado más tiempo del debido. Me parece que más vale que se vaya.

Guardé silencio.

—¿O tengo que llamar a la policía?

—Sí, llámela si quiere.

Ahora fue Julia quien permaneció en silencio.

—La policía encontró un fular de gasa verde en el escenario del crimen — dije—. El pobre Spinola lo tenía en la mano cuando le disparó al corazón casi a quemarropa. Hay un vestido en su armario que combina a la perfección con ese fular de gasa. Lo llevó una noche a La Voile d'Or. Quizá recuerde cómo lo recogí cuando se le cayó al suelo y se lo devolví. Era de Christian Dior, igual que el vestido. Estoy tan seguro de ello que incluso apostaría dinero. Aunque no tanto como el que le costó. Seguro que a la policía le parecerá interesante. Es muy difícil disparar a alguien tan de cerca y no mancharse de sangre.

—Creo que se equivoca... —Pero ya tenía los ojos anegados en lágrimas.

—No, tengo buena memoria. Lo crea o no, saber lo que lleva una mujer

forma parte de mi trabajo. Por si necesita ir a comprar algo importante. Como un fular de gasa nuevo. Aunque ahora mismo no se lo aconsejaría, por supuesto. La poli estará atenta a esa clase de detalles. De hecho, yo me mantendría alejado de la mayoría de las tiendas de lujo para mujeres de la Riviera una temporada, por si alguien la recuerda. Además, el verde no es su color, Julia. Hágame caso. El azul le sienta mucho mejor.

Julia Rose profirió un suspiro que sonó igual que un buceador comprobando su respirador.

—Ay, Dios mío —susurró—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Hacer? No hay nada que hacer. Lo único que puede hacer ahora es contarme lo que ocurrió.

La dejé llorar unos minutos.

—Lo siento mucho... —dijo finalmente entre sollozos.

—Ya me lo imagino. Pero no tiene que pedirme disculpas a mí... Aunque era mi pareja de bridge. Y además bueno de narices.

—Lo quería. Lo quería tanto... Era el amor de vida. No creo que lo supere nunca.

—La creo. Pero ¿cuánto tiempo fueron amantes?

—Tres años. Estaba dispuesta a abandonar a Jack y casarme con Antimo, pero él no quería ni oír hablar de nada parecido. Me fue imposible lidiar con ello. Pensaba pegarme un tiro en su apartamento. Era lo que tenía planeado, Walter. Ya sé que suena de lo más estúpido, ridículamente melodramático... Debe de pensar que estoy loca. Supongo que lo estaba. Sigo estándolo, si he de ser sincera. Pero el amor causa ese efecto en algunas personas. Lo quería tanto que había decidido que no podía vivir sin él. Quería que él lo supiera. Me refiero a que lo supiera de verdad. Era tarde, y entré en su apartamento con la llave que me había dado cuando éramos amantes. Estaba en la cama y se levantó al darse cuenta de que yo me encontraba allí. Nos pusimos a hablar, le pedí que cambiara de parecer y se negó. Entonces saqué el arma del

bolso. No tenía ninguna intención de dispararle. Ni por un instante. Tiene que creerme, Walter. Intenté llevarme el arma al corazón y apretar el gatillo, pero él forcejeó para arrebatármela y entonces se disparó. Solo una vez. Un solo disparo. Y lo mató. Me marché corriendo, absolutamente aterrorizada.

Asentí.

—¿Sigue queriendo matarse?

—No... No estoy segura. A decir verdad, procuro no pensar en ello.

—No, no haga nunca eso, por favor. Mire, olvide lo que dicen los sacerdotes y los psiquiatras. Acepte el consejo de alguien que sabe de lo que habla. A veces, lo único que me permite soportar la noche es pensar en el suicidio. Puede ser un auténtico consuelo.

—Nunca sé cuándo está bromeando.

—Yo tengo ese mismo problema. Dígame, ¿sabe Jack algo de esto?

—No. Si sospecha algo, no lo ha dicho.

—¿Está segura?

Asintió.

—Jack bebe mucho. No se da cuenta de gran cosa, aparte de las cartas que le han dado. De algún modo, siempre se las arregla para prestar atención a eso.

—¿Qué fue del arma?

—Todavía la tengo arriba. Y hay sangre en el vestido, tenía usted razón.

—Vaya a buscar el vestido y el arma. Ah, y la llave del apartamento de Spinola, si aún la tiene.

—¿Va a entregarme a la policía?

—¿Por qué? Fue un accidente, ¿no?

—Sí, pero me siento tan culpable que es casi como si lo hubiera hecho a propósito. Como si de veras fuese una asesina.

—¿Por qué no deja que eso lo decida yo?

—Me siento desfallecer. En Francia siguen enviando a la gente a la

guillotina, ¿no?

—Sí, pero no va a ocurrir nada parecido en este caso. Mire, si es capaz de no perder la cabeza en esta situación, entonces no perderá la cabeza, se lo aseguro. Ahora, vaya a por esas cosas, como le he dicho.

Salió de la sala, y poco después regresó con una pequeña Beretta y el vestido verde en una bolsa. Me dio la llave, que llevaba una etiquetita de papel con la útil leyenda de «Spinola», y me la guardé en el bolsillo.

—¿Qué va a hacer con todo esto?

—El arma y la llave los tiraré al mar, probablemente. El vestido lo quemaré en el incinerador del hotel.

—Supongo que quiere algo a cambio de su silencio. Es así como funciona esto, ¿no?

—¿Cree que voy a chantajearla? —Sonreí y negué con la cabeza—. No voy a chantajearla, Julia. La mayoría de los asesinos solo lo hacen en una ocasión, pero los chantajistas lo hacen una y otra vez, razón por la que es un crimen peor que el asesinato. Es la primera y última ocasión que hablamos de esto, Julia. La próxima vez que nos veamos, ni siquiera mencionaremos esta velada.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué me ayuda? No lo entiendo, de verdad. Nos conocemos, pero de hecho no somos amigos. Ni siquiera pensaba que me tuviera mucho aprecio. No me debe nada.

—No es usted una asesina, Julia. Lo supe en cuanto la miré a los ojos. Hágame caso, sé de lo que hablo. Además, la ley del asesinato no significa lo mismo que en otros tiempos. No desde que el asesinato pasó a ser una continuación de la política por otros medios. Así es según Carl von Clausewitz. Bueno, lo es desde 1945. No se ganaría nada enviándola a prisión. Y menos aún en Francia. Y eso tampoco nos devolvería a mi compañero de bridge.

—¿Y qué pasa con la policía?

—¿La policía? Escúcheme, Julia. Los policías no son más que hombres corrientes. Solo con el arma, el vestido y la llave lo imposible se convierte en posible, lo posible en probable y lo probable se mantiene ante un tribunal. Ni siquiera la policía puede hacer milagros, por mucho tiempo que uno espere que se obre alguno. Necesitan pruebas. Sin pruebas, no hay nada. Eso dijo Nietzsche. A todas luces no estaba ni remotamente tan loco como cree mucha gente.

—Somerset Maugham está siendo chantajeado... —le dije a Anne French mientras cenábamos, ya tarde, en su casa—. Y no es la primera vez, me parece. Antes no eran más que unas cartas de amor indiscretas, pero esto es mucho más grave. Hay una vieja fotografía de él y varios hombres desnudos, algunos bastante conocidos en la actualidad, según creo. Y también una grabación. No puedo darte ningún detalle, pero es todo muy comprometedor para el anciano. También hay mucho dinero de por medio.

—¿Y qué papel desempeñas tú en este asunto? —preguntó—. Si no es indiscreción. Porque, a decir verdad, me parece que esto va un poco más allá de las obligaciones normales del conserje de un hotel. Sean cuales sean... En realidad, no estoy tan segura.

—Yo tampoco lo sé a ciencia cierta. Las más de las veces, me limito a contestar preguntas estúpidas. Robo alguna que otra prenda de lencería de la habitación de una huésped. Me deshago de una llave de vez en cuando. Me hago cargo de una o dos armas de fuego. Me libero de un vestido con restos de sangre. Lo típico. Pero de vez en cuando intento ayudar a la gente.

Había pasado la noche haciendo buena parte de eso ya. El arma de Julia Rose y la llave del apartamento de Spinola estaban a buen recaudo en el bolsillo de mi chaqueta, y en cuanto el vestido verde fuera a parar al incinerador del hotel, ella quedaría a salvo. Ni siquiera esperaba una propina.

—¿Es eso lo que consideras tu papel aquí? ¿Ayudar?

—Claro. Soy una especie de intermediario. Una defensa como las que cuelgan de esos bonitos barcos blancos en el puerto que hay colina abajo,

para evitar que la pintura se estropee contra el pontón del muelle u otra embarcación. Soy lo único que hay entre Maugham y el chantajista.

—¿Cómo te cayó en suerte ese trabajo?

—Respondí a un anuncio en el *Nice-Matin*. Se busca alemán idiota. Mira, no importa. Pero hace años, en Berlín, fui poli, así que esta clase de asuntos no me cogen de nuevas exactamente. La gente lleva decepcionándose mucho, pero que mucho tiempo.

—Desde luego das esa impresión.

—Es mi cara, ya lo sé. Temo que voy camino de parecerme a Somerset Maugham. —Me encogí de hombros—. No sé por qué, pero el pobre viejo me da pena. Casi todos los que le rodean solo se preocupan de sí mismos y de sus cuentas bancarias.

—¿Y tú no?

—No más de lo normal para un tipo como yo.

—¿Va a pagarle al chantajista?

—Eso parece. Mañana llegan en avión unos hombres del Foreign Office de Londres para verificar la grabación.

—¿Del Foreign Office? Dios mío, sí que tiene que ser grave.

—Sí, eso parece.

—Por no hablar de peligroso. Se suele leer sobre cosas así en la prensa dominical. Exigir dinero por medio de amenazas requiere..., bueno, amenazas, ¿no?

—Por lo general es así. Desde luego las hay en este caso.

—Entonces, haz el favor de tener cuidado.

—No creo que corra ningún peligro. Pero estaré en disposición de confirmártelo pasado mañana.

—No, en serio, Walter. Si puedo ayudar de algún modo, no vaciles en pedírmelo.

—Claro. Pero la verdad es que no veo qué puedes hacer.

—No tienes por qué esconder las cartas. ¿Acaso crees que no puedes confiar en mí? Nos estamos acostando.

—Sé que te mueres de ganas de escribir esa biografía, y te presentaré a Maugham cuando todo esto haya terminado, tal vez dentro de un par de días. Pero no puedo traicionar su confianza. No es mal tipo, creo yo. Por lo menos no para ser inglés.

—Creía que los alemanes admirabais a los ingleses.

—Eso no es más que un bulo que han hecho correr un montón de ingleses con remordimientos, que se pasan la noche despiertos pensando en cómo se atrevieron a lanzar bombas sobre niños en Dresde y Hamburgo.

—Empezasteis vosotros.

—En el sentido estricto, fue Neville Chamberlain el que empezó.

Estábamos sentados a la mesa de la terraza. En la oscuridad, se oía algún que otro jabalí hozando entre los árboles, detrás de la cerca de alambre. Bajaban de las colinas por la noche, en busca de alimento. Muchos vecinos los consideraban un incordio, pero Anne les tenía cariño. Incluso tenía una bonita figura de bronce de un jabalí en el aparador de su salón. Y le gustaba describirme a mí como su propio jabalí, lo que me iba de perilla.

—Acompáñame, *sangler* —me dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

Abandonamos la terraza y cruzamos el jardín hasta la casa de invitados. Los jabalíes nos oyeron y huyeron, lanzando algún que otro gruñido. Eran franceses, después de todo. Entretanto, Anne encendió la luz para revelar una estancia grande acondicionada a la perfección para un escritor. Había botes llenos de lapiceros, un montón de estanterías llenas de libros, varios archivadores y, encima de una mesa, una máquina de escribir Smith Corona Silent Super rosa. Al lado, había una portátil rosa más pequeña, en el interior del maletín abierto. Parecía la dulce hija de la más grande. Encima de otra mesa apoyada contra una pared había una radio de onda corta Hallicrafters.

Anne era muy aficionada a escuchar la BBC Internacional, gracias a la cual se enteraba de la mayoría de las noticias.

—Este es mi despacho —explicó—. Aquí es donde escribo. —Tocó con cariño la Smith Corona rosa grande y una resma de papel a su lado, casi como si estuviera deseando sentarse y ponerse a trabajar en ese preciso instante.

—Bonito. Muy bonito. Me gusta mucho, desde luego. ¿Sabes?, creo que hasta yo sería capaz de escribir aquí.

—Pues me gustaría leer ese libro.

—Un libro no. Sería demasiado largo. Tu horóscopo, quizá.

—¿Y qué diría mi horóscopo?

—Que va a haber un hombre atractivo en tu vida. Acabas de conocerlo. Es un poco mayor de lo que tienes por costumbre, quizá, pero vas a querer verlo mucho más. Con un poco de suerte, desnudo. En cuanto le hayas dicho exactamente qué te preocupa.

—Se te da bien. Deberías escribir para alguna revista. De hecho, has acertado: hay algo que me preocupa. El caso es que te debo una disculpa. No he sido del todo sincera contigo, Walter.

—Eso también lo he visto en tu horóscopo.

—No, en serio. Lo siento, pero no he sido sincera en absoluto.

Percibí la sinceridad de lo que decía, pero aun así me incomodó, como si estuviera jugando una mano de cartas. Aunque tampoco es que me importara especialmente. Siempre me han gustado las mujeres un tanto escurridizas. Sabía que no había intentado usarme para acercarse a Somerset Maugham, porque la primera vez que me abordó yo ni siquiera había conocido al anciano. Lo único que quería eran unas míseras clases de bridge. Además, aún no sabía mi verdadero nombre, de modo que no me encontraba precisamente en posición de sentirme agraviado por su falta de sinceridad.

—No es exactamente un club exclusivo, Anne. Yo no le daría muchas

vueltas.

—Cuando te dije que Victor Weybright me había ofrecido cincuenta mil dólares para que escribiera la biografía de Maugham, no mencioné que ya había firmado el contrato.

—Enhorabuena.

—El caso es que llevo ya varios meses trabajando en la biografía del anciano. Lo siento, Walter, pero probablemente sé más acerca de Somerset Maugham que tú; más de lo que nunca llegarás a averiguar.

Mientras hablaba, Anne abrió un archivador, sacó uno de los expedientes que había en sobres rojos y me lo entregó. Llevaba una etiqueta impresa en el ángulo que decía: «maugham, syrie, de soltera Gwendoline Maud Syrie Barnardo».

—Son mis expedientes de investigación. Este, por ejemplo, se centra solo en su esposa, Syrie.

—Creía que era... Bueno, no sabía que hubiera estado casado.

—Cuando se conocieron, era la señora Wellcome, la mujer de un fabricante farmacéutico norteamericano muy rico. Se casaron en 1914. Probablemente, fue Syrie la que le quitó el apetito por las mujeres para siempre. Se divorciaron en 1938, pero ella no volvió a casarse, de modo que él se vio obligado por las condiciones de su acuerdo a mantenerla económicamente. Syrie murió el año pasado. Y tardó lo suyo, en opinión de Maugham. A decir de todo el mundo, la odiaba. Creo que pensaba que ella le había tendido una trampa para que se casaran; que lo había utilizado para librarse de Henry Wellcome.

Anne me enseñó otro expediente. Este llevaba la etiqueta «haxton, gerald frederick».

—Este nombre me suena —dije—. Era su primer amigo y compañero, creo. Otro inglés homosexual. Tendrá algo que ver con el tiempo que hace en

Inglaterra, supongo. Con esa niebla pueden esconder muchas cosas. Sea como sea, parece un pájaro de cuidado.

—Lo era. Solo que no se trata de un inglés, sino de un norteamericano. De San Francisco. Maugham lo conoció durante la Primera Guerra Mundial, cuando Gerald estaba en la Cruz Roja americana. Solo estuvo en Inglaterra una vez, durante menos de una semana, en febrero de 1919. Fue a Londres con la esperanza de ver a Maugham, pero lo detuvieron y lo deportaron. No volvió.

—Eso explica muchas cosas, supongo. Me refiero a por qué se ha quedado Maugham tanto tiempo aquí.

—Lo que quiero decirte ahora, Walter, es lo siguiente. Sí que puedo ser de ayuda. Si necesitas saber cualquier cosa que te parezca que no le puedes preguntar a él directamente, me la puedes preguntar a mí. Lo más probable es que sepa algo al respecto. Soy admiradora suya, igual que tú. Aunque por razones distintas. A ti te gusta el hombre que es, quizá. Yo creo que es uno de los mejores escritores del siglo xx. Sé que no he sido muy sincera contigo acerca de todo esto, pero, por si ahora sirve de algo, te doy mi palabra de que cualquier confidencia que me hagas quedará entre nosotros hasta después de su muerte. O al menos hasta que me des permiso para usarla. ¿Te parece justo?

—Supongo... —murmuré, sin estar convencido del todo—. No lo sé.

—Te pagaré por tu ayuda, claro. —Se interrumpió—. Para cubrir tus gastos.

—De pronto, hay un montón de gente que quiere llenarme de dinero hasta los topes. Me siento igual que una máquina de tabaco. Y además, casi todos son ingleses. Lo curioso, por lo menos para mí, es lo poco que lo quiero. Mira, no me he metido en nada de esto por dinero, Anne. La verdad es que no. El anciano me paga una tarifa base por ayudarlo a salir de un aprieto, y eso es todo. Y entre nosotros..., bueno, lo que quiero decir es que preferiría

que no hubiera dinero de por medio. Si te ayudo, y aún no he dicho que vaya a hacerlo, será porque te aprecio y solo por eso. Nada más. El dinero lo complica todo. Sobre todo entre amantes.

—Claro. Lo entiendo.

—¿De verdad? No estoy seguro.

—Mira, si quieres usarlos, los expedientes están a tu disposición. Basta con que los pidas.

—Sí que hay algo sobre lo que me gustaría tener información —dije.

—Dime.

—Trabajó en el servicio de inteligencia en 1917. ¿Qué puedes contarme sobre eso?

—De hecho, entró en contacto con el servicio de inteligencia a través de Syrie. Una de sus amigas era amante de un tipo del servicio secreto que respondía al nombre de comandante John Wallinger. Y fue Wallinger quien le ofreció a Maugham un puesto y lo envió a Suiza, en 1915. Para 1916, Maugham era un agente inestimable sobre el terreno a las órdenes de sir Mansfield Cumming, director de la sección extranjera del servicio secreto británico, para el que Maugham controlaba toda una red de espías en el sur de Alemania desde el Hotel d'Anglaterre, en Ginebra. Eso no está al alcance de cualquiera. En 1917, después de la revolución de febrero en Rusia, trabajaba en la embajada inglesa en Petrogrado, donde coincidió varias veces con Aleksandr Kérenski. Kérenski era el cabecilla de los mencheviques. A esas alturas, Maugham ya contaba con varios centenares de agentes secretos bajo su control. Abandonó Petrogrado dos días antes de la revolución de octubre que aupó a los bolcheviques al poder, o sea que ya puedes ver que Maugham tenía muy buenas antenas de inteligencia. No todo el mundo se las apañó para salir a tiempo y bien parado. Desde entonces, nadie sabe con seguridad cuánto ha trabajado para los británicos, pero no hay duda de que ser un famoso autor internacional es siempre una buena tapadera para el espionaje.

China, Centroamérica, incluso Estados Unidos: Maugham siempre ha mantenido fuertes lazos con sus antiguos colegas del servicio secreto británico. En muchos aspectos, era el agente ideal. Es un hombre extraordinariamente perspicaz, por no hablar de que el secretismo es innato en él. Incluso escribió una novela de espionaje titulada *Ashenden o el agente secreto*. Te la puedo prestar, si quieres.

—Sí, me gustaría leerla.

Se acercó a una estantería y me buscó enseguida un ejemplar.

Acalorado, me quité la chaqueta y la colgué detrás de la puerta de uno de los cuartos de baño.

—Me impresiona cuánto sabes sobre él —reconocí.

—A eso me dedico. Dime, esos hombres del Foreign Office, ¿dijo quiénes eran?

—Maugham mencionó dos nombres. Alguien llamado sir John Sinclair.

—No he oído hablar de él.

—Y un individuo llamado Blunt. Anthony Blunt.

—De él sí que he oído hablar. Trabaja para la reina.

—Sí, pero ¿para cuál? En esta historia hay un montón de reinonas. No tengo claro cuál es cada una.

Sonrió y me echó los brazos al cuello. A la luz de la lámpara, su cabello castaño le rodeaba la cara como la melena de un león. Se lo aparté un poco como si fuera una cortina, la besé con ternura y deslicé la mano entre sus piernas. Los caballeros las prefieren rubias, según decía una película reciente que había visto; por suerte, yo no era un caballero. Gimió un poco y se apretó contra mi mano. Fuera, los jabalíes habían vuelto. Los oí resollar entre los árboles mientras revolvían la tierra con sus hocicos. Al menos me pareció que eran jabalíes; al volver la vista atrás, creo que tal vez eran mis neuronas.

Al día siguiente, por la tarde y bajo un cielo rosa salmón, Somerset Maugham, Robin, Alan Searle y yo esperábamos a que el chófer del anciano trajera a los británicos de su hotel en el Cap. Habían preparado un bufet frío, y Annette, la cocinera, lo estaba sirviendo en la terraza mientras nosotros cuatro continuábamos en la sala entre cócteles y cigarrillos. El magnetófono Grundig seguía encima de la mesa de comedor, listo para entrar en acción. La atmósfera era tensa y expectante y, como siempre, más malévol y pecaminosa que la línea de coristas de un cabaret de la antigua Weimar.

—Mirad ese cielo —comentó Robin—. Es rosa Leander, ¿verdad?

—Más bien rosa Garrick Club —señaló su tío—. Aunque seguro que no notarías la diferencia, querido.

—No estado nunca en el Garrick Club —dijo Alan—. Willie no me ha llevado nunca. Aunque es socio.

—Eres demasiado joven para el Garrick, cariño —repuso Maugham—. No te dejan pasar por la puerta hasta que no te crece una cantidad de pelo considerable en las orejas y las ventanas de la nariz. De hecho, esa una de las condiciones para ser socio.

—Entonces, deberías ser secretario del club —señaló Alan.

Maugham se volvió en la silla para dirigirse a Annette.

—Asegúrese de utilizar las copas de champán victorianas —le indicó—. Uno de los hombres que vienen esta noche es caballero del reino.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —indagó Alan—. ¿Quiénes son esos hombres, Willie?

—Sir John Sinclair y un individuo llamado Patrick Reilly —dijo Maugham

—. Sinclair es el actual director del MI6 y Reilly, un mandarín del Foreign Office. Creo que antes era director del Comité Conjunto de Inteligencia, los que supervisan al MI5 y al MI6. Van a cerciorarse de que no vayan a darme gato por liebre, y espero que también a respaldar la transacción.

—Entonces, si son tan rematadamente importantes, ¿cómo es que se alojan en el Belle Aurore? —preguntó Robin.

—Porque es mucho más barato que el Grand o La Voile d'Or —respondió Maugham.

—¿Por qué no se quedan en la villa? Como si no hubiera sitio de sobra.

—Han venido acompañados de unos matones del Servicio de Seguridad del Estado. Por si todo esto es una astuta trama rusa para secuestrar a dos de nuestros espías más destacados. Pero, como siempre, el Gobierno de Su Majestad también se muestra tacaño con el dinero. Además, Simbad prefiere con mucho alojarse en el Aurore. Es bastante más modesto y discreto que esos otros hoteles.

—¿Quién demonios es Simbad? —se interesó Robin.

—Antes de ser director del MI6, sir John Sinclair fue un destacado general de la Artillería Real —explicó Maugham—. Pero previamente pasó por el Colegio de la Marina de Dartmouth, y durante dos años fue guardiamarina de la Marina Real. Simbad el Marinero. Y eso es todo lo que sé de él. Sirvió con las fuerzas de Múrmansk en el norte de Rusia, y durante un tiempo, aunque desempeñando un discreto papel, fue uno de mis agentes sobre el terreno.

—Ni siquiera sé dónde está el Belle Aurore —comentó Searle con irritación.

—Está en la avenida Denis Semeria —le indiqué—. Un poco más allá de la Villa Ephrussi.

—Vaya, ya salió el conserje del hotel —dijo Robin.

—¿En la carretera general a Villefranche? —preguntó Alan.

Asentí.

—Paso por allí casi todos los días.

—A mí me parece un sitio un poco ruidoso —señaló Alan.

—Guy Burgess también fue cadete en el Colegio de la Marina de Dartmouth, ¿no? —me cercioré—. Al menos eso decía en la grabación.

—Pues sí —asintió Robin.

—Simbad es mucho mayor que Guy Burgess —repuso Maugham—. Unos quince años mayor, probablemente, así que no hubo posibilidad de que se cruzaran. Además, Burgess no es del tipo de Simbad en absoluto.

—No querrás decir que también es homosexual, ¿verdad? —indagó Alan.

—No, qué va. Simbad está felizmente casado.

—Es lógico que alguien lo esté... —comenté.

—Con Esme, me parece. Desde hace muchos años.

—Cualquiera casado desde hace muchos años con alguien llamado Esme tiene que ser marica —saltó Robin.

—Me cuesta imaginar que alguien que haya sido guardiamarina de la Marina Real no sea un poco sarasa —objetó Alan—. Si hubieran puesto en los carteles de reclutamiento que las principales tradiciones de la Marina Real eran el ron, la sodomía y el látigo, me habría alistado de inmediato. Pero, en cambio, acabé en el ejército. En el puto Yorkshire. Eso cura a cualquiera de su homosexualidad, de por vida.

—¿Es que no hablan ustedes de nada más? —dije—. ¿De quién es marica y quién no?

—¿O hablamos de eso o del puñetero Suez —replicó Alan—, y ahora mismo no me apetece nada hablar de Suez.

—No, desde luego —murmuró Robin—. Esos egipcios de mierda van a dejarnos en la estacada otra vez.

—No crea ni por un instante que no hemos hablado de usted en ese mismo sentido, Walter —confesó Maugham—. Antes de los nazis, Berlín era un paraíso para los bujarrones. Me resulta muy difícil imaginar que en su

historia tan sumamente secreta no haya algo más interesante que un par de esposas desgraciadamente fallecidas.

Cambié de postura en la silla, un tanto incómodo, encendí un cigarrillo y me dije que, cuanto antes pudiera marcharme de la Villa Mauresque, mejor. Esa atmósfera siempre me inquietaba, como si estuviera calculada para hacerme sentir que el raro era yo. Y quizá lo fuera. Un pez fuera del agua, eso seguro; fuera del agua, y sin oxígeno. Me puse otra copa y procuré mantener la afabilidad.

—No sé si yo tacharía mi historia de sumamente secreta —dije—. Creo que ya le he contado buena parte, ¿no?

—Si fuera usted un narrador de ficción, amigo mío —repuso Maugham—, yo lo consideraría un narrador en el que no se puede confiar. Como Tristram Shandy. No me malinterprete, por favor. No es un reproche. No en este caso, no en el suyo. Resulta entretenido, más que nada.

Robin me miró con el ceño fruncido, y luego lanzó una mirada irritada a su tío.

—¿Qué hace Walter aquí, por cierto? Eso es lo que me gustaría a mí saber. Es alemán. Una velada así tendría que ser solo para británicos, qué duda cabe. No creo que a alguien como sir John le agrade que haya un «Jerry» en una reunión como esta.

—Tienes razón, claro —dijo Maugham—. Un inglés sabe instintivamente lo que está bien y lo que está mal. Y siempre se puede confiar en que no decepcione a los suyos, no como un puto boche. Sobre todo alguien que fue a Eton y Cambridge. Alguien como Guy Burgess, quizá.

Alan se echó a reír.

—Además, Simbad no es el único que puede traer un poco de máxima seguridad —añadió Maugham—. Yo también puedo.

—Bueno, me parece que es un poco mayor para ser guardaespaldas... —saltó Robin.

—¿No es así, Walter? —insistió Maugham.

Saqué la automática que me había dado Spinola en La Voile d'Or del bolsillo del pantalón, para que la vieran todos, pero sobre todo para que Robin le echara un buen vistazo.

—O sea que era eso —comentó Robin—. Y yo que pensaba que ese bulto en los pantalones podía ser su polla.

Sonreí con tranquilidad; me pareció un poco más hábil desde el punto de vista social que lanzarle un culatazo a su rosado y sudoroso rostro. Aun así, había más de un modo de cruzarle la cara a una zorra como Robin.

—Quizá su sobrino esté interesado en saber que Anthony Blunt también va a venir esta noche —le dije a Maugham.

—¿Blunt? ¿Va a venir aquí Anthony Blunt? —preguntó Robin, sin poder ocultar su inquietud.

No se lo reproché. Debía de ser un tanto incómodo encontrarse con alguien en una reunión social como aquella cuando uno lo ha estado chantajeando. Se puso en pie, sonrojándose y boqueando como una de las carpas del estanque decorativo de su tío, y tiró el cigarrillo hacia el jardín de un capirotazo.

—No me lo había dicho nadie. ¿Por qué coño va a venir también Anthony Blunt? No lo entiendo. ¿Quién lo ha invitado?

—Sir John sugirió que podía sumarse a nosotros —respondió Maugham—. Blunt conoce a Guy Burgess mejor que nadie. Además, durante la guerra Anthony trabajó para el MI5, de modo que está doblemente cualificado para estar aquí. Alan, haz el favor de recoger ese cigarrillo antes de que provoque un incendio. Ahora mismo, el jardín está muy seco. Procura tener un poco más de cuidado, Robin.

Alan se puso en pie, buscó el cigarrillo y lo dejó en el cenicero, mientras Robin seguía rezongando sobre el asunto de la llegada inminente de Blunt.

—Gracias, Alan.

—No sabía que hubiera sido del MI5 —comentó Robin—. Creía que era

experto en historia del arte, no un puto espía.

—Los expertos en historia del arte suelen ser buenos espías —señaló Maugham—. En el arte, como en la vida, las cosas nunca son lo que parece. Durante la última guerra, yo también trabajé para el MI6 en Lisboa. Y luego, en Nueva York, ayudé a Bill Stephenson a gestionar la coordinación de la seguridad británica desde el Rockefeller Center. Pero sigo sin tener permitido hablar mucho al respecto.

—¿Hay algún marica en Londres que no trabaje para los servicios de seguridad? —rezongó Robin Maugham—. Eso me gustaría saber a mí. Bueno, ojalá me hubiera dicho alguien que venía, eso es todo.

—Te lo estoy diciendo ahora —repuso Maugham.

—Si piensa seguir por aquí cuando lleguen —le advertí a Robin, agravando su incomodidad, ahora evidente para todos—, tal vez este sería un buen momento para que le diga a su tío lo que ignora. Me refiero a lo suyo con Blunt.

—Dios santo, no te lo habrás follado también, ¿verdad? —exclamó Maugham, que empezó a proferir su áspera risa de anciano—. ¡Qué diablillo!

Robin me fulminó con una mirada de odio.

—Quizá antes de que Blunt se lo cuente a su tío, cosa que bien podría hacer, ¿no le parece? No es más que una sugerencia, Robin. Para ahorrarle un bochorno innecesario.

—Es usted un maldito bastardo...

—Sí que se lo ha follado, ¿no? —Maugham seguía riéndose, encantado a su manera casi satánica—. Cuenta, cuenta.

Pero Robin ya había tenido suficiente, y salió a la terraza como un terrier furioso. Unos minutos después, oímos cómo se alejaba su Alfa Romeo.

—Ahora sí que estoy fascinado —dijo Maugham, que aún se reía a carcajada limpia—. ¿Qué diablos le pasa a ese muchacho?

Había llegado el momento. Le conté al anciano lo de la fotografía, y cómo

su sobrino la había usado para chantajear a Anthony Blunt y este había alegado que posteriormente se la habían robado de su piso de Londres.

—Es muy posible que Robin y Harold Hebel estuvieran conchabados para sacarle a usted dinero —le expliqué—. Cincuenta mil dólares, si sabe a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. Ay, Dios. Pobre Robin... Esto no tiene ninguna gracia, ¿verdad?

Recuperando la compostura, Maugham tomó un sorbo de su martini, se comió la aceituna y luego suspiró.

—Mire, Walter, no espero que lo entienda en absoluto, pero, para hombres como Robin, Alan y yo, el silencio acerca de quiénes somos y lo que somos no es tanto una opción como un asunto sobre el que debemos mantener constante vigilancia. De hecho, es poco menos que una obsesión. Vivimos en un mundo despiadado de extorsión y chantaje, del mismo modo que otros conviven con la religión o la política. El chantaje nos infecta hasta el punto de que a menudo no somos solo sus víctimas, sino, con frecuencia, también quienes lo perpetramos. Los amantes despechados se convierten en nuestros torturadores más crueles. Muchachos a los que agasajamos con juguetes, regalos y dinero, siempre dinero en abundancia, se revuelven y muerden en el nombre de su propia libertad la mano que tan generosamente les dio de comer. Las cartas que hemos escrito son las herramientas de nuestra tortura y posible perdición. Me resultaría fácil condenar sin más los actos de mi sobrino, pero no lo voy a hacer. Como sin duda recuerda usted, yo mismo le chantajeé para que aceptara ayudarme en este asunto. Así pues, ya ve que soy tan retorcido y tengo tan pocos escrúpulos como Robin.

—Creo que está excusando su comportamiento —dije.

—Claro que lo excuso. Robin es mi sobrino, y, a pesar de sus evidentes defectos, le tengo mucho cariño. Es el único miembro de mi familia al que aprecio... No, eso no es del todo así: tengo una sobrina, Kate, la hija de mi

hermano, a la que tengo en gran estima. Pero Robin es un hombre débil. Y me necesita. «Necesidad» es una palabra más importante que «amor», Walter. Sobre todo a estas alturas de mi vida. Aunque tal vez siempre lo fue. Es bueno que lo necesiten a uno. Quizá algún día lo entienda.

Sir John Sinclair, alias Simbad, cruzó sus largas piernas y alisó las perfectas rayas de los pantalones de su traje de verano. Sus lustrosos zapatos marrones relucían a la luz de las lámparas, y su pelo corto y entrecano le coronaba la cabeza igual que una boina del ejército. Tenía exactamente el aspecto de lo que era: un exgeneral del ejército británico, uno de esos generales de actitud paternal y quizá muy querido que consideraba a sus hombres como sus hijos y a sus suboficiales como hermanos menores. Mientras escuchaba la cinta, iba tomando notas con una estilográfica y de vez en cuando se frotaba la nariz, un tanto desviada hacia el lado izquierdo de la cara. Era un hombre bien parecido, de unos sesenta años y bastante más enérgico que los demás ingleses que lo acompañaban. Patrick Reilly era unos diez años más joven que Sinclair, y aunque probablemente era tan alto como él, su aspecto era menos vigoroso, con un asomo de papada y una postura más propia de alguien en una silla colonial en la galería de algún pabellón de caza indio. Mientras que la expresión de Sinclair era animada e intrépida, como la de un perro de caza bien adiestrado, la de Reilly era en conjunto más felina y recelosa, con unos penetrantes ojillos verdes y la boca más apretada que la bolsa de un comerciante frisio. Ninguno había dicho gran cosa, pero Reilly ya me parecía el más inteligente de los dos. Ambos me miraban con intensa desconfianza, y se habían llevado una buena sorpresa, como también me la había llevado yo, cuando poco antes Maugham me había presentado como su «detective privado».

—Winston iba acompañado de uno cuando vino a alojarse aquí, en la Villa

Mauresque —añadió Maugham, a guisa de explicación y justificación—. No recuerdo cómo se llamaba.

—Walter Thompson, me parece —señaló Sinclair—. Como la agencia de publicidad.

—No, ese era el anterior —matizó Reilly—. ¿No lo recuerdas? Un tipo más bien obtuso. Tuvimos muchos problemas cuando se empeñó en publicar un libro sobre sus experiencias como guardaespaldas de Winston.

—Ah, sí.

—Bueno, sea como sea, mi detective también se llama Walter —dijo Maugham—. Y se encuentra aquí con nosotros esta noche porque me ha estado ayudando a lidiar con un chantajista, Harold Hebel. Confío en que no tengan ninguna objeción a que nos acompañe, porque tengo mucha confianza en su juicio. En cualquier caso, prefiero que se quede. Del mismo modo que estoy seguro de que ustedes se sentirán más a salvo con sus dos muchachos del Servicio de Seguridad, si es eso lo que son. —Maugham hizo un gesto con la cabeza en dirección a las vidrieras de la terraza, donde dos ingleses más bien grandotes y bien armados daban tumbos por el jardín procurando no llamar la atención.

—No tengo ni idea de dónde son. —Reilly miró a Sinclair—. ¿Y tú?

—No son de mi departamento. Los saqué a los dos del almacén. Mercancía estándar para una excursión como esta. Son de Fort Monckton, me parece. Puro músculo de Portsmouth.

El tercer visitante de Londres parecía encajar en la Villa Mauresque de un modo que nunca hubiera estado al alcance de Sinclair y Reilly. Evidentemente homosexual, Anthony Blunt tenía unos cincuenta años y era alto, delgado como una figura de bronce de Giacometti, con una mata de pelo entrecano peinado con estilo juvenil y el aire de un hombre que acabara de degustar un jerez de calidad más bien indiferente. Lucía una camisa blanca de cuello abierto con manga corta y, a diferencia de los otros dos, se había

quitado la chaqueta porque hacía una noche muy cálida. Las profundas arrugas de expresión en torno a la ranura que tenía por boca parecían debidas a que reía mucho. Desplegaba a menudo su mordaz sentido del humor y me pareció que era un hombre encantador y de lo más inteligente, si bien muy poco digno de confianza. La mera idea de que ese individuo hubiera sido espía del MI5 parecía ridícula, pero no tenía aspecto de chantajista y descarté enseguida la posibilidad de que pudiera estar conchabado con Hebel para extorsionarle dinero a Maugham. No lo creía capaz de pedir en tono mínimamente amenazante ni siquiera el periódico matinal. Blunt también estaba tomando abundantes notas, y cuando acabamos de escuchar la grabación por primera vez, fue él quien habló primero. Su voz debía de resultarle tan familiar a la reina de Inglaterra como la suya propia, y supuse que seguramente era así como hablaba la soberana.

—Creo que la respuesta a la pregunta más acuciante ahora mismo, si es o no Guy Burgess quien habla en la grabación, es categóricamente afirmativa; en mi opinión, claro. Los detalles y las fechas que aporta sobre su juventud son precisos. Igual que el nombre en clave de la fuente suiza que manejaba para el MI5 en 1944: Orange. Solo Guy y una o dos personas más, incluido yo mismo, teníamos conocimiento de ese nombre. Y solo nosotros sabíamos también que el pobre Orange tuvo un final cruento a manos de la Gestapo, en Trier. Es un punto a favor de la autenticidad de esta cinta. Y hay otro detalle más que lo confirma, un detalle que paradójicamente constituye una confirmación de un perverso engaño, el perverso engaño al que se había dejado arrastrar el propio Guy, claro.

»A pesar de la considerable experiencia que tenía a sus espaldas, algo que debería haberle llevado a pensar lo contrario, he de decir que era totalmente típico de Guy estar convencido de que la BBC sería capaz de emitir esta grabación. Guy siempre se mostró muy crítico con la BBC y todas sus maniobras. Creía, igual que yo, que la BBC era una de esas instituciones que

trivializan lo más serio, y es imposible imaginar que probablemente hubieran dado a esta grabación el trato que él deseaba. Solo puedo suponer que debió de pensar que algún alma de tendencias izquierdistas de la BBC, empeñada en dejar en ridículo al gobierno, filtraría la cinta a un periódico como el *Manchester Guardian*, a fin de que publicaran un extracto de la grabación. Pero incluso ellos habrían tenido que acatar la citación de un comité consultivo que prohibiera la publicación por razones de seguridad nacional. La idea de que criticar abiertamente a los servicios de seguridad sea ahora permisible es ridícula, por no decir otra cosa. Del mismo modo, nunca se permitiría que el gran público británico escuchara cómo reconoce la facilidad con que echó mano a expedientes del servicio secreto.

—Sí, es muy perjudicial —reconoció Sinclair—. Nos hace quedar como verdaderos incompetentes.

—La anécdota de cómo Guy fue a Chartwell para entrevistar a Churchill es cierta —continuó Blunt—. Ya la había oído, claro, y es una historia conocida, me parece. Guy la contaba a menudo en el Reform Club, sobre todo cuando estaba borracho. Lo que es mucho menos conocido es que, en efecto, Guy cortejó a la sobrina de Churchill, Clarissa, ahora señora de Anthony Eden. Me percaté vagamente de ello en su momento y, como es natural, me sorprendió mucho, por no decir otra cosa, y por razones evidentes. Desde luego no tenía idea alguna de que le hubiera instado a hacerlo su contacto ruso, ese tal Arnold Deutsch, con el nombre en clave de Otto.

—Hasta donde yo sé, el MI6 nunca ha tenido conocimiento de un contacto ruso llamado Arnold Deutsch, con el nombre en clave de Otto —señaló Sinclair.

—Yo tampoco —reconoció Reilly—. Quizá fuera uno de los «grandes ilegales», supongo, esos comunistas trotskistas nacidos fuera de Rusia que creían en el Comintern. Pero estaba convencido de que había oído hablar de

todos ellos. En nuestros archivos no figura nadie con el nombre de Deutsch, Otto o Arnold, eso seguro.

—¿Y a usted, Anthony? —preguntó Sinclair—. ¿Le suena de algo?

—No. Nunca había oído hablar de él. Desde luego, no había nadie en Cambridge que encaje con esa descripción. Y nadie que yo recuerde que se cruzara en el camino tan sinuoso, por no decir errático, de Guy.

—Por supuesto —añadió Reilly—, los rusos solo estarían dispuestos a reconocer su existencia si realmente murió ejecutado por Stalin allá por 1938, unos años después de que, según dice Guy, lo reclutara el NKVD, como ocurrió con la mayoría de los ilegales. De modo que eso tendría sentido.

—A mi modo de ver, todo lo concerniente a lo ocurrido en torno a Hector McNeil es muy perjudicial —afirmó Sinclair.

—Sobre todo teniendo en cuenta que era ministro del gobierno por aquel entonces.

—Desde luego lo es para el Partido Laborista, aunque no para el propio McNeil, que murió el año pasado.

—¿De veras?

—Sí. Solo tenía cuarenta y ocho años.

—¡Dios santo! Era escocés, claro. De la clase obrera de Glasgow. Por lo visto esos nunca viven mucho tiempo, ¿verdad?

—La información acerca de que Gran Bretaña tenía una lista de las ciudades rusas que bombardearíamos en caso de lanzar un ataque preventivo también es perjudicial —señaló Reilly—. Al pueblo británico no le gusta verse como agresor. Eso no se habría podido emitir nunca. Ni en un millón de años.

—Me gustaría saber quién era ese hombre con el que se reunieron Deutsch y Guy en París —comentó Sinclair—. El que dice que Deutsch quería reclutar para el bando de los camaradas.

—¿El que acababa de volver de China? —preguntó Blunt—. Sí. Eso era

muy interesante.

—El caso es que a mí me suena de algo —reconoció Sinclair—. Pero ¿de qué?

—Había estado trabajando para una compañía tabaquera, así que no debería ser muy difícil averiguarlo —sugirió Reilly—. Pero lo que más me interesa es de dónde procede la cinta. Tenemos que averiguar si en la BBC llegaron a recibirla. Y en caso de que la recibieran, quién se la dio y qué ocurrió con ella. Cuesta imaginar que no fueran conscientes de lo importante que era.

—Por otro lado, si a ese tal Hebel le dio la cinta alguien del KGB —añadió Blunt—, la cuestión es qué pretenden conseguir los soviéticos facilitándonosla ahora, cinco años después de que Burgess y Maclean se fueran a Rusia. ¿Desinformación o revelación? Supone todo un dilema.

—Desde luego.

—Walter tiene una teoría interesante sobre la grabación —señaló Maugham—. ¿Verdad que sí, Walter?

—Sí, señor. —Y les conté de inmediato lo que sabía acerca de Hebel y su historial como experto chantajista en Alemania—. Quizá sea un caso de chantaje, pura y simplemente. De ser así, no se me ocurre nadie más capacitado que Hebel para encargarse de la transacción en nombre de los rusos.

—Sí, pero ¿qué pretenden ganar con eso? —preguntó Reilly.

—Dinero —dije—, ¿qué si no? La Unión Soviética anda desesperadamente escasa de divisas extranjeras. Y saben muy bien lo delicadas que son las relaciones angloamericanas en estos momentos, lo deseosos que estarían ustedes de evitar que los americanos lleguen a oír una cinta tan reveladora como esta. Es imposible saber qué contienen las demás grabaciones que se ofrecen como parte del trato.

—Podrían ser más comprometedoras incluso —señaló Reilly—. Sí, ya veo

a qué se refiere.

—En estas circunstancias —añadí—, doscientos mil dólares parece un precio barato, en comparación con el coste diplomático que supondría el hecho de que esta cinta y otras semejantes aparezcan en las páginas del *New York Times* o en alguna cadena de noticias extranjera.

—Si Walter está en lo cierto, entonces salta a la vista que el agente de inteligencia rusa que supuestamente está detrás de todo esto tiene un sentido del humor sorprendente —comentó Maugham—. La idea de que el gobierno británico pague al KGB para evitar que filtre secretos sobre su desertor más famoso es como mínimo desternillante. Al menos, lo sería si no fuera yo el que tiene que apoquinar.

—Ciertamente —convino Sinclair.

—Y ese tal Hebel es el hombre que estaba en posesión de la fotografía comprometedora que Anthony le compró a su sobrino Robin —dijo Reilly—. Por mil libras, ¿no es así?

—Sí —asintió Maugham—. Lo siento, Anthony. Tiene que permitirme que le devuelva las mil libras que le pagó por ella.

—Por favor, no se preocupe por eso, Willie —repuso Blunt—. Como usted bien sabe, más que un gaje del oficio es casi un deber constitucional. Además, la fotografía y el negativo fueron sustraídos de mi piso hace varios meses. Debido a mi trabajo de director del Instituto Courtauld, me veo obligado a recibir a muchos estudiantes. Por desgracia, creo que uno de ellos debió de robarla y vendérsela a ese tipo tan horrible. Ya me huelo quién pudo ser. Un muchacho austríaco. Lo que hace que el asunto resulte aún más decepcionante. Es uno de mis alumnos más prometedores.

—El caso es que ese individuo me recuerda al tipo del relato de Sherlock Holmes —dijo Sinclair—. «La aventura de Charles Augustus Milverton».

Reilly esbozó una sonrisa sosegada.

—Sí, claro. El rey de los chantajistas. Siempre me ha parecido un relato

muy bueno.

—Milverton estaba basado en un chantajista real, por cierto —añadió Blunt—. Un tipo llamado Howell que chantajeaba al artista Dante Gabriel Rossetti. Encontraron a Howell degollado y con medio soberano en la boca. Lo que, de algún modo, parece algo bastante apropiado.

—Ojalá alguien le cortara el cuello a ese Hebel —dijo Maugham—. Le sugerí a Walter que lo eliminara, pero por desgracia rehusó. ¿Por qué no les dicen a sus dos amigos de Portsmouth que lo cojan y le den un buen repaso con una plancha al rojo vivo. Me parece que así podrían sacarle todas las respuestas que necesitan.

—No creo que eso les hiciera mucha gracia a los franceses —señaló Reilly—. Nos llevamos bastante bien con ellos ahora mismo, con ese asunto de Suez y tal. Lo que supone un cambio muy agradable. Por una vez, tenemos los mismos intereses. No les agradaría en absoluto que nos comportáramos de una manera tan despótica como sugiere, Willie.

—Además —añadió Sinclair—, nos arriesgamos a que quien sea que esté detrás de Hebel reaccione enviando una de las cintas a los norteamericanos, lo que sería un desastre. Es el riesgo que se corre cuando se pone al chantajista en evidencia. Todo puede irse al cuerno.

—Si no es más que un intento de sacar un poco de dinero extra, es bastante ingenioso —dijo Reilly—. Willie le paga al chantajista, y le paga enseguida para eludir el bochorno personal. Y nosotros le pagamos a él, aunque con más demora, como es típico de los departamentos del gobierno, para evitar que Willie se vea en la odiosa situación de preguntarse cómo recuperar el dinero. Además, Walter está en lo cierto, creo yo. Han puesto un precio muy apropiado a esas grabaciones. Doscientos mil dólares es suficiente para que les salga a cuenta, pero no demasiado para disuadir a Willie de adquirirlas.

Volvimos a escuchar la grabación, y esta vez, cuando hubo terminado, abandonamos el salón de paredes blancas y salimos a la terraza a cenar langosta fría con champán bajo las estrellas. Luego, sir John Sinclair se excusó y fue a hacer una llamada de teléfono a «los amigos» de Londres, según dijo, para poner en marcha el laborioso proceso de sacarle el dinero de Maugham al gobierno británico, siempre escaso de fondos. Robin Maugham siguió sin aparecer por la Villa Mauresque, lo que ya le venía bien a su tío, y Alan Searle, creo que aburrido, se fue a alguna parte en su coche, dejándonos a Reilly, Blunt, Maugham y a mí charlando mientras tomábamos coñac y fumábamos. Después, con los brazos cruzados sobre el pecho igual que una momia egipcia y las gafas encaramadas a la punta de su larga nariz picuda, Blunt se excusó y se dispuso a inspeccionar los cuadros de la vieja reina. De vez en cuando, se le oía proferir algún adjetivo para subrayar su intensa admiración por la colección de Maugham, que, según declaró más adelante, era «la mejor que había visto en manos privadas», lo que satisfizo enormemente al escritor. Él también volvía a estar de buen humor; la perspectiva de arriesgar una elevada suma de dinero sin tener garantizado el reembolso lo había tenido muy angustiado.

—Bueno, he de reconocer que es un alivio. Lo del dinero, quiero decir. Estaba planteándome posponer la adquisición de un bonito cuadro de Stanislas Lépine que he encontrado. Es bastante caro. El azúcar glasé de la tarta, por así decirlo. O incluso la guinda. A estas alturas de mi vida, es un

tanto difícil saberlo. Por cierto, mañana a las once de la mañana los Hottinger, mis banqueros en Niza, tendrán el dinero disponible.

—Ha hecho muy bien en llamarnos, Willie —aseguró Reilly—. Gracias. Muchas gracias. No cabe la menor duda de que tenemos que evitar que estas grabaciones caigan en las manos equivocadas. Y si el señor Wolf se presta a ello, le pediremos que se ocupe de la entrega; creo que será lo mejor. No querríamos ahuyentar a ese tal Hebel presentando a alguien ajeno al asunto a estas alturas. Dicho esto, quizá sería adecuado que nuestros muchachos de Fort Monckton lo acompañaran parte del trayecto para tener bien vigilado el dinero.

—Eso es cosa de Walter —dijo Maugham—. Él y Robin son los únicos que se han visto con Hebel.

—La entrega tendrá lugar en un barco, en Menton —informé a Reilly—. Supongo que Hebel ha tenido en cuenta que las carreteras de la Riviera no son las más adecuadas para escapar. Creo que tiene planeado emprender la huida en él en cuanto haya contado el dinero. Yo iré directo de Niza a Menton.

—¿Por qué Menton? —preguntó Reilly.

—Porque está en la frontera con Italia —explicó Maugham—. Puede estar en uno de esos bancos de tres al cuarto en Ventimiglia una hora después de recibir el dinero.

—Por supuesto, no hay ninguna garantía real de que vayamos a poner fin a nada de todo esto pagando —dijo Reilly—. Una vez hayamos comprado una remesa de cintas de los Dos de Cambridge, cabe la posibilidad de que esto no acabe nunca. Así funciona el chantaje, claro. Antes de darnos cuenta, podríamos vernos obligados a comprar más material comprometedor. De hecho, me atrevería a decir que es una certeza irrefutable. Donald Maclean pasó cuatro años en Washington, de 1944 a 1948, después de lo cual ocupó un cargo clave en nuestra embajada en el Cairo. No hace falta decir que

puede crearnos muchas dificultades con los americanos. Ahora mismo, J. Edgar Hoover nos ve como un buque con un montón de vías de agua. Mira a Burgess, Maclean y el estado en que se encuentra el MI6, y se pregunta qué sentido tiene compartir más secretos con los ingleses. Sea como sea, ahora lo mejor es no pensar mucho en el problema que podría buscarnos Maclean con los puñeteros egipcios, con la que está cayendo en Suez. Me refiero a que podría soltar el gato entre las palomas. Hemos estado apoyando al rey Farouk y dejando que los aviones estadounidenses aterricen y reposten en la Zona del Canal, de camino a realizar misiones de entrenamiento de bombardeos sobre la Unión Soviética, lo que hace que las exigencias del general Nasser parezcan sumamente razonables. Así pues, ya ven que tenemos que comprar lo que venden o corremos el riesgo de vernos en una situación enormemente embarazosa.

—Sí, ya lo veo —convino Maugham—. En cuanto escuché la grabación, supe lo dañina que era. No solo para mí, sino también para el Gobierno de Su Majestad. Tal como yo lo veo, en este caso no son solo las leyes contra la homosexualidad lo que da patente de corso a nuestro chantajista; también se la da la Ley de Secretos Oficiales. Con cualquier asunto en el que uno valore mucho la intimidad, siempre cabe la posibilidad de que alguien saque provecho económico de ello.

—El caso es que todo esto quizá le permita conseguir su título de caballero —le dijo Reilly a Maugham.

—¿De veras lo cree?

—¿Por qué no? Desde luego se lo haré saber a Selwyn Lloyd la próxima vez que lo vea.

—El ministro de Asuntos Exteriores británico —me aclaró Maugham—. Y, casualmente, me profesa cierta admiración.

—El problema —continuó Reilly— es que esos dos, Burgess y Maclean, ahora pueden causar todo el daño que quieran con impunidad. Guy Burgess

puede ir cantando más o menos lo que le plazca, e incluso si no es cierto los americanos le creerán. Él y Maclean tienen ahora toda la pinta de parecer unos espías mejores y más efectivos de lo que eran, aunque solo sea porque consiguieron salirse con la suya durante tanto tiempo.

—¿No es esa la definición de un espía perfecto? —dije—. ¿El que se sale con la suya, en su caso durante casi dos décadas?

—Walter tiene razón —observó Maugham—. Cuesta imaginar cómo podrían haber tenido más éxito del que tuvieron.

—El cerco se estaba cerrando en torno a ellos cuando desertaron —arguyó Reilly—. No puedo decir mucho al respecto, pero estoy casi seguro de que los hubiéramos atrapado antes de que transcurriera mucho más tiempo.

—Seguro que eso le supone un alivio enorme al señor Hoover —dijo Maugham con retranca—. Dormiré mucho más a gusto sabiendo que estuvieron a punto de atraparlos, antes de que consiguieran dañar gravemente la relación entre Inglaterra y Estados Unidos.

Encendí un cigarrillo y sonreí. Me gustaba el sentido del humor del anciano. En muchos sentidos era muy parecido al mío, mordaz, amargo y en ocasiones nada divertido. La clase de humor negro que casi siempre te granjeaba una risotada en Berlín.

—Naturalmente —añadió—, cabe preguntarse si esos dos fueron los únicos espías en el corazón del *establishment* inglés. Cuando oía a Guy Burgess describir que, al llegar a Cambridge en 1929, se encontró con que la mayoría de sus amigos o bien se habían afiliado al Partido Comunista o bien se sentían muy próximos al mismo en aquella febril atmósfera antifascista, me planteé si no habría otros que, al igual que Burgess, traicionaron a su país. Quizá varios más, en cuyo caso Burgess y Maclean no son más que un mero ejemplo de lo que se puede esperar a partir de ahora.

—Yo también fui a Oxford —dijo Reilly—. Al New College. Llegué el mismo año que Burgess. Y nunca vi ni rastro de ningún bolchevique por allí.

Qué curioso es lo de la gente que fue a la Universidad de Cambridge: parece difícil sentir aprecio hacia ninguno, en realidad. Creo que debe de tener algo que ver con el tiempo tan inclemente en esa parte de Inglaterra. Hace mucho frío en Cambridge, ya se sabe.

—En estos precisos instantes —insistió Maugham— podría haber otros hombres de Cambridge como Burgess y Maclean entregando la plata de la familia a los puñeteros rusos. ¿Se han planteado esa posibilidad? Espero que así sea, Patrick. No querría desencadenar una caza de brujas, pero detestaría quedarme con la sensación de que podría ponerse más empeño en averiguar hasta dónde llega esta traición.

Reilly esbozó una leve sonrisa, como si algo así fuera inconcebible —lo que solo sirvió para hacernos creer a los demás que era todo lo contrario—, y cambió de tema con una destreza muy poco diplomática.

—Cuénteme más sobre usted, señor Wolf —me dijo—. Me interesa cada vez más.

—No hay gran cosa que contar. No es tanto una novela como un relato corto, podría decirse. Y no muy interesante, si a eso vamos.

Le ofrecí a Reilly una versión breve y censurada, como las que debía de estar acostumbrado a enviar por triplicado a sus superiores políticos. Prácticamente todo era falso, aparte del hecho de que había sido poli en Berlín, y cada vez que lo repetía casi llegaba al convencimiento de que poseía tanto talento para la ficción como el mismísimo Somerset Maugham. Igual lo poseía, sí: ser escritor siempre parece un buen trabajo para alguien tan acostumbrado a mentir como yo.

—Espero que no sea usted comunista, ¿eh? —soltó Reilly. Pronunció la palabra con énfasis, como si algo semejante hubiera sido imposible entre personas civilizadas.

—No, siempre he detestado a los comunistas, sobre todo después de 1917.

—Aun así, imagino que debía de ser bastante izquierdista cuando era

joven, al fin y al cabo vivía en Berlín.

—Era socialdemócrata cuando los nazis llegaron al poder, si a eso se refiere. Para ellos eso era ser izquierdista. También es verdad que eran nazis, claro. Curiosamente, los comunistas creían que los socialdemócratas eran tan malos como los nazis. Ser socialdemócrata en 1933 no era tanto adoptar una opción política como meterse en un lío.

—¿Dónde se ubica ahora, políticamente?

—En el mismo sitio. En mitad del camino. Ni carne ni pescado. Al menos hasta donde es posible en un país como Francia. Teniendo en cuenta que los franceses adoran el imperio, no estoy seguro de que pueda haber ningún espacio de centro en un país así. —Me encogí de hombros—. Lo mismo podría decirse de Inglaterra, claro.

Reilly asintió con gesto paciente.

—¿Qué suele hacer cuando no está trabajando?

—Juego al bridge. Bebo más de lo que sería recomendable. Evito el sol durante el día. Leo mucho. Me va más la noche, creo yo.

—¿Ha estado en Berlín últimamente?

—No, y no creo que vaya volver, teniendo en cuenta que está rodeada por la República Democrática Alemana, un montón de alambre de espino y un entramado de mentiras.

—Perdone que lo pregunte en su presencia, Willie. ¿Por casualidad ha incurrido alguna vez en relaciones homosexuales, señor Wolf?

—No.

—¿Y qué me dice de espiar? ¿Lo ha hecho alguna vez?

—¿Espiar?

—Me refiero a si ha acometido alguna actividad clandestina.

—Solo en el Grand Hôtel. Cuando no hago de guardaespaldas del señor Maugham, trabajo de conserje. Se me suele ver mirando por el ojo de la

cerradura. Me gusta tener vigiladas a las rubias, para ver si son naturales o no.

—¿Y cuál es su veredicto?

—Hoy en día, la mayoría lo fingen.

—Walter lo ha pasado mal con las mujeres, me parece —observó Maugham—. Creo que le han partido el corazón al menos una vez más, y más de la cuenta.

—No hay nada como una aventura amorosa desgraciada para echar unas buenas risas —señalé.

—Muy bien —dijo Reilly en un tono tirando a jovial—. Solo quería comprobar que se puede confiar en usted. Seguro que ve por qué debemos hacerlo, teniendo en cuenta la situación en que nos encontramos. En Whitehall todo el mundo está paranoico.

—Claro, lo entiendo. —Sonreí con timidez, preguntándome si había pasado la prueba; y la mera posibilidad de que Patrick Reilly me hubiera descartado como un elemento de riesgo para la seguridad del reino bastó para que entendiera por primera vez lo fácil que lo habían tenido Burgess y Maclean para ingeniárselas como espías de los rusos durante tanto tiempo. Hasta un niño retrasado habría sido un espía tan efectivo como ellos. Si Reilly me había considerado inofensivo, para el caso podría haber considerado inofensivo a Julius y Ethel Rosenberg.

—¿Alguien sabe el resultado del partido internacional de críquet? —preguntó alegremente.

Sir John Sinclair regresó de la biblioteca, le susurró algo al oído a Reilly con cierta urgencia y luego lo condujo con discreción al salón, dejándome a solas en la terraza con Somerset Maugham. El director del MI6 tenía la cara sonrojada, y su semblante era cualquier cosa menos la inescrutable máscara inglesa que mostraba habitualmente. A todas luces le había llegado alguna noticia de Londres que lo había alarmado. Unos instantes después, volvió y cerró la contraventana firmemente, como si ahora se requiriera la mayor discreción.

—Vaya —dijo Maugham—, me parece que hay alguna novedad.

Me serví otro coñac. Quizá estaba bebiendo demasiado, pero cuando uno tenía a su disposición un coñac tan bueno como el de la Villa Mauresque, semejantes consideraciones parecían fuera de lugar. Además, me aburría. Es lo que tienen los británicos, incluso cuando son espías, resultan aburridísimos.

—Ay, Dios —dijo Maugham—, espero que no vayan a empezar a regatear con el dinero. —Entornó sus ojillos de serpiente—. Mire, estoy decidido. No pienso pagar ni un céntimo si cabe la menor duda de que vaya a ser reembolsado. Lo siento, Walter, y puede estar seguro de que le pagaré lo que acordé pagarle. Pero seguiré el ejemplo del duque de Wellington, y le diré a ese cabrón alemán que publique lo que quiera y se vaya al cuerno. Prefiero mandarlos a todos al infierno antes que dejar escapar ese Lépine. Después de todo, ¿qué puede hacerme la prensa aquí? Ya estoy en el exilio. Sería duro

para mi hermano, pero nunca hemos estado muy unidos, así que tendrá que capear el temporal.

A través de la vidriera, vi que Sinclair recogía de encima de la mesa del salón las notas que había tomado cuando escuchábamos la grabación, y que las consultaba con impaciencia; luego, dándose por vencido, tiró la libreta a un lado, giró un mando del Grundig y rebobinó la cinta hasta el principio.

—No creo que haya ningún problema con el dinero —observé—. Creo que hay un problema con algo que decía Burgess.

—No pensarán que la grabación es falsa, ¿verdad? —preguntó Maugham.

—Ya ha oído a Blunt. Está convencido de que es Burgess quien habla. Y según todos ustedes, conoce a Burgess mejor que nadie. Aunque a saber qué quiere decir eso. No, esto es distinto. Algún dato objetivo, tal vez. Ojalá alcanzáramos a oír lo que está ocurriendo en ese salón.

—Mierda —Maugham descargó un taconazo contra el suelo, sin poder contener su irritación.

—Lo único que se puede hacer es tener paciencia —dije—. Nos enteraremos enseguida.

—Enseguida podría ser demasiado tarde. —Maugham negó con la cabeza—. Mire, Walter —continuó—, hay un modo de escuchar a escondidas lo que ocurre ahí dentro. Pero hay que ser mucho más joven y rápido que yo para hacerlo. Iba a usar este método en *Ashenden*, pero mi editor no creyó que fuera a dar resultado. Sin embargo, funciona, se lo aseguro. Al menos aquí en la Villa Mauresque. Si sube a mi estudio y luego baja un poco por el tejado, se puede oír casi todo. El hogar del salón es como una trompetilla gigante, y conduce todo el sonido chimenea arriba. La de veces que he estado allá arriba y he oído lo que de verdad pensaban de mí los invitados. No volveré a invitar nunca a Diana Cooper. Venga, vaya. Lo seguiré al estudio.

Entré en la villa por la puerta de entrada, crucé la refrescante bóveda del vestíbulo, me apoyé en la barandilla de hierro forjado y empecé a subir las

escaleras de dos en dos. El águila en lo alto de una percha dorada de tres metros de alto en el rincón del descansillo observó con indiferencia mi rápido ascenso. Esa águila tenía un aire vagamente nazi, y no me habría sorprendido que alguna vez hubiera marchado triunfante a través de la Puerta de Brandenburgo, a la cabeza de un destacamento de la SA y de una banda militar de metal, en alguna procesión de medianoche a la luz de las antorchas. A veces echo de menos Berlín más de lo que parece apropiado.

Llegué al segundo piso y subí por la escalera de madera hasta la azotea. Al otro lado de la estructura independiente que era el estudio de Maugham, había un breve tejado con tejas de estilo morisco, y en el extremo opuesto del mismo, una chimenea cuadrada de gran tamaño, más o menos de la estatura de un hombre. Me posé sobre las tejas con cautela, caminé lo más deprisa que pude hasta la chimenea y me agarré a ella.

No esperaba que fuera tan fácil, pero Maugham no había exagerado. La chimenea era como un micrófono enorme, y ya alcanzaba a oír el sonido engolado de Guy Burgess hablando en la grabación. Aún no lo sabía, pero, al enviarme allá arriba, en realidad Maugham me había salvado la vida.

«El Buró del Comintern de París me presentó a toda suerte de personas interesantes, muchos de ellos ingleses bien dispuestos, como Claud Cockburn y John Cairncross. Entretanto, Arnold Deutsch me llevó a cenar con toda clase de gente extraña, no todos ellos evidentemente aptos para ser reclutados. Muchos ni siquiera hablaban otro idioma que no fuera el suyo, y ninguno de ellos había ido a la universidad. Algunos eran abiertamente sosos, por no decir estúpidos. Recuerdo a un joven viajante inglés sumamente aburrido que había vuelto hacía poco de China, donde había estado trabajando para una compañía tabaquera. Ese tipo ni siquiera había ido a la universidad, y mucho menos a Cambridge. No sabía hablar más que de tabaco y de los chinos, y de una chica horrible con la que se había casado en Somerset. Y recuerdo haber pensado: ¿qué sentido tiene intentar captar para la causa a un hombre que va a ser feliz estando casado y vendiendo tabaco? ¿Tan desesperados están los rusos por conseguir espías que estamos dispuestos a financiar a los estanqueros locales? Aun así, el tipo no aceptó el rublo que le ofrecía Arnold, por así decirlo. Sea como sea, no es cosa nuestra preguntarnos por qué y todas esas bobadas».

Entonces, alguien —Sinclair, supuse— apagó el magnetófono y caminó de aquí para allá un momento. Sus recios zapatos ingleses sobre las baldosas tenían un sonido casi militar, cosa que probablemente eran.

—Bueno, ¿a qué viene tanta agitación? —preguntó Reilly—. La verdad es que de pronto pareces muy inquieto por algo.

—Lo estoy —reconoció Sinclair—. Me había entrado un picor después de

escuchar el comentario de Burgess sobre China, así que he decidido rascarme un poco.

—¿Y bien?

—He llamado al despacho y encargado a uno de mis hombres que telefonara a alguien del MI5 que nos debe un favor. Quería pedirle que revisara a fondo los archivos de personal de Leconfield House. No hace mucho, la marca más popular de la Ardath Tobacco Company, la filial de la British American Tobacco en China, era State Express 555. En junio de 1937, antes de que se casara en julio de ese mismo año, y en la catedral de Wells, nada menos, la BAT encargó a un nuevo subdirector en el extranjero que vendiera State Express a los chinos. Pero poco después de llegar a Shanghái, en agosto de ese año, el ejército japonés invadió la ciudad, y el nuevo subdirector en el extranjero de la BAT se vio obligado a abandonar su bonita villa en el Bund, la zona del malecón de la ciudad, y salir pitando de regreso a Londres, vía París. —Sinclair hizo una pausa para causar mayor efecto dramático—. Ese hombre no era otro que nuestro querido amigo Roger Hollis.

—¡Dios bendito! —exclamó Reilly—. ¡No puedes hablar en serio!

—Pues sí. Y me temo que el asunto empeora. Pocos días después de regresar a Londres, Roger Hollis deja su trabajo en la BAT y solicita su ingreso en el MI6; es rechazado, gracias a Dios, pero se las ingenia para entrar en el MI5 apenas unos meses después, en enero de 1938, como aprendiz en periodo de preparación. Por lo visto fue autorizado en 1937 por Jane Sissmore después de un partido de tenis en el Club de Tenis de Ealing, donde también conoció a Dick White. Así solían referirse a ser acreditado por seguridad, me parece. Con un puto partido de tenis. Y hay más. En octubre de 1937, Hollis da una charla en la Real Sociedad de Asia Central en Londres sobre el tema del reciente conflicto en China. Adivina quién más es miembro de la Real Sociedad de Asia Central. Pues nuestro viejo amigo Kim Philby.

—Es interesante, estoy de acuerdo. Pero el caso, John, es que la investigación Peach llevada a cabo por el MI5 sigue demostrando que no se ha probado nada contra Philby de manera concluyente. Ha sido exonerado de la acusación de ser agente soviético.

—Solo oficialmente y en público. Y solo en beneficio de las relaciones angloamericanas. Tú lo sabes. Y yo lo sé. ¿Quién sino Kim Philby podría haberles dado a Burgess y Maclean el soplo de que estaban a punto de echarles el guante? No pudo haberlo hecho nadie más... —Sinclair se interrumpió—. A menos que fuera Hollis, claro. —Hizo otra pausa—. Incluso es posible que delatar a Hollis deje a Kim Philby fuera de toda sospecha, retrospectivamente.

—Ya sé que eso es exactamente lo que vosotros, los del MI6, querríais, Simbad. Algo que deje a vuestro hombre, Philby, fuera de toda sospecha, algo que señale al servicio rival, el MI5. O sea que ten cuidado con lo que desees, ¿eh? Porque estás sugiriendo que Roger Hollis, el actual subdirector general del MI5, el hombre que ha estado al mando de nuestra sección de espionaje soviético durante los últimos diez años, es agente soviético —dijo Reilly—. ¿Acaso eso es mejor que la posibilidad de que Philby sea agente ruso? No creo que lo sea, la verdad.

—Pues me parece que hay más. Quizá has olvidado que fue Roger Hollis quien intentó poner fin a la investigación del MI5 sobre John Cairncross después de la deserción de Burgess. Si lo recuerdas, se planteó que Cairncross podía ser el agente soviético con el nombre en clave de Liszt. Estuvo bajo sospecha desde entonces.

—Pero él acabó admitiéndolo, ¿no? —dijo Reilly—. Cosa que Philby nunca hizo.

—Sí, pero desde luego explicaría mucho acerca de Hollis, ¿no crees? —repuso Sinclair—. Venga, Patrick, no soy el único que ha sospechado de Roger Hollis. Desde el asunto aquel de Gouzenko, los canadienses

consideran que igual no es trigo limpio. En 1945, cuando Hollis interrogó a Gouzenko en Ottawa, aquello fue una farsa, a decir de todos. Y también fue Roger Hollis quien autorizó a Klaus Fuchs, el principal espía atómico ruso en Gran Bretaña. *Hollis...* Dios sabe a quién más habrá autorizado. Eso también explicaría cómo sabían los rusos lo de la misión del comandante Crabb el mes pasado; sin duda lo estaban esperando cuando se metió en el agua para echar un vistazo furtivo a ese barco ruso. ¿Cómo? Quizá se lo dijo Hollis. Mira, Patrick, ahora sabemos que Hollis podría haber sido captado para la causa soviética mientras aún vendía cigarrillos en China, allá por 1937, y luego más específicamente por el Comintern, en París, tal como describía tan a la ligera Guy Burgess. Los camaradas lo animan a dejar la BAT e ingresar en el MI6 o el MI5. Y puesto que todo esto empieza a tener mucho sentido, reconozco que existe la posibilidad de que sí, después de todo, podría dejar a Kim Philby fuera de toda sospecha de ser el agente especial «Stanley» de los camaradas. ¿Por qué no? Con Roger Hollis en el MI5, los rusos habrían sabido todo lo que estábamos haciendo antes de que se nos ocurriera a nosotros mismos.

Reilly dejó escapar un sonoro suspiro.

—Sí, pero hay un fallo más que evidente en esa teoría tan brillante, John. Si Hollis es un destacado agente de la Unión Soviética, ¿por qué iba a mencionarlo Guy en la grabación, aunque solo fuera de forma indirecta?

—Guy siempre se iba de la lengua cuando bebía demasiado. Eso no es nada nuevo. Pero creo que simplemente olvidó que aquel vendedor de tabaco tan soso que se casó en la catedral de Wells era en realidad Roger Hollis. Eso también sería típico de él. Además, como todo el mundo sabe, Hollis es un hombre muy discreto que apenas destaca. Carece hasta tal punto de entusiasmo que la gente suele olvidarse de él. No habla ningún idioma. Ni siquiera habla ruso. Intenta imaginarte a un director de la sección de contraespionaje ruso que no hable ruso. Nunca imaginaríamos algo así.

—De acuerdo —dijo Reilly—, supongamos que considero factible que Guy pasara por alto su referencia a un hombre que, si estás en lo cierto, era el principal espía de Rusia en Inglaterra. ¿Cómo es posible que los propios rusos hayan pasado por alto ese detalle en particular? Cosa que tendrían que haber hecho si querían chantajearnos con esta grabación.

—En eso tienes razón...

Hubo un silencio más bien dilatado, durante el cual me coloqué en una postura más cómoda en la chimenea. Cualquiera que me hubiese visto a la luz de la luna me habría tomado por un ladrón o tal vez por un Papá Noel fuera de servicio. Ridículo, en realidad. Lo único que me apetecía hacer ahora era largarme de la Villa Mauresque, ir a ver a Anne French a Villefranche y acostarme con ella. Desde el jardín, me llegaban las voces de los dos agentes ingleses, que hablaban de fútbol. Incluso podía oler el humo de sus cigarrillos baratos. No me hubiera importado fumarme uno, pero tenía miedo de que los hombres que estaban en el salón alcanzaran a oler el humo de mi tabaco chimenea abajo. Volví la mirada y vi a Maugham, que ahora estaba tomando asiento en el amplio espacio cuadrado lleno de luz azulada que era su estudio. Parecía una especie extinta de pez tropical, con toda probabilidad venenosa. Pero sin duda no podría haber sido más venenosa que la relación entre el MI5 y el MI6, que me recordaba mucho a la rivalidad que había existido entre la Abwehr y el SD alemanes. Yo tenía experiencia de primera mano de lo letal que podía ser una rivalidad así. No tenía ni idea de quiénes eran Kim Philby o John Cairncross, pero estaba muy claro que Somerset Maugham había dado en el clavo al sugerir poco antes que Burgess y Maclean podían no ser los únicos espías soviéticos en las denominadas agencias de inteligencia británicas.

—Aun así, supongamos que es exactamente lo que ocurrió —continuó Sinclair, poco después—. Sí, lo de la navaja de Ockham y todo eso. La explicación más sencilla suele ser la más probable. Guy siempre fue un esnob

de mucho cuidado, y no le hizo el menor caso a aquel vendedor de tabaco al que acababa de conocer, tanto es así que los rusos ni siquiera se percataron de que solo podía estar refiriéndose a Roger Hollis. Pero aún hay otra explicación más convincente, creo yo. Siempre hemos tenido fundadas sospechas de que el GRU soviético y el KGB tienen redes independientes de espías en Inglaterra; redes que no se informan mutuamente de lo que hacen. Incluso creemos que tienen prohibido consultar nada entre ellos sin un permiso específico del GKO, el Comité de Defensa del Estado, en Moscú. Era el corolario de la paranoia de Stalin. Fue él quien decretó que, idealmente, el contraespionaje soviético en Reino Unido tenía que ser cubierto por un agente del KGB y un agente del GRU, de modo que siempre fuera posible contrastar la información de una fuente. Pues bien, supongamos que Guy Burgess trabajaba para el KGB y que fueron ellos quienes lo sacaron de Inglaterra, y mientras lo hacían, por la razón que fuese, grabaron esta cinta. Supongamos que Hollis, por otra parte, dependiera del GRU, la inteligencia militar rusa. Eso explicaría el descuido. El KGB no sabe nada de Hollis porque es del GRU. Fue una metedura de pata, así de sencillo. Que haya demasiada seguridad puede ser tan malo como que no haya la suficiente.

—Sí, eso podría explicarlo.

—Y no solo eso: los muchachos de la inteligencia militar del GRU contaban con espías en China mucho antes de que el KGB fuera siquiera un sueño. Cuando Jim Skardon interrogó a Klaus Fuchs en 1945 en nombre del MI5, Fuchs dijo que había sido captado por el GRU, y que las dos agencias se tenían más aversión y desconfianza incluso que el MI5 y el MI6. Por lo visto, cuando Fuchs fue transferido al KGB, el GRU montó un jaleo enorme en Moscú ante el Comité de Defensa del Estado. Su hombre trabajando para la competencia.

—Dios santo, visto así, Simbad, los camaradas parecen más desorganizados incluso que nosotros.

—Solo que casualmente no tenemos un agente que casualmente sea subdirector del Comité Soviético de Seguridad del Estado. Ya me gustaría a mí que estuviéramos así de desorganizados.

—Sí. Creo que sería como tener a un hombre de la talla de Aleksandr Shelepin trabajando para el MI6.

—Si Hollis trabaja para el GRU, es tan importante como alguien de la talla de Shelepin, Patrick. Y un traidor tan mayúsculo como Burgess o Maclean. Peor incluso. Tiene el poder de suprimir cualquier investigación sobre cualquier agente soviético que esté trabajando en Inglaterra ahora mismo. Klaus Fuchs o John Cairncross, quizá. O podría alentar sutilmente la sospecha de que Kim Philby es espía soviético. Incluso es posible que Philby viniera siendo señalado por Hollis desde el primer momento; que todas sus alegaciones de inocencia hubieran estado plenamente justificadas.

—Entonces, ¿qué debemos hacer ahora? —preguntó Reilly.

—Evidentemente, tenemos que comprar las grabaciones. Ya he elevado una petición a la sección bancaria de Melbury Road. La existencia de la primera cinta ya ha dado pie a especulaciones en Londres. Sabe Dios qué habrá en las otras. Si es que hay otras. Bastante mala es ya esta cinta. Así pues, tenemos que hacernos con ella, y pronto.

—«Guy Burgess habla». Sí, ya me lo imagino. Es una historia sensacional, desde luego. Y Maugham está en lo cierto. Los medios norteamericanos se correrían una juerga con esto. El FBI no volvería a dirigirnos la palabra. Seríamos los parias de la inteligencia occidental. Si es que no lo somos ya.

—Patrick, también me gustaría encargar a mis hombres en Broadway que emprendan una investigación sobre Hollis tomando todas las precauciones posibles. Esta misma noche.

—Para hacerlo, necesitarás el consentimiento del Comité Conjunto de Inteligencia y de sir Patrick Dean. Quizá también del ministro. ¿Y qué hay de Dick White en el MI5? ¿Lo pondrás al corriente?

—Está demasiado unido a Hollis. Como te decía antes, fue White quien supuestamente acreditó a Hollis. Por lo que sabemos, también podría ser agente del GRU. Lo último que queremos es asustar a Hollis y que acabe largándose, como Burgess y Maclean, cosa que sin duda podría ocurrir si se entera de esto.

—No, no puedo creer algo semejante de Dick White. Cuando Percy Sillitoe presentó su dimisión en el MI5 a raíz de aquellas deserciones, él hizo lo mismo. Sillitoe lo convenció para que se quedara y se ocupara de manejar el cotarro. Y la verdad, no creo que los camaradas se hubieran planteado siquiera dejar que White dimitiese si hubiera sido uno de los suyos. Además, fue a Oxford, no a Cambridge.

—Es verdad. Pero aun así, Hollis y White están más unidos que los muslos de una gorda. Creo que más vale dejarlo al margen por ahora. Todo el mundo sabe que Dick White siempre se muestra de acuerdo con Hollis.

—Bien. Llamaré a Patrick Dean esta misma noche. Y tú puedes llamar a los tuyos del MI6. Pero no desde aquí, ¿eh? Lo haremos desde el hotel. Pese a lo mucho que admiro a Somerset Maugham como escritor, no confío en ese viejo sarasa. Y menos aún en esos horribles maricas de los que se rodea, o en ese puto alemán, Walter Wolf. Es posible que no sea marica, pero tiene toda la pinta de ser nazi. Y no olvidemos que Maugham es perro viejo en lo que a Rusia concierne. Tenía a varios agentes en Rusia cuando nosotros aún íbamos en pantalones cortos. Y no solo en Rusia, sino también en Washington. Quizá no sea casual que Guy Burgess estuviera aquí, en esta casa, hacia 1937.

—También estuvo Anthony Blunt.

—Eso tampoco me colma de optimismo. El Comintern dirigido por el GRU tenía su base en París. Pero eran prácticamente igual de activos tanto aquí en la Riviera, como en Marsella, donde reclutaban refugiados comunistas de la Guerra Civil española. Cualquiera que buscase agentes aptos en el sur de Francia en 1937, sin duda habría estado interesado en los

invitados de Somerset Maugham. Después de todo, la mayoría de ellos ya llevaba una vida sumamente reservada debido a sus predilecciones sexuales. Eso siempre les ha resultado atractivo a los rusos.

—Otra vez Blunt.

—Ha sido interrogado por el MI5, ¿no? Como posible sospechoso.

—En varias ocasiones. El FBI lo tuvo vigilado un tiempo. Pero Courtney Young, que fue quien lo interrogó, insiste en que Anthony Blunt es inocente, que únicamente es culpable por asociación. Aun así, con respecto a lo del robo de la fotografía de su piso en el Courtauld de Londres, solo contamos con la palabra de Anthony.

—Quizá uno de los maricas que estuvieron aquí en 1937 ya era comunista. Me parece que deberíamos pedirle a Maugham que nos deje ver esa foto, ¿no crees?

—Si es que accede ello. Es un viejo astuto.

—¿Crees que podría ser agente ruso? No sería el primer comunista que posee un puto Picasso.

—Incluido el propio Picasso.

Maugham estaba sentado a la mesa de su despacho radiantemente iluminado. Me lanzó una toalla para que me limpiase el hollín de las manos, con las que me había estado aferrando a la chimenea durante casi veinte minutos.

—Tenía razón con lo de la chimenea —dije—. He oído hasta la última palabra. Van a reembolsarle el dinero, de eso no cabe la menor duda. Pero yo no creería ni una palabra de lo que digan acerca de nada más. Esos dos están muy nerviosos por la grabación.

Maugham asintió con gravedad.

—A veces creo que seguramente moriré sentado ante esta mesa —dijo en voz queda—. Como un caballo cojo amarrado al carro. Con una novela o un guion cinematográfico aún por acabar. A menudo me planteo ponerme a escribir otro libro solo para que eso sea posible, como en el caso de Dickens. Otras veces miro el armazón pintado de mi cama en el dormitorio, e imagino el aspecto que tendré cuando por fin yazga allí muerto, dispuesto como el banquete de boda de la señorita Havisham. No creo que sea muy bueno, la verdad. No será nada bueno, me temo.

—¿Hay alguna manera de tener buen aspecto una vez muerto?

—Los embalsamadores dirían que el mejor aspecto que se puede tener una vez muerto es parecer vivo. Una palidez saludable, mejillas sonrojadas, labios rosados... Lo que debo reconocer que me parece más bien horripilante. Cabría pensar que algo así no tendría por qué molestarme, pero todas las mañanas, cuando despierto, me miro al espejo y no puedo creer lo mucho que me parezco ya a un cadáver.

—Vi muchos muertos en mis tiempos. Más de los que me convenía, a decir verdad. En general, a los muertos no les importa el aspecto que tienen. Y yo diría que tener una cara que da pena es la mejor garantía de que se ha llevado una vida plena. Eso me digo una y otra vez, por lo menos.

—Según ese criterio, yo he vivido por lo menos dos vidas, ambas como la del retrato de Dorian Gray. Aunque también es verdad que todos los cuerpos son imperfectos, ¿no? Incluso aquellos que idealizamos equivocadamente. Fíjese por ejemplo en ese cuadro de la pared. La Eva de Paul Gauguin. ¿Sabe por qué lo compré? Para que me recuerde lo feas que me parecen las mujeres. Por eso y porque tiene siete dedos en el pie izquierdo. Es casi como si Gauguin quisiera recordarme lo imperfectos que somos todos. Y cómo, en esencia, no hay que confiar nunca en ninguno de nosotros. Imagine si calzara un bonito par de escaarpines. Nunca sabríamos que esa mujer no es todo lo que parece.

Miré el cuadro y asentí.

—No es mi tipo —aseguré—. Eso lo tengo claro. Me gusta que las mujeres parezcan más femeninas que Wallace Beery, el actor aquel. Para eso se inventaron los tacones altos, ¿no? Para evitar que las mujeres tengan el mismo aspecto que nosotros.

—¿Y se pregunta por qué se tuercen sus relaciones? Hágale caso a Gauguin. No se puede confiar en los ideales occidentales de belleza, Walter. Todo ángel es en realidad un diablo. Y todas las mujeres son putas.

—No todas. Solo las que piden dinero.

—Todas quieren dinero.

—¿Y cree que sus novios son diferentes?

—No son putas, al menos. Son crueles porque el mundo en que vivimos los ha hecho así. Las mujeres escogen ser putas porque es más fácil aceptar dinero de un hombre que ganarlo ellas mismas.

Me encogí de hombros.

—¿En quién se puede confiar? En nadie, tal vez. En los británicos no, eso seguro. Desde luego en ninguno de los personajes de ahí abajo. Y sobre todo no en sir Lancelot y su escudero.

Por un momento pensé en Anne, y me sentí mejor sabiendo que al menos se estaba consolidando entre nosotros una sensación de confianza.

—Bien, ¿qué más han dicho esos cabrones? —preguntó.

—Ahora mismo, parecen creer que Guy Burgess pudo haber revelado por accidente la existencia de un espía en las más altas instancias del MI5, uno del que no tenían conocimiento.

—Bromea.

Le conté todo lo que había oído sobre Roger Hollis en el MI5, y cómo Reilly y Sinclair sospechaban que, al igual que Guy Burgess, él también había sido captado por los rusos en los años treinta.

—¿Roger Hollis? No había oído hablar nunca de él —reconoció Maugham.

—Según mi experiencia, no es bueno ser espía si la gente te conoce.

—Ya veo a qué se refiere. Aunque yo soy una prueba viviente de lo contrario. He sido espía británico a temporadas desde que empecé a escribir. Y cuanto más famoso me he hecho, más efectivo he sido como espía.

Salió de detrás de la mesa, se sentó a mi lado en el sofá y me dio unas palmaditas en la rodilla. No me importó. Solo era un gesto de amabilidad.

—Otro espía, ¿eh? —dijo—. Si esto llega a saberse, los británicos ya pueden ir olvidándose de esa «relación especial». Burgess y Maclean eran una cosa, pero esto es mucho peor. Un espía en lo más alto del MI5 es nada menos que una catástrofe. Hoover tendría un infarto solo de pensarlo.

—Desde luego, ese era el tenor de la conversación que acabo de oír a escondidas.

—Tendrían que purgar a todos los miembros de la comunidad de la

inteligencia británica. El MI5 y el MI6 de arriba abajo. Eso si es cierto, claro. Ha dicho que solo sospechaban que ese tal Hollis es un espía.

—Mire, han hablado largamente de ello, y yo por lo menos he quedado convencido, aunque Patrick Reilly siguiera teniendo dudas. Y eso que ninguno de los dos me ha parecido especialmente bueno en su trabajo. En mi opinión, los funcionarios son los peores espías. Para gente como Sinclair y Reilly, no es más que un juego de colegiales. Una manera de ascender en Whitehall y ser nombrado caballero. Pero de ese modo no se puede ganar nunca. Los británicos están en guerra con los rusos, pero no conocen a los rusos en absoluto; no como pueblo. Y eso no es bueno. Creen que los rusos no son más que una ideología, pero son algo mucho peor que eso. Lo sé. Pasé casi dos años de mi vida en un campo de trabajo soviético.

—En Petrogrado llegué a conocer a los rusos bastante bien —recordó Maugham—. Aun así, cometí algunos errores, claro. Una vez incluso maté al hombre equivocado. Pero la mayoría de las veces sabía lo que hacía. No estoy seguro de que la gente que dirige ahora el asunto lo sepa. Gente como Sinclair y Reilly. Los rusos son excelentes espías. Mucho mejores que nosotros, porque mienten de maravilla. Y naturalmente, lo que mejor se les da es mentirse a sí mismos, que es la clave de toda mentira efectiva. Uno tiene que convencerse a sí mismo, antes que nada. Los ingleses son pésimos embusteros comparados con ellos. Somos demasiado sinceros sobre nosotros mismos. Demasiado modestos. Mentir nos escandaliza. Por eso los ingleses se horrorizaron tanto con lo de Burgess y Maclean. Porque eran unos embusteros insólitamente buenos. Como yo... Y como usted, sospecho. Creo que quizá es usted el mejor embustero de todos nosotros, Walter. Pero también es verdad que quizá no le quedó otro remedio.

—A lo largo de los últimos veinte años, he observado que la sinceridad es una virtud sobrevalorada cuando se trata de seguir con vida.

—¿Verdad que sí? Bueno, de hecho yo me he pasado la vida mintiendo

para ganarme la vida, así que solo puedo estar de acuerdo con usted. ¿Qué tienen planeado ahora Sinclair y Reilly?

—Creo que van a volver a su hotel. Quieren hacer algunas llamadas a Londres en privado, con objeto de poner en marcha un caza de brujas sumamente urgente. Después de lo cual, y si no le importa, yo también me iré a casa. Volveré pasado mañana para ocuparme de la entrega del dinero. Hasta entonces, ya sabe dónde estoy si me necesita.

Maugham asintió.

—Gracias por todo, amigo m-mío.

—Una vez haya cumplido con esto, me quedaré a salvo en el hotel, bien tranquilo detrás del mostrador de recepción, contestando preguntas estúpidas de turistas despistados. Es lo que mejor se me da.

Maugham me ofreció su inescrutable sonrisa.

—No me engaña ni por un instante, Walter. Usted es igual que yo. Un superviviente. La única diferencia estriba en que no es tan viejo. Todavía no. Aunque, claro, si vive lo suficiente, lo llegará a ser.

—Eso es lo más difícil, ¿verdad? Nadie quiere envejecer, pero nadie quiere morir tampoco. —Le resté importancia encogiéndome de hombros—. Para ser sincero, nunca pensé que llegaría hasta aquí.

Después de que los jefes de espionaje ingleses regresaran al Belle Aurore, volví en coche a Villefranche. En el trayecto, pasé por delante de su hotel y permanecí aparcado unos minutos ante la entrada. Incluso me planteé colarme en el jardincillo en lo alto del acantilado para escuchar un poco más a escondidas. Las plantas superiores estaban muy iluminadas, y alcancé a ver a Sinclair en la ventana, con el teléfono pegado a la oreja. Pero ya había tenido bastante de espías y chantajes por un día. Estaba harto, y lo único que

quería era irme a la cama con Anne. Eso fue lo que me dije, al menos, aunque también tuve en cuenta el detalle de que dos de ellos iban armados.

A pesar de que eran más de las diez, la encontré escribiendo en la casa de invitados con su Smith Corona de color rosa. La radio Hallicrafters, no obstante, estaba encendida. Se oía el Servicio Internacional de la BBC parloteando al fondo.

Percibí el desastre en el ambiente, aunque no era el que todo el mundo esperaba. Este era un tipo de desastre más personal y desastroso, hecho a medida para mí.

—¿Qué dicen las noticias? —pregunté—. Sobre Suez. ¿Han invadido ya la zona los británicos? ¿Los franceses?

—No, pero no tiene buena pinta.

Llevaba un vestido blanco de ganchillo, con florecitas en el dobladillo. Iba descalza. Si lo hubiera pensado bien, debería haberle contado los dedos del pie izquierdo para asegurarme de que no tenía siete. No iba maquillada, y parecía más menuda de lo que recordaba. Y también un poquito más vulnerable. Incluso un poco triste. Fuimos a la terraza y abrimos una botella de vino. Le dije que había vuelto a la Villa Mauresque. Estaba callada, mucho más de lo habitual en ella, con una actitud casi hermética. Y además había fumado mucho; había por lo menos una docena de cigarrillos en el cenicero.

—¿Dónde está el cadáver? —bromeé—. ¿Flotando en la piscina? ¿O tirado en el suelo del dormitorio?

—Lo tienes ante tus ojos.

—Eso me había parecido. ¿Ha ocurrido algo? Pareces un poco tensa.

—Nada grave. Solo un poco de *rigor mortis*. Es contagioso cuando se investiga acerca de un hombre como Somerset Maugham.

Me tocó la cara con las yemas de sus dedos pulcramente cuidados y de pronto me di cuenta de lo mucho que la deseaba. Me moría por ella, y

comprendí cuánto la había echado de menos. Y ahora que el aroma a Mystikum había llegado a mis fosas nasales, todo parecía perfecto; o casi.

—¿Has estado trabajando en la biografía todo el día? —pregunté.

—Sí. La verdad es que he pasado demasiado tiempo sola. Tendría que haber ido a la ciudad o al Grand Hôtel a darme un chapuzón, pero no lo he hecho. Me cuesta un poco dejarlo a un lado, eso es todo. A veces los libros tienen eso. Se ponen celosos del tiempo que una dedica a hacer otras cosas. Un poco como los maridos, supongo.

—¿Tienes muchos de esos también?

Sonrió con tristeza, pero no contestó, lo que me obligó a sacar mis propias conclusiones. ¿Había estado casada? Solo entonces caí en la cuenta de que no lo sabía y decidí que le preguntaría todo lo que se me ocurriera acerca de ella cuando estuviera un poco más comunicativa. Tal vez.

—¿Qué tal va? El libro, quiero decir.

—Bueno... —Se interrumpió y encendió otro cigarrillo, aspirando el humo con ferocidad—. Todo lo bien que cabría esperar, supongo.

—Parece que estés describiendo a la víctima de un accidente.

Se encogió de hombros.

—Nunca es fácil.

—Seguro que lo has pasado mejor que yo, en cualquier caso. He estado toda la tarde en la Villa Mauresque. Ha sido difícil, por no decir otra cosa.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Más chanchullos?

—Podría decirse así... —Titubeé unos instantes, preguntándome por primera vez hasta qué punto podía confiar en ella—. Mira, detesto mencionarlo de nuevo, pero no has olvidado nuestro trato, ¿verdad? Que no escribirás sobre nada de esto hasta después de su muerte, a menos que yo te indique lo contrario.

—Claro que no lo he olvidado. Un trato es un trato. Me sorprende que tengas que preguntarlo. —Se encogió de hombros—. Pero no me lo cuentes

si no quieres. No me importará lo más mínimo, de verdad. Solo hablaba por hablar. —Sonrió levemente y miró hacia lo lejos.

—Resulta que ahora la situación en la villa se está poniendo seria. Tal vez incluso peligrosa. No solo para él. Quizá para mí también. Y para cualquiera cercano a mí. —Hice una pausa para que asimilara lo que decía—. Me refiero a ti, claro.

—La trama se complica. Cuéntame.

—Hablo en serio.

—Ya veo que hablas en serio. Pero no tienes que preocuparte por mí, Walter. Sé cuidar de mí misma.

—Sí me preocupo por ti. Acabo de darme cuenta. Igual más de lo que debería.

—Nadie sabe nada de lo nuestro, ¿verdad?

—No.

—Bueno, pues eso. —Parecía tranquila, tan tranquila que tuve la sensación de que tenía algo pero que muy bien apañado, como la escotilla de salida a su bote salvavidas para una sola persona—. No hay de qué preocuparse, ¿no?

—Lo hay si empieza a haber hombres armados sobre el terreno. Hoy los he visto de cerca en la villa. Matones. Exmilitares, probablemente. De esos que disparan contra la gente y luego piensan las preguntas. Si es que piensan algo.

—Pero ¿por qué hay hombres armados? Somerset Maugham no me parece peligroso.

—No estoy tan seguro de eso. Yo pensaba que tenía un pasado. Pues bien, él ha tenido varios. Y todos secretos. Tendrás un libro de mil demonios entre manos cuando lo hayas terminado. Lo que ha ocurrido esta noche daría ya para un largo capítulo.

Entonces le conté lo de los dos jefes de espionaje que habían venido de Londres, y cómo, después de oír la grabación de Guy Burgess, creían haber

identificado a otro espía que trabajaba para los soviéticos en el corazón de los servicios de inteligencia británicos.

—Supongo que no te refieres a Somerset Maugham.

—No, él no. Otra persona.

Se echó a reír.

—¡Dios santo, otra persona no! Esto es más que un escándalo. Es una epidemia. ¿Quién es el espía ahora?

—Uno llamado Roger Hollis.

—No me suena.

—Se supone que no debe sonarte si es un espía.

—Dios, ¿y también es marica? ¿Como los otros dos?

—No, me parece que este no. Lleva casi veinte años casado.

—Eso no significa nada.

—Antes significaba que te gustaban las mujeres lo suficiente como para querer pasar la vida con una. Así lo había visto siempre yo, por lo menos.

—Me sorprendes. Sea como sea, en Inglaterra no es así. Muchos maricas se casan solo para guardar las apariencias. Fíjate en Somerset Maugham. Estuvo casado mucho más de veinte años.

—Sí, me había olvidado de su mujer.

—Él no. No podía. Aunque hizo todo lo posible por olvidarla. Pobre Syrie. Creo que debió de pasarlo fatal con ese viejo cabronazo. Cuánto lo siento por ella. —Suspiró como si tuviera que contener su enfado—. ¡Dios, odio a los hombres!

—Dejando eso aparte un momento, más que nada porque resulta que yo soy un hombre, al menos la última vez que miré, pensaba que admirabas al viejo buitre.

—Como escritor, sí, pero ¿como ser humano? No. Ni por asomo. Al menos, he llegado a esa conclusión. ¿Dónde se encuentran ahora esos dos jefes de espionaje ingleses?

—En el hotel Belle Aurore. En Villefranche.

—¿No se alojan en la Villa Mauresque?

—No. Por suerte para ellos.

—¿Por qué no? Pensaba que les había invitado él.

—Y lo hizo, pero insistieron en traerse su seguridad personal. Los hombres armados de los que te hablaba. Dos matones de Portsmouth. Supongo que viajar les pone nerviosos. Los camareros franceses pueden ser muy amedrentadores.

—¿Cuánto tiempo van a estar aquí?

—Un par de días, me parece. Hasta que haya concluido este asunto. Sinceramente, Patrick Reilly parecía más interesado en no sé qué partido de críquet.

—Inglaterra contra Australia.

—Eso tampoco lo entiendo. Inglaterra está a punto de enviar tropas a Egipto, y los ingleses no hacen más que interesarse por un partido de críquet.

—¿Qué es lo otro que no entiendes?

—A ti, claro. Creo que me estás ocultando algo.

—¿Ah, sí?

—Y sospecho que, cuando por fin te decidas a contármelo, me va a resultar tan difícil entenderlo como un partido de críquet. Quizá más, incluso.

—El críquet no es tan difícil de entender. Y yo tampoco.

—Me fiaré de tu palabra.

—Solo estoy cansada, supongo.

Se fue a la cama, o eso me pareció. Yo me quedé abajo un rato más para vaciar los ceniceros y coger un par de botellines de agua mineral fría. Luego lo pensé mejor y me las arreglé para dar con un jarroncito en el que puse una sola flor del jardín. Cuando entraba en el dormitorio, ella salió del cuarto de baño, todavía vestida y ahora eludiendo mi mirada, lo que me resultó más bien inquietante.

—Servicio de habitaciones —dije, y dejé el botellín y la flor en su mesilla—. Te habría traído un bombón para la almohada, pero se te ha acabado el chocolate. De hecho, se te han acabado muchas cosas. No tienes prácticamente nada en los armarios. Como si estuvieras a punto de marcharte a alguna parte. —Le retiré la ropa de la cama—. El caso es que cualquiera que me viese ahora podría llevarse la impresión, sumamente equivocada, de que me gustas mucho. Eso y que tengo experiencia de sobra trabajando en hoteles. ¿Te he dicho que antes tenía un hotel? Era un tugurio en Dachau. Sí, eso es. Dachau. No es sitio para un hotel. Ya no. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

—Déjalo ya —me indicó.

—¿Y arriesgarme a perder mi empleo? Me parece que no. —Sonreí—. ¿Quiere usted toallas limpias? —Estaba hablando más de la cuenta porque sabía que ella iba a decir algo que probablemente no me gustaría. Y resulta que no me equivocaba.

No se desvistió. Se sentó en la cama, con las rodillas recogidas bajo el mentón y aire pensativo, como si estuviera muy incómoda. Me recordó a una colegiala triste.

—Deja de enredar, por favor. Siéntate y escucha.

Me dejé caer en la cama, y me dio la impresión de que mi estómago caía antes que yo. De pronto, el aroma a Mystikum me provocó náuseas y tuve la sensación de que, a partir de entonces, iba a ser el aroma del desastre.

—¿Qué pasa?

—Tienes razón. Te estoy ocultando algo. Perdóname, por favor.

—Eso es fácil de hacer.

—No iba a contártelo esta noche, pero ya que has sacado el tema, quizá es mejor que lo haga ahora. Bueno, la situación es la siguiente. Lo siento, pero no puedo seguir con esto.

—¿A qué te refieres?

—A estar contigo, Walter. A acostarme contigo, follar contigo, ser tu amante.

Me puse rígido.

—Lamento oírlo, Anne.

—Yo también lo lamento.

—¿Puedo hacer algo para que cambies de opinión?

—He decidido volver a Londres.

—Lo interpretaré como un no. ¿Qué pasa con tu libro?

—Voy a devolver el anticipo.

—¿Por qué?

—He decidido que no..., que no es lo que quiero escribir. Me parece que no lo ha sido nunca. Sea como sea, no me está saliendo a cuenta. Nada de esto me está saliendo a cuenta. Así pues, he decidido que lo mejor es que me vaya de aquí. Pronto. Cuanto antes, mejor. Mañana. Probablemente a primera hora.

Cerré el puño y me mordí un nudillo; me pareció más compasivo que propinarme un golpe en la mollera.

—Entonces supongo que ya no puedo serte de utilidad —dije—. Sí, ya veo por dónde iba el asunto.

—No ha sido nada de eso.

—¿Ah, no?

—No.

—Si tú lo dices... —Me interrumpí, procurando llevar mis pensamientos por el buen camino, pero no sirvió de nada, estaban dispersos como otras tantas ovejas perdidas por la árida colina que era mi vida.

—¿Sí?

—Perdona, pero me resulta un tanto difícil hablar después de haber perdido todos los dientes del golpe que he recibido.

—Lo siento. De verdad.

—¿Quieres que me vaya?

—Creo que será lo mejor, ¿no? Para evitar escenas incómodas por la mañana.

—Sí, es mejor que las evitemos. —Sonreí con el mejor de los ánimos—. Sobre todo después de la escena tan incómoda que hemos tenido esta noche. Tendrías que haber llamado a Villa Mauresque para dejar un mensaje y ahorrarme el viaje hasta aquí. Sé que tienes el número. Lo vi en uno de esos expedientes tan ordenados que tienes en el despacho. Aunque quizá pensaras que era más compasivo hacerlo cara a cara, para no herir mis sentimientos.

Bajé al primer piso y crucé el exuberante jardín de regreso al coche, sumido en un silencio que ya bramaba en mis oídos como el mar que rompía contra la playa en el Cap. En cierto modo lo había visto venir, y había sido tan estúpido como para desoír lo que mis sentidos más perspicaces ya me habían indicado. Aunque sin duda todo esto tampoco tenía una gran importancia en el esquema global de mi vida. No era más que otra tragedia en una larga sucesión de tragedias a las que Bernie Gunther estaba más que acostumbrado a estas alturas. Si alguien tenía madera para encajar un buen golpe, ese era Gunther, me dije. Puede que la vida humana se reduzca a eso por norma, a una tragedia amontonada sobre otra cual grises y angulosos estratos de esquisto. ¿Acaso tenía mayor importancia que la muerte de la langosta que había comido para cenar o la hoja de tabaco que ardía ahora en mi cigarrillo? Desde luego que no. Si uno se parara a pensar cuánto dolor había en una vida cualquiera, simplemente acabaría muerto, igual que si alguien le hubiera pegado un tiro casi a bocajarro en el corazón con una automática.

Tenía dos botellas de Schinkenhäger de veinte años que estaba guardando para una ocasión especial, y en cuanto llegué a casa supe de manera instintiva que había llegado ese momento. La ocasión especial. El dolor profundo crea su propia singularidad. Abrí una de las botellas de schnapps y me quedé mirando la primera copa llena a rebosar, sintiendo nada menos que el imperativo categórico de emborracharme: una orden absoluta e incondicional que debía acatarse y estaba justificada como fin en sí misma. Eso sí que es un concepto filosófico esencial. Me bebí una botella entera antes de quedarme dormido, y casi toda la otra en cuanto volví a despertarme. Y en algún momento entre lo uno y lo otro, llamé al hotel para decir que estaba enfermo. Aunque no es que lo estuviera de verdad. Nadie considera algo así una enfermedad, salvo la pobre enfermera que tiene que hacerte un lavado de estómago para sacarte el alcohol, e incluso en su caso la lástima por la enfermedad está mezclada, no sin motivo, con una intensa sensación de asco. Bueno, casi hasta ese punto estaba enfermo. Llevaba sin beber así —con auténtica premeditación— desde el día en que me enteré de que el Wilhelm Gustloff estaba en el gélido fondo del mar Báltico.

Un rato después de haber hecho la llamada al Grand Hôtel, desperté con la vaga sensación de que sonaba el timbre. Una parte de mí —estúpida, engañada de puro ebria e infantilmente ilusionada— creyó que podía ser Anne French, que había venido a disculparse y decir que había cometido un terrible error, y convencido de que quizá hallase en mi interior fuerzas para

perdonarla, cobré ánimo para levantarme del suelo. Claro que la perdonaría. Estaba borracho.

Con dos botellas de schnapps del bueno entre pecho y espalda, no pude sino cruzar a gatas el diminuto dormitorio de mi langostera y bajar dando tumbos a abrir la puerta. No tengo ni idea de la hora que era, pero debía de ser hacia media tarde del día siguiente. Abrí la puerta, para encontrarme con un sol brillante que me deslumbró dolorosamente, o al menos eso me pareció, aunque de hecho se trataba de un puño al final del brazo de un inglés muy fuerte y colorado, que me golpeó con más fuerza que el schnapps, en toda la barbilla, haciéndome caer de espaldas igual que una marioneta que se hubiera quedado súbita y estúpidamente sin hilos. Y ahí, despatarrado al pie de las escaleras, con una melodía estruendosa pitándome en los oídos, me planteé seriamente vomitar. Seguía pensando en ello cuando el mismo inglés me agarró para ponerme en pie, me hizo rebotar contra la pared un par de veces y luego me dio otro puñetazo.

—Si algo me ha gustado siempre —dijo, y creo que fue lo último que recuerdo haber oído durante un rato—, es darle su merecido a un puto alemán. —Rio—. Y pensar que me pagan por esto... Joder, ¡si lo haría gratis!

Por un instante o dos me sentí mareado. Estaba otra vez en el tejado de la Villa Mauresque, escuchando a escondidas a los dos jefes de espionaje. Luego caía de espaldas por la chimenea, habiendo dejado atrás toda conciencia de mí mismo, junto con la certeza innata a nivel genético de que de veras merecía la pena luchar por la vida. No merecía la pena. Eso saltaba a la vista. La luz al final del túnel que era el sol enmarcado en la boca de la chimenea fue haciéndose cada vez más pequeña, hasta que al final no abultaba más que una tenue y lejana estrella en alguna galaxia remota. Yo había desaparecido, y era probable que siguiera desaparecido una buena temporada, quizá permanentemente. Allá en Berlín, incluso antes de los nazis, la búsqueda de personas desaparecidas solía costarle a la ciudad

millones de marcos al año. ¿Sirvió de algo todo aquello? Tal vez era posible incluso que no me encontraran nunca, como no habían encontrado a los que me precedieron. Cuando la oscuridad de la chimenea se cerró en torno a mí, tuve la honda sensación de que la vida había tocado a su fin con la misma certeza que si hubiera vuelto a meterme en el coche y me hubiera asfixiado con monóxido de carbono. Respiré hondo el olvido que ahora me envolvía, y esperé que mi mente inservible y cansada ya no fuese necesaria. Ya no quería saber nada más. ¿Qué importaba, de todos modos? No había necesidad de aferrarse a la vida con tanta intensidad. Así pues, me dejé ir. Me dejé ir... El inglés me había hecho un favor, y recibí aquella oscuridad con los brazos abiertos, igual que un niño recibe la mañana de Navidad.

Estuve mucho rato mirando fijamente la bombilla amarilla que colgaba del techo verde oscuro. No se apagaba. El amarillo no era solo amarillo, sino anaranjado y a veces verde, y quizá algo más que una simple bombilla. Parecía el ojo malvado de un Cíclope invisible que estuviera intentando ver el interior de mi alma, para decidir si valía la pena devorarme. Intenté ponerme en pie una o dos veces, dispuesto a hacerla añicos, pero el techo debía de estar al menos a unos tres metros y medio de aquel suelo de madera sin alfombrar en el que estaba tendido, así que me fue imposible. La habitación era del tamaño de una sala de baile, y aun así hacía un calor agobiante y resultaba opresiva debido al olor a vómito —sin duda mío— y al zumbido de las moscas que ahora disfrutaban del inesperado banquete. Estaba cubierto de sudor, y tenía la camisa pegada a la espalda como el envoltorio de una barra de mantequilla. De haber llevado zapatos, hubiera tirado uno contra la bombilla, porque no veía por ninguna parte un interruptor para apagarla. Las contraventanas de hojas del tamaño de las verjas del jardín de la Villa Mauresque estaban cerradas, e incluso sin abrirlas supe que las ventanas tenían rejas y estaba preso. Aunque no es que tuviera energía para hacer nada tan agotador como tirar un zapato o abrir una ventana. Además, tenía las manos penosamente atadas a la espalda, y la mandíbula me dolía como si hubiera intentado abrirme paso a mordiscos a través de las tablas del suelo que me rodeaba, a los pies de unas paredes rojo sangre. Incluso el pelo sobre el cráneo me resultaba doloroso. Aunque sobre todo tenía una sed desesperante. Pedí agua a gritos, pero no acudió nadie.

Había un antiguo reloj francés sobre el mármol polvoriento de la repisa de una chimenea y, conforme pasaba el tiempo, fui dándome cuenta de que estaba permanentemente atrapado a las doce y diez, igual que mi vida, por lo visto. Supuse que me encontraba en alguna villa vacía o en desuso, cerca de Villefranchesur-Mer. Alcanzaba a oír el sonido del océano, lo que me ayudó a tranquilizarme, e imaginé todos los lugares a los que iría si hubiera dispuesto de un barco y de mi libertad. ¿Escocia? ¿Noruega? ¿Kaliningrado? ¿El Cabo de Buena Esperanza? Buena esperanza era algo de lo que andaba muy escaso, así que me pareció un buen lugar de destino. Al otro lado de las contraventanas de grandes hojas parecía estar oscuro, pero con el dolor que sentía en los ojos no podía estar seguro del todo. Había estado mirando fijamente la bombilla tanto rato que mi visión se había visto reducida en su mayor parte a una imagen residual negativa. O algo de carácter negativo, por lo menos. Como todo lo demás. A las doce y diez oí una llave en la cerradura de las puertas, y los dos ingleses de Portsmouth entraron a paso firme y tiraron de mí para ponerme en pie.

—Se ha meado —comentó uno, que arrugó la nariz asqueado.

—Así nos ahorramos tener que llevarlo al baño. ¿De qué te quejas?

—Al jefe no le va a hacer gracia.

Me llevaron a rastras a otra habitación, casi igual de amplia, y me sentaron en una silla de comedor ante una larga mesa. Había una lámpara de araña de grandes cristales justo encima de mi cabeza, pero allí las contraventanas también estaban cerradas y casi toda la luz procedía de unas lámparas de pie en los rincones y de una lámpara de estudio encima de la mesa.

El hombre de cara pálida que se sentaba al otro lado de la mesa llevaba traje de sirsaca y gafas gruesas, y parecía más interesado en el contenido de su pipa de cerezo que en mí. Tenía el pelo tan ralo como finas la nariz y la boca y, a mi modo de ver, por sus venas debía de correr sangre aguada. En el extremo opuesto de la estancia, la puerta estaba abierta, y aunque no atinaba a

ver quién se encontraba allí, no me cupo duda, por las nubes de humo de tabaco, de que se trataba de más de una persona. Quizá los dos jefes de espionaje de Londres.

—¿Han cogido algo de ropa de su apartamento? —preguntó el hombre pálido a los otros dos.

—Sí, señor.

Asintió. No lo había visto nunca, pero era inglés y tenía un aire muy reservado y prudente, como un monje de una orden que prácticamente hubiera hecho voto de silencio.

—Huele. Lávenlo, denle algo de comer y beber, y luego tráiganlo otra vez vestido con ropa limpia.

Quince minutos después, estaba de nuevo delante del monje, que me miró con educada indiferencia, como si estuviera viendo un aburrido partido de críquet. Cuando tomé asiento, el monje se puso en pie lentamente, sacó unos papeles de un clasificador, y los dejó encima de la mesa delante de él, como si fueran prueba de algo. No los veía con claridad desde donde estaba sentado, pero me dio toda la sensación de que iban a constituir la base de alguna grave acusación contra mí que bien podría costarme la libertad o la vida. El monje tenía en la mano mi pasaporte. El mismo que me había facilitado Erich Mielke.

—Usted es Walter Wolf —dijo—. Y trabaja en el Grand Hôtel de Cap Ferrat como conserje.

—Sí. Y tengo que protestar. ¿Por qué me han traído aquí?

—Pero no se llama así en realidad, ¿no es así? Su auténtico nombre es Bernhard Gunther, ¿verdad?

—No.

—Su auténtico nombre es Bernhard Gunther, y este pasaporte se lo facilitó el Servicio de Seguridad del Estado de la República Democrática Alemana,

también conocido como la Stasi. —Su tono era casi de disculpa, como si lamentara retenerme allí dentro un día tan cálido.

—No.

—De hecho, es agente de la Hauptverwaltung Aufklärung, la sección del servicio de espionaje exterior del Ministerio de Seguridad del Estado. ¿No es así? Trabaja para la HVA comunista, ¿verdad, Herr Gunther?

—No.

—Antes, fue oficial del servicio secreto de seguridad nazi. El SD. Pero en 1946 fue recluido en el campo de prisioneros del Ministerio de Seguridad de Johannegeorgenstadt, en Alemania Oriental, donde fue reclutado por la Stasi.

—No.

—Fue excarcelado de aquel campo a condición de que trabajaba para la Stasi, ¿no?

—No. Fui prisionero de guerra, eso sí. Y unos hombres, que ni siquiera sé cómo se llamaban, me pidieron que trabajara para la Stasi. Me negué. Pero más adelante, escapé.

—¿Escapó? ¡Qué intrépido! —comentó el monje.

Era alto, rubio, con acento culto y una voz profunda y meliflua, y ahora me dio la impresión de que tenía el aire de un colegial muy mayor, o quizá un joven maestro de escuela. Desde luego, no parecía un espía: no había nada físico ni atlético en su apariencia. Y estaba claro que no era un asesino; a ese hombre lo habían elegido por su inteligencia, y no por su crueldad. A diferencia de los dos gorilas de Portsmouth, estaba más acostumbrado a hacer agujeros en un papel que en la cara de un hombre. Buena parte del tiempo permanecía en silencio, dando chupadas a su pipa, como si me diera oportunidad de ofrecer una respuesta mejor de la que le había ofrecido, sin duda inadecuada. Hubiera preferido alguien que fuera un matón violento, que me gritara y me abofeteara, uno de esos interrogadores que intentan sacarte la verdad a fuerza de golpes y sudor. Con un interrogador así, sabías a qué

atenerte. Pero este intentaba hacerse amigo mío para que mi mente se acercara a él, hasta que se convirtiera en el mismísimo Jesucristo, en una única fuente de salvación y redención. Dependencia psicológica, lo llamaban.

—No hubo muchos prisioneros de guerra alemanes encarcelados en Rusia y Alemania Oriental que consiguieran escapar de campos de trabajo, ¿verdad? Que yo sepa, apenas ninguno.

—No lo sé. No muchos, quizá. Vi una oportunidad y la aproveché.

—Fue afortunado, Bernhard.

—Siempre he sido afortunado.

—Ah. ¿Y eso?

—Estoy aquí hablando con usted, ¿no?

Sonrió y se miró las uñas, antes de volver a encender la pipa.

—Podría decirse que la clase de suerte que le tocó fue muy parecida a la que describía Séneca —observó—. Cuando se encuentran la oportunidad y la preparación. La oportunidad fue suya. Pero casi con toda seguridad fue la preparación de otros. La preparación de Erich Mielke.

—¿Séneca? ¿Quién es ese?

—Un estoico romano, consejero del emperador Nerón.

—¡Qué alivio! Pensaba que iba a ser otro espía de Alemania Oriental al que se supone que conocía.

—¡Qué interesante! Pregunta quién es Séneca, pero no pregunta quién es Erich Mielke.

—Supongo que no es un estoico romano.

—No, claro. El camarada general Erich Mielke es director adjunto de la Stasi.

—No me suena. Pero también es verdad que no piso Alemania desde hace años.

—Es berlinés, igual que usted, Herr Gunther.

—Por mí como si es de la aldea de Fucking, en Austria. Ha cometido usted

un error. No soy quien cree que soy. Estaba ayudando a los suyos, ¿recuerda? Tienen una manera muy rara de mostrar gratitud. Y lo cierto es que no tengo tiempo para esto. Me gustaría irme. Ahora mismo.

—Tenemos tiempo de sobra. Se lo aseguro.

—En ese caso, ¿puede darme agua y un cigarrillo?

El monje asintió, y uno de los matones, que se adelantó con un golpe seco, como si estuviera en la plaza de armas, me puso un pitillo en la boca, lo encendió con un mechero barato y luego me trajo un vaso de agua.

—Gracias —dije—. Bien, ¿dónde estábamos? Ah, sí. Le estaba diciendo que no tengo la menor idea de qué me habla. Tienen al hombre equivocado. Eso, por lo menos, salta a la vista.

—Entonces, permítame que le refresque la memoria, Herr Gunther. Comprobamos su nombre con nuestros amigos de la CIA. Y creo que es usted el mismo Bernhard Gunther que formó parte de una compleja trama de la Stasi para secuestrar a tres agentes suyos de la zona francesa de Berlín, en 1954. Esos tres agentes americanos creían que lo habían contratado a usted para ayudarles a secuestrar a Erich Mielke, a cambio de un pasaporte estadounidense y la suma de veinticinco mil dólares. Sin embargo, los delató a Mielke. Dos de ellos siguen en una cárcel de Alemania Oriental. ¿Lo sabía?

Negué con la cabeza.

—Se equivoca. Me llamo Walter Wolf. Soy conserje del Grand Hôtel. Y no tengo ni la más remota idea de qué me habla. Nunca he conocido a nadie que trabaje para la CIA. Y una vez más, le aseguro que no conozco a nadie que se llame Mielke.

—Tienen montada aquí en Francia una operación bastante compleja, ¿no? Han invertido mucho tiempo, esfuerzo y dinero en este proyecto.

—Yo no he visto nada. Me refiero a dinero. Ya ha visto el piso donde vivo, y puede comprobar mis cuentas bancarias. Tengo muy poco dinero. Gasto lo

que gano en el Grand Hôtel. Desde luego, no estoy en nómina de Alemania Oriental.

—Tenemos a alguien que opina lo contrario. Un testigo.

—Entonces esa persona se equivoca o miente.

—Ya que ha hablado de cuentas bancarias —dijo el monje, al tiempo que me acercaba uno de los papeles sobre la mesa—, le mostraré esto. Es una copia de una carta suya al director de un banco en Mónaco, el Crédit Foncier, con fecha de febrero de 1956. Expone que Harold Hebel será cotitular de esta cuenta junto con usted. Parece ser que hay más de veinte mil marcos en esta cuenta, Herr Gunther. Por lo visto, el dinero ha sido ingresado por la Compañía de Exportación Schönefeld de Bonn, en Alemania Occidental. Creemos que esta compañía es propiedad de la Stasi.

—No había oído hablar de ese banco hasta ahora.

—¿Este dinero era para cubrir sus gastos?

—Mire, yo no escribí ninguna carta al banco. Esa no es mi firma. Y desde luego nunca he oído hablar de la Compañía de Exportación Schönefeld de Bonn.

—Pero conoce a Harold Hebel, ¿no?

—Claro que lo conozco. Si han hablado con Somerset Maugham, ya lo sabrán. Él confirmará lo que ya le dije: que Harold Hebel es un chantajista profesional desde antes de la guerra. Es el hombre que ha estado chantajeando a Maugham. Y ahora, por lo visto, al servicio secreto británico. Y yo he estado ayudando al señor Maugham a petición suya. Pregúntele.

—Me temo que no es posible. Ha sufrido un ligero derrame cerebral.

—Oiga, yo no pedí verme implicado en esto. Hasta que él me pidió que lo ayudara, yo estaba ocupándome de mis propios asuntos en el Grand Hôtel. Y ahora, si no le importa, me gustaría volver allí para seguir desempeñando mis obligaciones.

—Harold Hebel. Nombre real, Harold Heinz Hennig, antes miembro de la

Gestapo y ahora al servicio de la HVA comunista, además.

—Eso, desde luego, no me sorprendería. Supongo que fueron ellos los que le dieron la cinta. Y a ellos probablemente se la dio el KGB. ¿Es Hennig ese testigo suyo? —Negué con la cabeza—. Ese hombre es un embustero. No me fiaría ni de una sola palabra suya.

—Pero usted y él trabajaban juntos aquí en la Riviera. Trabajaban juntos desde el principio.

Le di una calada al cigarrillo, y lancé un poco de humo hacia la lámpara con la esperanza de disuadir a una araña de gran tamaño que descendía colgada de un fino hilo en dirección a mi cabeza.

—No. Nunca lo haría. Lo aborrezco. Lo mataría antes de tener que trabajar con él. Nuestra enemistad se remonta a hace mucho tiempo.

—¿Quién dirigía la operación? ¿Mielke? ¿O su tocayo?

—¿Mi tocayo? No sé qué quiere decir con eso.

—El general de división Markus Wolf.

—Tampoco he oído hablar nunca de él. ¡Hay que ver cuántos generales se supone que conozco! Como me descuide, me dirá que yo también soy general.

—Según nuestra información, Markus Wolf está al mando de la HVA de Alemania del Este y responde directamente ante Mielke.

Volví a levantar la vista hacia la araña, que solo había desistido momentáneamente.

—¿Hasta qué punto conoce al camarada general Mielke?

—Ya se lo he dicho. No me suena de nada.

—Venga, Herr Gunther. Elisabeth Dehler, la mujer que vivía aquí en el sur de Francia hasta hace poco como su esposa, conoce muy bien a Erich Mielke, ¿no? Desde hace mucho tiempo. Y más aún, trabaja para la HVA.

—¿Elisabeth? —Sonreí—. Eso lo dudo mucho.

—Trabaja para ellos con toda seguridad. Y ahora está sana y salva en

Berlín.

—Eso sí me consta. —Me encogí de hombros. No habría podido decir nada sobre ese particular, salvo que era verdad. Elisabeth conocía a Erich Mielke. Eran viejos amigos de antes de la guerra, cuando Mielke solo era un joven matón armado del Partido Comunista de Alemania, pero no pensaba reconocer nada semejante ante mi interrogador inglés. Por lo menos, no hasta que supiera de qué se me estaba acusando—. Mire, Elisabeth me abandonó hace tiempo. No soportaba el calor. No se las apañaba con el idioma. Echaba de menos Alemania más de lo que supuso que me echaría en falta a mí, imagino. En realidad, no tengo la menor idea de lo que ha hecho desde que regresó a casa. Hace tiempo que no me escribe.

—Vamos a hablar un poco más de la operación, ¿de acuerdo?

—No estoy seguro de a qué se refiere.

—Hablo de un chanchullo de Karlshorst para tenderle una trampa a Roger Hollis, el subdirector del MI5, acusándolo de espiar para la inteligencia militar soviética, el GRU.

—¿Karlshorst? Conozco esa área de Berlín, pero no tengo ni idea de por qué la menciona como si significara algo para mí.

—Es donde la HVA tiene su sede hoy en día.

—El MI5. El GRU. ¿La HVA? Tendrá que refrescarme la memoria.

—La Hauptverwaltung Aufklärung. El servicio de espionaje exterior de Alemania Oriental. El equivalente al MI6 británico. O a la CIA norteamericana.

—Ya estamos otra vez. Todos los días se aprende algo nuevo, supongo. Mire, hasta hace un par de días, había oído hablar de Guy Burgess. Había oído hablar incluso del MI6. Pero nunca había oído el nombre de Roger Hollis. Y si es un espía de la Unión Soviética, pues que le vaya bien. Me trae sin cuidado. Nada de esto tiene que ver conmigo. Mi único papel ha sido hacer de intermediario entre Hennig y Somerset Maugham. Tal como lo

presenta usted, parece que soy yo quien sugirió que Hollis es espía. Y desde luego nunca se lo mencioné a sir John Sinclair ni a Patrick Reilly.

—No tuvo que hacerlo. Ahí estriba el puñetero ingenio de todo este asunto. Un detallito casi insignificante de la supuesta confesión de Burgess en el que Erich Mielke y Markus Wolf esperaban que reparásemos. Y reparamos en él. Caímos en la trampa. La conexión Shanghái, por así decirlo. British American Tobacco. Lograron que nos pusiéramos a correr en círculos con este asunto, eso tengo que reconocerlo. No tiene idea del pánico que ha desencadenado esto en Whitehall. De no ser por la oportuna deserción de uno de los suyos, el pobre Roger Hollis estaría ahora bajo una enorme y oscura nube de sospecha.

—Entonces, ¿qué quieren de mí? ¿Que dé referencia de él para que pueda quedar completamente exonerado? Bien. Hasta donde yo sé, Roger Hollis es en realidad un hombre encantador y nunca ha sido espía ruso. ¿Es eso lo que quiere que diga? Pues claro. Deme un papel y le escribiré una carta a la reina recomendando que lo nombren caballero. Me parece que ustedes, los británicos, reparten más títulos de esos que cerebros.

—Una confesión sería preferible a una carta. Nos ahorraría mucho tiempo.

—En otras palabras, no tienen ninguna prueba. Si esto fuera una partida de bridge, diría que van de farol.

—Ya que menciona el bridge, el sobrino de Somerset Maugham, Robin...

—Robin no es muy de fiar, ya sabe. ¿Por qué no le pregunta de dónde salió esa fotografía?

—Ah, ya se lo hemos preguntado. Admite sin reparos que se la vendió a Anthony Blunt. Pero cuando se presentó aquí Harold Hennig con la foto, creyó que no tenía otra opción que prestarse a lo que Hennig quería que hiciera. Robin dice que fue Hennig quien sugirió que lo invitara a usted a la Villa Mauresque a jugar al bridge. Insistió mucho al respecto. Y naturalmente fue Hennig quien lo sugirió a usted como intermediario apropiado para el

chantaje; como una persona desinteresada y en apariencia de fiar que no perdería los nervios. Pero ustedes dos estaban conchabados desde el primer instante en esta operación encubierta, ¿no es así?

—Me parece que paso.

Me incliné hacia delante para esquivar a la araña, que ahora estaba escasos centímetros por encima de mi cabeza, y apagué el cigarrillo en un cenicero encima de la mesa. Estaba cansado. Lo único que quería era dormir. Pero, al inclinarme, el monje me puso una fotografía delante, y luego otra. En ambas fotos, yo lucía un uniforme de la Stasi. A mí me parecieron falsificaciones evidentes, pero vi que los británicos estaban dispuestos a tragarse las fotografías, y eso cambiaba mucho las cosas.

—¿Cómo explica estas otras? —dijo el monje, mostrándome otra foto.

Esa ya la había visto; era una foto mía tomada en Praga con el general del SD Reinhard Heydrich, poco antes de que acabaran con su vida unos asesinos checos.

—Ha llevado una vida interesante —señaló el monje—. De eso no cabe duda. Supongo que es usted un conserje de hotel excelente, capaz de ofrecer toda clase de información. No solo acerca de los restaurantes locales.

—Qué es usted, ¿espía? ¿Poli? ¿Funcionario?

—Algo parecido.

—Métame en la misma sala que Harold Hennig —dije—. Y déjeme que le haga unas preguntas. Ya verá lo poco de fiar que es su principal testigo. En realidad, no es más que su palabra contra la mía.

—Quizá.

—Mire, ya veo que ese hombre, Erich Mielke, y la Stasi... se han esmerado mucho con este asunto. Pero pregúntese lo siguiente: si se esmeraron tanto para desacreditar a su hombre, Hollis, ¿cómo es que ahora su plan se desmorona tan fácilmente? ¿Cómo es que Harold Hennig está en posesión de

fotografías que me incriminan a mí, si se supone que está conmigo en esa operación? Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Es un chantajista. Usted mismo lo ha dicho.

—Piénselo. ¿Cómo es que ahora son ustedes capaces de descartar lo que había en la confesión de Burgess tan rápidamente? ¿Tan convenientemente?

—Lo entenderá todo muy pronto. Hemos decidido que lo más fácil será reunir a todas las partes interesadas en esta habitación, revisar todas las pruebas disponibles y oír lo que tengan que decir las diversas personas involucradas. Será una oportunidad para aclarar las cosas. Es lo más justo, ¿no cree?

Miré de reojo la puerta abierta al otro extremo de la sala, donde alguien acababa de toser.

—¿Están ahí mis jueces?

—¿Jueces?

—Lo que usted describe se parece sospechosamente a un juicio —señalé.

—Supongo que se podría decir así.

—Y si se me declara culpable, ¿qué?

—Es una excelente pregunta.

—Igual no le importa responderla.

—Creo que es usted quien tiene que pensar muy detenidamente sus respuestas, Herr Gunther. Nosotros hacemos las preguntas. Y le aconsejo encarecidamente que colabore. Su vida será mucho más fácil de esa manera.

Los dos matones me llevaron de nuevo a la sala roja con techo verde y me esposaron a un radiador de hierro forjado que parecía una gigantesca anaconda plateada. A diferencia de la bombilla del techo, por suerte no estaba encendido. Me dieron una jarra de agua y otro cigarrillo, y casi tuve la sensación de que la vida merecía la pena vivirse. Casi. Me dolía mucho la cabeza, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta las dos botellas de schnapps y los dos puñetazos igualmente fuertes que había recibido. En conjunto, había preferido el schnapps. Es un medio mucho más efectivo de cauterizar sentimientos en carne viva, aunque, cuando se pasa el efecto, te deja un poco deprimido. Cuando el efecto de dos botellas como esas toca a su fin, lo que más te apetece es buscar una bonita tumba poco profunda y meterte allí. Y tal como estaba yendo el asunto con los británicos, probablemente me buscarían una o incluso la cavarían ellos mismos. Tenía poca fe en la imparcialidad de la justicia inglesa, tratándose de un tribunal desautorizado en una villa abandonada de la Riviera, y no tenía ninguna duda de que mi vida estaba en juego. Había visto pruebas suficientes de la brutalidad del ejército británico durante la primera guerra como para saber que esa gente estaba a la altura de la tarea de matarme a sangre fría. Los «Tommys» se consideraban justos, pero eran igual que los alemanes en ese sentido. Prácticamente todos los hombres que había conocido en las trincheras podían contar historias acerca de ejecutar a prisioneros que no podían tomarse la molestia de escoltar de regreso a sus propias líneas. Eso era tan cierto en el caso de los Tommys como en el de los alemanes. Ahora yo

era prisionero, y no atinaba a ver cómo esos ingleses en particular iban a trasladarme sano y salvo a una cómoda celda en Inglaterra, sin arriesgarse a provocar alguna clase de incidente diplomático con los franceses. El asesinato es mucho más sencillo cuando la alternativa conlleva un montón de papeleo sumamente engorroso. Procuré dormir, aunque sin mucho éxito. Solo el culpable puede conciliar el sueño cuando está esposado.

Un par de horas después, me llevaron de nuevo a la sala de la lámpara de araña de grandes cristales. Supuse que algo iba mal porque Harold Hennig ya se encontraba allí, también esposado; tenía un buen moretón debajo del ojo y la camisa desgarrada. Me pareció una extraña forma de tratar a un testigo principal. Nos hicieron tomar asiento en extremos opuestos de la sala. Procuré ignorarlo por completo, y él me dispensó el mismo cumplido. Ahora había tres hombres detrás de la mesa, incluido el monje. Uno de los otros parecía un duque que acabara de percibir un desagradable hedor debajo de las tablas del suelo. En esa casa, probablemente había más de un despojo debajo del parquet. El otro era un individuo con aspecto como de tío, con orejas grandes y dentadura irregular. Lucía una corbata de rayas a juego con la del monje, y me pregunté si era un indicio de que habían ido a la misma escuela o si solo iban a la misma insulsa corbatería de Londres. Los dos gorilas de Portsmouth también estaban presentes, pero ahora iban acompañados por otros de talla igualmente antropeide. Y una vez más, me pareció que había más gente aún siguiendo el proceso desde el otro lado de la puerta abierta en la habitación anexa. De vez en cuando, oía cómo se encendían cerillas o crujía alguna silla.

—Bueno, todos sabemos por qué estamos aquí —afirmó el monje.

—Ojalá yo lo supiera —señalé.

—Bueno, vamos a empezar, ¿de acuerdo? —Hizo un gesto con la cabeza a un matón que estaba junto a una de las otras puertas—. Haga el favor de traer a la testigo.

—Así pues, finalmente esto es un juicio —dije.

El gorila salió; cuando regresó, lo seguía Anne French. Noté que me daba un vuelco el estómago, y aunque aún no entendía qué demonios hacía Anne allí, cada vez estaba más seguro de que me enfrentaba a algo calamitoso. Entre otras cosas, porque eludió mi mirada. No era tan sorprendente, supongo; lo que de verdad me cogió por sorpresa fue lo que dijo Harold Hennig.

—Anne, amor mío. ¿Qué haces aquí?

—Me has quitado las palabras de la boca —dije, preguntándome ya hasta qué punto podían haber intimado mientras yo estaba de servicio en el Grand Hôtel.

Del mismo modo que no me había mirado a mí, Anne no contestó a Hennig. Yo no creo en el diablo, pero aun así me asusta, y en ese momento me embargó la incómoda sensación en lo más hondo de las entrañas de que había dispuesto que me ocurriera algo doblemente desagradable.

Anne French se sentó en una silla al lado de la mesa y miró al frente. Llevaba un vestido azul sin mangas de aire sobrio y el pelo recogido en un moño en la nuca. Parecía una inocente colegiala. A estas alturas, ya alcanzaba a oler el aroma empalagoso de su perfume, y de pronto caí en la cuenta de dónde debía de haber salido el clasificador rojo que había visto en la mesa delante del monje. Era uno de los expedientes de investigación del archivo de Anne en Villefranche.

—¿Cómo se llama? —preguntó el monje.

—Anne French.

—¿Le importa decirnos qué hace aquí?

Los indicios imperfectos y parciales de que estaba a punto de traicionarme se hicieron de pronto mucho más concretos.

—Soy escritora de profesión. —Esbozó una sonrisa triste—. No he tenido demasiado éxito, me temo, pero es un trabajo que me permite viajar a muchos

sitios distintos, y constituye una tapadera excelente para un agente. Como el propio Somerset Maugham, cabría decir. Hasta hace poco, era miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña y agente de la HVA, la Hauptverwaltung Aufklärung de Alemania Oriental.

—¿Qué vínculos tiene con Alemania Oriental?

—Mi madre era oriunda de Alemania. De Leipzig.

—¿Habla usted alemán?

—Con soltura.

Todo eso me cogía de nuevas. En ningún momento me había llevado a sospechar que hablara mi propio idioma.

—¿Y cuánto hace que es usted agente de los alemanes orientales?

—Ingresé en lo que después se convertiría en la HVA en un viaje a Leipzig en 1950; desde entonces, he estado involucrada en una serie de operaciones clandestinas aquí en la Riviera. Recientemente, se me encargó trabar amistad con el ministro francés de Defensa, *monsieur* Bourgès-Maunoury, que se alojaba en el Grand Hôtel de Cap Ferrat. Debía convertirme en su amante para espiarlo en nombre de la HVA. Sin embargo, no lo logré. Es un hombre felizmente casado con dos hijos. No mucho después, recibí nuevas órdenes de Berlín de...

—¿Recibió alguna preparación especial para realizar su trabajo? —la interrumpió el monje.

—Un poco. Asistí a unas cuantas clases en una escuela de espionaje en Tschaikowskistrasse, en Pankow, Berlín, pero, para ser sincera, enseñaban sobre todo modales en la mesa y comportamiento en sociedad a jóvenes alemanes orientales poco duchos en etiqueta social. A mí no me sirvió de mucho, porque yo ya poseía esos modales. Me enseñaron a manejar una emisora de radio, eso sí. Y un arma.

—¿Cómo recibía órdenes de Berlín?

—Sobre todo por radio.

De pronto, la devoción de Anne por su Hallicrafters y el Servicio Internacional de la BBC cobró un sentido distinto para mí.

—Lo siento, querida. Continúe con su relato.

El «querida» fue todo un detalle; me permitió comprender que ya estaban dispuestos a creer lo que dijera y me indicó que me preparase para lo peor.

—No mucho después de mi intento abortado de convertirme en amante de *monsieur* Bourghès-Maunoury, recibí órdenes de sumarme a una operación con dos agentes de la HVA que había conocido en Berlín. Bernhard Gunther y Harold Hennig.

—Y una mierda —masculló Hennig—. ¿Qué es esto?

—¿Puede identificar a esos hombres?

—Sí —dijo rotundamente—. Son ellos.

Anne nos señaló debidamente, por si cabía alguna duda de quiénes éramos. Fue una de las pocas veces durante el proceso que llegó a mirarme, pero para el caso como si hubiera estado mirando al cartero.

—¿Puede describir esa operación de la HVA, por favor?

—Sí. Había sido planeada al más alto nivel de la HVA por el camarada general Mielke en persona. En resumidas cuentas, era una operación clandestina diseñada para incitar al MI5 a que eliminase o al menos neutralizase al subdirector general del MI5, Roger Hollis; para convencer al servicio secreto británico de que uno de sus jefes de espionaje más eficientes y leales era en realidad un espía que trabajaba desde hacía mucho tiempo para la inteligencia militar soviética, el GRU. Gunther ya estaba infiltrado en un puesto como conserje del Grand Hôtel, donde, en un principio, se esperaba que me ayudase a engatusar al ministro francés. Pero cuando ese plan falló, se puso en marcha de inmediato el plan para desacreditar a Roger Hollis, con el nombre en clave de Otelo.

—¿Puede explicar con detalle cómo iba a desarrollarse ese plan? —le pidió el monje.

—Es todo mentira —saltó Hennig.

—Ya tendrá oportunidad de hablar —repuso el monje—. Haga el favor de dejar acabar a la señorita French.

Anne asintió con gesto paciente.

—Gracias. Bien, la idea del camarada general Mielke estaba inspirada en la obra de teatro de Shakespeare *Otelo*, según dijo. Yago se dispone a mancillar el nombre y la reputación de Desdémona, aparentando reticencia y de una manera casi gradual. Eso era lo que en teoría debía pasar aquí. Así pues, Harold Hennig llegó al hotel haciéndose pasar por empresario. Su tarea consistía en chantajear a Somerset Maugham con una fotografía comprometedoras en la que aparecían Guy Burgess, Anthony Blunt y el propio Maugham. La foto se la había vendido a Anthony Blunt el sobrino del autor, Robin, y luego había sido robada del piso del señor Blunt en Londres y vendida a Hennig.

—¿Quién la robó? —indagó el individuo con aspecto de tío y mala dentadura.

—Un agente de la HVA. Uno de los alumnos de Blunt en Londres, según creo. En el Instituto Courtauld. Me temo que no sé su nombre. Entregó la foto a Berlín, de donde se la pasaron a Hennig, y cuando Hennig llegó aquí se puso en contacto con Robin Maugham, que identificó la fotografía como la que él mismo había usado para chantajear a Blunt. Gracias a ello, a Hennig le resultó relativamente fácil presionar a Robin Maugham, primero para que invitara a Gunther a la Villa Mauresque, y luego para que convenciera a Somerset Maugham de que se sirviera de Gunther como enlace fiable entre él mismo y Hennig. El plan era que Gunther se ganara la confianza de Somerset Maugham obteniendo la fotografía sin desembolsar ningún dinero, después de lo cual Hennig revelaría el nuevo material con el que iba a chantajear a Maugham, y por extensión, al servicio secreto británico. Se consideró que llevar a cabo el chantaje aquí en Francia sería mucho más seguro que

intentarlo en Londres, donde casi con toda seguridad habrían sido detenidos todos los implicados.

—Háblenos de ese nuevo material —dijo el monje—. Era una grabación, ¿no?

—Sí, una grabación en cinta en la que el agente soviético Guy Burgess explicaba cómo ingresó en el KGB. El general Mielke estaba convencido de que, en cuanto Somerset Maugham oyese lo que decía Burgess, comprendería la importancia vital de la cinta para sus antiguos amigos del MI6. Asimismo, se creía que Maugham tenía los suficientes medios económicos como para comprar la cinta en nombre del servicio secreto británico. Naturalmente, la cinta de Burgess, que es del todo auténtica, pues en efecto es Guy Burgess quien habla, aunque la grabación se hizo en Moscú y no en alta mar, tenía un pequeño detalle, casi insignificante, que debía ser el equivalente al pañuelo de Desdémona, supongo; algo pequeño y casi insignificante. Ese detalle era el siguiente: que Burgess había conocido a alguien en París en 1937 que había trabajado recientemente para la British American Tobacco en Shanghái, y que esa misma persona había sido captada por el GRU soviético. Mielke esperaba que alguien de la inteligencia británica acabara por ver la relación entre el vendedor de tabaco y Roger Hollis. Después de eso, el MI6 y el MI5, sumidos ya en una intensa paranoia tras las recientes deserciones de Burgess y Maclean, harían por sí mismos todo el laborioso trabajo de desacreditar a Roger Hollis. Estaba convencido de que plantar la semilla de la duda sobre Hollis sería más que suficiente para derribar a ese hombre, del mismo modo que Yago deja que Otelo se encargue él mismo del desagradable trabajo de recelar de Desdémona.

—¿Tuvo Mielke que presentar la operación Otelo al KGB para su aprobación operativa?

—Eso creo, sí. Iba a ser la primera gran misión de la HVA que demostrase ante Moscú que había llegado a la madurez como servicio de inteligencia, por

así decirlo. El caso es que la HVA es un servicio comparativamente nuevo, que aún está intentando ganarse la confianza de los soviéticos.

—¿Entregó el KGB directamente las cintas a la HVA?

—No. Para establecer de algún modo su procedencia, fueron enviadas primero a la oficina de la BBC en Berlín, en Savignyplatz. Creo que uno de los corresponsales locales de la BBC trabaja para la HVA, y este recibió orden de vendérselas a Hennig, como si se hubiera planteado emitir las y luego hubiese decidido sacar dinero con ellas.

Anne hizo una pausa y pidió un vaso de agua, que, como era de esperar, le sirvieron de inmediato, antes de continuar con su virtuosa interpretación.

—Mi trabajo consistía en reunirme con Gunther y Hennig e informar de sus avances operativos a mis contactos de la HVA por medio de mensajes en clave enviados con una radio de onda corta. Gunther y Hennig tenían que sacarle una elevada suma de dinero a Maugham, y por extensión al servicio secreto británico, y entregar otras cintas con más información falsa y equívoca sobre otros miembros del servicio secreto. Creo que hay más «pequeños detalles» en las demás grabaciones que también podrían contribuir a desacreditar a Hollis. Me temo que no sé cuáles son. El dinero que sacaran de la operación de chantaje debíamos repartirlo entre los tres como recompensa por el servicio leal, y para financiar futuras operaciones en este teatro.

—Y esas son las cintas que nos ha entregado. Las que guardaba en el despacho en su villa alquilada de Villefranche-sur-Mer.

—Eso es.

Anne mentía con tanta elegancia, con tanta pericia, que casi me sentí tentado de creerla. No vacilaba nunca, ni un instante, y me pregunté si se habría planteado la posibilidad de que los británicos llegaran a fusilarnos a Hennig o a mí. Su voz era firme y, hay que decirlo, también muy sensual; un par veces percibí incluso un tono trémulo, como si lo que tenía que decir la

afectara demasiado. Era muy buena. Mielke había elegido a su Judas pero que muy bien. Dudo que Jean Simmons o Deborah Kerr hubieran ofrecido una interpretación mejor que la de Anne French en esa sala. Pero, para mí, lo más duro de escuchar todo eso era saber que la amaba.

—¿Y qué la llevó a cambiar de parecer sobre su implicación en esa compleja trama? —El monje le sonreía ahora con amabilidad, como si la compadeciese por haber sido utilizada de una manera tan atroz por gente sin escrúpulos como Erich Mielke, Harold Hennig o yo mismo.

Anne suspiró.

—Tómese su tiempo, querida. No hay prisa. No queremos cometer ningún error aquí. —El tono del monje era solícito, como si a Anne le estuviera resultando difícil delatarme y, había que afrontarlo, delatar también a Harold Hennig.

—Sí, tómate tu tiempo —dije—, pero si te sirve de algo, puedes darme un beso en la mejilla.

Ni se inmutó.

—Me afilié al Partido Comunista porque creía en la eliminación de las clases sociales y en el Estado, pero sobre todo porque creía que era la mejor manera de enfrentarse a ese imperialismo británico y francés como el que ahora se está poniendo de manifiesto en Suez.

—Más vale que no entremos en eso, ¿de acuerdo? —señaló el hombre de dentadura irregular.

—No, bueno, soy una idealista, ya lo ven —continuó Anne—. Igual que mi padre. O al menos lo era. Pero cuando ya había empezado a trabajar con estos dos hombres, la esposa de Gunther, Elisabeth, me contó que durante la guerra él y Hennig habían sido fascistas al servicio del SD y la Gestapo. Fue ella quien me dio las fotografías que han visto. Y fue eso lo que me llevó por fin a cuestionarme mi lealtad al partido y a la HVA. La mera idea de que el Partido Comunista alemán se sirviera de antiguos nazis como estos dos

hombres para alcanzar sus objetivos me parece repugnante. En una ocasión le pregunté al respecto a Gunther, y, en lugar de negarlo o avergonzarse de ello, de hecho alardeó de su pasado nazi. Dijo que no había diferencia entre la Gestapo y la Stasi. Que el fascismo y el comunismo eran ideologías coincidentes. Que sus uniformes seguían siendo confeccionados por los mismos sastres y que incluso se utilizaban los mismos campos de concentración para los prisioneros políticos de hoy en día. Cuando puse reparos, pareció pensar que era muy graciosa y me dijo que, en su opinión, era de lo más ingenua. Bueno, quizá lo fuera. De hecho, estoy segura de que lo era.

Procuré incitarla a que me mirase, pero no sirvió de nada, y siguió ofreciendo su falso testimonio con voz firme y desapasionada.

—Para cuando me contó que unos jefes de espionaje británicos habían llegado al Cap y se alojaban en el hotel Belle Aurore, ya había decidido que no creía en el partido; bueno, ya no podía creer en él, lo entienden, ¿verdad? Estaba totalmente desilusionada. Como si se me hubiera caído la venda de los ojos.

—¿La operación siempre tuvo como objetivo que Maugham hiciera venir a algunos amigos suyos del MI6?

—Sí. Parecía poco probable que fuera a comprar la cinta sin tener expectativas de que los británicos respaldasen la adquisición. Seguro que a su edad no querría viajar a Londres. El camarada Mielke estaba convencido de que los británicos vendrían aquí. Y de que escucharían las cintas en persona.

—Y cuando Gunther le dijo que venían esos jefes de espionaje, ¿qué pensó usted?

—Pensé que era mi oportunidad de cambiar de bando. De redimirme. Así que fui a verlos en persona, me puse en sus manos y les conté absolutamente todo lo que sabía sobre la trama para desacreditar al tal Roger Hollis. —Volvió a suspirar—. Oiga, no iré a la cárcel, ¿verdad?

—Eso no es cosa mía, pero teniendo en cuenta las circunstancias, no, creo que no. Siempre y cuando siga cooperando, señorita French.

—Gracias.

—¿Está la HVA al corriente de que nos lo ha contado todo acerca de la operación Otelo?

—No, todavía no. Realicé mi última transmisión programada hace un par de noches.

—Y creo que tiene programada su siguiente transmisión para esta noche.

—Correcto.

—Entonces tendrá que informar sobre los avances de Otelo o la ausencia de los mismos, ¿no es así?

—Sí.

—De ahí la urgencia de este proceso —dijo el monje—. Pero no tiene usted inconveniente en volver a ponerse en contacto con la HVA y asegurar a sus contactos que la operación sigue su curso, ¿no es así?

—Sí. Claro.

Hubo muchas preguntas más por el estilo, pero yo ya tenía claro que, en cuanto Elisabeth volvió a Berlín, Erich Mielke debía de haberla exprimido para sacarle toda la información que fuera capaz de aportar sobre mi vida en el Cap. Eso era algo que me angustiaba. Probablemente ella ni siquiera se habría dado cuenta de que le planteaba esas preguntas de cara a una operación de la HVA. Al mismo tiempo, a un hombre como Mielke tenía que haberle sido fácil conseguir cualquier fotografía o expediente sobre mí. Prácticamente todos los archivos policiales en la jefatura de Alexanderplatz en Berlín habían caído en manos de los rusos, y ahora eran propiedad de la Stasi. Aun así, seguía sin poder creer que Elisabeth hubiera colaborado con la Stasi, aunque se rumoreaba que esa era la mayor habilidad de ese organismo: eran mucho mejores que la Gestapo chantajeando a la gente para que espicara a sus allegados más íntimos. Por comparación, la Gestapo era un grupo de

aficionados. Era posible que supieran algo sobre Elisabeth que ni siquiera yo conocía.

En cuanto a Anne French, ahora veía claramente que no podía culpar a nadie más que a mí mismo de lo ocurrido. Me había metido directamente en Getsemaní, igual que si me hubiera llevado hasta allí un taxi desde una de las habitaciones superiores del Monte Sion. Ella debía de haber imaginado lo fácil que me dejaría atrapar después de haberme abandonado Elisabeth. Desde el primer instante en que Anne French me había dirigido la palabra en el Grand, había estado siguiendo órdenes de Mielke y me había utilizado sin darle mucha más importancia que cuando usaba la piscina del hotel.

Al mismo tiempo, ahora entendía toda la horrenda treta que había perpetrado Mielke. Y tenía que reconocer que era una buena operación. El objetivo de todo el proyecto era reforzar la reputación de Hollis en el MI5. ¿Y qué mejor modo de hacerlo que sacar a la luz una ingeniosa intriga para desacreditarlo? Al oír todo lo que había dicho Anne, había llegado a la conclusión de que Roger Hollis era en efecto un espía, y además un espía que debía de haber estado bajo una nube de sospecha. Tras esta operación, sin embargo, Hollis habría despejado con toda seguridad cualquier recelo. Ahora nadie sospecharía de él, que era mucho más de lo que podía decir de mí mismo. El caso contra Bernhard Gunther parecía ya irrefutable. Negarlo todo parecía inútil. Y no me hacía ilusiones con respecto a la suerte que me aguardaba. Gracias a Anne, podía darme por muerto.

Me incorporé lentamente, con ademán cansado, procurando hacerme mucho más pequeño a sus ojos, como si estuviera resignado a mi suerte, sin duda ignominiosa. Y en cierto modo estaba resignado a ella, pero un momento de reflexión me había convencido de que, como si estuviera en mitad de una partida de dados a caja cerrada, yo no tenía que recoger y lanzar nada. Lo único que tenía que hacer era cerrar la caja, mostrarme a la altura del desafío Anne French y mejorar la puja que ya había aceptado tácitamente. A veces, cuando no llevas nada pero tienes la cara de póquer y los huevos para ello, con cinco dados en una caja cerrada puedes llegar mucho más lejos de lo que cabría imaginar. Era bastante buena embustera, pero, como había observado no hacía mucho Somerset Maugham en Villa Mauresque, años de práctica derivados de la pura necesidad habían hecho de mí un embustero bueno de narices también; tal vez mejor incluso que Anne French. Eso estaba ahora por ver.

—De acuerdo —dije, mirando con gesto desdichado al monje—, usted gana, inglés. Antes, cuando me estaba interrogando, ha dicho que quería una confesión completa. Bien, pues se la voy a ofrecer ahora. Toda la mugre. La versión íntegra. Nombres, fechas, todo. Lo pondré todo por escrito y lo firmaré. Lo que usted quiera. —Encorvé los hombros, bajé mi magullada cabeza como en ademán de penitencia por lo que había hecho y me pasé una mano por mi sudoroso pelo. En mis tiempos en la Sección de Homicidios de Alex, en Berlín, había visto a suficientes hombres deshechos como para conocer toda la pantomima de una confesión verdadera—. Todo este

chanchullo, tal como ha dicho esa zorra, ha sido planeado para desacreditar a Roger Hollis. Para coger a su hombre más importante del MI5 y obligarlo a oler la mierda de la víspera.

Dejé escapar un suspiro y meneé levemente la cabeza, como lamentando la desesperada situación en que me veía ahora. Al mismo tiempo, tuve buen cuidado de evitar la mirada de Anne, por si me desanimaba la incredulidad que sin duda habría visto en ella. Este numerito iba a requerir toda mi capacidad de invención.

—Pero ¿qué dices? —exigió saber Hennig—. Ella no ha hecho más que mentir, maldito idiota. No sé qué está pasando aquí, pero está claro que ha habido alguna clase de error...

—¡Sí, claro que ha habido un error! —grité—. Nos han pillado, y todo gracias a ella. Mira, Harold, no sirve de nada. ¿No lo ves? Se ha acabado el juego para nosotros.

—¿Qué juego? ¡No hay ningún juego!

—Esa zorra estúpida nos ha traicionado a los dos. Les ha contado prácticamente todo a estas alturas, y salta a la vista que la creen. Así pues, ¿qué demonios ganamos manteniendo esta farsa? ¿Eh? Contesta. Para el caso, más vale que levantemos las manos en señal de rendición. El partido no nos va a salvar ahora. Y tampoco la Stasi.

—¿De qué demonios hablas, Gunther?

Él aún no lo entendía, pero que utilizara mi nombre auténtico en realidad me venía de perlas.

—Y más aún, ella tiene razón y lo sabes. Los amos a los que servimos hoy en día en Alemania son tan cabrones como los de antes. Quizá peores. Por lo menos Hitler intentaba ser popular, pero a esa pandilla que tenemos ahora en Alemania sencillamente le trae sin cuidado la popularidad. Porque no la necesitan. De todos modos, nadie sabe quién demonios son. No son más que un montón de burócratas anónimos apoltronados en Karlshorst.

—Eres un maldito idiota, Gunther. Haz el favor de callarte la puta boca, ¿quieres? Vas a conseguir que nos fusilen a los dos. ¿Te das cuenta?

—¿Es que no lo ves? Esa zorra traidora lo ha conseguido ya. Estoy cansado de todo este asunto. Estoy harto, más que harto. Creo que lo mejor es que les demos lo que piden y acabemos con este circo lo antes posible. Venga, hombre. ¿Qué te parece? Vamos a confesarlo todo y a esperar lo mejor.

Hennig, esposado, tenía las manos firmemente entrelazadas sobre las rodillas, como si rezara con fervor, y vi que se le ponían blancos los nudillos mientras yo hablaba. La mandíbula le temblaba furiosamente, como dos pequeñas placas tectónicas, y tenía las fosas de la nariz dilatadas igual que una bolsa de agua caliente al vaciarse. Parecía que estuviera a punto de saltar sobre mí para estrangularme. Y eso no andaba muy lejos de ser cierto, pues un instante después se levantó de pronto, cruzó la sala a la carrera y, profiriendo gritos demoniacos igual que una criatura malvada, se lanzó contra mi cabeza como si fuera alguien empeñado en llevarme consigo al infierno mismo. Por suerte, uno de los matones de Portsmouth intervino justo a tiempo y, de un gancho a la cara que hubiera tumbado al mismísimo Floyd Patterson, dejó a Hennig despatarrado sobre la raída alfombra.

—¡Llévense a ese canalla de aquí! —gritó el monje. Fue la primera y única vez que le oí levantar la voz—. Enciérrenlo y déjenlo encerrado hasta que haya aprendido a comportarse.

Bien podría haber estado hablando de un colegial díscolo en vez de un chantajista y probable espía de la Stasi.

Sonreí, porque en el caos violento y exclamativo del momento había visto que Anne French me miraba fijamente, con su semblante afeado por las sospechas acerca de lo que podía contarles yo a los hombres del servicio secreto británico cuando los matones hubieran acabado de llevarse de la sala el cuerpo semiconsciente de Hennig. Teniendo en cuenta todo lo que había

dicho ella ya, difícilmente podía contradecir ahora mi confesión completa. Esperaba que eso fuese lo único que sus cínicos jefes de la Stasi nunca hubieran previsto. Que yo me mostrara de acuerdo con ella. En todas y cada una de sus palabras y más aún. Y por primera vez desde que la conocí en el Grand Hôtel de Cap Ferrat, vi auténtico miedo en aquellos ojos tan hermosos.

—Deme otro cigarrillo —le dije a uno de los matones que seguían en la sala.

Miró al monje, que respondió con un asentimiento. Cogió una pitillera de plata, la abrió, y torció el gesto cuando me vio coger dos cigarrillos y ponerme uno detrás de la oreja para después. Luego le dejé que me diera fuego y me llené los pulmones de una fuerte calada que no me hubiera sabido más dulce aunque hubiera estado frente a un pelotón de fusilamiento.

—No hay gran cosa que decir —empecé.

—Por su bien, espero que no sea así —me advirtió el monje.

—Esa maldita mujer tiene razón, claro. —Miraba directamente a Anne al decirlo, y sonreí cuando ella intentó disimular su turbación—. Fue un chanchullo desde el principio. Y además habría funcionado. Habría funcionado si ella no se hubiera ido de la puñetera lengua. Eso nunca se puede prever en una operación clandestina: que alguien sufra una crisis de conciencia y se entregue. No, desde luego. Así pues, les contaré todo, desde el principio.

—Si no le importa.

—La Operación Otelo estaba dirigida por Erich Mielke. Lo conozco desde hace años, desde antes de que los nazis llegaran al poder, cuando no era más que otro esbirro del Partido Comunista de Alemania con un arma y una gorra de Lenin. Ha engordado mucho desde entonces. Bueno, si el Erich Mielke de 1932 viera al Erich Mielke de hoy en día, no se reconocería a sí mismo. Asesinó a un par de polis de Berlín aquel año, y lo ayudé a huir de la ciudad antes de que lo detuvieran. Lo ayudé a escapar de Berlín a Amberes, donde él

y otro comunista llamado Zimmer subieron como polizones a un barco rumbo a Leningrado, igual que sus amigos Burgess y Maclean. Yo no era miembro del partido por aquel entonces, pero aborrecía al gobierno medio fascista de Von Papen y estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en mi mano para evitar que Mielke fuera a parar a la guillotina. Además, esos dos polis se lo tenían merecido. Todo el mundo lo dijo. También lo ayudé a escapar de un campo de internamiento francés en Le Vernet en 1940, cuando yo estaba en el SD. Me habían enviado allí para que intentase identificarlo.

—¿Cómo alguien que ayudó a un asesino del Partido Comunista a escapar acabó trabajando para el SD?

—Igual que Burgess trabajaba para el MI5, supongo. Era lo que acostumbraban a llamar un nazi «bistec»: pardo por fuera y rojo por dentro. Además, no era el único rojo que trabajaba para la RSHA, la Oficina Central de Seguridad del Reich. Heinrich Müller, Müller el de la Gestapo, también era rojo.

—¿Cuáles eran sus obligaciones en el SD?

—Trabajaba sobre todo a las órdenes del general Reinhard Heydrich —dije—. El denominado Protector de Bohemia. Podría decirse que era una especie de apagafuegos. Si veía algún problema, lo sofocaba a tiros. —Sonreí por el comentario jocoso, pero nadie más lo hizo.

—¿Y cuándo volvió a ver al camarada Mielke?

—Me ayudó a escapar de aquel campo de trabajo en 1947, año en el que ingresé en el partido y la Stasi. Sí, él y yo llevamos casi un cuarto de siglo velando el uno por el otro. Mi exmujer lo conoce desde hace más tiempo incluso que yo, porque ayudó a criar al joven Mielke después de que su auténtica madre muriera. Él haría cualquier cosa por Elisabeth, pero no se puede decir lo mismo en mi caso. No es amigo mío. No se puede ser amigo de un hombre como el camarada general Erich Mielke. Él preferiría pegarme

un tiro a tomarse una cerveza conmigo. Igual que Heydrich, en realidad. Dos astillas del mismo palo podrido.

—Háblenos de la cinta —dijo el monje—. ¿De quién fue idea?

—La cinta fue sobre todo idea de Markus Wolf, me parece. A diferencia de él, Mielke no se caracteriza por su sutileza. En el fondo es más bien un matón. Un hombre de acción. Si quiere que alguien sea apaleado, intimidado, interrogado, asesinado, encerrado en un campo de trabajo y olvidado, entonces Mielke es el hombre que necesita. Es lo que podría llamarse el instrumento contundente del comunismo alemán. Pero si quiere abordar un problema de un modo más perspicaz desde el punto de vista intelectual, entonces póngase en contacto con Markus Wolf. Wolf es jugador de ajedrez. Solo estuve con él en una ocasión, en Berlín, antes del asunto aquel con los norteamericanos en 1944, y nos sentamos a echar una partida. Es judío, y seguro que ya sabe cómo son esos tipos. Maquinadores, ingeniosos, aplicados: le juro que lo piensa todo con varios movimientos de antelación, igual que un gran maestro. Se educó en Moscú, claro, donde muchos emigrados alemanes recibieron desde muy pronto clases de ajedrez y espionaje. No por nada se le conoce como «El Almirante» en el cuartel general de la Stasi, en Karlshorst, en honor a Canaris, claro, que fue el famoso jefe de espionaje de Hitler y con el que también coincidí, aunque solo una vez.

A estas alturas, mentía con tanta soltura que empezaba a tener la sensación de que igual me había equivocado con mi vocación. Quizá podría haber sido el Somerset Maugham alemán. Anne French, desde luego, debía de estar pensándolo, y, al menos desde mi perspectiva, no podría haber parecido más incómoda al saber que, en buena medida, seguía mostrándome de acuerdo por completo con su versión ficticia de los acontecimientos. Pero como todas las buenas mentiras, esta tenía una base real bastante considerable. Las mejores mentiras son siempre ciertas en parte.

—Sea como sea —continué, empezando a cogerle el tranquillo a mi tarea, digna de Münchhausen—, Wolf tuvo la brillante idea de utilizar a Guy Burgess y Donald Maclean para chantajear al servicio secreto británico en cuanto desertaron a la Unión Soviética en 1951, pero necesitaba que Mielke lo ayudara a vender la idea entera al GKO, el Comité de Defensa del Estado, en Moscú. Si algo puede decirse de Erich Mielke, es que es un curtido miembro del partido y sabe cómo buscarse la vida en el Kremlin. Lo bastante bien como para escapar de la gran purga de 1937, cuando muchos antiguos comunistas alemanes fueron asesinados o enviados a campos de trabajo. Naturalmente, Mielke tuvo la buena fortuna de encontrarse en España. Era comisario del partido en la facción republicana.

»Fue hace tres o cuatro años cuando él y Markus Wolf viajaron a Moscú. Los dos ingleses ya estaban bajo sospecha. Moscú pensó que les habían permitido huir a Rusia y que, a cambio de volver a autorizar la entrada de Burgess y Maclean en Inglaterra en algún momento del futuro, los británicos planeaban usarlos para transmitir toda suerte de desinformación a los soviéticos. Stalin se planteó incluso liquidarlos a los dos solo para estar seguro, o enviarlos a algún rincón de Siberia perdido de la mano de Dios, donde no pudieran hacer ningún daño. La gratitud no fue nunca el punto fuerte del tío Joe. Sea como sea, prevaleció la opinión de consejeros más compasivos y sabios del GKO, y continúan vivos y casi libres. Pero debido a ello ninguno de los dos ha tenido más allá de un papel nominal en el KGB o el GRU. Markus, en cambio, consiguió demostrar al GKO que Burgess y Maclean seguían siendo un recurso de inteligencia importante y valioso y que los británicos continuaban teniéndoles tanto miedo como quizá se lo tenían los rusos. Les demostró que ese miedo se podía transformar en paranoia y explotarse a nuestro favor.

»La grabación se hizo en los principales estudios de Radio Moscú. Fue una gran producción, con efectos sonoros y toda la pesca. Maclean grabó una o

dos cintas, creo, pero fue Guy Burgess quien resultó tener auténtico talento para el micrófono. Naturalmente, haber sido productor de radio de la BBC debía de haberle allanado el camino, sobre todo con ayuda de una botella de buen whisky. Y fue Burgess quien tuvo la idea de que las grabaciones se diseñaran a fin de ser enviadas a la BBC. Según él, había muchos izquierdistas en la BBC que pensaban como él, sobre todo en Berlín. Uno o dos están incluso en nómina de la Stasi.

—¿Quiere decir que hay empleados de la BBC en Berlín que son agentes del Abteilung?

Era el de la dentadura irregular el que había hablado ahora; mientras lo hacía, se ajustó con gesto nervioso los gemelos de la camisa. Mientras tanto, Anne profirió un sonoro suspiro y cogió el bolso de mano, del que sacó un paquete de tabaco para encender un cigarrillo con impaciencia.

—Así es —asentí—. Guy Burgess le dijo a Wolf que, si hubieran tenido la misma oportunidad que había tenido él, de espiar, naturalmente, habrían hecho exactamente lo mismo.

—Entonces, ¿por qué escogieron a Roger Hollis como objetivo y no a otro? Alguien del MI6, quizá.

—De hecho, al principio los del KGB no estaban convencidos de que Roger Hollis fuera el hombre adecuado a por el que ir. Pero Wolf los convenció de que era la aparente normalidad de Hollis lo que hacía de él un hombre tan efectivo en contrainteligencia; eso y que, como número dos del MI5, también era el principal contrincante de Wolf, por así decirlo. A Wolf le gustaba ese tipo de cosas. Apelaba a su visión del espionaje como una partida de ajedrez, creo yo. Todo el asunto era un poco como un juego, en realidad. Divertirse un rato abochornando al servicio secreto británico. Además, Guy Burgess había llegado a conocer a Hollis en París en 1937, aunque por pura casualidad. Sea como sea, iba a ser la clave de toda la operación. Naturalmente, nadie del GRU abordó a Hollis. Era demasiado discreto como

para que el radar reparase en él, pues no hablaba idiomas extranjeros ni tenía ningún interés en el socialismo, y además ni siquiera había ido a la universidad. Más adelante, cuando Guy Burgess vio que había ingresado en el MI5 y ascendido rápidamente de rango, empezó a sentir un nuevo respeto por Hollis, y a creer que su absoluta ausencia de ego hacía de él el hombre más efectivo de toda la contrainteligencia británica. Eso mismo opinaba el comandante general Markus Wolf. Según el general Wolf, ser tan corriente era lo que hacía de Hollis alguien tan fuera de lo común. En opinión del general, los espías son como obras de arte pintadas por maestros de la falsificación. Por lo general son los detalles más pequeños los que los delatan, aunque solo ante otro experto. Una pincelada poco cuidada por aquí, una inicial en una firma no del todo bien trazada, el número de un marchante incorrectamente escrito en el revés de un marco. Había que tratar a Hollis del mismo modo, e imaginar a un experto en arte analizando la vida de ese hombre como si investigara una obra de valor incalculable, lo que suponía encontrar algún detallito falso que la mayoría de la gente pasaría por alto, algo tan minúsculo que a algún otro bien podría pasarle inadvertido, e insertarlo en el conjunto de la narrativa histórica, retrospectivamente. Como usar azul cobalto en lugar de azul de Prusia, dijo. Y fue de lo más ingenioso hacer que Burgess adoptara la actitud esnob de desdeñar al hombre que conoció en París tachándolo de aburrido vendedor de tabaco.

—Pero ¿por qué implicar a Somerset Maugham en todo este asunto? — indagó el monje.

Usó un tono neutral por completo, y no me dio el menor indicio de si yo iba por buen camino o no. Como si estuviera intentando centrarme en lo que era verdad y lo que no lo era, le di una larga calada al cigarrillo, entorné los ojos y fijé la mirada en un amorfo espacio intelectual justo encima de la oscura melena de Anne, donde ideas y pensamientos profundos flotaban en el humo de su cigarrillo.

—Eso también fue idea de Wolf. Decidió usar a Maugham porque Maugham era rico y, a pesar de su edad, se le tenía por un hombre sumamente bien relacionado, aunque de un modo histórico, con los servicios secretos británicos. Era el punto débil a través del que acceder al MI6 y, claro está, se le podía comprometer fácilmente debido a su homosexualidad. Wolf pasó mucho tiempo buscando esa fotografía de Maugham y Burgess, de la que le había hablado el propio Guy Burgess. Sí, olvidaba mencionarlo: Wolf dedicó varias semanas a hablar con Burgess en el hotel Metropol de Moscú, tomando nota de cientos de detalles así. Y en cuanto dio con la fotografía, el plan se puso en marcha. Para entonces, yo ya vivía aquí y trabajaba en el Grand Hôtel, donde unos cuantos ministros franceses suelen ir de vacaciones en compañía de sus amantes. Anne se equivoca en lo que respecta al ministro, no obstante. A la Operación Otelo siempre se le otorgó más importancia operativa que a la posibilidad de atrapar a un ministro de defensa francés.

»En cuanto Wolf tuvo la fotografía en su poder, supimos que por fin podíamos empezar a rodar. La fotografía se consideró el mejor modo de granjearme la confianza del anciano. Y el plan habría dado resultado, de no ser por la crisis de conciencia de la chica. Yo ya le había advertido a Wolf que tendríamos que haber utilizado a una alemana nativa, alguien que todavía tuviera familia en Alemania Oriental, a quien pudiéramos haber presionado si se le hubiese pasado por la cabeza siquiera desertar. Así es como trabaja la Stasi, ¿sabe? Uno nunca tiene opción. O se trabaja para ellos o le ocurre alguna desgracia a un ser querido. Pierde su empleo o, peor aún, es enviado a un campo. O, en mi caso, te amenazan no solo con meterte en un campo, sino con sentenciarte a trabajos forzados. En el campo al que fui enviado, en Johannegeorgenstadt, me pusieron a extraer pecblenda de una mina, para su programa de enriquecimiento de uranio. Habría muerto en cuestión de semanas, si no hubiese accedido a ingresar en la Stasi. Pero Wolf estaba

convencido de que, al ser Anne escritora, era perfecta para su plan. A decir verdad, creo que se acostaba con ella.

—Tonterías —estalló Anne—. Eres un maldito embustero. Eso sencillamente no es verdad.

—¿Ah, no? Por lo visto te has acostado con casi todos los demás: yo, Harold Hennig, un millonario americano en el hotel, tu jardinero y puede que hasta con ese ministro francés. De haber sospechado que ponías el listón tan bajo, habría evitado tu cama y mantenido lo nuestro a nivel estrictamente profesional. —Me volví para dirigirme al monje—. Pero el caso es que me enamoré de ella, pese a que siempre había sospechado que no era muy de fiar desde el punto de vista ideológico. Quizá precisamente porque no era muy de fiar desde el punto de vista ideológico. No lo sé. Y ahora en realidad tampoco importa. Nos disponemos todos a dar el gran salto. Tú también, Anne. No imagino qué clase de trato crees que has hecho con ellos, pero te engañas si piensas que vas a salir impune de esta sala; que no vas a sufrir consecuencias cuando estés de regreso en Londres.

—Eso no importa ahora —dijo el monje—. Háblenos de Harold Hennig.

Estaba disfrutándolo, así que seguí adelante. No me cabía duda de que, si mi relato le hubiera parecido completamente inverosímil a cualquiera que no fuese Anne, a estas alturas ya me habrían hecho callar, tal como habían hecho callar a Harold Hennig.

—A Harold Hennig lo conozco desde antes de la guerra, cuando yo trabajaba de policía en la jefatura de Alexanderplatz y él estaba en la Gestapo, en Berlín. Formaba parte de la Brigada de Maricas. Ya se sacaba un buen dinerillo extra gracias al chantaje por aquel entonces. En la policía lo llamábamos el Maestro Chantajista. Me refiero a que no hay mejor tapadera para un chantajista que ser policía. Fue Hennig quien estaba detrás de la trama para chantajear al general Von Fritsch con el objetivo de que dimitiera de la Wehrmacht en 1938. Lo hizo siguiendo las órdenes de Hitler. Fui yo

quien captó a Hennig para la Stasi en primera instancia. Era una de mis principales funciones al principio; rastrear a hombres de la RSHA y engatusarlos o presionarlos a fin de que trabajaran para la Stasi. Anne tiene toda la razón, también en eso: la mitad de la Stasi tiene alguna clase de relación en el pasado con la Oficina Central de Seguridad del Reich. La mayoría nos fogueamos en la RSHA. Eso es lo que no pueden entender los ideólogos más jóvenes como ella, que la dictadura del proletariado exige que la clase obrera sea más despiadada incluso en la administración de esa dictadura que los fascistas. Nadie tiene prohibido ingresar en los organismos del Estado meramente en virtud de sus alianzas políticas en el pasado. Hay hombres que fueron nazis. Hay hombres que son reeducados en el socialismo. Yo lo fui. Anne se equivoca al decir que a mí eso me parecía gracioso. Mi inglés siempre me deja en la estacada cuando intento bromear. Pregúntenselo si no a mis jefes del hotel.

Anne seguía negando con la cabeza. De haber tenido un arma, seguramente me hubiera pegado un tiro.

—Lo tenían todo pensado, ¿verdad? —indagó el monje—. Esta intriga para vendernos la idea de que Hollis era un topo.

—No —repuse con vehemencia—. Wolf detestaba esa palabra. Los topos hacen toperas, decía. No hay nada de sutil en ello. ¿Qué inglés no se fija en las toperas de su hermoso jardín? Wolf prefería plantearlo como su críptico ardid del huevo, que es lo que hacen los *kuckucks*. Perdón, los cuclillos. Un cuclillo es un ave parásita a la hora de empollar sus huevos. Pone un huevo igual que todos los del nido del pájaro anfitrión, con el objetivo de que este críe al polluelo de cuclillo como si fuera suyo. La idea de Wolf consistía en que, del mismo modo, se podía convencer a alguien de que había estado criando un polluelo de cuclillo desde siempre. —Me encogí de hombros—. Bueno, ahora ya saben la verdad. Hollis era un huevo suyo, no nuestro.

—Si lo que dice es verdad —continuó el monje—, entonces quizá esté

usted al corriente de la existencia de algún otro huevo críptico a nuestro servicio.

Encendí el segundo cigarrillo con la colilla del primero, que aplasté en un cenicero de cristal que el monje había deslizado hacia mí. No lo apagué muy bien y la colilla siguió humeando durante un buen rato, lo que pareció irritarlo bastante.

—La HVA es un servicio relativamente nuevo —dije en tono evasivo—. Hace falta tiempo para poner huevos como Hollis. Hasta el momento, solo el GRU y el KGB han tenido oportunidad de hacerlo. Yo diría que en estos precisos instantes Wolf está captando a personas que trabajaban para ustedes. Pero tardarán un tiempo en romper el cascarón.

—¿Y qué me dice de los huevos rusos? —insistió el monje—. Quizá oyó mencionar el nombre de alguien la última vez que estuvo en Karlshorst.

Me apresuré a pensar, recordando los nombres de los dos individuos que había oído mencionar a Sinclair y Reilly, mientras escuchaba a escondidas su conversación encaramado al tejado de Maugham y preguntándome si el anciano les habría hablado de ello. Quizá no, si de verdad había sufrido un pequeño derrame. Era el momento que había estado esperando: el momento en que los británicos, ya paranoicos ante la posibilidad de que tuvieran agentes soviéticos a su servicio, me pidieran nombres. Pero ahora tenía que andarme con pies de plomo. Si me mostraba muy reacio a darles nombres, quizá decidieran que no sabía nada; pero si me mostraba demasiado bien dispuesto, sin duda supondrían que me lo estaba inventando.

—Quizá —dije con cautela.

—Igual podría ponernos al tanto de algún nombre.

—¿A cambio de qué?

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Uno de esos de inmunidad que le permita recuperar la libertad, quizá.

—¿Cómo sé que puedo confiar en que mantengan su palabra sobre algo así?

—No puede. Pero todas las cartas están en nuestro poder. A decir verdad, Gunther, la única oportunidad que tiene es confesarlo todo y esperar lo mejor. —Se interrumpió—. Tal como yo lo veo, no tiene nada que perder. Ha sido descubierto. Está acabado. Ya no le sirve de nada a la Stasi. Podríamos dejarle ir sin más, teniendo en cuenta que probablemente no durará ni cinco minutos cuando se enteren de que nos lo ha contado todo. También es posible que sobreviva, claro. Cosas más raras se han visto.

—Sí, podría dar resultado, supongo. —Asentí con ademán pensativo—. Puedo darles un nombre. Dos nombres, de hecho. Durante un tiempo, fueron los dos agentes soviéticos más importantes en el MI6. La cuestión ahora es ¿cuál de nosotros está dispuesto a compartirlos con ustedes en este momento? Hasta cierto punto, no haré más que confirmar lo que ya saben, pues uno de ellos ya es de dominio público. Pero el otro debería demostrar que digo la verdad, sin duda. Aunque una vez les haya facilitado esos nombres, de hecho les habré revelado de qué iba esta operación en realidad. Que toda esta operación fue concebida por la HVA no solo para manchar el nombre de Roger Hollis sino, lo que es más importante, para rescatar la reputación de otra persona. Alguien más importante aún, quizá. Alguien que aún podría volver como principal infiltrado del KGB en el MI6. Alguien que era mejor espía aún que Roger Hollis.

—Yo ya les he explicado de qué va todo esto —terció Anne—. ¿De qué hablas, Gunther? Eso no son más que puras fantasías.

—Herr Gunther, ambos sabemos que en realidad no tiene elección — insistió el monje—. Seguro que se da cuenta de la difícil situación en la que se encuentra. La difícil situación en la que nos encontramos los dos. No puede recurrir a ningún proceso de carácter legal, y nosotros tampoco, si a eso vamos. Por otra parte, tampoco podemos dejarle ir sin más, ¿verdad? A

menos que estemos convencidos de que nos lo ha contado todo, y hasta que lo estemos, me temo que no puedo responder de las consecuencias. Algunos de mis colegas son un tanto más estrictos que yo y se muestran a favor de llevarlo a alta mar y tirarlo por la borda con un peso atado a los tobillos. Desde las deserciones de los señores Burgess y Maclean, vamos de capa caída en el servicio. Me temo que matarlo a usted y a Herr Hennig sería lo más adecuado para restablecer la sensación de que se ha recuperado el equilibrio. Espero sinceramente que no lleguemos a eso. Por su propio bien, le insto a que nos ofrezca su plena colaboración.

—De acuerdo —dije—. Pero debo confesar que hay una cosa que no entiendo.

—¿Qué? —preguntó el monje.

—¿Por qué no se lo ha contado ella? Eso es algo que no consigo entender, Anne. ¿Por qué intentas protegerlo? Todo ha terminado, tanto para Hennig, como para ti o para mí. Lo mejor que podemos esperar es llegar a algún acuerdo, antes de que nos enchironen.

—No son más que fantasías —insistió Anne, mirando al monje—. Mire, le he dicho todo lo que hay que saber. Toda la maldita operación. No me he callado nada. De no ser por mí, el subdirector del MI5 seguramente estaría suspendido y pendiente de una investigación, ¿no? Si saben algo es solo gracias a mí. De no ser por mí, no sabrían nada en absoluto de este asunto.

Todos se quedaron en silencio. Anne tenía ahora un aire furtivo, incluso un tanto desesperado. El problema estribaba en que todo el mundo creía su mentira, lo que suponía que no podía contradecir la mía sin poner en peligro la suya.

—¿Por qué demonios iba a callarme algo ahora? —continuó—. No tiene ningún sentido. Se lo está inventando todo para dejarme en mal lugar a sus ojos e intentar salvar su propio pellejo. Eso es evidente.

—Anne French parece estar diciéndole que no conoce el nombre de ese

individuo —dije—. Pero tengo que dejar claro que ella y yo hemos mantenido más de una larga conversación sobre él. Mientras estábamos en la cama. Así pues, me temo que miente cuando dice que no sabe de lo que estoy hablando.

—¿Qué? ¡Eso no son más que chorradas! —me espetó Anne.

—¿Ah, sí? —pregunté con engreimiento—. Mire, la última vez que la vi no me percaté de que ella estuviera sumida en una crisis de conciencia. Ni se me pasó por la cabeza. Estaba serena y tranquila. Si hubiera sospechado siquiera que iba a traicionarnos a Hennig y a mí, le habría pegado un tiro en la cabeza sin pensármelo dos veces. —Fruncí el ceño y agité un dedo en dirección a ella—. La última vez que me vi con Anne French todas sus preguntas giraban en torno a sir John Sinclair y el MI6, no el MI5. ¿Cabía la posibilidad de que demostrar que Roger Hollis era un espía ruso nos ayudara a dejar fuera de sospecha a nuestro hombre? Cosas así.

—¡Dígame que no van a dar crédito a las tonterías de este fascista cabrón! —saltó Anne.

—No lo sé —confesó el monje—. Lo cierto es que no lo sé. La situación que describe es de lo más intrigante, Herr Gunther. Parece ser que de verdad está en posesión de los nombres de dos individuos que han espiado para la Unión Soviética en el MI6. ¿Los tiene? Es algo que aún me pregunto.

—Mire —dijo Anne—, es más que evidente que no va a darle más que el nombre de sir John Sinclair o de Patrick Reilly. O de ese otro marica que estaba en el hotel. El especialista en arte. Blunt. Va de farol, como si esto fuera una partida de bridge. No hay ningún agente soviético en el MI6, se lo aseguro. Al menos que nosotros sepamos.

—A ver, todos sabemos que hay una manera sencilla de demostrar quién dice la verdad —señalé—. Deberíamos acordar que ambos escribiéramos dos nombres a la vez. Después, caballeros, ustedes mismos podrán decidir cuáles son las auténticas intenciones de la señorita: ayudar o estorbar. Si esos

nombres no están bajo sospecha en el servicio secreto británico, seré yo quien se enfrente a un viaje en barco a medianoche, no ella. Ya he confesado todo aquello de lo que se me acusaba. Así pues, no tengo nada que perder, ¿verdad? Sinceramente ¿puede decir lo mismo esta preciosa mujer?

El monje me tendió un lápiz y una hoja de papel.

—Muy bien —dijo—. Voy a hacer lo que ella lleva varios minutos instándome a que haga. Descubrir si va o no de farol. Escriba, Gunther. Escriba los nombres. Pero pobre de usted si se equivoca, mi amigo alemán.

—Será un placer.

Corté la hoja de papel por la mitad, escribí el nombre de John Cairncross y se lo di al monje.

—El primero ya ha confesado ser espía soviético —dije—. Sea como fuere, su nombre aún no se conoce fuera del MI6. Así pues, yo no podría haber estado al corriente, a menos que me lo hubiera dicho alguien de la HVA, ¿de acuerdo?

El monje había leído el nombre y le pasó el papel a uno de sus colegas.

Me dispuse a escribir el segundo nombre, sin saber muy bien cómo se deletreaba. El inglés es sumamente peculiar e idiosincrásico en ese sentido. El nombre de pila era corto y evidente, pero el apellido era otro cantar, algo parecido a *trilby*, ese sombrero de fieltro tan del agrado de los caballeros ingleses. Si me equivocaba, era hombre muerto, eso sin duda. Por un instante, me planteé empezar a escribirlo con «F», pero cambié de parecer y, rezando para que Maugham no hubiera mencionado a los jefes de espionaje que yo había escuchado a escondidas la conversación entre Sinclair y Reilly mientras estaba en la azotea, lo escribí con «Ph», como Philip. Cuando terminé, le pasé al monje el papel, en el que había escrito kim philby.

—Sospecho —dije— que quizá el objetivo de toda esta operación era limpiar la reputación de este segundo hombre.

El monje miró el nombre sin que nada en su semblante delatara que lo

reconocía y luego se lo mostró a sus dos colegas, cuyas reacciones fueron igualmente inescrutables.

—Bien, señorita French, me pregunto si le importaría hacer lo mismo que Herr Gunther —dijo el monje, que le entregó el lápiz y otra hoja de papel—. Tómese su tiempo, pero escriba los nombres de cualquiera que espiera para el KGB en el MI6, si está en su mano.

Anne me miró un momento con ojos malévolos y labios fruncidos. Su aire sereno había desaparecido; hasta había empezado a morderse la uña del pulgar.

—Ya se lo he dicho —respondió con firmeza—. ¿Está sordo? No conozco el nombre de ningún espía soviético en el MI6. —Tiró el lápiz a un lado, e hizo con el papel una bola que luego me lanzó—. No puedo decirles lo que no sé, ¿verdad? Él miente. Ninguno de los dos conocemos el nombre de ningún agente soviético en el MI6.

—Anne French debería ser la persona que más confianza les merece, porque ya ha puesto en su conocimiento la operación Hollis de la HVA — señalé—. Y, claro está, es perfectamente comprensible que confíen en ella. Dios santo, sé que yo lo haría. Cualquiera confiaría en ella. Corriendo un alto riesgo personal, se lo ha contado todo sobre Otelo, y con gran detalle. Eso es irrefutable. ¿Me han oído negarlo mucho rato? No. Lo he confirmado, igual que Harold Hennig con su actitud. Bueno, más o menos. Pero si yo les he dado los nombres de dos individuos que han sido agentes soviéticos en el MI6 y ella dice que no puede hacerlo, ¿qué opinión les merece ahora la señorita French? ¿Qué opinión les merezco yo? A todas luces, ha demostrado su lealtad a su propio país y a ustedes, y, sin embargo, dice que no sabe nada acerca de ningún agente soviético en el MI6. Es desconcertante. —La miré y sonreí afablemente—. Más vale que se los digas, Anne. La verdad es que no creo que a ninguno de esos nombres vayan a sorprenderles mucho.

—Que te follen —dijo con un siseo.

—Ya lo hiciste, cariño. En la cama. Varias veces. Y luego aquí. Pero si me olvido de algún otro sitio, dímelo.

Los matones de Portsmouth volvieron a llevarme a la habitación roja, solo que esta vez no me esposaron al radiador ni dejaron la luz encendida. Y tampoco me pegaron siquiera, cosa que agradecí. Así pues, deambulé por la estancia un rato para hacer un poco de ejercicio, me acerqué a la ventana, la abrí y luego intenté abrir las contraventanas exteriores. Me llegó un poco de aire fresco que me sentó bien, pero las contraventanas no se movieron ni un centímetro, ni siquiera al apoyar todo mi peso contra la ranura central. Pude ver que era de noche, pero no tenía ni idea de la hora que era. Oía y olía el mar, y tenía ganas de estar al aire libre. Me sentía fatal y estaba tremendamente cansado. Todavía me dolía el mentón y me moría de ganas de darme un baño.

«Ten cuidado con lo que deseas, Gunther —me dije—. Igual te llevan a darte un baño en el mar. Uno de esos para los que no hace falta jabón, solo un par de chanclos de hormigón».

Me acerqué a la puerta de la habitación roja, contuve la respiración y escuché. No se oía nada más que silencio, pero no me cabía la menor duda de que probablemente estaban hablando de mí. Les había dado mucho de lo que hablar a los ingleses. E incluso si no se habían creído ni una sola palabra, por lo menos me las había ingeniado para disgustar a Anne French. Solo por eso ya había merecido la pena. Poco después, me tumbé en el suelo junto a la ventana y cerré mis doloridos párpados. No sé cuánto rato dormí, pero seguía siendo de noche cuando desperté y, durante unos agradables minutos, permanecí allí sin saber quién era ni dónde estaba. Según el *Manual de*

popularidad de Betty Cornell, hay que ser siempre uno mismo, pero la experiencia de toda una vida me había demostrado lo contrario. Con mi pasado, ser uno mismo puede llevarte a la tumba fácilmente. Transcurridos unos minutos, me levanté e intenté abrir las contraventanas de nuevo, pero seguían tan firmemente cerradas como antes. Había sido solo un intento simbólico. Volví a la zona del radiador y me las apañé para buscar lo que quedaba del agua que me habían dado antes. Me la bebí, regresé a la puerta y agucé el oído. Esta vez algo había cambiado. La casa seguía en silencio, pero noté una corriente de aire fresco en los pies y, cuando me tumbé boca abajo para escudriñar por debajo de la puerta, también la noté en la cara. Había una puerta abierta de par en par en alguna parte. La puerta principal, quizá. Y un antiguo instinto de prisionero me dijo que, si la puerta principal estaba abierta, quizá también lo estuviera alguna otra. Me puse en pie, agarré el pomo de latón, lo giré suavemente y tiré de él. La puerta de la habitación roja no estaba cerrada con llave y se abrió sin emitir más que un leve chirrido. Al final de un largo pasillo en penumbra al que antes apenas había prestado atención, la puerta principal estaba abierta de par en par. Esperé unos largos y gélidos instantes para comprobar si venía alguien, pero tuve la intensa sensación de que nadie lo haría y de que los ingleses ya se habían marchado. Fui hasta la puerta principal tan sigilosamente como pude, salí a la terraza y me acerqué al jardín delantero cubierto de malas hierbas, medio esperando que saliera alguien de entre las sombras y me golpeará, o peor aún, me metiera un balazo. Pero no ocurrió nada, salvo que averigüé dónde me encontraba. La casa estaba en algún lugar de las laderas de Mont Boron, justo al sur de Villefranche y con vistas a Niza, hacia el oeste. Era una típica casa de campo de tres plantas con paredes amarillas descascarilladas y contraventanas azules. No había luz en ninguna ventana ni coches aparcados en el sendero de acceso. El lugar parecía desierto, casi abandonado. Por un momento, me planteé echar a correr por el sendero de grava. Pero la

curiosidad me ganó la partida y volví a entrar en la casona. La sala de la lámpara de araña de grandes cristales cubiertos de telarañas estaba vacía; mis zapatos estaban encima de la mesa, al lado de mi reloj, un paquete de tabaco, unas cerillas y un llavero con unas llaves pequeñas. Me puse los zapatos, cogí las llaves y empecé a explorar. Poco a poco, se me hizo cada vez más evidente que la casa estaba vacía. Incluso me arriesgué a encender alguna que otra luz, y poco después encontré a Harold Hennig. Estaba esposado a un radiador, en uno de los dormitorios más amplios del primer piso, como un prisionero olvidado en la Bastilla. Decidí que, si yo guardaba el menor parecido con él, entonces estaba fatal. Iba sin afeitarse y tenía un ojo morado del tamaño de una remolacha.

—Así que aquí te escondías —comenté.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —dijo, parpadeando con incomodidad para protegerse de la luz.

—No lo sé. Igual resulta que tengo que ser el vigilante de la casa. Se han ido, ya lo ves. Los ingleses, quiero decir. Y no creo que vayan a regresar. Esto es otra vez como Dunkerque. No hay nadie más que tú y yo, y puede que el hombre de la máscara de hierro.

—¿Estás seguro?

—Cuanto más rato sigo aquí hablando, más seguro estoy. —Agité las llaves delante de sus ojos—. Las he encontrado en la mesa de la habitación de al lado.

—¿Y?

—Nada. Pero me da en la nariz que igual abren esas pulseras que llevas.

—¿Por qué no te han esposado a ti también?

—Alguien tenía que liberarte, supongo.

—Está claro que no nos conocen muy bien —señaló.

—Es mejor que no me lo recuerdes —dije—. Soy capaz de cambiar de opinión y no hacerlo.

Probé una llave en las esposas que llevaba. El cierre se abrió.

—¿Por qué me ayudas?

—No estoy seguro de que fuera a encontrarte nadie más aquí. Este lugar parece más o menos abandonado. Supongo que no soy de los que dejan morir a un hombre en una situación así. Amarrado a un radiador como un perro abandonado. Aunque probablemente es lo que te mereces.

—Gracias.

—Te agradecería que no lo menciones.

—Si los espías ingleses te dejaron sin esposar, es porque deben de haber creído algo de lo que les contaste.

—Quizá. —Pensé en Kim Philby, el agente soviético del MI6, y caí en la cuenta de que, si no hubiera recordado su nombre, los ingleses no se habrían tragado ni una sola palabra.

—Más de lo que te creí yo. Ya vi lo que te traías entre manos, Gunther. Y te felicito. Fue toda una interpretación. Y el modo en que le bajaste los humos a Anne French con tu historia no tuvo desperdicio. Pensé que lo mejor que podía hacer yo, lo único, tal vez, para corroborar tu descabellado relato y joderla a ella, era intentar golpearla. —Se movió la barbilla con la palma de la mano—. No pensaba que ese cabrón inglés fuera a pegarme tan fuerte. Me dejó fuera de combate.

—Agradezco el detalle.

—Pero esto tiene que ser una trampa —dijo Hennig, mientras se frotaba la muñeca y estiraba la mano—. Seguramente los ingleses nos acribillarán cuando intentemos salir por la puerta, ¿no crees?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—No sé. Pero ¿por qué iban a dejarnos escapar? No tiene sentido.

—Quizá tiene más sentido del que crees —señalé—. Por lo que a ellos respecta, somos un estorbo. Y sin duda creen que ya no tenemos ninguna

utilidad para la Stasi. Dudo que el camarada general Erich Mielke se creyera que el servicio secreto británico te dejó escapar sin más, ¿verdad?

—No, desde luego no se lo creería.

—En ese caso, los británicos creen que los dos hemos sido descubiertos. Para el caso, como si estuviéramos muertos. No hay necesidad de matarnos si piensan que la Stasi lo hará por ellos, con el tiempo. Es de suponer que Hollis ha quedado fuera de toda sospecha, de modo que tú y yo ya no les servimos de nada. Así que dejarnos escapar es la solución más sencilla y diplomática, y la menos embarazosa. No me sorprendería nada que fuera lo que les ocurrió a Guy Burgess y Donald Maclean, que los británicos les dejaran escapar a Rusia para evitar un escándalo. Los británicos aborrecen los escándalos.

—¿Hay alguna pista de Anne French?

—De momento, no.

—Vaya zorra traidora. Me encantaría verme las caras con ella.

—¿Tú también te acostabas con ella, entonces?

—Claro. Desde hace tiempo. Me temo que te estaba utilizando, amigo mío. Supongo que te utilizábamos los dos. Lo siento. Eran órdenes del camarada Mielke. —Se levantó y volvió a frotarse la mandíbula—. ¿De verdad crees que nos van a dejar largarnos de aquí sin más?

—Sí, lo creo. Pero, aun así, me parece que más vale que movamos el culo, por si aparece alguien más. La policía local, quizá. O incluso el vigilante de verdad.

Hennig me siguió al exterior de la casa, cruzamos el jardín descuidado y seguimos una tranquila carretera que nos llevó Mont Boron abajo hasta Villefranche, aunque yo no dejé de mirar de vez en cuando a mis espaldas para asegurarme de que Hennig no cogía un pedrusco con el que golpearme en la cabeza. No me hubiera extrañado de él. A estas alturas, Hennig y yo sabíamos que la carretera por la que caminábamos iba a llevarnos a la villa de Anne, pero ninguno de los dos lo mencionamos. No hacía falta. Ya casi había

amanecido cuando llegamos a la casa, en la Avenue des Hespérides, y aunque la verja de entrada estaba cerrada con una gruesa cadena, ninguno de los dos vaciló un solo instante; saltamos la verja y enfilamos el sendero de acceso, pero enseguida nos dimos cuenta de que la villa estaba vacía. Tampoco había rastro de su coche. Hennig insistió en que nos asegurásemos de que se había marchado, e incluso trepó hasta las ventanas de su dormitorio para comprobar que no estaba allí escondida.

—¡Todos los armarios y los cajones están abiertos! —gritó desde arriba—. Parece que ha hecho el equipaje a toda prisa.

—Apuesto a que sí.

Se dejó caer de nuevo a la terraza y profirió un hondo suspiro.

—¡Maldita zorra! —dijo—. Tratar me así después de todo lo que pasamos juntos. No puedo entenderlo.

—Se habrá ido con los británicos —conjeturé, dejando de lado la punzada de dolor que me produjo su fortuita mención de la intimidad que había existido entre ellos—. Quizá la han llevado con ellos al hotel Belle Aurore del Cap.

—Es posible —convino Hennig—, pero yo diría que ya está en un barco rumbo a otro lugar, costa adelante. O en un avión privado de regreso a Londres. En cualquier caso, no creo que vaya a volver por aquí en breve.

Hennig sabía que Anne escondía en el jardín una llave de la casa de invitados, y abrimos la puerta principal. Encendió una luz, cogió un cigarrillo de un cajón y luego sacó una botella de un armario.

—Parece que conoces bien este sitio —observé en tono severo.

—Me alojaba aquí cuando no estaba en ninguno de los hoteles del Cap —explicó—. Guardaba las cintas aquí mismo. ¿Quieres un coñac? A mí me hace falta uno, eso seguro.

Pensé en cómo se me había quedado el estómago después de las dos botellas de schnapps; acababa de superar esa resaca no hacía mucho.

—Claro —dije—, que sea doble.

—¿Lo hay de otra clase para hombres como nosotros?

Me tendió un vaso del tamaño de un puño, igual que el suyo, y los dos apuramos el coñac de un par de tragos. Entretanto, paseé la mirada por la habitación, fijándome primero en que la máquina de escribir portátil de Anne había desaparecido, y después en que la radio Hallicrafters había quedado inservible después de los golpes propinados con un martillo, que ahora estaba en el suelo de baldosas como si se tratara de un arma homicida.

—Parece que alguien más ha estado aquí —dije.

—Sí, eso parece.

—¿Crees que ha sido ella?

—Es más probable que sea cosa de los británicos. Por si alguno de los dos queríamos ponernos en contacto con Berlín por radio.

—No sabría cómo hacerlo.

—Tú tal vez no, pero yo sí. En cuanto averigüen que Anne ha revelado a los ingleses esta operación, está muerta de todos modos. Enviarán una brigada de asesinos tras ella.

—¿Por qué?

—Porque es lo que suelen hacer.

Fui al baño a orinar y vi que mi chaqueta olvidada seguía colgada detrás de la puerta, donde la dejé la noche que había venido directo de casa de Julia Rose, en La Turbie. Me dio la impresión de que hacía una eternidad de aquello, y puesto que el aire de primera hora de la mañana era fresco, me puse la chaqueta. Cuando salí del cuarto de baño, Hennig caminaba de aquí para allá como un oso neurótico, con otra copa en la mano. Incluso tenía lágrimas en las mejillas, y su aspecto era tan parecido a como me sentía yo que casi me dio pena.

—¡Qué lástima! —dijo—. Me hubiera gustado mucho vengarme de esa

puñetera mujer en persona. Estoy muy furioso con ella. Dios, creo que me esto me ha afectado mucho más de lo que esperaba.

Me encogí de hombros.

—Acostúmbrate. Yo ya lo he hecho.

—No, en serio. —Dejó el vaso, cogió el martillo y lo sopesó un momento con un ademán cargado de intención, antes de lanzarlo contra el sofá—. Creo que machacarle los sesos me haría sentir mucho mejor. No sé cómo si no puede recobrase un hombre después de que le ocurra algo así.

—En este caso concreto, salir con vida es la mejor venganza, ¿no crees?

—Eso lo dices tú. Yo creo que preferiría machacarle los sesos. Pero poco a poco, ya sabes. Me gustaría tomarme mi tiempo para disfrutarlo. Un golpe por minuto.

—Lo dices por decir. Y crees que sería una maravilla. Pero hazle caso a alguien que sabe de eso. No lo es. Nunca lo es.

—¿Qué pasa? ¿Acaso eres Hamlet? Mira, Gunther, no intentes manipularme. Yo sé lo que quiero, ¿vale?

—Entonces, más vale que no esté aquí, supongo.

—Eso da igual —repuso—. Algún día le daré alcance y me vengaré.

—Lo dices en serio, ¿no?

—Claro que lo digo en serio. Entrará en una habitación de hotel y estará allí, esperando detrás de la puerta, con una porra en la mano.

Me encogí de hombros.

—Tú mismo.

—¿De verdad no sientes lo mismo? Te traicionó. Jugó contigo como si fueras una mano de cartas. Créeme, si alguien tendría que querer matarla, eres tú, Gunther.

—Puede que tengas razón.

—Claro que tengo razón.

—Solo por curiosidad, ¿qué órdenes tenías, Hennig? Únicamente ayudar a

desacreditar a Roger Hollis, supongo.

—Así es. Además era una buena operación. Y hubiera surtido efecto, de no ser por Anne French. Tiene un rasgo de locura, ¿no crees? O eso o está hecha de acero. Quizá las dos cosas...

—Claro que es perfectamente concebible que no fuese Anne quien te traicionó, sino Mielke y Wolf. Que toda la operación tuviera como objetivo volver a poner a Roger Hollis a bien con sus jefes de Whitehall. Que le dijeran a Anne que hiciera lo que ha hecho desde el primer momento.

—No lo entiendo.

—¿Ah, no? Pues me temo que he llegado a la conclusión de que Anne tenía desde el principio la orden de dar el soplo de vuestra operación a los ingleses. Sí, desde el comienzo mismo. Que esas fueron las órdenes del general Wolf. En ningún momento me tragué todo ese cuento de que se desencantó del Partido Comunista. Desde luego, eso explicaría por qué Wolf la escogió a ella, y no a alguien con familiares en la República Democrática Alemana a quienes pudiera amenazar con represalias. Nadie que cumpliera con ese requisito hubiera hecho lo que hizo ella.

Pero Hennig no estaba dispuesto a creer nada semejante. No se lo reproché; a mí también me parecía enrevesado de narices. Justo lo bastante enrevesado de narices como para que fuera la clase de treta que se le podría ocurrir a alguien de los servicios secretos.

—Bobadas —replicó—. Eso que dices... Es imposible que yo no hubiera estado al corriente de un plan así. Sin duda Mielke y Wolf me habrían dicho algo.

—¿Por qué? ¿Porque eres tan importante? Eso sí es una tontería. La operación entera funcionaba mucho mejor si tú lo ignorabas. Ahora la traición de Anne deja a Hollis fuera de sospecha. Y además para siempre, probablemente, lo que solo puede significar que el subdirector del MI5 era un hombre de Moscú desde el comienzo y seguirá siéndolo. Que Otelo nunca

tuvo el fin de desacreditar a Hollis, sino que buscaba exactamente lo contrario.

—No, fue Anne la que me traicionó. No ellos. Wolf no es tan ingenioso. Nadie lo es. —Apretó los puños, y volvió a pasear de aquí para allá maldiciendo a Anne y jurando vengarse de ella de un montón de formas distintas, todas muy crueles. Casi sentí pena por él. Y en cierto modo, también por ella.

—Puedes matar a los peces de colores del estanque o quemar la casa, si así te sientes mejor —sugerí.

—¿De qué serviría? No es suya. Es alquilada. No volverá. Si creyera que existe la más remota posibilidad de que eso ocurra, esperaría aquí y quemaría la casa con ella dentro.

—Hay diferencia entre el desagravio y la venganza —dije, al tiempo que metía la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—¿La hay? No puedo decir que vea mucha diferencia, ni que me importe siquiera.

—La venganza es personal. Un acto pasional. Una herida se venga. Sin embargo, creo que el desagravio tiene que ver con la justicia. Es muy diferente. Los crímenes exigen desagravio, ¿no estás de acuerdo?

—¿Importa si es lo uno o lo otro cuando te pegan un tiro?

—Seguramente no —reconocí, y saqué la mano del bolsillo. Había en ella un arma. La Beretta 418 de Julia Rose. La que había acabado con la vida de Antimo Spinola.

—Es la segunda vez que me apuntas con esa pistola —dijo—. Más vale que no haya una tercera, Gunther. ¿A qué viene esta vez?

—Vas a tener que esforzarte mucho para convencerme de que no debería matarte, eso es todo.

—Estás dolido por lo de la chica, ¿eh? Ya veo por qué. Mira, le supo muy

mal. Te apreciaba de verdad, Gunther. Le gustabas más que yo. Me lo dijo. No tenía por qué haberse acostado contigo. Lo hizo porque quiso.

—Claro.

—Oye, Gunther, hay diez mil francos en mi neceser en el Grand Hôtel. Son para ti. Y no olvides la cuenta bancaria en Mónaco. En el Crédit Foncier. Eso al menos es cierto. En esa cuenta hay otros veinte mil francos. Eran para financiar esta operación. Y tú eres uno de los titulares. Lo único que tienes que hacer es enseñarle el pasaporte al director y el dinero es tuyo. Podemos ir ahora mismo. Coger el dinero. No tienes por qué volver a verme nunca más.

—No.

Accioné la corredera de la pistolita y metí en la recámara una de las pequeñas balas del calibre veinticinco. No era una gran arma para matar a un hombre, pero, a menos de dos metros, no tenía que serlo. Hennig también lo sabía, y empezó a retroceder.

—Tú no eres de los que me matarían, ¿recuerdas? —Ahora empezaba a parecer asustado—. Lo dijiste tú mismo, Gunther. Eres un tipo decente. Lo supe en cuanto te conocí.

—No, dije que no soy de los que dejarían morir a un hombre amarrado a un radiador, igual que un perro abandonado. Pero esto es distinto. —Le apunté con el arma.

—Esto es por las nueve mil personas que murieron en el Wilhelm Gustloff en enero de 1945. Te lo mereces desde hace once años y para ellos esto es un desagravio. Pero para el capitán Achim von Frisch, Irmela Louise Schaper y su hijo nonato, mi hijo nonato, es venganza, pura y dura.

Y entonces, en el momento en que probablemente estaba a punto de hablar de nuevo y suplicar por su vida, le disparé en el pecho cinco veces, y luego otra más entre los ojos, cuando ya estaba sangrando en el suelo.

Salí de la casa de invitados un momento y encendí un pitillo para aminorar el ritmo de mi corazón palpitante. Las cigarras estaban en silencio,

conteniendo la respiración, probablemente, estupefactas de que las emociones humanas pudieran hacer que otros seres vivos más inteligentes como nosotros nos comportáramos de una manera tan bárbara. De todos modos, ¿qué sabían ellas sobre auténticas tragedias? Sin emoción, el dolor no es más que dolor; es el sentimiento humano lo que hace del dolor una agonía semejante. No lamentaba haber matado a Harold Hennig, pero me equivocaba con respecto a la venganza, claro. Era dulce, después de todo. Y no había acabado con ella. Ni de lejos.

Volví a entrar en la casa, limpié las huellas del vaso de coñac y la pequeña Beretta, que dejé en el suelo al lado del cadáver de Harold Hennig. Luego dejé las llaves del apartamento de Spinola en la parte anterior del cajón de la mesa de Anne. También escribí la dirección de mi compañero de bridge en una tarjeta de su agenda giratoria, en letras mayúsculas. No eran grandes pruebas para la policía, pero sé por experiencia que no hace falta ser Georges Simenon para cargarle a alguien un asesinato, solo hace falta un cadáver, un arma homicida y un juego de llaves, y quizá una mujer que ha abandonado el país de repente. A la policía le encanta que todo encaje limpiamente. Este caso proclamaba a gritos un crimen pasional. Me dije que quizá incluso me quedaría en el Cap lo suficiente para responder a sus preguntas y situar a Anne y a Herr Hebel en el bar del Grand Hôtel. Tal vez hasta recordaría algo importante que se me debía haber olvidado, acerca de que Spinola había mencionado una vez a una escritora alojada en Villefranche a la que veía a veces, y cómo había tenido una pelea con su nuevo novio alemán. Lo amenazó. De un modo u otro, podía crearle suficientes problemas a Anne French como para tener la seguridad de que no volviera nunca a Francia. O quizá sería extraditada y regresaría para enfrentarse a un juicio por homicidio. Aun así, para elaborar una historia semejante, primero tenía que hablar con otra persona. Tenía que hablar con un maestro de la ficción. Tenía que ir a ver a Somerset Maugham.

Volví a casa andando, me lavé y afeité, me puse ropa de trabajo, metí una maleta en el coche y conduje hasta la Villa Mauresque. Aún era bastante temprano, y no había mucho movimiento en la preciosa casa de Maugham; por supuesto, ni el gran hombre, ni su sobrino o Alan Searle se habían levantado todavía. Solo estaba en marcha el mayordomo, y no pareció en absoluto sorprendido de verme otra vez, ni siquiera con una buena magulladura en la mandíbula y la maleta en la mano.

—¿Cómo está? —pregunté.

—¿Quién?

—El señor, claro.

—Ah, él. Mucho mejor. Por suerte no fue más que un derrame leve.

—Me alegro. —Lo decía de corazón, además.

—¿Ha venido para quedarse, señor? —preguntó, mientras se ajustaba los botones de la chaqueta blanca.

—Esta vez no —dije, como si no hubiera ocurrido gran cosa desde la última ocasión que nos habíamos visto—. El señor Maugham no me espera, pero aun así querrá recibirme. Tiene que ver con los sucesos de hace unas noches, cuando vinieron todos los demás ingleses.

—Entiendo. ¿Quiere desayunar algo?

—Sí, gracias.

Me senté en el comedor de paredes blancas, en cuya mesa ya se habían alineado los distintos ingredientes del desayuno, y fingí que me disponía a tomarlo; pero en cuanto Ernest salió a preparar más café, cogí de nuevo la

maleta y subí al dormitorio principal, donde hallé a Maugham recostado en la cama con un periódico y una taza de té en su mano temblorosa. Llevaba pijama de seda y unas gafas de media luna, y con aquellos grabados chinos en las paredes parecía una versión más anciana y mucho menos compasiva de la diosa Kuan-Yin, cuya imponente estatua se alzaba en el negro suelo del vestíbulo de abajo.

—No tiene usted aspecto de haber sufrido un derrame —observé.

—Pues no —respondió con serenidad—. Lo fingí para librarme de todo el mundo. Ya me había hartado de ese asunto. Y ahora que han regresado todos a Londres, puedo volver a la normalidad.

—Debería haberlo imaginado...

—Bueno, menuda sorpresa. Desde luego no esperaba volver a verlo, Herr Wolf. O quizá debería decir Herr Gunther. ¿Ha venido a pegarme un tiro?

—Curiosamente, no.

—¡Qué pena! A estas alturas de la vida, me apetece un poco de emoción. Creo que recibir un disparo tendría un efecto muy estimulante sobre las ventas de mis libros, que, dicho sea de paso, últimamente van cuesta abajo. Siempre y cuando no muriera, claro. Eso sí que sería triste. Me perdería la emoción de verme otra vez en lo más alto de la lista de los más vendidos del *New York Times*. «El escritor más grande de Inglaterra muere a manos de un espía de Alemania Oriental». Como titular, desde luego encierra interés periodístico, ¿no cree?

—Sí. Pero el caso es que no trabajo para la inteligencia de Alemania Oriental. Ni para ningún otro servicio de inteligencia, si a eso vamos. Lamento decepcionarle, señor, pero no soy espía. Me temo que sus amigos del MI6 cometieron un penoso error al respecto. Y quiero decir penoso de verdad. Tengo las magulladuras que lo demuestran. El caso es que no soy más que un ciudadano con pasado.

—Todos lo somos, querido. ¿No cree? Pero ha venido a saldar cuentas

pendientes, ¿no? Conmigo.

—De hecho, he venido a hacerle un favor —aseguré.

—¿De veras?

—Esperaba que usted me lo pagara con otro favor.

—Eso suena sospechosamente parecido a otra clase de chantaje más sutil y escurridizo. Un «quid pro pulpo», por así decirlo. ¿No es eso? ¿Tiene intención de chantajearme, Herr Gunther?

—He dicho que esperaba que me hiciera un favor. Ni se me había pasado por la cabeza exigirselo por medio de amenazas, señor.

—Bien visto. —Me indicó con un gesto de la cabeza una cómoda butaca al lado de la cama—. Y le ruego perdone mi presunción. Siéntese, por favor.

Me senté con sumo agradecimiento, recliné la cabeza, cerré los ojos y dejé escapar un suspiro.

—Parece cansado. Y tiene un aspecto horrible.

—Lo que más me gustaría ahora mismo es irme a la cama y dormir un millar de años.

—Espero que no tenga planeado hacerlo aquí —comentó—. En la Villa Mauresque.

—¿Por qué cree tal cosa?

—Por esa maleta, claro.

—Esa maleta contiene expedientes sobre usted. Muchos. Recabados por una persona llamada Anne French, que trabajaba para la Stasi, el servicio secreto de Alemania Oriental... Según dijo, planeaba escribir una biografía suya para un editor norteamericano.

—Ah, ¿cuál?

—Me temo que no lo sé. Ni siquiera sé si es verdad; lo de la biografía, quiero decir. De hecho, muy poco de lo que sé sobre esa mujer es verdad, probablemente. Pero los expedientes son reales, eso sí. Había todo un cajón lleno en su archivador. Y ahora están todos en esa maleta.

—Supongo que se trata de la misma mujer que, según sir John, había estado conchabada con usted y Harold Hebel desde el comienzo, para chantajearme a mí y, al mismo tiempo, al servicio secreto británico.

—Así es. Solo que yo fui sincero con usted, que es más de lo que puedo decir de ella. A decir verdad, la idea de que ella y yo trabajábamos juntos fue una noticia dolorosa para mí. Exquisitamente dolorosa. Yo pensaba que solo nos acostábamos de vez en cuando. Descubrí que no era así. Por lo visto ella tenía sus propias prioridades clandestinas.

—Así son las pavas.

—¿Pavas?

—Perdone. Así llamamos los maricas a las mujeres.

—Ah. Ya. En cualquier caso, buena parte de lo que aparece en esos expedientes es muy detallado y, siendo usted un hombre tan discreto y reservado, cabe la posibilidad de que haya cosas que prefiera que no salgan a la luz del día.

—Tiene usted toda la razón. Detesto la idea de una biografía como cualquier otro hombre detestaría las atenciones de un proctólogo de Harley Street. Sobre todo a estas alturas de mi vida. Bien. ¿Qué quiere a cambio de esos expedientes? Dinero, supongo, ¿no? A un hombre como usted no puedo ofrecerle mucho más.

—No. Ya tengo algún dinero. —Estaba pensando en los diez mil francos que tenía previsto coger del neceser de Hennig en el Grand; no tenía sentido dejar que la policía francesa se los quedara cuando, con el tiempo, fueran a registrar su habitación—. No, lo que quiero es una cosa que usted debería comprender mejor que nadie, señor Maugham.

—¿Qué?

—No quiero sino que me dejen en paz.

—Ah, la intimidad... Es el lujo más valioso que hay. Eso ya lo sabe, ¿no?

—Ahora que sus amigos del MI6 han vuelto a Londres, solo usted, Alan y

Robin saben quién y qué soy. O al menos lo que era. Quiero que me dé su palabra de que guardarán silencio sobre mí y sobre todo lo que ha salido a la luz relacionado conmigo aquí, en la Riviera.

—Lo entiendo, qué duda cabe. Cuenta con mi apoyo. ¿Y quiere mi silencio? Pues muy bien, lo tiene.

—Todo lo que ha salido a la luz y todo lo que aún está por salir a luz.

—Me intriga usted, querido. Esperaba que todo este triste asunto hubiera acabado ya. Le aseguraron a Robin que así era. Dígame, ¿qué tiene que salir todavía a la luz?

—El caso es que he asesinado a Harold Hebel hace un par de horas.

—¡Dios bendito!

—Ha muerto de un disparo en la casa de Anne French, en Villefranche-sur-Mer. Esa zorra ha regresado a Londres, me parece, aunque no estoy seguro. Pero confío en que la policía encuentre el cadáver y piense que fue Anne quien lo asesinó.

—Dos por el precio de uno. La ganga del vengador, como si dijéramos. Sí, me gusta esa simetría. Es muy jacobina.

—Desde luego, me he asegurado de que todas las pruebas la señalen a ella.

—Así pues, ha matado a Hebel, después de todo. Fascinante. ¿Puedo preguntarle qué le hizo cambiar de parecer?

—Él mismo, de hecho. Ese cabrón no paraba de hablar de cómo quería vengarse de Anne, y tenía infinidad de razones para hacerlo; supongo que me convenció.

—Bueno, he de reconocer que es la primera vez que oigo algo así.

—Se habrá fijado en que he dicho «asesinado», porque no voy a intentar justificar lo que he hecho. No ante usted. Y desde luego no ante mí mismo. Es verdad que había más de nueve mil buenas razones para matarlo. Todas esas personas que iban en el Wilhelm Gustloff. Pero, a la hora de la verdad, solo ha habido dos que me han llevado a apretar el gatillo. —Me encogí de

hombros—. Y ya sabe quiénes eran. Por cierto, allí ya no hay nada que relacione al muerto con usted. Así que se lo puede tomar con tranquilidad. Disfrute de su casa en paz. Dudo mucho que la policía venga a la Villa Mauresque a hacer preguntas sobre él.

—Me alegra oírlo. Preferimos no propiciar visitas.

—Ese solo es uno de los secretos que quiero que guarde mientras siga trabajando en el Grand Hôtel.

—Me parece que sus secretos están inextricablemente ligados a los míos. —Suspiró—. Y difícilmente puedo hablar de Harold Hebel sin hablar de la fotografía, de la cinta o del servicio secreto británico, ¿verdad? Los momentos de placer a lo largo de una vida disipada han hecho de mí una persona tan vulnerable como usted. Aun así, ¿le parece que es el proceder más adecuado, amigo mío? ¿Teniendo en cuenta lo que me dijeron que es usted? Sir John aseguró que, en su opinión, quizá alguien viniese a buscarlo. Más espías. Huéspedes del hotel que resultarán ser espías. Le dijo a Robin que probablemente usted y Hennig se largarían lo antes posible. He de reconocer que este criadero de gambas que es Cap Ferrat nunca había sido tan emocionante.

—Quizá vengan. Quizá me maten a tiros. No lo sé. Ya hubo quien intentó matarme en otras ocasiones, y desde luego no cooperé. Sigo aquí. O al menos sigue aquí una parte de mí. Pero estoy harto de huir. Este *Holandés errante* en particular tiene que arribar a puerto y someterse a reparaciones considerables. De todos modos, nada de lo que dijeron sobre mí sus amigos del MI6 era cierto... Bueno, quizá algo sí... Sea como sea, en consecuencia, tal vez la Stasi me deje en paz. Pero aquí en el Cap lo dejaré a usted tranquilo, y quizá pueda tener usted la misma gentileza conmigo. Guardaremos silencio cada cual sobre el otro.

Maugham asintió.

—Entiendo. Después de este periodo de agitación tan inoportuno en su

vida, quiere sumirse tranquilamente en una alegre paz. Con un futuro real, en contraposición a uno imaginario. ¿Estoy en lo cierto?

Asentí.

—Algo por el estilo, supongo. No puedo concretar más ahora mismo.

—No es de extrañar. Y desde luego guardaré silencio respecto a usted, Herr Wolf. Sí, será mejor que volvamos a utilizar su nombre artístico. Aunque no puedo garantizarle que mi sobrino Robin vaya a hacer lo mismo. Es eso que tan descriptivamente se dice «un bocazas».

—Bueno, creo que usted puede controlar a Robin. Sobre todo teniendo en cuenta que su futuro económico depende en buena medida de su generosidad.

—Sí. Eso es cierto. —El anciano me ofreció su sonrisa inescrutable. Por lo menos eso me pareció que era. Tenía demasiadas arrugas y pliegues en la cara como para estar seguro. Luego lanzó una carcajada gutural—. De acuerdo. Trato hecho.

Me levanté y fui a la puerta de su elegante dormitorio, cogiendo por el camino un cigarrillo de la caja en el aparador. Era de ámbar, y más bien odiosa.

—Me cae usted bien, Herr Wolf —dijo—. Por si sirve de algo, le diré que me desagradaría mucho que viniera alguien de Alemania Oriental p-para intentar matarlo. Pero creo que mantener contacto con usted conlleva un gran peligro. De hecho, estoy seguro de ello. Así que tenga compasión de un anciano y no vuelva a aparecer por aquí. No creo que mis nervios pudieran soportarlo. Además, juega usted fatal al bridge.

No me quedé a desayunar, después de todo. Bajé a paso ligero la escalera de la Villa Mauresque y fui hasta mi coche, pasando por alto a Ernest y la cafetera plateada que me ofrecía. Los céspedes recién segados y los setos minuciosamente cuidados de adelfas rosas y blancas ofrecían un marcado contraste con el naufragio que sentía en mi interior, casi como si los jardines se hubieran diseñado cuidadosamente como un patético recordatorio del

hombre tan falso que era y lo vacío que me sentía. Sobre la superficie de la piscina, revoloteaban brillantes libélulas azules cual zafiros volantes. El aroma a flores de naranja y limón bien podría haber brotado de una parte especialmente celestial del paraíso mismo. Todo en el jardín parecía precioso y causaba asombro. Todo salvo yo. Mi sitio no estaba allí. Pero no pasaba nada. A mis ojos, la absoluta perfección de la Villa Mauresque era imperfecta. Mi sitio no podría haber estado nunca en un lugar así, entre hombres sin mujeres. Eran criaturas peligrosas, las mujeres, pero para eso era la vida, para correr riesgos. Me monté en el coche. No arrancó a la primera, ni a la segunda, pero al tercer intento el motor cobró vida con un carraspeo sibilante parecido al de unos pulmones viejos, y enfilé lentamente el sendero de grava. En el espejo retrovisor, atiné a ver a Somerset Maugham viéndome marchar desde el balcón de hierro forjado en la fachada de su dormitorio. No tardaría en morir. Ya parecía muerto. Ahora siempre pensaba en la muerte. Pero aún estaba por ver si moriría antes que yo.

Fui al Grand Hôtel, me puse el chaqué de día, me arreglé la corbata y los gemelos, afecté una sonrisa, ocupé mi puesto tras el mostrador de recepción, y esperé.

NOTA DEL AUTOR

ERICH KOCH fue capturado por fuerzas británicas en Hamburgo en 1949, y extraditado a Polonia. Se le juzgó en 1958, fue declarado culpable de crímenes de guerra y sentenciado a muerte. La sentencia fue conmutada por cadena perpetua debido a su mala salud, aunque muchos creen que el gobierno polaco recibió presiones por parte de la Unión Soviética, que tenía el convencimiento de que Koch poseía información acerca del paradero de la Cámara de Ámbar del palacio de Tsárskoye Seló, cerca de Leningrado. Los intentos de recuperar la Cámara de Ámbar de los restos del Wilhelm Gustloff no han arrojado de momento ningún resultado. Koch murió en la cárcel, en noviembre de 1986.

El hundimiento del Wilhelm Gustloff, aunque casi desconocido hoy en día, sigue siendo el mayor desastre marítimo de la historia. Murieron nueve mil cuatrocientas personas, muchos de ellos niños.

Kaliningrado, anteriormente KÖNIGSBERG, es el centro administrativo del Óblast de Kaliningrado, el enclave ruso entre Polonia y Lituania en el mar Báltico. Es la única parte de la federación rusa que, al menos geográficamente, está por completo en la Unión Europea.

W. SOMERSET MAUGHAM fue en realidad espía británico y, de hecho, se encargó de controlar una amplia red de agentes secretos en Petrogrado en 1917. Murió, a la edad de noventa y un años, en Niza, en diciembre de 1965. La Villa Mauresque, ahora Le Sémaphore, se encuentra en el número 52 del Boulevard du General-de-Gaulle, en Saint-Jean-Cap-Ferrat. Es de propiedad

privada y, a diferencia del excelente Grand Hôtel Cap Ferrat, no está abierta al público.

GUY BURGESS, antiguo pretendiente de Clarissa Churchill y espía soviético, murió en Moscú, en 1963, con solo cincuenta y dos años. Él y Anthony Blunt fueron ambos invitados de Somerset Maugham en la Villa Mauresque en 1937.

ANTHONY BLUNT recibió el título de caballero en 1956. Confesó en 1964 haber sido espía soviético y, a cambio de su confesión, se le concedió plena inmunidad judicial. Su vida continuó por cauces normales, y siguió siendo perito de los retratos de la reina hasta 1973, y director del Instituto de Arte Courtauld hasta 1974. Sus actividades como espía no fueron reveladas al público en general hasta noviembre de 1979. Murió en 1983.

En 1963 salió a la luz que KIM PHILBY era miembro de la red de espionaje ahora conocida como los Cinco de Cambridge; en 1979 trascendió por fin que John Cairncross era espía del KGB.

SIR JOHN SINCLAIR fue destituido del MI6 por el primer ministro Anthony Eden en julio de 1956. Sir Dick White lo sustituyó como director del MI6. Sir Dick White fue sustituido como director del MI5 por sir Roger Hollis, quien después de ser director general del MI5 durante nueve años, de 1956 a 1965, murió en 1973.

PATRICK REILLY, antiguo secretario privado de sir Stewart Menzies y luego jefe del MI6, fue director del Comité Conjunto de Inteligencia desde 1950 hasta 1953. Recibió el título de caballero en 1957, cuando fue nombrado embajador británico en Rusia.

Según la biografía definitiva de Somerset Maugham, escrita por Selina Hastings, en 1959 un editor norteamericano ofreció cincuenta mil dólares a ROBIN MAUGHAM por escribir la biografía de su tío. Al enterarse de este proyecto, W. Somerset Maugham envió a Robin un cheque por cincuenta mil dólares con la estricta condición de que abandonara cualquier proyecto de

escribir sobre él. Según escribe Hastings: «Maugham no tenía problemas para reconocer un chantaje cuando lo veía».

SIR ROGER HOLLIS fue exonerado de las sospechas de ser espía soviético por la primera ministra Margaret Thatcher, en una declaración ante la Cámara de los Comunes en marzo de 1981. Sin embargo, Ray Cline, subdirector de inteligencia de la CIA entre 1962 y 1966, concluyó que había «un elevado porcentaje de posibilidades de que se hubieran infiltrado en el MI5 al más alto nivel y que, entre los posibles candidatos a ser un agente soviético en esa categoría, Roger Hollis era quien mejor encajaba con todas las pruebas recabadas». Robert Lamphere, del FBI, también declaró: «A mí me quedan pocas dudas de que fue Hollis quien facilitó las primeras informaciones al KGB de que el FBI estaba accediendo a sus cables en 1944-1945. Después de su llegada a Estados Unidos, Kim Philby reconoció la traición, pero el principal culpable de este asunto fue Hollis». El senador Malcolm Wallop, veterano miembro del comité del Senado a cargo de la inteligencia estadounidense, le contó al autor británico Chapman Pincher que William Case, jefe de la CIA de 1981 a 1987, estaba convencido de que Hollis había sido espía. Victor Popov, embajador soviético en Londres entre 1980 y 1986, coincidió con esta valoración. Pincher afirma en *Treachery: The True Story of MI5* (2011), un libro exhaustivamente detallado y muy entretenido, que, «en resumen, si imaginamos que se pudiera poner una brújula mágica sobre cualquier conjunto sospechoso de circunstancias que afectaron a las contramedidas del MI5 a los ataques de la inteligencia soviética, la aguja señalaría casi invariablemente al hombre que trabajó en la agencia durante veintisiete años y llegó a ser director de la misma. La extraordinaria concatenación de fechas y circunstancias encajan en su totalidad. La repetida presencia de Hollis en desastres de seguridad de los que fue responsable, ya fuera debido a la traición o a la pura incompetencia, no puede seguir poniéndose en tela de juicio. Salvo cuando se imponían acontecimientos

ajenos a su control, casi todas las recomendaciones que hizo y todas las decisiones que tomó beneficiaron a la inteligencia soviética». Eso opino yo también.

Bernie Gunther volverá en 2017 con *Prussian Blue*.

PHILIP KERR

BERNIE GUNTHER

1. Violetas de Marzo

Berlín, 1936. En pleno auge del poder de Hitler, Bernie Gunther es un detective privado que ha dejado atrás su pasado en el cuerpo de policía. Un empresario le encarga la búsqueda de un collar de diamantes que está manchado de sangre. La investigación pronto se desvela como algo más que un simple robo. Hay redes muy poderosas que extienden sus tentáculos por todas partes.

2. Pálido criminal

Un asesino en serie anda suelto por las calles de Berlín. Es 1938 y Reinhard Heydrich obliga al detective privado Bernie Gunther a colaborar con la policía para atrapar al peligroso criminal. Desgraciadamente, son tiempos oscuros durante el apogeo del nazismo y la caza va a superar todas las expectativas de maldad que se pudieran esperar.

3. Réquiem alemán

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el corazón de Europa se convierte en un escenario en el que se va a desarrollar la guerra fría. Bernie Gunther acepta un caso que le va a sumergir en un mundo que se mueve entre las atrocidades cometidas en la guerra y las luchas por el poder de los servicios de inteligencia de las nuevas potencias mundiales.

4. Unos por otros

Alemania en 1949 se ha convertido en un caos. Bernie Gunther ha dejado atrás el peligroso Berlín y poco a poco intenta asentarse como detective

privado en Múnich. Ha recibido el encargo de una mujer de seguir el rastro de su marido. Un trabajo aparentemente sencillo que se complica porque el hombre buscado es un escurridizo criminal de guerra.

5. Una llama misteriosa

Tras haber sido acusado falsamente de ser criminal de guerra, Bernie Gunther tiene la posibilidad de escapar a Buenos Aires. Allí se ha cometido el brutal asesinato de una chi-ca. La policía tiene pocas pistas y recurren al detective berlinés para resolver el caso. Pue-de que alguno de los alemanes emigrados a Argentina tras la guerra esté detrás de ello.

6. Si los muertos no resucitan (Premio RBA de Novela Policiaca 2009)

En 1934 ya se notan los cambios que se han producido tras el ascenso de los nazis al poder. Por entonces Bernie Gunther es detective del famoso hotel Adlon, en Berlín. Mientras trabaja allí se asocia con una periodista norteamericana para investigar la profunda corrupción que avanza imparable hasta las altas esferas del gobierno alemán.

7. Gris de campaña

Harto de espiar a un mafioso en la isla de Cuba, Bernie Gunther decide huir de la isla y poner rumbo hacia Florida. Pero la fuga sale mal y es detenido. Es 1954 y el destino no parece estar de parte del investigador. Le van a hacer una propuesta que no va a poder rechazar: ingresar en una prisión alemana y localizar a un criminal de guerra francés. Si renuncia o fracasa le puede costar la vida.

8. Praga mortal

A mediados de la Segunda Guerra Mundial, Bernie Gunther recibe la orden de dejar todo lo que está haciendo en su trabajo y dirigirse a Checoslovaquia. Su destino final es la casa de campo que el mando nazi Reinhard Heydrich tiene en Praga. Allí Gunther tiene que pasar un fin de semana que, por culpa de un asesinato, se va a convertir en un peligroso desafío.

9. Un hombre sin aliento

Tras la derrota en Stalingrado, en 1943 la moral alemana es baja. Los altos mandos alemanes saben que hay que recuperar la confianza como sea. Una oportunidad aparece cuando se oyen rumores de que el ejército soviético cometió atrocidades contra el ejército polaco en el bosque de Katyn. Y Bernie Gunther es enviado allí para reunir las pruebas que demuestren la maldad del enemigo.

10. La dama de Zagreb

Cuando Joseph Goebbels da una orden directa no se le puede decir que no. Y, para su desgracia, Bernie Gunther lo sabe mejor que nadie. Esta vez se ve obligado a viajar a Yugoslavia, donde los nazis croatas dan a la palabra «crueldad» una nueva dimensión, y a una Suiza engañosamente neutral. Pero no todo van a ser penalidades para Gunther. Va a conocer a toda una estrella de cine. Una mujer como no existe otra.

11. El otro lado del silencio

En 1956, Bernie Gunther vive en la Riviera francesa, donde el pasado de la guerra le alcanza de la mano de un antiguo oficial nazi. Además, ha sido invitado a Villa Mauresque por el célebre escritor William Somerset Maugham, quien está siendo chantajeado y necesita ayuda. No sabe si es algo personal o está siendo víctima del espionaje internacional.

PHILIP KERR

SCOTT MANSON

1. Mercado de invierno

Scott Manson es el segundo entrenador de un equipo de élite de la liga inglesa. No solo entrena, sino que también evita y resuelve problemas. Ahora se va a enfrentar a uno de los retos más importantes de su carrera profesional: han asesinado al técnico estrella del equipo y hay que encontrar al culpable cuanto antes. Y como máximo responsable del equipo, Scott deberá hacer lo mejor para el equipo.

2. La mano de Dios

El equipo londinense entrenado por Scott Manson disputa un partido crucial en Atenas contra el Olimpiacos. La derrota sería una mala noticia, pero desde luego no la peor. Durante el encuentro, una de las estrellas del equipo cae fulminado sobre el césped. ¿Ha sido un ataque al corazón o se trata de algo más turbio? Si Manson quiere seguir adelante con la temporada tendrá que averiguar lo que ha pasado. De lo contrario, puede perder algo más que un jugador.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es